«Un brillante romance atrapado en el tiempo.
Me hubiera gustado que no terminase nunca».
Adam Silvera, autor de *Al final mueren los dos*

SI TE VUELVO A VER MAÑANA

ROBBIE COUCH


ROBBIE COUCH
SI TE VUELVO A VER MAÑANA
TRADUCCIÓN DE ANA H. DEZA
BTR



A los solitarios.

Capítulo 1

Estoy a punto de contarle a mi psicóloga algo que nunca le he dicho a nadie. No debería estar tan nervioso: es la señora Hazel (ha oído de todo) y, además, qué más da a estas alturas. Aun así, es raro admitirlo en voz alta por primera vez.

–¿Puedo contarle una cosa? –pregunto.

La señora Hazel deja de desenvolver el caramelo y me dedica toda su atención.

Me aclaro la garganta.

–Creo... creo que me siento solo.

Se mete el caramelo en la boca con una enorme sonrisa.

–Es fantástico oírte decir eso.

Arrugo la frente, confuso.

–No sé si yo lo llamaría fantástico.

–No es fantástico que te sientas solo –aclara, partiendo el caramelo duro con los dientes–. Es fantástico que me lo hayas dicho.

Me cae bien la señora Hazel. Me cayó bien desde el primer día. Curiosamente fue por su consulta. ¿Sabes eso que dicen de que la gente se parece a su perro? Creo que los psicólogos se parecen a sus despachos, y ese espacio puede ofrecer muchísima información.

Por ejemplo, con el doctor Oregon. Tenía unas arrugas profundas labradas en la cara, igualitas que el suelo de madera agrietado donde insistía en que me sentara descalzo de piernas cruzadas. Abandoné después de la primera sesión, y no porque no me gusten las arrugas sino porque me gustan las sillas. El señor Ramplewood siempre tenía los ojos inyectados en sangre y vestía exclusivamente de gris, a juego con su lúgubre consulta situada en un sótano con humedades. Si abandonara la psicología –y no sería mala idea–, le animaría a que se dedicara a su auténtica vocación: guía turístico de casas encantadas.

Pero la señora Hazel me da la sensación de estar a medio camino entre ser coleccionista de piezas de museo y tener síndrome de Diógenes y, no sé por qué, me agrada eso. Estamos sentados en dos sillas idénticas de cuero marrón, con una mesa de centro entre medias llena de revistas antiguas de psicología, cuencos con caramelos para paliar su autodiagnosticada adicción al azúcar y marcas de círculos

descoloridos tras décadas de haber colocado bebidas encima sin usar posavasos. El desteñido papel pintado de flores apenas se ve entre las hileras y más hileras de estanterías llenas de libros desgastados y cachivaches rotos, y hay suficientes fotos colgadas torcidas como para decorar una consulta diez veces más grande que esta. Puede que esta habitación sea la pesadilla de un minimalista, pero yo diría que, curiosamente, el caos de la estancia me infunde paz mental desde la primera sesión.

Y la señora Hazel, diminuta en su suéter de punto, arrebujada en una bufanda amarilla a pesar del calor del final de verano, es una extensión de la elaborada colección de objetos que lleva décadas comisariando. Sobre su cabeza se asienta la sempiterna corona de pelo gris y cuelgan a ambos lados de sus gafas de culo de vaso los pendientes chillones con forma de helados de cucurucho que le vendrían al pelo a una pelota de playa con ojos en lugar de a una mujercilla encogida de sesenta y tantos (no acabo de entender cómo, pero le encajan perfectamente). Claro que me gusta venir a hablar con la señora Hazel, al contrario de lo que me pasaba con el doctor Oregon y con el señor Ramplewood. No necesariamente porque sea mejor psicóloga que ellos –aunque creo que lo es– ni porque su consulta sea más cómoda –aunque sé que es cierto–. Me gusta la señora Hazel porque me dice las cosas sin rodeos. Estoy seguro de que es lo que va a hacer ahora mismo.

Así que le pregunto.

–¿Cómo es que sabía que me sentía solo? ¿En qué se me nota?

Sin dudarlo ni un instante, responde:

–En todo.

Se me salen los ojos de las cuencas ante la brusca respuesta, pero la señora Hazel ni se inmuta; se levanta de un brinco y se pone a revolver la habitación.

En las primeras sesiones recuerdo que me enfadaba un poco que mi psicóloga fuera incapaz de mantener la atención en mí durante más de treinta segundos antes de ponerse a hacer algo, pero he acabado apreciando esa rareza: es perfectamente capaz de estar jugueteando con la tulipa de una lámpara o montando y desmontando muñecas rusas mientras absorbe todas y cada una de las palabras que le digo. Le da igual actuar o no de perfecta psicóloga para quedar bien conmigo. Y ahora que lo pienso, lo cierto es que me desagradaba la

intensidad con la que me miraban a los ojos los demás mientras fingían preocupación por todo lo que salía de mi boca. En sus consultas me sentía expuesto ante el público, pero en el despacho de la señora Hazel es como si formara parte de todo el decorado. Y eso me gusta.

Se para delante del escritorio y se pone a rebuscar entre los papeles hasta que encuentra los apuntes de la sesión.

–Aquí están –suspira–. Clark, en principio sospeché que te sentías solo porque mencionaste que estabas hundido desde que Sadie se mudó a la otra punta del país, y para un introvertido como tú es difícil hacer amigos, como es lógico. Tampoco ayuda mucho que al parecer Sadie esté, según tus propias palabras, «pasándolo mejor que nunca» sin ti, en Texas.

Enfatiza lo de «pasándolo mejor que nunca» como si fuera un importante dato clínico.

–Además, tus padres están en medio del proceso de divorcio, lo que, como ya hemos hablado, puede provocar sentimientos de abandono –continúa–. Y, como te comenté la semana pasada, parece que te has rendido a permanecer dentro de una zona de confort cada vez más pequeña, lo que, irónicamente, provoca mayor malestar y sensación de soledad –me dirige una sonrisa triste–. Y todo esto se puede resumir en que te sientes muy solo, Clark.

Tiene toda la razón, pero no sabe ni la mitad de la historia.

La mitad que le falta es el mayor motivo de mi soledad.

No merece la pena que saque el tema ahora. Créeme que lo he intentado. Tres veces. La primera dio como resultado una preocupadísima llamada a mi madre; la segunda provocó una carcajada curiosamente sincera –seguida por el atragantamiento con un caramelo–, y la tercera se zanjó con el consejo de que debería ver menos películas de ciencia ficción. Y como hoy me gustaría llegar a algún tipo de conclusión, me niego a hacer un cuarto intento por ahora.

–¿Cómo puedo superar la soledad? –pregunto, sabiendo que su respuesta no cambiará la situación, pero, conociéndola, al menos será interesante.

–¡Ajá! –chilla, señalándome desde el otro extremo del despacho con un dedo rígido.

Pego un bote. La señora Hazel nunca chilla.

Qué raro.

–Es una buena pregunta –dice–. Me encanta esa pregunta, Clark, porque implica que entiendes que la soledad puede ser un sentimiento fugaz, algo fluido, no un estado crónico inamovible. Hay mucha gente que no lo tiene tan claro.

No lo tengo tan claro como lo cree la señora Hazel (pero me lo callo).

–Clark, ya sé qué deberes te voy a poner esta semana –sentencia, volviendo a su silla con un bolígrafo y un bloc. Se pone a garabatear entusiasmada a la vez que se sienta–. Se trata de un reto dividido en cuatro partes que funciona muy bien si el paciente está comprometido con la terapia.

Inclino la cabeza, no muy seguro de haberla oído bien.

–¿Un reto de cuatro partes?

–Exactamente, sí –asiente ella.

Eso también es... raro.

La señora Hazel siempre me manda deberes simples, directos al grano.

–He aquí cómo creo que puedes superar la soledad, Clark, o, al menos, hacer progresos –comienza–. Número uno: intentar hacer un nuevo amigo en vez de dedicarte a desear que termine el instituto y...

–Un momento –le interrumpo.

Hace una pausa.

Se me dispara el corazón.

–¿Acaba de decir «intentar hacer un nuevo amigo»?

Vuelve a asentir, pero lentamente.

No. No puede haber dicho eso. Esos no son mis deberes.

Esos nunca han sido mis deberes, sin importar lo que hayamos estado hablando.

Aguarda a que le explique el motivo de mi confusión, pero no digo nada.

–¿Te ha sentado mal algo que haya dicho, Clark? –me pregunta.

–No, es que... –me quedo sin palabras–. Da igual. Perdón. Vale, entonces, «intentar hacer un nuevo amigo». ¿Cuál es el segundo paso?

Carraspea y vuelve a mirar sus notas.

–El segundo paso es...

El diario de gratitud. Por supuesto que será eso, como siempre.

–... ayudar a alguien que lo necesite –termina la frase–. Los estudios

demuestran que ayudar a los demás no solo es enormemente gratificante, sino que a menudo nos permite conectar con otras personas de forma significativa.

¿Qué coño está pasando? La señora Hazel se ha apartado totalmente del guion.

Vale, sí, yo me salgo continuamente. Prácticamente en todas las sesiones acabo preguntando cosas que no vienen al caso y haciendo de abogado del diablo. Pero eso nunca había provocado que la psicóloga cambiara mis deberes.

Así que, repito, *¿qué coño está pasando?* Me levanto, rodeo la mesilla y me inclino sobre ella. Miro lo que tiene escrito en sus notas, que me deja de piedra:

4 consejos para vencer la soledad de Clark:

– Intentar hacer un nuevo amigo.

– Ayudar a alguien que lo necesite.

– Mostrarse vulnerable para que los demás también puedan hacerlo.

– Hacer lo que te da miedo.

–¿Va en serio? –exclamo horrorizado, reculando.

–Clark... –se ríe ella–. ¿Por qué pones esa cara? ¿Te parecen muchos deberes para una semana, es eso? –asiente, como para apoyarme–. Voy a clarificarlo: no tienes que hacer las cuatro cosas esta semana. ¿Qué tal si empiezas con una?

–¿Y el diario de gratitud? –pregunto mientras noto una gota de sudor corriendo por mi frente.

Abre los ojos de par en par y los cristales de las gafas los distorsionan hasta que parecen gigantes, mucho más grandes de lo normal. Vuelve la página y me muestra lo que está escrito, donde dice, como esperaba: «Tarea para Clark: empezar un diario de gratitud».

–Una cosa: ¿cómo es que sabías que quería que empezaras un diario de gratitud? –me pregunta desconcertada–. Era lo que te iba a pedir hasta que mencionaste la soledad.

Hasta que mencionaste la soledad.

A la señora Hazel le he dicho cosas mucho más locas en consulta. ¿Por qué ha cambiado algo cuando le he confesado que me siento solo?

Me quedo callado, sopesando qué opciones tengo.

¿Debería presionar a la señora Hazel para que me explique este cambio sin precedentes en su conducta, y seguramente dejarla desconcertada? ¿O sería mejor renunciar a insistir y seguirle la corriente? Antes de que me decida, la psicóloga se inclina hacia delante y acaba con mis dudas.

–Te has colado en el despacho antes de la sesión, ¿verdad? Les echaste un vistazo a mis notas –concluye con una sonrisa satisfecha–. ¿Así es como descubriste que pensaba mandarte que hicieras un diario de gratitud? No me voy a enfadar, Clark.

Vuelvo a sentarme, perplejo.

–Me ha pillado.

Sonríe, orgullosa de sí misma por haberme cazado.

Pero es que no lo entiende. ¿Cómo iba a hacerlo?

–Hablemos de los consejos número tres y cuatro para vencer tu soledad –continúa–. La vulnerabilidad. Es contagiosa, como ya hablamos el mes pasado. Abrirse a otras personas suele ser un catalizador y provoca que estas se sientan cómodas y se abran contigo. Y así es como se crean vínculos profundos. Después, la tarea número cuatro: hacer lo que te da miedo –hace una pausa dramática antes de seguir hablando–. A todos nos da miedo algo, ¿me equivoco? Hay una cosa que nos resulta terrorífica, que sabemos que deberíamos hacer, decir o intentar, porque es lo correcto, lo que tenemos que hacer, decir o intentar, ¿no? Puede que sea contraintuitivo, pero he descubierto que, a menudo, hacer lo que nos da miedo supone la mayor recompensa posible; es lo que nutre las relaciones con las personas que amamos… y nuestra relación con nosotros mismos. Además… –se queda callada; se ha dado cuenta de que estoy distraído–. ¿Clark?

Me cuesta infinito concentrarme porque, por algún motivo inexplicable, una de las leyes inquebrantables del código que estoy obligado a cumplir se acaba de romper, y no tengo ni la menor idea de cómo o por qué ha ocurrido.

Esto es lo que pasa, por si no está claro: estoy atrapado en un bucle temporal. Suena absurdo, lo sé, pero no sé cómo llamarlo si no. ¿Una paradoja temporal? ¿Un bucle causal? Hay un montón de nombres en internet para esto (y ninguno refleja de verdad lo espantoso que es).

Básicamente, se repite el mismo día. Sin parar. Posiblemente hasta

el final de los tiempos, porque al parecer no hay nada que pueda hacer para detenerlo.

Una vez y otra y otra y otra.

Como ya he dicho, le he contado que estoy en un bucle temporal tres veces a la señora Hazel. Sin resultado. Y aunque encontrara a alguien que me creyera, daría igual porque lo olvidaría al día siguiente. Ese es el motivo principal por el que me siento solo. Por eso estoy deprimido. Por eso mi vida –si es que se la puede seguir llamando así– carece totalmente de sentido a estas alturas. Vale, la nueva tarea de la señora Hazel me ha dejado desconcertado (siendo suaves), pero por más que desee que sea una pista para escapar del bucle, ya me he desilusionado demasiadas veces como para picar de nuevo.

Aun así, admito que no le falta razón a la señora Hazel. Puede que sea cierto que la separación de mis padres y la mudanza de Sadie a Austin no hayan ayudado precisamente a mitigar mi sensación de soledad. Pero la vida sigue después del divorcio de tus padres y de que tu mejor amiga esté viviendo a tres estados de distancia.

No sigue cuando estás atrapado en un bucle temporal para el resto de la eternidad.

Capítulo 2

Me echo la mochila al hombro, me despido de la señora Hazel y cruzo las puertas de cristal de la consulta.

Si te gustan los cambios de estación como a mí, más vale que reces al dios en el que creas para no acabar nunca atrapado en un bucle temporal. Si te encantan los muñecos de nieve y el crujido de las hojas secas bajo los pies, salir de la consulta, en la que hay aire acondicionado, y soportar los mismos treinta y cinco grados de calor húmedo a diario de regreso a casa es lo puñetero peor. Como siempre, una manzana después, estoy empapado en sudor.

Cuando vuelves a vivir el mismo día una y otra vez empiezas a fijarte en los detalles cotidianos que, en circunstancias normales, te pasarían completamente desapercibidos. Como la pelea entre ardillas en la esquina de la calle Octava con la Norte; el yorkshire que me ladra tres veces desde la ventana de su casa, hace una pausa y suelta un cuarto ladrido; la rama de un viejo árbol que cruje con la brisa cuando pasas por debajo.

Vale, soy consciente de que los perritos adorables y los árboles que tiemblan con el viento son bonitos de por sí, pero ¿después de haber experimentado exactamente lo mismo de forma idéntica más de trescientas veces, como me ha pasado a mí? Pues ya no tanto. El día 309, en el que estoy ahora, la pelea de las ardillas, los cuatro ladridos del terrier y los crujidos del arce han perdido todo su encanto. Su previsibilidad está devorando mi cordura y me da pánico enfrentarme a cada uno de los momentos inevitables que me recuerdan que jamás llegará el mañana.

Podría cambiar de ruta de vez en cuando; lo sé.

Seguramente así evitaría un poco lo predecible que es el día. Ir a la izquierda por la calle Norte para evitar la pelea de las ardillas solo haría que perdiera un minuto en el trayecto (¿y qué más da un minuto en mi vida, en todo caso?), y cruzar el parque para evitar los ladridos del temible terrier compensaría las manchas de hierba temporales de los zapatos.

Pero, aunque no sepa la mitad de lo que me pasa, la señora Hazel no se equivocaba cuando dijo que mi zona de confort se había vuelto

cada vez más pequeña, y se ha reducido todavía más desde que me quedé atrapado en el 19 de septiembre. Por mucho que odie la inevitabilidad cotidiana, me abruma la idea de hacer algo nuevo.

Sé que esto no tendrá mucho sentido para alguien que nunca haya estado atrapado en un bucle temporal. Al fin y al cabo, estoy metido en una burbuja donde no hay ningún riesgo ni consecuencias duraderas. ¿De qué tener miedo? Me encantaría que funcionara así, pero aún me cuesta olvidar las cosas terribles que presencié los primeros días, cuando me aparté de la ruta.

Como el accidente de coche que vi en directo en el viaje improvisado a Wisconsin o los cachorros aterrorizados del refugio de Rosedore, donde me acerqué por impulso. Y aquel anciano, solo, sentado en un banco del parque, al que se le caían las lágrimas por las mejillas sin emitir un sonido. Detesto pensar que está ahí todos y cada uno de mis días, reviviendo todo el dolor que le hacía llorar, igual que los perritos enjaulados seguirán estándolo siempre y los pasajeros del coche siempre chocarán. Puede que, de estar en mi situación, la gente deseara vivir aventuras al margen de lo conocido, pero yo lo único que veo es la posibilidad de que se me graben en la mente más desgracias del día de hoy.

Así que sigo el mismo camino que me lleva hasta la puerta del nuevo –pero viejo– apartamento de mamá. Como siempre, apesta a pizza y cigarrillos rancios (gracias, antiguos inquilinos).

En la televisión sale la jueza Judy gritándole a un tipo por no haber pagado las multas de aparcamiento.

Todas nuestras paredes de color beis están desnudas y se ve la pintura desconchada. Hay cajas de cartón medio vacías esparcidas sobre la alfombra verde menta, que, según dice mamá, tiene más años que ella. Dentro siguen los trastos a los que no les hemos encontrado sitio. Por ejemplo, están los viejos trajes de gimnasia rítmica de mi hermana pequeña Blair, que todo lo que tocan lo llenan de purpurina dorada, y la bolsa gigante llena de clips que mamá se niega a tirar, aunque jamás los vaya a usar para nada.

Mi portátil está también en una caja, inutilizable. Tiene la pantalla totalmente agrietada porque se guardó por error en una caja que no tenía la etiqueta de «frágil». ¿Sabéis qué es peor que romper tu portátil? Romperlo justo antes de quedarte atrapado en un bucle temporal, de forma que te toca usar la antigualla de tu madre por toda

la eternidad. Ya, podría arreglarlo; de hecho, lo hice alguna vez los primeros días. Pero no es rápido y es una pesadez tener que repetirlo al día siguiente.

Hace un par de semanas dejamos a papá y nuestra casa de verdad y nos vinimos a este apartamento con un contrato de alquiler mensual que dudo que sea muy legal. Yo creía que tenía más sentido que nosotros nos quedáramos en casa con papá, teniendo en cuenta que era mamá la que quería el divorcio, pero con un horario de trabajo de sesenta horas a la semana era muy difícil que pudiéramos vivir con él nosotros solos. Así que aquí estamos.

Cuando hicimos las maletas, mamá nos prometió que encontraría un sitio más grande, más bonito y para siempre a finales de año. Nos aseguró que pondríamos el árbol de Navidad en una casa con jardín y más de un baño. Blair fue muy generosa cuando le indicó que estaba siendo muy optimista.

Yo creo que la palabra era «ingenua».

–¿Clark? –oigo la voz de mamá desde la cocina.

–Ey –dejo la mochila en el sofá antes de agarrar el mando a distancia y bajar el volumen de la jueza Judy a la mitad.

–¡Llegas justo a tiempo! –exclama–. ¡Tenemos…!

–Pizza.

–¿Uh?

–Nada.

–¿De qué es la pizza, mamá? –grita Blair desde su habitación, al final del pasillo–. Por favor, no me digas que piña otra vez, porque vomito…

–Para mí, champiñón y jamón; para ti, pepperoni y salchicha –le respondo mientras me quito los zapatos–. Mamá nos robará un par de porciones a cada uno, pero les quitará los ingredientes porque desde esta misma mañana ha decidido evitar comer carne.

Mamá se inclina de un lado para mirarme a través de la puerta de la cocina; su larga melena oscura cae hacia las baldosas rosas.

–¿Cuándo te he dicho que iba a dejar de comer carne? –me encojo de hombros y ella me mira con suspicacia antes de enderezarse, seguramente sin saber qué pensar de mis supuestas dotes adivinatorias–. Lávate las manos antes de comer, ¿vale?

Voy esquivando las cajas de libros y viejos álbumes de fotos, giro a la derecha en el diminuto pasillo del piso y luego a la izquierda al

baño todavía más diminuto. Cierro la puerta y me miro en el espejo del lavabo, preparándome mentalmente para enfrentarme a las mismas preguntas de mamá, que he respondido cientos de veces. («¿Qué tal te ha ido en clase?» es infinitamente más pesado cuando estás atrapado en un bucle temporal). Tomo aire despacio, profundamente, y veo cómo mi pecho se ensancha en el reflejo.

¿Sabéis qué es raro, algo para lo que nadie te puede preparar si te quedas encerrado en un bucle temporal? Lo surrealista que es que no cambie tu cuerpo.

Durante el verano di un estirón y llegué al metro ochenta (metro ochenta y cinco, si contamos los rizos rebeldes que salen disparados de mi cabeza). Pero, como confirma el reflejo de mi Yo de Diecisiete Eternos Años del espejo, en un bucle temporal la biología normal deja de funcionar, así que seguramente jamás vea cómo se me ensancha la mandíbula de mi rostro delgado y la pelusilla incipiente de la barbilla no se convertirá en una barba auténtica como la de papá (aunque lleve sin afeitarme durante lo que parece un año). Aunque me molaría conservar ciertas cosas eternamente, como los profundos hoyuelos que me salen en las mejillas cuando sonrío o mis ojos azules brillantes, que, según Sadie, «combinan de maravilla con la piel aceitunada» como la mía.

Pero me gustaría ver cómo sería mi Yo de Dieciocho Años a estas alturas.

No me lavo las manos –ya, sé que es una guarrada, pero creedme: matar los gérmenes se vuelve muy poco relevante en un bucle temporal– y regreso al comedor.

–¿Qué tal te ha ido en clase? –pregunta mamá justo cuando tomo asiento frente a las dos.

–Bien –pongo de mala gana una porción de pizza en el plato de papel.

(Sí: me harté de la pizza con jamón y champiñones más o menos el día 10.)

–¿Y a ti? –mira a Blair, que se ríe y la ignora. No ha oído la pregunta porque está pendiente del vídeo que reproduce el móvil–. He dicho –repite mamá– qué tal te ha ido hoy, Blair.

Nada.

–¿Qué estás viendo, a ver? –le pregunta mamá.

Derek Dopamine.

–Derek Dopamine –responde Blair con una risita.

Mamá pone los ojos en blanco.

–¿No te dije que dejaras de ver eso? Sus vídeos entontecen. Apágalo.

–Entontecer no existe, mamá –repone Blair.

–Que lo apagues.

Blair tira el móvil en la silla vacía de al lado.

–¿Ya sabes cuánta gente viene definitivamente a tu fiesta de cumpleaños mañana? –pregunta mamá.

Blair, cuyas pecas son casi del mismo color que la salsa de tomate que tiene en los labios, tarda unos instantes en tragar y contestar.

–Quince.

Va a ser toda una fiesta.

–Va a ser toda una fiesta –dice mamá.

A estas alturas, las frases de mamá y Blair se repiten en mi cerebro como si estuviera viendo el mismo episodio de una serie. Van 309 veces.

Mamá corta servilletas del rollo de papel y nos las entrega.

–Sé que no os gusta mucho este edificio, pero...

–El eufemismo del año –la interrumpe Blair con una sonrisilla.

–... pero –insiste ella– no vamos a estar aquí mucho tiempo, así que no sería mala idea aprovechar la piscina mientras hace calor, ¿no te parece? –mira a Blair, que le devuelve la sonrisa con poco entusiasmo, y después a mí, que no le devuelvo nada.

Mamá y yo no estamos demasiado de buenas ahora mismo. Lo lógico sería pensar que a estas alturas yo ya no estoy resentido con ella, 309 días después, pero supongo que no es tan sencillo controlar las emociones. Todas las mañanas me despierto en esta caja de zapatos y recuerdo que es culpa suya: nos trajo aquí porque ella quería el divorcio. Ella abandonó a papá.

Mamá, flamante en su camiseta morada de tirantes, se aclara la garganta y cambia de tema, sabiendo tan bien como yo que no vamos a resolver esto durante la cena ni aunque la tengamos cientos de veces, cosa que ella no sabe.

–¿Qué vas a hornear para la fiesta? –me pregunta, en cambio.

Blair, que odia la tarta –especialmente las de cumpleaños– se anima.

–Sí, ¿qué vas a preparar para mí y mis amigos?

Me quedo pensativo. ¿Qué he decidido hacer el día 309? Normalmente lo planifico en clase, cuando me distraigo, y mientras regreso de la consulta. Pero el cambio de los deberes que me manda siempre la señora Hazel me ha desorientado tanto que apenas he pensado en qué hornear el día 309.

Hornear dulces para la fiesta es de las pocas cosas que disfruto ahora mismo, porque puedo hacer algo distinto cada noche después de la pizza. Es lo único que me ayuda a no perder el contacto con la realidad. Bueno, eso y mantener la cuenta obsesivamente del número de días que llevo atrapado. Llevar la cuenta consuela un poco a mi yo obsesivo y ansioso: me da la sensación de que tengo el control, aunque sepa que es mentira.

He preparado todos los tipos de galletas, brownies, pasteles y dónuts que os podáis imaginar, lo juro. Sea lo que sea, lo he mezclado, amasado, glaseado y traído a la vida. Vale, jamás veré a los amigos de Blair comerse mis dulces de cumpleaños. Es un fastidio que he tenido que asumir, pero a veces, soñando despierto, me imagino que existen todos los días siguientes en cientos de universos paralelos en los que hay un grupito de estudiantes de secundaria saboreando mis dulces, todos ellos (salvo el del día del fracaso estrepitoso en que hice galletas de avena con pasas: es imposible que nadie disfrute de ellas en ese 20 de septiembre, exista o no).

Quién sabe. Tal vez no sea tan descabellado; puede que Blair y sus amigos estén disfrutando de mis habilidades culinarias en algún lugar del abismo infinito. Especialmente de las galletas de mantequilla con vainilla que hice un día al principio.

Ah, cierto.

–Galletas de mantequilla con glaseado amarillo –respondo, recordando que es lo que decidí durante la tercera clase.

Blair se lame los labios.

–¿Harás más de las que crees que son suficientes? Mis amigos vendrán con hambre, y si sobran no pasa nada.

Siempre me lo pregunta. Y siempre le digo que sí.

–Claro.

Intercambiamos sonrisas rápidas y sutiles, como todos los días. Puede que tenga el ánimo por debajo del nivel del mar ahora mismo, pero este sigue siendo uno de los pocos buenos momentos del día.

Aunque parezca insignificante, intento estar ahí y apoyar a Blair. Es

una plasta, desde luego –y más todavía desde el divorcio y la mudanza–, pero sé que está igual de dolida que yo por la separación de papá y mamá.

Solo que ella lo manifiesta de otra forma: en lugar de guardar rencor como yo, ella se comporta como una cría. Puedo hacer de hermano mayor y soportarlo (la mayor parte de los días). Por eso, sacarle una sonrisa auténtica es una gran victoria para mí.

–¿Puedo ayudarte a prepararlo? –me pregunta mamá con tono dubitativo–. Últimamente hemos pasado poco tiempo juntos. Me encantaría echarte una mano...

Igual que Blair siempre pregunta si puedo hornear una cantidad enorme de dulces para su fiesta, mamá siempre se ofrece a ayudarme. Sin embargo, a Blair le digo que sí y a mamá la rechazo.

–No hace falta –respondo–. Gracias.

Mamá intenta disimular la decepción con una sonrisa, pero no lo consigue del todo.

Nos quedamos callados. Solo se oye el veredicto de la jueza Judy en la tele del cuarto de al lado y el burbujeo de la superficie del vaso de Coca-Cola de Blair.

Después de responder a las preguntas de mamá sobre mi sesión y de que le confirme que Oreo, el gato de la señora Hazel, se encuentra mejor, me pongo a recoger las servilletas sucias y los platos y clavo los clavos en el ataúd de la cena para enterrarla definitivamente. Blair va al cuarto de estar y se hace un ovillo en el sofá para ver a escondidas a su *vlogger* favorito (que nuestros padres detestan), pero mamá permanece en la cocina conmigo, callada como siempre. Se queda mirando cómo saco la mantequilla y el azúcar glas, deseando con desesperación que esto se convierta en una conversación profunda entre madre e hijo.

Sé lo que me va a preguntar.

¿Estás bien, Clark? No ha pasado una sola cena de todo el bucle que no concluyera con eso. Mi respuesta, por supuesto, es no. No estoy bien. Ni de lejos. Pero ¿de qué serviría decírselo? ¿Para qué le voy a confesar que me siento solo, que no puedo llegar al día de mañana y que me asfixio en la rutina de esta nueva normalidad inescapable e infinita? Si le digo la verdad, nos aguaría la noche a los dos y no cambiaría absolutamente nada en el día 310.

Mamá da un paso al frente, dispuesta a plantear su pregunta, así

que la interrumpo.

–¿Te importaría dejarme solo en la cocina? –le pido. Cierra la boca en seco–. Lo siento –continúo–. Es que esto es muy estrecho y necesito toda la encimera para la receta.

Asiente con un asomo de sonrisa reluctante y desaparece.

Enciendo el horno para precalentarlo, saco todos los ingredientes e intento ponerme manos a la obra. Pero me cuesta más de lo normal.

¿Y si la sorprendente variación de deberes de la señora Hazel sirviera de algo en mi situación? *Hacer un nuevo amigo. Ayudar a alguien. Mostrarse vulnerable. Hacer algo que te da miedo*. Son consejos que parecen simples y estoy convencido de que podrían beneficiar a los privilegiados pacientes solitarios que viven en un continuo espacio-temporal normal y lineal. Pero si me han enseñado algo 309 días consecutivos es que, sea cual sea el mundo en el que me encuentro, dista mucho de lo normal.

¿Por qué motivo la tarea en cuatro partes de la señora Hazel cambiaría el día 310?

Capítulo 3

Odio mi mesilla blanca de madera.

Y no hay ningún motivo lógico, la verdad: es un mueble normal que no merece mi odio, pero es lo primero que veo cada mañana cuando suena la alarma del móvil a las 7:15 y abro los ojos, así que se lo lleva la mesilla.

La mayor parte de la gente no recuerda qué es lo primero que ve cuando se despierta por la mañana. Quizás sea el ventilador del techo. O la pared blanca.

A lo mejor, si duermes boca abajo como Sadie, te despiertas contra un montón de almohadas con los ojos llenos de algodón. ¿Por qué ibas a recordar algo así? Sin embargo, cuando estás atrapado en un bucle temporal y todos los días te despiertas con lo mismo..., lo recuerdas. No puedes no recordarlo. Lo primero que ves te atosiga en sueños y te confirma de inmediato que no se ha roto el hechizo y que vas a perder otro miserable día. Gracias por joderme la vida, mesilla blanca de madera.

Me giro de espaldas, apago la alarma y suelto un bostezo involuntario.

Otro 19 de septiembre. Día 310.

Otra vez.

Además de hacer repostería después de cenar, el momento menos terrible es el rato antes de ir a clase. Mamá ya se ha marchado para llevar a Blair temprano a un proyecto voluntario de pintar las taquillas viejas del instituto.

Este es el momento más largo de mi lunes en que puedo estar completamente solo. No es más que media hora, pero algo es algo. Puedo desayunar lo que me apetezca (hoy, galletas de las Girl Scouts), pasearme en ropa interior (algo que nunca haría en circunstancias normales, sabiendo que cabe la posibilidad de que mamá regrese en cualquier momento) y poner música a todo trapo o el programa que me apetezca oír (ahora mismo, un episodio de un podcast sobre ovnis).

Apuesto a que sé lo que estáis pensando. ¿Para qué voy a clase? ¿Para qué hago algo que no me apetece si no va a haber consecuencias

al día siguiente? Mientras Blair está en clase y mamá trabaja en el banco, podría bailar en calzoncillos mientras zampo galletas de menta con chocolate y evito eternamente las responsabilidades.

Voy a explicar cómo funciona quedarse atrapado en un bucle temporal.

Del primer al décimo día estás horrorizado por lo que está pasando, convencido de que estás muerto, en coma, atrapado en una simulación que salió mal, en el purgatorio o en una extraña combinación de todas las anteriores. Después, cuando se te va pasando el terror inicial, entras en una fase de luna de miel. Es cuando faltas a clase, comes toda la comida basura que te apetece y te sientes libre para decirle lo que te da la gana a cualquiera, sabiendo que nada tendrá importancia. Si eres muy valiente (no como yo), tal vez te pongas a hablar con la persona que te gusta cuando jamás te habías atrevido a hacerlo, correrías las cincuenta yardas durante el partido de tu instituto o te pondrías a bailar detrás del meteorólogo mientras da el parte del tiempo. (Me imagino a Sadie haciendo todo eso, incluso sin estar en un bucle temporal). Tal vez salgas derecho al aeropuerto y cumplas tu sueño de hacer el viaje más loco y salvaje de tu vida, porque ahorrar no importa nada, aunque solo dispondrías de unas horas hasta que regreses de nuevo a tu cama.

Mi fase de luna de miel fue corta –y bastante sosa en comparación con lo que haría la mayoría de la gente si viviera en un mundo donde nada tiene consecuencias–, pero, aun así, fue liberadora. Fui a pastelerías lujosas a las que nunca iba en una situación normal –porque una magdalena no debería costar ocho dólares– y también pasé otro día vagando por la zona prohibida de los jardines botánicos donde fui con Sadie en noveno curso, sacándome selfis con las plantas más raras que vi. Ojalá mi zona de confort siguiera siendo tan grande como entonces…

Pero creedme: la luna de miel se acaba. Las ventajas se desvanecerán y aparecerá la realidad de que ya está, que esto es… todo. El día de hoy es toda tu vida ahora. Te cansarás de faltar a la clase, de la sed insaciable de viajar y de la comida basura, te lo prometo.

Más o menos el día 50 será cuando aparezca el pánico.

Empezarás a buscar respuestas con desesperación (y hablo de buscar de verdad). El historial de tu navegador acabará lleno de

páginas raras como LaVerdadEstáAhíFuera.com. Y tus búsquedas harían que tus seres queridos se preocuparan por tu cordura: *cómo escapar de un bucle temporal; ¿son científicamente posibles los bucles temporales?; efectos secundarios extremos de un fuerte déjà vu; ¿estoy loco o de verdad estoy repitiendo el mismo día una y otra vez?* No controlo de ningún tema, pero durante esa fase me lo empollé absolutamente todo y me hice un experto en bucles temporales.

Bueno, he aquí la noticia: entre las pelis de ciencia ficción, las investigaciones serias de física cuántica y un millón de blogueros con demasiado tiempo libre, seguramente pensaréis que hay infinitas teorías por ahí.

También podréis adivinar que la mayoría son…

… una puta mierda. En serio. Hablamos de chorradas que se inventan tipos de cuarenta años sin vida propia que teclean desde el sótano de la casa de sus padres.

Lo triste es que incluso las pocas teorías que tienen cierta base científica tampoco me han llevado a ninguna parte cuando he intentado ponerlas en práctica.

Y lo más triste es que también recurrí a las teorías absurdas y obviamente falsas. Porque, como se suele decir, las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas.

Y, definitivamente, yo estaba desesperado.

Un día me puse a aullar a la luna desde la azotea del apartamento de mamá justo cuando se puso el sol porque una bloguera de Noruega comentó que le había funcionado esa táctica. En mi caso, solo provocó que un vecino me gritara: «¡Cállate de una puñetera vez, chaval!». Otro día estuve sin comer hasta las 11:11 de la mañana y después me tragué una taza entera de semillas de amapola porque un tipo de Minnesota juraba que así consiguió que llegara el día de mañana. (Luego vomité en el cuarto de estar).

Y alrededor del día noventa tuve el intento de escapar más patético de todos, el que seguramente se lleve la palma: conduje hacia el sur por los maizales del centro de Illinois, hasta que encontré un caballo y le reté a un duelo de miradas porque un «experto en la curvatura temporal» –*spoiler*: no lo era– respondió a mi correo electrónico y me aconsejó hacer eso.

Me hubiera encantado hablar directamente con alguien que sepa lo que estoy pasando, personas que, en algún momento, se quedaron

atrapadas en un día, como la bloguera noruega y el tipo de las semillas de amapola.

Pero esos dos nunca me contestaron, ni tampoco otros cinco a los que escribí. Dos supuestos colegas de bucle no hablaban inglés y el sentido se perdía mucho en la traducción (ya es bastante difícil explicar mi situación a alguien que entienda mi idioma... ¿Podéis imaginarme a mí, Clark Huckleton, monolingüe de diecisiete años de Rosedore, Illinois, intentando hacerme entender con una abuela de setenta y dos años de Tokio?)

El único que me respondió en inglés me dijo que había subido el post sobre su experiencia de revivir el mismo día estando, cito literalmente, «borracho como una cuba» después de que los Patriots perdieran la Super Bowl. Luego se dedicó a cotillear en mi perfil y, al ver una foto de mi madre en bañador de unas vacaciones de hace tres años en Ohio, me preguntó si estaba soltera.

Ni un solo intento de entrar en contacto con alguien que dijera que había pasado por lo mismo que yo me llevó a ninguna parte.

Así que mi desesperación acabó convirtiéndose en apatía. Alrededor del día 150 decidí rendirme, ya que mi pavor existencial había pasado de estar por las nubes a agotarse por completo. Me di cuenta de que las cosas malas que veía en mis días idénticos –el accidente de coche, los cachorritos abandonados en el refugio, el hombre que lloraba en el banco del parque– ocupaban mucho más espacio mental en mis recuerdos que las cosas divertidas que hice durante mi fase de luna de miel. No quería recordar todo eso; ya había tenido bastante. ¿Y entonces, qué? Esa es la fase del bucle temporal en que te conviertes en la cáscara vacía de la persona que eras. Para mí, eso significaba volver a la rutina dolorosamente monótona –pero segura y predecible– de ir a clase, ir al psicólogo, cenar pizza y hacer dulces de cumpleaños hasta las 23:16, todas las noches.

Sí, las 23:16. El minuto más odioso de la noche.

Ese es exactamente el momento en que acaba mi día de hoy, siempre. No a medianoche, como sería lo esperable. Ni a las 7:15 del 20 de septiembre, con lo cual tendría veinticuatro horas. No, esas dos posibilidades serían al menos ligeramente lógicas.

Por alguna razón inexplicable, el bucle temporal me lleva de regreso a las 7:15 de la mañana justo cuando el reloj da las 23:16. Da lo mismo si estoy totalmente despierto y montado en una montaña

rusa o en mitad del sueño del ciclo REM; en cuanto las once y cuarto pasan a ser y dieciséis, ¡bum!: me encuentro mirando la mesilla blanca de madera. No he visto un reloj que marcara las 23:16 desde hace mucho tiempo.

Así que esa es la situación en la que me encuentro, y mi existencia entera se ha reducido a repetir las mismas dieciséis horas y un minuto de un lunes sofocante de mediados de septiembre en los aburridos suburbios de Chicago.

¿Qué, estáis celosos? (Ya, ya me suponía que no).

Me como una galleta de las Girl Scouts mientras miro el móvil y me doy cuenta de que voy a llegar tarde. No es que vaya a suponer ninguna diferencia a largo plazo, pero no estoy de humor para aguantar la bronca por ser impuntual a primera hora. Así que me pongo una camisa y unos pantalones cortos, me peino el pelo de Albert Einstein hasta que está medianamente aceptable, agarro la mochila y salgo del apartamento.

Igual que sucede en el camino desde la consulta de la señora Hazel hasta casa, el kilómetro que tengo hasta el instituto está sembrado de elementos tortuosamente predecibles: el conductor del autobús escolar al que le encanta oír el ruido de su bocina, el padre estresado que derrama todos los cafés que lleva en el portavasos de cartón mientras entra en su coche, el bienintencionado guardia de tráfico que se confunde y me saluda con un «buenos días, Clay» mientras cruzo la calle. Sin embargo, el paseo matutino tiene dos ventajas frente al de la tarde desde la consulta: una, que aún no hace casi cuarenta grados, y dos, que puedo hablar con Sadie por FaceTime.

–Hola, guapo –me saluda, como todos los días de hoy, en cuanto su cara redonda ilumina la pantalla de mi móvil–. Buenos días.

Sadie tiene el pelo rubio con mechas azul turquesa, los ojos grises oscuros y una sonrisa eterna. Va de camino a clase, donde se divertirá con sus maravillosos nuevos amigos del Club de Podcast. Aunque Sadie se haya mudado a Texas más o menos hace cinco segundos, ya tiene más amigos en Austin que los que tengo yo en todo Illinois después de haber vivido aquí toda mi vida. Sinceramente, no me sorprendería que la coronaran reina del baile del instituto en primavera. (Me da rabia que jamás me enteraré si pasa... o tal vez haya sucedido ya).

Echo tanto de menos a Sadie que me entran ganas de llorar. Y

algunas veces, como el día 306, es justo eso lo que hago.

–¿Crees que podría aprender a hacer amigos? –le suelto, directo al grano.

Sadie se ríe y frunce las cejas mientras mira a ambos lados en un cruce.

–¿Y eso a qué viene?

Esta mañana, al recordar todos mis fracasos al intentar encontrar gente que se ha quedado atrapada en un bucle temporal –y el sentimiento de soledad que me invadió después de cada uno de ellos–, recuerdo el cambio de deberes de la señora Hazel. El primer consejo de su reto dividido en cuatro partes se me ha quedado especialmente grabado.

–Ayer la señora Hazel me llamó marginado y dijo que necesitaba hacer amigos.

Pone los ojos en blanco.

–Apuesto a que no te llamó marginado.

–Vale, no usaría justo esa palabra, pero iba por ahí.

–¿Qué hacías ayer con ella? –pregunta mientras se mete una pajita entre los labios–. No tienes psicólogo los domingos.

Ah, claro.

–Fue por correo electrónico.

Intento no mentir demasiado por si la ética estuviera remotamente relacionada con la posibilidad de escapar del bucle hoy, pero una mentirijilla piadosa no hace daño a nadie, ¿no?

–Hablando de ayer –a Sadie se le ilumina la cara–, ¿y bien? ¿Qué tal?

Me quedo mirando fijamente la pantalla.

–¡El concierto! –exclama.

–Oh –digo, recordando–. Claro.

Me estoy comiendo la cabeza de verdad con esta variante.

–Escribí a Truman esta mañana y parece que te lo pasaste bien, señor Intolerante al Alcohol –sonríe–. ¡Estoy celosa! Cuéntamelo todo.

Lo encuentro difícil porque cada vez me cuesta más recordar lo que pasó el auténtico día de ayer. Bebí demasiado en la parte trasera de la furgoneta del padre de Truman antes del concierto de The Wrinkles, eso seguro (sobre todo porque Sadie siempre me llama Intolerante al Alcohol durante nuestros FaceTimes matutinos). El resto de la noche está confuso, pero por la tarde a primera hora mamá me pidió que me

sentara para explicarme que ella era quien quería el divorcio sin darme ningún motivo coherente, lo que desencadenó una fortísima discusión que jamás solucionamos. Irónicamente, esa es la única conversación que tengo grabada a fuego de todo ese domingo, aunque sea precisamente la que preferiría olvidar.

A ver, una cosa es querer el divorcio cuando hay una razón justificada, pero ¿quién decide romper su familia de la noche a la mañana sin motivo? En todo caso, Sadie no está interesada ahora mismo en mis dramas familiares.

–El concierto estuvo guay, pero respóndeme –en esta ocasión ni siquiera finjo interés en contarle todo lo que pasó–. ¿Lo crees o no?

Sadie se queda perpleja.

–¿Que si creo… qué?

–¿Crees que necesito hacer más amigos?

Se encoge de hombros y da un sorbo por la pajita.

–A ver, no sé. Ya tienes amigos. No dejes que la señora Hazel te coma la cabeza.

–¿No es ese el objetivo? –la interrumpo–. ¿Mi psicóloga no debería comerme la cabeza?

Sadie ignora ese detalle.

–¿Y Truman y todos los demás con los que fuiste ayer al concierto? Son tus amigos.

–Son tus amigos –la corrijo–. Yo solo me acoplé para ir al concierto con ellos.

–Qué susceptible eres. Además –continúa ella–, todos deberíamos estar abiertos a hacer más amigos.

–Algo que tú ya has hecho en Austin.

Se me queda mirando.

–¿Y ese tono?

Mierda.

–No iba de malas –le digo–. Perdona.

Se queda callada un instante.

–Oye, aquí los amigos no crecen en la copa de los árboles, Clark.

–Ya lo sé.

–Este instituto es el doble de grande que el de Rosedore. Al principio fue angustioso.

–Seguro.

–Y me ha costado encontrar un grupo donde encaje.

Intento no poner los ojos en blanco (porque está claro que no le ha costado nada). No quiero amargar nuestro rato por FaceTime.

–No me hagas ni caso –le digo–. La señora Hazel me ha dejado rallado con sus deberes de «hacer un amigo». Ya sabes lo nervioso que me pongo delante de los desconocidos. Si buscas «introvertido» en el diccionario, sale ahí mi horrorosa foto de primero.

Sadie esboza una sonrisa.

–Cómo olvidar esa foto… Te pilló justo a punto de estornudar.

–En serio –pillo carrerilla al darme cuenta de que se le está pasando el enfado–, soy la encarnación humana del diagrama de Venn; soy la zona sombreada que cruza los conjuntos «funciones corporales en el momento más inoportuno» y «silencios incómodos delante de la gente nueva»…

–Vale, vale, para de autocompadecerte –ensancha la sonrisa–. Puedes hacer amigos. La prueba es que te lo dice tu mejor amiga. ¿Qué más da que no seas el alma de la fiesta? –sube los hombros–. ¿Recuerdas la promesa que hicimos la noche antes de que me mudara a Austin?

Me quedo pensativo.

–Venga ya… –se ríe–. Estábamos en el mismo sitio donde decidimos hacernos amigos cuando estábamos en el colegio, en los columpios de…

–… el parque Rosedore City –termino su frase, recordando–. Claro que me acuerdo. Prometimos que lo pasaríamos genial el último curso, aunque no estuviéramos juntos.

–Exacto –sentencia Sadie–. Por lo menos inténtalo, ¿vale?

Asiento mientras clavo la vista en la acera, furioso porque el bucle temporal hace imposible que cumpla la promesa.

–Oye –murmura, sacándome de mi ensimismamiento–. Aunque no hagas ningún nuevo amigo este año, me tienes a mí. Volveré en Navidad y nos veremos.

–Cuando dices «nos veremos», espero que signifique «no nos separaremos ni un solo segundo mientras esté en Illinois», ¿no?

–Justo.

Pero soy consciente de la realidad, claro. Para mí nunca será Navidad y de ahora en adelante lo único que veré de Sadie será su cara en la pantalla del móvil.

Pero a veces me siento mejor fingiendo que albergo esperanzas,

aunque sea durante una fracción de segundo.

–Me tengo que ir corriendo al Club de Podcast antes de que empiece la clase –dice ella–. ¡Pero hoy me tienes que contar todo lo que pasó en el concierto! Ah, y mucha suerte con la receta para el cumpleaños de Blair. ¿Qué has decidido hacer?

Me quedo pensando.

–Pues… ¿Churros al horno?

–Guau –los ojos de Sadie duplican su tamaño–. ¿Churros? Eres todo un profesional, ¿eh?

A estas alturas –día 310– quedan muy lejos las tardes de hornear simples galletas con chispas de chocolate. Tengo que salirme de lo básico o me arriesgo a que se me pudra la cabeza completamente.

–Te mandaré foto cuando acabe esta noche.

–Mmm, estoy deseándolo –me guiña el ojo–. Trato hecho.

Cuelgo y reflexiono sobre nuestra conversación mientras subo los escalones de hormigón del instituto.

Valoro la amistad de Sadie más de lo que soy capaz de expresar con palabras, claro, y agradezco de verdad que me haya animado cuando le he contado lo que me dijo la señora Hazel. Lo que pasa es que cuesta mucho oír consejos de tu extrovertida amiga, que es la reina de la fiesta, cuando eres un introvertido ansioso como yo.

A partir de ahí, el día 310 se me hace aún más tortuoso de lo normal mientras cada ficha de dominó cae de la forma más predecible y molesta. A segunda hora, Sara Marino argumenta que convertir el día de Colón en el día de los Pueblos Nativos es un ataque contra su herencia italiana, una postura que me sienta peor de lo habitual (y lo digo yo, que tengo origen siciliano). Greg Shumaker se tropieza durante el almuerzo y se pringa de batido de chocolate la camisa y, por gracioso que fuera en tiempos ver a un completo imbécil quedar en ridículo, el día 30 dejó de tener interés. A última hora estoy en modo zombi, flotando por los pasillos con los ojos vidriosos y sumido en una indiferencia absoluta.

Ya ha sonado el timbre cuando entra corriendo en el aula mi compañero Thom y se derrumba en el asiento de al lado del mío, en última fila.

–¿Crees que se ha dado cuenta el señor Zebb? –musita.

Niego con la cabeza antes de que acabe la frase.

–No te preocupes.

Los nervios de la cara pecosa de Thom se desvanecen de inmediato, como pasa siempre.

–Menos mal –resopla, rascándose aliviado el pelo pelirrojo–. Odio la trigonometría, pero si llego tarde otra vez estoy…

–¿Jodido?

–Justo.

Thom no es mal tipo, pero cuando éramos pequeños era el típico niño que atormentaba a las niñas que le gustaban –en cuarto empujó a Sadie en las barras de los columpios, provocando muchas lágrimas y tiritas ensangrentadas– y todavía no se lo he perdonado, no puedo mentir.

–¿Quién ha odiado los deberes? –pregunta el profesor Zebb, vestido con un polo rojo apretado y sentado en un taburete diminuto para su trasero que no podría parecer más incómodo–. Que no os dé vergüenza: sé que los cosenos no son para todos los paladares.

Tras la inevitable mención a los cosenos, desconecto otra vez.

Primero me pongo a pensar en los churros al horno que puede que haga para el cumpleaños de Blair (creo que mamá no tiene todos los ingredientes en la despensa, así que seguramente me toque ir al supermercado después de la pizza).

Después me quedo pensando en Sadie y su Club de Podcast, que tiene pinta de molar. Ojalá tuviéramos uno en Rosedore, en serio. Si me atreviera a hablar en público, apuesto a que no sería el peor locutor del mundo hablando de repostería…

–Oh.

La voz sorprendida del profesor Zebb me devuelve a la clase de matemáticas.

¿Oh? La palabra rebota haciendo carambolas contra mi cerebro. Porque Zebb nunca murmura un «oh» de sorpresa a esta hora. Levanto la vista.

Un chico más alto que yo está de pie en la puerta. No… no sé quién es. Jamás le he visto en el bucle temporal.

Noto el estómago en la garganta.

–¿Necesitas algo? –pregunta el profesor Zebb.

El chico da un paso y entra en el aula.

–Soy Beau.

–Beau –repite el profesor, confuso–. ¿En qué puedo ayudarte, Beau?

Ahora es Beau quien parece confuso, por más que esboce una

sonrisa.

–¿No me esperaba?

Zebb mira a su alrededor como si hubiera alguien gastándole una broma.

–¿Debería?

–Soy un nuevo estudiante, me han transferido aquí –explica Beau–. Beau Dupont.

Sus pupilas pasean por el aula antes de mirar el asiento vacío entre Zach y yo.

Sin esperar a que le den permiso, Beau pasa entre las filas de pupitres como un cuchillo afilado que cortara mantequilla, atrapando todas las miradas; especialmente la mía. La camiseta de tirantes verde brillante deja al descubierto sus brazos largos y cincelados y apenas cubre su vientre oscuro. Lleva una pulsera de plata en la muñeca derecha que cuelga cerca de un discreto tatuaje y sus ojos ambarinos y tormentosos me provocan un escalofrío, pero de los positivos.

¿Qué demonios…? El profesor Zebb, de lo más desorientado, mira su escritorio y se pone a revolver entre el papeleo como si hubiera perdido algo.

–Hoy no esperaba ningún nuevo alumno.

Lo mismo digo.

Beau se desliza en el pupitre junto al mío en sus pantalones cortos desteñidos.

–La secretaria… ¿La señora Knotts, puede ser? Me dijo que tenía que venir aquí. ¿No?

Zebb está cada vez más perplejo, igual que yo.

–Bueno, supongo que sí… Pero antes de mañana necesitaré tu documentación, ¿de acuerdo?

–Claro, señor… –Beau se calla, inseguro.

–Zebb.

–Eso. Perdón.

Pero qué coño… ¿Cómo puede estar pasando esto? No tenía precedentes de que la señora Hazel cambiara mis deberes, pero ¿que aparezca una persona completamente nueva en mi bucle temporal? Soy incapaz de procesar lo que estoy viendo.

El profesor se pone a hablar de cosenos, pero lo único que oigo son los latidos de mi corazón retumbando contra mis tímpanos mientras se me dispara la ansiedad. Intento centrarme en la pizarra en lugar de en

Beau, sea quien sea. Necesito saber más de él. Lo necesito de veras.

¿Quién es? ¿De dónde viene? ¿Y por qué cojones ha aparecido de pronto en la clase número 310 del profesor Zebb?

–Señor Dupont –le llama la atención el profesor.

Echo un vistazo hacia Beau y me doy cuenta de que le está susurrando algo a Thom.

–Perdón, señor Zed –responde.

–*Zebb*.

–Zebb. Eso. Con *B*, como... berenjena –lo dice como si estuviera haciendo un ejercicio mnemotécnico y Sara Marino estalla en risas unas cuantas filas por delante–. Solo le pedía un boli a Thom, para tomar apuntes.

–Pues hazlo en silencio para no molestar al resto de la clase.

–No se repetirá, señor Zeta –cuando el profesor abre la boca para corregirle, Beau se adelanta–. Zebb. Perdón.

El profesor se aclara la garganta.

–Como iba diciendo...

–Un segundo, ya que estamos –le interrumpe Beau–. Quería preguntarle una cosa: ¿algo de esto tiene utilidad cuando salgamos del instituto?

Todos los alumnos, atónitos, se giran hacia Beau.

Zebb, igual de asombrado, se pasa la lengua por delante de los dientes.

–En primer lugar, si tienes una pregunta, primero debes levantar la mano.

–Lo haré. Perdón.

–En segundo lugar, hay muchas carreras donde se usa la trigonometría.

–Ninguna que mole.

Unos cuantos abren la boca, conteniendo el jadeo.

El profesor, nervioso, se ríe de forma forzada.

–No estoy de acuerdo.

–¿No sería mejor que aprendiéramos matemáticas para cosas prácticas e importantes? –sigue Beau–. Como, por ejemplo, para hacer la declaración de la renta; eso sería útil. O estudiar cómo la negación sistemática de créditos de los bancos ha perjudicado a los negros desde hace generaciones. Esa lección debería ser prioritaria –mira alrededor de la clase–, especialmente en unos suburbios tan blancos

como un bote de mayonesa.

Se me escapa una carcajada y me tapo la boca rápidamente.

El señor Zebb abre los ojos de par en par, sin saber cómo reaccionar.

–Bueno...

–Si lo piensa –continúa Beau, levantándose–, la trigonometría seguramente sea lo último de la lista dentro de las prioridades de un adolescente, ¿no?

Trago saliva. No tengo ni idea de cómo va a acabar esto.

–Por favor, siéntate –le pide el profesor.

Pero Beau hace justo lo contrario: salta sobre mi pupitre y sus zapatillas grises quedan a centímetros de mi cara.

Muchos más alumnos que antes ahogan una exclamación.

–¡Baja! –grita el señor Zebb.

Beau brinca sobre el pupitre de Thom, le despeina el cabello pelirrojo con una sonrisa diabólica y después salta a la mesa de Greg Shumaker.

Luego, a la de Cynthia Rubric. Y sigue y sigue. Estalla el caos en clase.

–¿Estamos todos de acuerdo en que la trigonometría es una mierda? –suelta Beau, saltando de un pupitre a otro.

En una ida de olla final, brinca desde la mesa de Sara Marino...

... a la de Zebb.

Oh, Dios.

El profesor, estupefacto, no dice una palabra.

–¿Qué coño está pasando? –me pregunta Thom al oído.

Me giro y me lo encuentro con los ojos desorbitados y cara de angustia ante el espectáculo.

–Yo me piro de aquí antes de que acabe mal esto.

Thom sale corriendo del aula.

–¿Por qué estáis todos tan alterados? –pregunta Beau al aire, encantado de la vida. Se pone a toquetear el móvil y suena una canción. Los pósit, las grapadoras y las fotos enmarcadas caen del escritorio del señor Zebb y se estrellan contra el suelo mientras Beau se pone a bailar al ritmo de la canción que suena–. Solo quería animaros un poco el lunes, nada más.

–Voy a llamar a seguridad –anuncia el profesor, con el móvil ya pegado a la mejilla.

En el acto, Beau salta de la mesa y sale escopetado de la clase.

El señor Zebb, con la cara roja, se derrumba en su diminuto taburete y casi se cae de espaldas. Todos los alumnos, allá adonde mire, parecen conmocionados. Miran a su alrededor con la boca abierta, sin procesar lo que acaban de ver. Mientras observo a un aturdido Zebb que intenta encontrarle el sentido a lo que está pasando, retumba en mi cabeza la voz de la señora Hazel, fuerte y clara: «Intenta hacer un nuevo amigo».

También veo mentalmente la frase de las notas de mi sesión, escrita con su letra extremadamente cursiva.

Es muy raro que me tope con una persona que no conozco de nada, especialmente cuando no me he apartado lo más mínimo de mi rutina.

Y Beau parece haber irrumpido en mi día con un propósito (aunque no sé exactamente cuál). ¿Puede que Beau Dupont sea un potencial nuevo amigo? Thom, el señor Zebb y el resto están muy alterados por el estallido de Beau, lo que significa que yo, especialmente yo, debería estar absolutamente aterrorizado. Pero... ¿no lo estoy? La adrenalina que corre por mis venas no se parece en nada a los nervios que experimento cuando me aparto de mi ruta o salgo de mi zona de confort. Me percato de que lo que siento no es miedo. Es emoción.

¿El universo intenta mandarme un mensaje? Salgo del aula y miro en todas las direcciones, buscándole, pero a quien encuentro es a Thom, totalmente superado en mitad del pasillo. Tiene las manos en las sienes y la boca abierta como un pez que se asfixia.

–Lo estoy flipando... –jadea cuando me acerco.

–¿Dónde ha ido? –le pregunto, y Thom entrecierra los ojos, confuso, antes de señalarme el fondo del pasillo.

–¿Por? ¿Vas a seguirlo?

Me marcho sin contestarle.

Llego a un cruce y miro a ambos lados del corredor hasta que atisbo la espalda de Beau, trotando a lo lejos.

–¡Espera! –le llamo.

O no me oye o le da igual, porque no se para. Así que corro todo lo que puedo, apartándome más y más de mi ruta predeterminada del día. Pero ahora soy incapaz de pensar.

–¡Por favor, espera! –vuelvo a gritar cuando le alcanzo–. ¡Quiero hablar contigo!

Dobla la esquina, sale por la puerta del edificio y se mete en el

aparcamiento para profesores antes de girarse y echarme un vistazo.

–Hola –suelta tan tranquilo–. ¿Pasa algo?

–¿Qué estás haciendo? –jadeo, doblado y sin aliento.

–¿A qué te refieres?

Arqueo ambas cejas, señalando el instituto.

–¿Eso a qué ha venido?

–¿El qué?

Repito el gesto.

–*Eso*.

Suelta una carcajada, ignorando mi pregunta. Me mira de arriba abajo.

Tras unos tensos instantes –Beau está juzgando si merece la pena hablar conmigo, imagino mientras intento recuperar el aliento–, me habla.

–¿Te vienes a hacer unos recados? –pregunta.

¿Recados? ¿Recados*?* Pero ¿quién es este tío?

–Quieres que te acompañe a hacer recados –repito, enderezándome, por fin recuperado de la carrera–. ¿En plan ir a la lavandería? ¿Ese tipo de recados?

–No del todo. No necesitaremos detergente.

–A ver, yo...

–Decídete rápido... ¿Te llamas?

–Clark.

–Decídete rápido, Clark. Porque me temo que van a venir a por mí.

La cabeza me da vueltas.

–¿Vamos a ir andando? ¿En coche?

La sonrisa de Beau se convierte en una mueca diabólica. Levanta la mano y me enseña las llaves que cuelgan de la punta de sus dedos.

–Yo coche no tengo, pero el señor Zebb sí.

¿Le ha robado las llaves al profesor de su mesa?

Se gira hacia los coches y aprieta la llave.

En alguna parte, el pitido del coche indica su localización.

Beau se vuelve a girar en redondo, pagado de sí mismo.

–Bueno, ¿qué me dices, Clark?

Me quedo callado, notando las gotas de sudor que empiezan a resbalar por mi frente.

Están a punto de doblárseme las rodillas, mi corazón a punto de reventar y mi vocecita interior, aterrada ante el riesgo, me grita que es

una idea espantosa, una puñetera locura, incluso en mi mundo, donde no existen las consecuencias. Sin embargo, no sé por qué, el primer consejo de la señora Hazel resuena mucho más fuerte.

«Intentar hacer un nuevo amigo».

Tal y como predijo Beau, las puertas del instituto se abren de golpe y sale un grupo de gente del instituto, con un iracundo señor Zebb a la cabeza. Está claro que van a la caza del nuevo alumno transferido que acaba de montarla.

Así que, sin pensar más, asiento a Beau y trago saliva con dificultad.

–Claro, te acompaño a hacer recados.

Capítulo 4

Beau enciende el motor.

–Mejor abróchate el cinturón –me sonríe, mirando el asiento del copiloto.

¿Cómo me siento al robarle el coche a un profesor? Una pregunta que nunca pensé que me haría, pero esto es lo que hay. Lo lógico habría sido suponer que estaría horrorizado; se me ocurren pocas cosas más alejadas de mi zona de confort que robar un coche. Y que quede claro: lo estoy. Pero estoy igual de emocionado también: es como la fracción de segundo de pánico que notas en la cima de una montaña rusa, multiplicada por cien.

El motor ruge y el coche del señor Zebb sale disparado del sitio. Cruzamos el aparcamiento a toda velocidad, haciendo que rechinen los neumáticos contra el asfalto mientras el personal del instituto nos hace señas para que nos detengamos.

Por razones evidentes, el que parece más decidido de todo el grupo es el profesor Zebb. A pesar de ser un matemático que debería saber perfectamente el peligro que supone un vehículo en movimiento que choca con un cuerpo de noventa kilos, el profesor de trigonometría de Rosedore se pone justo delante del coche.

–Esto… –es la única advertencia que suelto cuando me doy cuenta de lo que está a punto de pasar. En un abrir y cerrar de ojos, la distancia entre el coche y el señor Zebb pasa de diez metros a uno solo. Empiezo a gritar, pero Beau se echa a reír.

Un instante antes del que habría sido mi primer homicidio del bucle temporal, el profesor se lanza a la derecha, evitando la muerte (o, como mínimo, un día muy largo de hospital).

–¿Estás loco? –le chillo, agarrándome al cinturón de seguridad, incapaz de respirar.

Beau parece pensárselo.

–Eso depende de a qué llames loco.

Salimos zumbando del aparcamiento, nos saltamos un semáforo en rojo y entramos en la autopista al triple del límite de velocidad.

Los coches nos pitan mientras zigzagueamos entre el tráfico y, según veo por el retrovisor, la forma de conducir de Beau ha

provocado por lo menos un accidente.

–Una pregunta –dice con calma, toqueteando el borde del asiento. Lo echa hacia atrás, dejando espacio para sus largas piernas–. ¿De qué te conozco?

Tengo la garganta tan tensa por la impresión que no encuentro las palabras.

–Me suenas de algo –continúa, frunciendo el ceño–. Me resultas muy familiar...

–¡Cuidado! –mi cerebro por fin encuentra las cuerdas vocales, justo antes de que atropellemos a un motociclista.

Beau cambia de carril sin alterarse, evitando un segundo desastre mortal.

–Tranquilo, Clark. Soy piloto de carreras.

–¿En serio?

–No.

Miro por todos los espejos, esperando encontrar a la policía en persecución.

–Si no nos matan primero, nos van a detener.

–Soy negro –declara. Sin bajar la vista, palpa y agarra un vaso de refresco del posavasos que está entre los dos–. Es muy probable que pase justo eso, sin importar lo rápido o despacio que vayamos.

Veo cómo se lleva el refresco del señor Zebb a los labios.

–¿En serio? –murmuro, asqueado.

Da un sorbo y pone una mueca.

–Puaj. Cerveza caliente y rancia. Venga ya, señor Zed, esperaba más de usted.

–Se llama Zebb... ¡Eh! –casi le arrancamos el retrovisor a un monovolumen que estaba parado.

–Clark, te lo vuelvo a repetir –nuestros ojos se encuentran como dos imanes; sería incapaz de apartar la mirada, aunque quisiera–. ¿Puedes tranquilizarte, por favor?

Intento controlar el ritmo de mi respiración.

–¿Confías en mí? –pregunta.

–¿Que si confío en ti?

–Sí.

–No te conozco de nada.

–¿Confías en mí o no?

–Eh... –me quedo callado un momento–. ¿No? ¿Realmente no?

Sonríe ligeramente, asintiendo; se le ve un poco sorprendido por mi sinceridad mientras cruzamos tres carriles.

–Es lógico.

Beau baja la ventanilla y el aire húmedo y caliente palpita dentro del coche. Sube el volumen de la radio y atruena por encima del ruido del viento una antigua canción de música disco que me revienta los tímpanos. No me sé la letra, pero Beau parece conocerla de memoria.

¿Quién es este tío?

–¿Y bien? –grita Beau para que se le oiga por encima de la música.

–¿Y bien qué?

–¿Nos conocemos de antes?

–No –respondo, encogiéndome cuando nos acercamos peligrosamente a un todoterreno–. Creo que no.

Estoy seguro. A pesar de que el bucle temporal le esté jugando una mala pasada a mi memoria, estoy convencido de que le recordaría: su seguridad, su energía, su voz cálida, profunda y un poco ronca, como el crepitar de las llamas contra el último tronco de una chimenea. En él no hay nada que pase desapercibido, y menos aún que sea olvidable.

–Bueno, creo que te equivocas –vuelve la vista hacia la carretera y sus labios, gruesos y rosados, se curvan en una sonrisa–. A lo mejor nos conocimos en otra vida.

Tomamos la salida en dirección a Chicago y se me dispara el corazón más rápido que el velocímetro del coche del profesor Zebb. Hace mucho que no me aparto tanto de mi ruta habitual, y no sabría decir cuándo fue la última vez que fui a la ciudad.

–¿Por qué vamos a Chicago? –pregunto, intentando aparentar que no estoy tan nervioso como en realidad estoy.

–Brownies –responde Beau.

–Brownies –repito. No… no esperaba brownies–. ¿Brownies, de los que se comen?

Se me queda mirando.

–¿Hay de otro tipo? –sube el volumen de la radio y se pone a cantar otra vez.

Como Rosedore está al lado de Chicago, apenas tardamos unos minutos hasta que el paisaje que vemos fuera de las ventanillas pasa de mostrar centros comerciales y locales de comida rápida a bloques de oficinas altísimos y torres de apartamentos que reflejan la luz. (Que

Beau vaya treinta kilómetros por encima del límite de velocidad ayuda a reducir el trayecto). Salimos a alguna parte del centro, donde empieza a conducir con un poco más de cuidado, supongo que por la muchedumbre de peatones y coches que comparten la carretera con nosotros.

Finalmente, aparca en un hueco de la calle y apaga el motor.

No sé si alguna vez he sentido más alivio por haber llegado a un destino. Jamás me he muerto en el bucle temporal –ni por accidente ni por elección– y no querría hacerlo el día 310.

–Aquí –anuncia, saltando rápidamente a la acera.

–¿Dónde?

–La pastelería Ben's Everything Blue –declara como si ese nombre significara algo para mí. Se inclina desde fuera del coche para mirarme la cara y se percata de que no me suena de nada–. ¿Me estás diciendo en serio que nunca has estado? –niego con la cabeza–. ¿En serio tú eres de Chicago?

–Bueno, técnicamente soy de las afueras y nunca he vivido en la ciudad, así que...

Sonríe, poniendo los ojos en blanco.

–Te va a explotar la cabeza en breve, te lo garantizo.

Salgo del coche del señor Zebb y cierro la puerta.

No me extraña que la pastelería se llame así; en medio de los bloques marrones, pardos y grises, el escaparate de Ben's Everything Blue brilla como un zafiro; el ladrillo está pintado de un azul metálico brillante.

–¿No vas a...? Esto... –señalo el coche del profesor Zebb.

–¿A qué? –pregunta Beau.

–¿Te da igual que te pillen con un coche robado?

Se encoge de hombros, aprieta el llavero con un pitido, cierra el coche y se acerca a la pastelería, sin inmutarse ante mis dudas.

Yo vuelvo a mirar a mi alrededor, esperando oír las sirenas de la poli o que aparezca mi madre montando en cólera por la acera. Pero pasamos desapercibidos en medio del ajetreo de la ciudad, al menos de momento.

En todo caso, ¿qué es lo peor que podría pasar? ¿Tirarme el resto del día 310 en la cárcel? Sería la primera vez en todo el bucle, pero tampoco es el fin del mundo.

Corro detrás de Beau –intuyo que, si no le sigo, me abandonará

tranquilamente– y entro en la pastelería.

No me sorprende que por dentro siga siendo azul. ¿Las baldosas del suelo? Azul marino. ¿Los ventiladores del techo? Azul turquesa. ¿Las mesas para comer? Azul cobalto. Incluso hay algunos clientes (está claro que son turistas) que visten de ese color, supongo que a propósito para venir aquí.

Sigo a Beau hasta el otro extremo de la pastelería, donde hay una vitrina larga que lo ocupa todo. Dentro se ofrece todo un surtido de pasteles en bandejas decorativas y expositores de varios pisos, y todos y cada uno de los dulces son –sí, lo habéis adivinado– azules. Galletas azules, tartas azules, glaseados azules, *macarons* azules. Deben de tener un cubo enorme de colorante alimentario en la cocina, porque ni un solo producto tiene un mínimo de color natural. Y yo haciéndome el interesante por poner glaseado amarillo en las galletas de mantequilla para la fiesta de Blair...

–Veo que Ben se toma en serio lo del azul, ¿eh? –murmuro hacia Beau.

–Al pie de la letra –me contesta–. Y el dueño se llama Otto, no Ben. Ahí viene.

Se abren de golpe las puertas giratorias de la cocina y aparece bamboleándose, con una cesta de panecillos azules y una sonrisa que le llena la cara, uno de los hombres más grandes que he visto en mi vida.

–Enseguida os atiendo –le asegura a la pareja que está delante de nosotros.

Otto es redondo, calvo y tan alto como dos señoras Hazel una encima de otra. Su barba rojiza y erizada compensa el pelo que le falta en la cabeza, porque parece medir treinta centímetros (aunque es difícil de adivinar; la lleva con redecilla). Su delantal está manchado de tonos azules a juego con sus ojos del color de las violetas, y sus brazos gruesos y llenos de pecas están plagados de tatuajes descoloridos y unas cuantas estrías.

La pareja que tenemos delante pide dos cafés y una porción de tarta de zanahoria (azul) para compartir. Otto sale despedido tras el mostrador con la agilidad de un gimnasta olímpico y suena la caja registradora antes de girarse hacia nosotros, con algunas gotas pequeñas de sudor en la frente.

En cuanto se fija en quién me acompaña, su rostro estalla de

felicidad.

–¡Beau!

El chico sonríe y saluda tímidamente con la mano.

–Ey, Otto.

–Ha pasado un montón de tiempo… –dice él–. Demasiado, en mi opinión.

–Lo sé –murmura Beau, un pelín avergonzado.

–¿Qué tal te va?

–Sin problemas. ¿Tú cómo andas?

–Vamos tirando.

Se quedan callados, mirándose.

Me percato de que hay algo que se interpone entre los dos, una conversación que han evitado tener. Pero seguramente el hecho de que yo esté presente o de que Otto esté atendiendo la pastelería –seguramente las dos cosas– les impide hablar del tema.

Beau ignora la cuestión y se gira hacia mí.

–Este es Clark.

Noto que se me encienden las mejillas, lo que me pasa prácticamente siempre que alguien reconoce mi existencia en público.

–Hola –digo, con un carraspeo.

–¡Clark! –exclama Otto–. Qué gran nombre. ¿De dónde viene?

Arrugo el entrecejo, pensando, mientras el bochorno se extiende por mi cuello. Como mi incomodidad empieza a resultar agónica, decido que es mejor admitir que no lo sé en lugar de inventarme algo sobre la marcha para evitar la vergüenza.

Me encojo de hombros con timidez.

–No estoy seguro.

Otto niega con la cabeza, ensanchando la sonrisa.

–He aquí una oportunidad perdida –se inclina hacia delante, apoyando los codos en el mostrador–. Podrías haberme contado que tu madre era adicta al chocolate Clark o que tu padre estaba obsesionado con Supermán. Me podrías haber dicho cualquier cosa y te hubiera creído.

–¿Supermán? –pregunta Beau, confuso pero sonriente.

–¿Clark Kent? –dice Otto, mirándonos de hito en hito–. ¿No os suena?

Se me escapa una risilla y asiento.

Otto suspira y se endereza tras la barra.

–¿Lo mismo de siempre, Beau?

–Sí, brownie de tercio…

–¿Crees que hace falta que me digas qué es lo de siempre? –replica Otto, fingiendo enfado–. Sé que hace tiempo que no vienes, pero los clientes habituales de Ben's siempre son mis clientes habituales –Otto me echa una mirada–. ¿Y para ti, Supermán?

Titubeo y echo un vistazo a la vitrina, abrumado ante la variedad.

–Lo mismo –responde Beau antes de girarse hacia mí–. Tú confía en mí: te aseguro que quieres comer lo mismo que yo.

–Dos brownies de terciopelo azul, marchando –pregona Otto a la pastelería entera antes de doblarse por la mitad, rebuscar entre los pasteles y reaparecer con un recipiente de plástico con dos enormes brownies azules cubiertos con una fina capa que supongo que es glaseado de queso.

–Gracias, otto –Beau le paga y agarra el contenedor.

Espero a que se dé media vuelta y se marche, pero Beau se queda ahí plantado. Creo que se está preguntando si decir o no lo que tiene en la punta de la lengua. Se aclara la garganta y se inclina sobre el mostrador. Parece que le cuesta encontrar las palabras correctas. Finalmente, habla en voz baja.

–Hoy tiene que ser duro –murmura.

La sonrisa de Otto sigue siendo igual de resplandeciente, pero el brillo de sus ojos se apaga un poco.

–Aunque no me haya pasado por aquí últimamente, no dejo de pensar en ti –añade Beau–. Y hoy también en Ben.

Otto baja la cabeza en señal de aprecio, pasa el brazo por encima del mostrador y le palmea el hombro a Beau.

–No tardes tanto en volver por aquí, ¿eh? Me gusta tenerte cerca, chaval. Y tú –se gira hacia mí–, encantado de conocerte, Supermán.

Sonrío y me despido con la mano.

Atravesamos la pastelería entre un montón de niños de primaria que vienen de excursión y desaparecemos tras la puerta azul.

–No conocerás nunca a un tío más simpático que Otto –comenta Beau–. Y no estoy exagerando.

–Eso parece –respondo, apuntándome mentalmente que tengo que probar a hacer los brownies de terciopelo azul para uno de los cumpleaños de Blair mientras me acerco a la puerta del copiloto del coche del señor Zebb.

Tengo muchas preguntas. ¿Por qué Beau dejó de ir a la pastelería? ¿Y por qué hoy es un día duro para Otto? Pero me muerdo la lengua y decido no cotillear. Al fin y al cabo, solo vengo acoplado a un viaje relámpago.

Me doy cuenta de que Beau me está mirando desde la acera con cara de diversión.

Noto que me arden las mejillas, si es que dejaron de estar rojas después de que Otto me preguntara mi nombre.

–¿Qué pasa?

Me miro la ropa, esperando encontrar una mancha en la camisa o la bragueta bajada.

–Que me haces gracia, solo eso –replica, sonriendo–. No vamos a subir al coche. Vamos a caminar.

–¿Adónde?

–Es una sorpresa –Beau se gira en redondo y avanza a zancadas–. Tú no te preocupes, Supermán –añade; casi no le oigo a la distancia–. Está aquí al lado.

Me apresuro a alcanzarle; no es fácil con lo largas que tiene las piernas, y empatizo de pronto con Sadie cuando se esforzaba por seguirme el ritmo en el centro comercial de Rosedore.

Pero no puedo distraerme demasiado con sus piernas, con los brownies que lleva en la mano o el sitio adonde me lleva; tengo que centrarme en por qué ha aparecido de pronto en mi bucle a última hora de clase y por qué siento que es una señal de que es el amigo que debería hacer.

–No me has respondido a la pregunta que te hice en el aparcamiento del instituto –le digo, intentando conducir la conversación con sutileza al punto de partida.

No deja de mirar al frente.

–¿Cuál era la pregunta?

–¿Por qué se te fue la olla en clase?

–Yo no diría tanto… Solo me estaba divirtiendo un poco.

–¿Divirtiéndote un poco? Llegaste tarde tu primer día de clase, te pusiste a saltar sobre los pupitres como un poseso y después saliste corriendo a robar el coche del profesor –le observo fijamente, aunque no me esté mirando–. ¿Ese es un lunes normal para ti?

–Al instituto Rosedore le hace falta emoción, ¿no te parece? –gira bruscamente a la izquierda y aprieta el paso–. Además, ya sé que no

me voy a graduar. ¿Por qué preocuparme de algo tan irrelevante como la trigonometría?

Le sigo, luchando por mantener el ritmo.

–¿Y por qué no te vas a graduar?

–Es complicado. ¿Y tú? –me pregunta–. Tampoco parece que te importen mucho las clases, teniendo en cuenta que estabas decidido a saltártelas conmigo.

El instituto carece de sentido porque estoy atrapado eternamente en el 19 de septiembre, sería la respuesta más sincera. Pero opto por decir simplemente:

–Necesitaba romper con la rutina. Un descanso de tanto aburrimiento.

–Conmigo no te aburrirás nunca –sentencia Beau, mirándome de reojo.

Doblamos otra esquina y veo el oleaje del lago Michigan chocando con la orilla. La superficie agitada de las aguas se extiende en el horizonte hasta el cielo y nos recibe una brisa húmeda, un alivio bienvenido del ardiente calor que irradia el hormigón que nos rodea. Beau me lleva por un paso subterráneo por debajo de la carretera Lake Shore y pisamos arena suave. El estruendo de la ciudad se reduce a un agradable zumbido.

Cierro los ojos un instante, sumergiéndome en todo el surrealismo del día.

–Necesitabas un descanso, sí, pero de algo más que del aburrimiento –dice Beau, sentándose de golpe–. Estoy convencido.

Le imito tras quitarme los zapatos y los calcetines.

–¿En serio?

Creo que nunca he conocido a nadie más presuntuoso que Beau. En parte me ofende; ¿cómo puede jactarse de conocerme después de haber pasado una hora conmigo? La otra parte de mí lo que siente es admiración por su confianza.

–¿De qué necesitaba un descanso? –pregunto.

Se queda pensativo con los ojos fijos en el horizonte antes de girarse hacia mí. Me taladra tan fijamente que de nuevo me siento en una especie de concurso de aguantar la mirada que ninguno de los dos podemos ganar ni perder.

–Tu soledad.

Su respuesta es como si un tren de mercancías chorara contra mi

pecho.

–¿Mi soledad? –repito, aunque ambos sabemos que le he oído perfectamente–. ¿Eso a qué viene?

–¿Me equivoco?

No me salen las palabras.

–Lo tomaré como un no –sentencia–. No tienes pinta de ser la clase de persona que se fuma las clases con un desconocido solo por la emoción. Más bien pareces la clase de persona que simplemente –se encoge de hombros, como si buscara las palabras– necesita un amigo.

Me levanto de golpe con una carcajada de sorpresa. ¿Cómo lo ha notado? ¿Cómo lo sabe?

–Ey, no te ofendas –me dice al verme atónito. Me hace un gesto para que vuelva a sentarme, pero me quedo de pie–. No era un insulto. Mira, yo también me siento solo. ¿No lo estamos todos? –abre la caja de plástico de los brownies–. Pilla el de la derecha; es el más grande –me ofrece.

Pero yo sigo a un metro de distancia, estupefacto ante su acertado análisis. ¿Beau Dupont es mago? ¿Ha estado hablando con la señora Hazel? O lo mismo soy mucho más evidente de lo que creo.

Beau extiende la mano un poco más y sonríe.

–Venga, lo estás deseando.

Tardo un instante más en ceder, aceptar el brownie y meterme la cuarta parte en la boca, confiando en poder masticar a pesar de la sorpresa de que Beau sea capaz de leerme como si fuera un libro abierto. Pero inmediatamente me quedo de piedra ante lo bueno que está.

–Joder –declaro con la boca llena.

–Te lo dije –asiente Beau, dando un mordisco al suyo–. Otto es el mejor repostero de todo Chicago.

–Me lo creo.

Miro el pastelito teñido de azul, cubierto de un glaseado de crema de queso perfecto: ligero y no demasiado dulce. Puede que sea relativamente fácil hacer brownies, pero a mí siempre me salen mal. Si no se me olvida sacar los huevos para que estén a temperatura ambiente antes de batirlos, meto la pata con las proporciones de chocolate y mantequilla (el señor Zebb puede dar fe: los números no son mi fuerte).

Pero ¿estos? Son perfectos.

–Si pudiera, me comería uno a diario –le digo.

–La verdad es que eso era justo lo que yo hacía –confiesa–. Pero me niego a permitir que te libres gracias a los brownies. ¿Lo estás?

–¿Cómo?

–Solo.

Le fulmino con la mirada y me obligo a reírme porque el interrogatorio es demasiado intenso como para no hacerlo.

No me da la impresión de que le parezca gracioso.

–¿Qué pasa?

–Es que... ¿que si me siento solo? –lucho para encontrar las palabras–. Nos acabamos de conocer. Somos dos extraños. ¿No es un poco... demasiado?

Beau me ignora, se acaba el brownie y se levanta. Pestañeo y, de pronto, se quita la camiseta de tirantes, dejando al descubierto su pecho cincelado.

Noto que me pongo rojo otra vez.

–No pasa nada –dice, tirando la camiseta a un lado–. No hace falta que hables de ello si no quieres.

Se baja la cremallera de los pantalones y los deja caer al suelo. Junto a la ropa interior.

Inmediatamente aparto la vista y me tapo los ojos.

–¿Qué estás haciendo? –pregunto con estupefacción, notando un cosquilleo en la piel.

–Me voy a dar un chapuzón –dice como si tal cosa. Al ver que no respondo, continúa hablando–. ¿Qué? Hace demasiado calor como para no hacerlo.

Recorro la orilla con la mirada, vigilando dónde poso los ojos.

–Te va a ver la gente.

–¿Qué gente? –replica–. Es lunes; todo el mundo está trabajando o en clase.

Bajo ligeramente las manos de la cara como para verle desde el ombligo hasta arriba, y nada más por debajo.

–No me puedo creer que vayas a hacer esto.

Sonríe.

–Deberías bañarte tú también.

–No.

–¿Seguro?

–Totalmente.

–No hace falta que te desnudes –dice–. Por mí, como si te metes en el agua con toda la ropa puesta.

Me lo pienso, pero acabo negando con la cabeza.

–Vale –se da la vuelta–. Vuelvo dentro de un rato.

Sigo con las manos extendidas delante de la cara y muevo los dedos mientras se aleja para no verle entero. Pero distingo sus largas piernas botando sobre la arena y me hacen sentir… cosas.

Me quedo esperando que me haga gestos y me anime a unirme, pero no se gira. Se mete de golpe, sin inmutarse, como si ponerse a nadar en una playa pública desnudo fuera la forma normal de empezar la semana.

Pasa un minuto. Luego, cinco. Y sigue ahí, apareciendo y desapareciendo en la superficie del agua, dejando que la marea lo arrastre, lo acerque y aleje de mí.

Me estoy poniendo nervioso. Y empiezo a tener calor.

¿Debería ir? Nunca he nadado sin bañador, y mucho menos totalmente desnudo en la playa de Chicago. Puede que el día 310 sea el primero. Además, ningún espectador recordará nada el día 311.

Joder, hoy ya le he robado el coche a un profesor. Bañarse en bolas no puede ser más ilegal que eso.

A la mierda.

Antes de que me lo piense dos veces, me trago el último bocado del brownie, me quito la ropa y corro hasta el agua a toda velocidad, con miedo a las miradas indiscretas. Me lanzo contra las olas y meto la cabeza bajo el agua lo más rápido que puedo. El frío me provoca una sacudida cuando me asomo a la superficie.

–Bienvenido –me dice Beau a unos metros, salpicándome a propósito.

Se lo devuelvo.

–*Carpe diem*, supongo.

–*Carpe diem*, joder.

Nos quedamos flotando, dejando que el agua lave la sensación pegajosa de finales de verano. Trato de hacer pie, pero la marea fuerte y los intentos fallidos me recuerdan que no estoy en la piscinita del edificio del piso de mamá. Beau me salpica, yo se lo devuelvo otra vez y flotamos de espaldas unos minutos, debatiendo cuántos brownies de terciopelo azules seríamos capaces de zamparnos antes de que la tripa se rebelara y nos obligara a vomitar. (Yo digo que cinco; Beau, siete).

Algo me pellizca el tobillo y suelto un grito de pánico, pensando que algún monstruo submarino del lago Michigan me quiere devorar antes de darme cuenta de que ha sido Beau. Se impulsa al salir a la superficie y suelta una carcajada. Sus ojos tienen un brillo espectacular a la luz del sol. Me doy cuenta de pronto de que no me sentía tan ligero y despreocupado desde que quedaba con…

–Sadie –barboto, sorprendido.

Beau me observa, confuso.

–Es el motivo por el que me notas solo –explico, apartándome el pelo mojado de la frente–. Uno de los motivos, al menos.

–¿Quién es?

–Mi mejor amiga –la única, pero eso me lo callo–. Se acaba de mudar a Texas.

Asiente.

–Lo siento.

–Es lo que hay –subo los hombros–. Así que… sí, supongo que tenías razón. Me vendría bien un amigo.

Beau me tiende el brazo sobre el agua.

–Soy Beau –sonríe de oreja a oreja.

Yo también sonrío cuando le agarro la mano. Nuestras palmas se mantienen unidas unos cuantos segundos más que un apretón de manos normal.

–Hola, Beau –respondo–. Yo soy Clark.

Intentar hacer un nuevo amigo.

Lo he hecho. He completado la primera tarea de la señora Hazel para superar la soledad.

La mierda es que nuestra amistad expirará en cuestión de horas y pasaré a ser un desconocido para Beau. Pero es agradable saber que soy capaz de conocer a gente nueva, especialmente a alguien como él.

–Venga –dice, nadando hacia la orilla–. Vamos.

–¿Adónde? –le pregunto, porque, por primera vez desde hace mucho tiempo, no tengo la menor idea de lo que va a pasar después y, sorprendentemente, me parece bien.

Su sonrisa se extiende por su cara.

–El segundo recado.

Capítulo 5

Una de las ventajas de este calor asfixiante es que los dos estamos completamente secos después de un par de minutos de pie al aire (sin mirarnos, con las manos convenientemente colocadas delante, por cierto). Aún me estoy poniendo las zapatillas cuando Beau echa a caminar tan tranquilo.

–Espera un segundo, por favor –le digo, tropezando con los cordones mientras intento seguirle.

Me sorprendo cuando veo que el coche del señor Zebb sigue aparcado en el mismo sitio, sin una manada de polis a su alrededor. Sin embargo, no me sorprende lo más mínimo la explosión de llamadas perdidas y mensajes en mi móvil, de mamá, papá, Blair y Sadie. Me pongo el cinturón del asiento del copiloto y voy pasando la ristra de mensajes, cada vez más aterrados, mientras recuerdo mi fase de luna de miel en el bucle temporal, cuando me apartaba de la rutina tan a menudo que encontrarme con un montón de mensajes histéricos de mi familia pasó a ser lo habitual.

El primer mensaje, de mamá, dice:

> ¿Dónde estás? Me han llamado del instituto y dicen que ¿¿HAS ROBADO EL COCHE DE TU PROFESOR DE MATEMÁTICAS???? Dime que es un error.

El segundo mensaje, de Blair:

> ¿?¡!¿¿??¡! Tío… qué está pasando…

El tercero, de papá:

> La señora Hazel dice que no sabe nada de ti. Clark, ¿nos puedes llamar?

El cuarto mensaje, de Sadie:

> Vale, corre el rumor de que le has robado el coche a zebb… De verdad, es el mejor chiste que he oído

en mi vida.

El quinto mensaje, de Sadie (diez minutos después del primero):

ESPERA ¡¡QUE DICE TU MADRE QUE ES VERDAD!! ¿¿¿CLARK???

Hay un sexto, séptimo, octavo mensaje, y más. Empiezo a escribir para garantizarles que no es tan malo como parece y que pronto volveré a casa a hornear algo para la fiesta de cumpleaños, pero me paro antes de darle a enviar. ¿Por qué debería ponerme un toque de queda el mejor día que he tenido desde hace siglos? Cierro y dejo el móvil en el portavasos, junto a la cerveza rancia del señor Zebb, y me fijo en que Beau también está distraído leyendo su propia ristra de mensajes. Cuando escribe frenético aparece de inmediato el bocadillo de respuesta del destinatario que, a juzgar por la velocidad delirante de la conversación, está angustiadísimo por nuestra deriva delictiva como ladrones de coches.

–¿Va todo bien? –le pregunto–. ¿Tus padres también están subiéndose por las paredes, igual que los míos?

Manda un último mensaje antes de guardar el móvil en el bolsillo con un suspiro nervioso.

–No pasa nada.

–¿Seguro?

–Solo son problemas de chicos –Beau se sube las comisuras de los labios con las yemas de los dedos, obligándose a sonreír–. Me niego a permitir que nos agüen la fiesta hoy.

Problemas de chicos.

Ouch.

«Problemas de chicos» puede significar mil cosas, pero confirmaría dos detalles que ambos compartimos –que a Beau le gustan los chicos y que tiene problemas– y un tercero que me quema más de lo esperable: Beau está saliendo con alguien.

Debería darme igual. Somos nuevos amigos, eso es todo, y amigos cuya amistad no durará después de las 23:16 de hoy.

Pero...

Nos incorporamos al tráfico y conducimos por la carretera Lake Shore dirección norte, junto a la costa. Mientras veo las crestas blancas de las olas, noto una sensación agridulce que llevaba sin experimentar mucho tiempo: la felicidad de estar disfrutando el día de

hoy y la tristeza de que pronto acabe. Porque, por extraño y confuso que esté siendo el día 310, no tiene solución que el reto superado de la señora Hazel vaya a concluir con el olvido de Beau.

Salimos de la autopista en el distrito residencial y conduce hasta que llegamos al Aragon Ballroom, una de las salas de conciertos más famosas de la ciudad. De este sitio sí he oído hablar, no como de la pastelería Ben's Everything Blue. Aparca cerca del imponente cartel negro con las letras gigantes ARAGON en blanco, negrita y mayúsculas, para que se vea desde todo el norte, y me lanza una extraña sonrisa antes de salir del coche del señor Zebb sin decir una sola palabra.

Le divierte hacerse el interesante, está claro.

Salgo yo también del coche y, una vez más, aprieto el paso para alcanzarle.

–¿Has oído hablar del Aragon Ballroom? –grita hacia atrás.

–Claro –respondo con frialdad, esperando recuperar algún punto como auténtico chicaguense–. Sadie vino a un concierto el año pasado, no dejaba de hablar de eso... Yo no he estado nunca.

–Mejor –sentencia Beau–. Molará mucho más si es tu primera vez.

Nos acercamos a la entrada. Me sorprende ver que el vestíbulo está oscuro y vacío. Hay un gran cartel pegado por el interior de la puerta donde pone: «LA SALA ESTÁ CERRADA TEMPORALMENTE POR MANTENIMIENTO HASTA EL 23 DE NOVIEMBRE».

–¿Lo sabías? –le pregunto, señalando el cartel.

–Por eso hemos venido –responde.

Beau saca el móvil y escribe un mensaje con una sonrisa de placer estampada en la cara. Al principio me pregunto si estará hablando con el chico responsable de sus «problemas de chicos», pero en cuanto suena el zumbido de respuesta al instante siguiente, dice:

–Viene enseguida.

–¿Quién?

–Mi amiga Dee –precisa–. Trabaja aquí.

La silueta menuda de Dee aparece en el vestíbulo en sombra y sus rasgos se vuelven nítidos cuando se acerca a nosotros. Desatranca la puerta y la abre de golpe.

–¡De verdad has venido! –exclama, aparentemente sorprendida de que Beau haya decidido aparecer.

Sus brazos, delgados pero fuertes, envuelven a Beau y lo ciñen en

uno de los abrazos más agresivos que he visto en mi vida. Murmura algo, pero no lo oigo desde donde estoy: tiene la cara apretada contra el pecho de Beau.

Se separan.

–¿Estás mejor? –le susurra Beau.

Aparto la mirada para no parecer un entrometido que cotillea en un momento personal.

–Sí –responde ella, sonriendo.

–Vale... –murmura Beau, pero no parece convencido. Sube el tono a un nivel normal–. Se te ve sorprendida; ya te dije que vendría.

–Eh, que me han mentido muchos chicos en mi vida –Dee se ríe, se vuelve sobre sus talones y se me queda mirando–. ¡Clark! –antes de que pueda preguntarle cómo sabe mi nombre, me da un abrazo increíblemente fuerte para alguien de su estatura, que hace que casi se me salgan los pulmones por la boca–. Beau me ha escrito diciendo que vendrías tú también.

Dee, que aparenta un par de años más que nosotros, es la personificación de una bolsa de sugus. Tiene unos grandes ojos redondos magnéticos que atrapan y la nariz respingona. Lleva el pelo con rastas finas que caen sobre sus hombros, perfectamente separadas con raya en medio. Las pocas pecas oscuras que salpican su piel morena son tan perfectas como si se las hubiera pintado un maquillador.

–Qué guapa eres –suelto sin darme cuenta, y el estómago me da un vuelco, al percatarme, horrorizado, de que le he dicho un piropo en voz alta.

¿Lo veis? Por eso me cuesta tanto hacer amigos.

Pero, a juzgar por la expresión de Dee, juraría que aprecia mi franqueza accidental.

–Me cae bien este tío –le dice a Beau, señalándome.

–Perdona si ha sonado raro –murmuro casi sin separar los labios–. ¿Ha sonado raro? –le pregunto a Beau, bajando la voz.

Beau me pone la mano en los riñones y me guía al interior tras Dee.

–Venga, pasa, raro.

El vestíbulo del Aragon Ballroom es impresionante, incluso a oscuras.

Las baldosas de mosaico forran el suelo de una sala cavernosa con arcos que nos conducen al interior. Hace fresco y está silencioso –casi

inquietante– y me da la sensación de que estos muros podrían contar un millón de historias, si pudieran.

–Ayer le dije a Beau que debería pasarse –me explica Dee. Su voz resuena con eco contra las paredes. Nos conduce hasta el otro extremo con la seguridad y confianza de una guía turística con experiencia–. Estamos cerrados una semana por reformas, así que estáis de suerte.

Los miro intrigado.

–¿Y eso por qué?

–Tenéis todo el sitio para vosotros solos –responde ella–. No hay nadie salvo algún obrero de la construcción que podría pasar por ahí. Si os hablan, actuad como si trabajarais aquí.

Beau y yo cruzamos una mirada insegura, nada convencidos de lo que se supone que implica eso.

Llegamos al final del pasillo; una escalinata amplia con barandillas elegantes conduce hacia arriba. Beau y yo seguimos a Dee.

Y, cuando llegamos al final, se me descuelga la mandíbula.

–Guau –mascullo.

Beau me da un codazo juguetón en el costado.

–Te dije que sería aún mejor si no habías estado nunca.

Es como si hubiéramos aterrizado en el patio de una aldea costera mediterránea, o en un decorado cinematográfico. Al frente, en el extremo opuesto de la sala, hay un escenario de conciertos normal, pero a ambos lados las paredes están decoradas con pilares, balcones de estilo español y extravagantes minaretes que rodean la pista de baile vacía. Las luces amarillas y cálidas bañan la estancia con un resplandor acogedor, pero no pueden competir con los tonos brillantes que refulgen a nuestro alrededor.

–¿A que es una pasada? –susurra Beau, echando el cuello hacia atrás para contemplarlo todo.

El techo de la sala, muy alto, está pintado como un cosmos radiante, con rayas de color púrpura, rosa y azul que atraviesan la negrura del universo. Las estrellas salpicadas por toda la superficie me llevan a otra galaxia, a años luz de Illinois.

–Tengo papeleo antes de acabar mi turno, a las seis –comenta Dee–. ¡Divertíos! Miradlo todo, sacad fotos, haced lo que os apetezca, pero, por favor, no rompáis nada…

–Espera –la llama Beau–. ¿Te vas? –Dee asiente–. Pero… creía que querías… –baja la voz igual que lo hizo en la entrada– hablar de la

última noche.

Dee suelta una carcajada, como si intentara contrarrestar la seriedad del tono de Beau.

–Estaba siendo dramática; estoy perfectamente. No te preocupes.

Vuelvo a mirar el cielo nocturno pintado en el techo, para que parezca que no estoy prestando atención a lo que sea que está pasando.

Beau se queda callado un instante antes de insistir.

–¿Estás segura?

–Sí.

–¿Totalmente?

–Sí –Dee le empuja alegremente hacia la sala–. Pasadlo bien; aprovechad que es todo solo para vosotros.

–Vale… Gracias, Dee.

Asiento, le sonrío y se marcha por las escaleras.

–¿Va todo bien? –le pregunto a Beau.

–Eso espero –murmura él–. Tuvo una noche jodida, pero no quiere hablar de ello.

–¿Porque estoy yo? No me importa quedarme un rato en el vestíbulo para que habléis los dos solos…

Beau hace un aspaviento, quitándole importancia.

–No te preocupes –descarta, aunque no parece estar aplicándose el cuento–. Dee es una chica dura. Ya se abrirá cuando esté preparada.

Avanza hasta el centro de la sala, dejándome intrigado.

Me pasa lo mismo que en la pastelería, cuando me dio la impresión de que Beau y Otto querían decirse algo. Hay algo oculto entre Dee y Beau, algo que no se están diciendo. En parte estoy deseando cotillear, sabiendo que apenas me quedan unas horas con él: cualquier cosita que pase por alto podría contener información relevante que me arroje algo de luz relacionada con la desviación de los deberes de la señora Hazel y con por qué Beau ha aparecido de pronto en mi día 310. Pero soy consciente de que su amistad con Otto y Dee no es de mi incumbencia y, si le presiono, podría ahuyentar al único amigo que he hecho en 310 días idénticos.

Sigo a Beau hasta el centro de la sala.

–Este sitio es increíble –declaro, mirando a mi alrededor.

–Pensé que te gustaría –responde Beau–. Lo normal sería sentirse solo al estar rodeado por el infinito, ¿no? Pero aquí… –niega con la

cabeza.

–Pasa justo lo contrario. Me encantaría tener un sitio así donde poder escaparme en donde vivimos –nos paramos bajo una pequeña y brillante bola de discoteca que cuelga cerca del escenario–. ¿Por qué te has mudado a Rosedore? –pregunto.

–Técnicamente no me he mudado ahí –contesta–. Vivo en el pueblo de al lado, en West Edgemont, pero... –se queda pensando, como si considerara cuánto debería explicar–. Tenía más sentido ir a clase en Rosedore.

–Buf, West Edgemont... –niego con la cabeza–. Lo siento mucho; es aún peor que Rosedore.

Suelta el aliento.

–Abandonar Chicago e irme a vivir con mis aburridos abuelos blancos en su atrasado pueblo blanco desde primero no me hizo precisamente feliz –no sé qué nota en mi expresión, pero sigue hablando como si quisiera aclararlo–. Mi padre era negro; mi madre es blanca. Vivo con mis abuelos por parte de madre.

Era. Así que supongo que puedo asumir que el padre de Beau murió. Pero si su madre sigue viva, me pregunto por qué no vive con ella.

–No quieres oír mis mierdas –me dice, como si me leyera la mente–. Créeme.

La verdad es que sí quiero, pero seguramente sea más inteligente cambiar a un tema más alegre para no deprimirnos hablando de nuestras familias desestructuradas.

Echo otro vistazo a mi alrededor; es una pasada que nos hayamos colado en el Aragon Ballroom y que lo tengamos entero para nosotros solos.

Ni siquiera durante mi fase de luna de miel hice algo parecido a esto.

–No me creo que consideres que venir aquí –señalo la estancia– sea un recado.

Se acerca un poco a mí, pero mira al cielo.

–¿Y por qué no iba a ser un recado?

A Beau le encanta hacerse el interesante.

Exhalo, dispuesto a seguirle el juego.

–Un recado, para mí, es ir a la tienda a por los ingredientes que me faltan para hornear algo. Si digo que tengo que hacer un recado, hablo

de tareas que hay que hacer.

Baja la barbilla y me mira a los ojos.

–¿Hornear? ¿Eres repostero?

Noto que me arden las mejillas, no porque la repostería sea algo vergonzoso, sino porque soy un absoluto aficionado en algo que me apasiona.

–Sí, bueno, más o menos.

Beau sonríe.

–¿Más o menos?

–Es que no tengo formación –me explico–. La mayoría de las veces saco las recetas de internet y me meto en la cocina de mi madre a probar qué sale.

–Guau –Beau parece impresionado–. Pues te has debido de quedar a cuadros cuando hemos ido a Ben's, ¿no?

–Podría decirse...

Nos sostenemos la mirada.

–Bueno –concluye Beau–, por suerte no hace falta estudiar un máster para hacerse repostero –vuelve a clavar los ojos en el techo–. Te guste o no, tú eres repostero, Clark –noto todavía más calientes mis mejillas ya de por sí sonrosadas–. Respondiendo a tu pregunta –continúa él–, estoy de acuerdo contigo en tu definición de recado, pero considero que comer brownies en la playa y tirarme en una sala de conciertos vacía contigo eran cosas que había que hacer, sí o sí, hoy.

Beau se deja caer de espaldas y dobla los codos, usando las manos de almohada contra la madera del suelo. Le imito, rezando para que la luz tenue oculte lo rojas que tengo las mejillas.

La sala está tan silenciosa y el falso cielo estrellado es tan fascinante que es como si pudiéramos salir volando hasta la Vía Láctea y desaparecer sin dejar ningún rastro.

–Gracias por venir conmigo –susurra Beau–. A la mayor parte de la gente no le gusta mi impulsividad. O, como la llamó mi madre una vez, mi «impulsidiotez» –sacude la cabeza–. Mis abuelos adoran esa expresión; la usan continuamente desde entonces.

Le miro de reojo.

–¿Por qué no les gusta?

–Me ha metido en unos cuantos líos.

–¿Cuáles?

Se aclara la garganta.

–A ver… En una ocasión me gasté dos sueldos enteros de mi curro, en la heladería Froyo, en un pedazo de silla reclinable de *gamer* para jugar en mi habitación, y lo hice sin pensármelo dos veces. Pero… los repartidores fueron incapaces de meterla por la puerta de la casa de mis abuelos. Era demasiado grande. ¿Qué más…? Ah, sí: en séptimo le di un puñetazo brutal entre los ojos a un niño llamado Mark por haberme robado mi último *nugget* de pollo y me castigaron.

Me río.

–Creo que el tal Mark se lo merecía.

–No te equivocas, no –replica, también riéndose–. Pero seguramente debería habérselo dicho a la señora Winfords en lugar de recurrir a la violencia sin pensar. ¿Quieres más ejemplos? Tengo la tira.

Sonrío.

–Puede que tu madre lo considere «impulsidiotez», pero a mí me parece espontaneidad. Y no creo que sea algo malo –le digo–. ¿Un viaje sorpresa a la playa en lunes? ¿Una sala de conciertos para ti solo? Me encantaría ser más como tú. Vale la pena ser espontáneo.

Le miro lo bastante rápido como para captar que él también sonríe. Aparto la vista rápidamente.

Me siento partido en dos. Una parte de mí solo quiere quedarse aquí tirado, relajarse y disfrutar del momento. Pero hay otra parte que recuerda perfectamente por qué me decidí a acompañarle a hacer recados, y esa está decidida a desentrañar el motivo del cambio de deberes de la señora Hazel y la repentina aparición de Beau.

El tiempo del que dispongo antes de que se reinicie el día de hoy y Beau olvide quién soy se está acabando.

–¿Te puedo hacer una pregunta personal? –digo, rompiendo el silencio.

Se gira de lado y apoya la cabeza contra la palma.

–Claro.

Le imito y nos quedamos frente a frente.

Las luces violetas y rosas de la pista bailotean sobre sus mejillas, y sus ojos –que captan mi atención tan poderosamente como el universo del techo– refulgen como las estrellas más brillantes de la sala.

Céntrate, Clark.

–¿Por qué te sientes solo? –digo, intentando encontrar alguna

relación entre el primer reto de los deberes de la señora Hazel y nosotros dos–. No tendrás también una mejor amiga que se haya mudado a Texas, ¿no?

–No exactamente –se sienta y contempla el escenario, apoyando los codos–. ¿Recuerdas que te dije que tenía «problemas de chicos»? –asiento–. Bueno, pues consisten en que hay un chico causándome algunos problemas.

–¿Ah, sí?

–Sin entrar en detalles escabrosos, digamos que... –hace una pausa– es importante que lo recupere.

Sabía que los «problemas de chicos» de Beau seguramente implicaban dos posibilidades: que Beau estaba saliendo con uno o que esperara salir con uno. En todo caso, estando atrapado en un bucle temporal, jamás voy a poder salir con nadie y, a las alturas del día 310, ya debería saber que no es buena idea enamorarse de nadie. Pero, a pesar de todo, oír cómo Beau me confirma que le gusta otro es un jarro de agua fría.

–¿Ha cortado contigo? –le pregunto.

–Sí.

–Entonces, ¿por qué intentas recuperarlo?

Sonríe como si fuera imposible que yo lo entendiera.

–Es complicado.

–Bueno... –vacilo, pensando si seguir por ahí o no–. Si he de ser sincero, no estoy muy seguro de que merezca la pena luchar por alguien que te da problemas.

Estudia mi rostro en silencio. Jamás había deseado tanto tener la capacidad de leer la mente.

–Puede que tengas razón –concluye finalmente–. Pero insisto: es complicado.

–¿Por qué?

–Es una larga y triste historia, Clark –responde–. Una que no merece la pena contar bajo un cielo nocturno tan bonito. Aunque solo sea un techo pintado.

Una voz estruendosa rompe el silencio de la sala.

–¡Eh! –los dos miramos al escenario, donde hay un tipo enorme con bigote y un casco de obrero que nos mira con recelo–. ¿Qué estáis haciendo aquí?

–Trabajamos aquí –miente Beau.

–No –replica de inmediato.

–Sí, trabajamos aquí –confirmo con un aplomo que me sorprende a mí mismo.

–No –repite el hombre lentamente, dando un paso hacia nosotros–. No.

Beau y yo cruzamos una mirada y decidimos, sin intercambiar una sola palabra, que esa es la señal de salida. Nos levantamos y echamos a correr mientras el hombre nos grita desde el escenario.

–¿Te da tiempo de hacer otro recado conmigo? –me pregunta Beau mientras bajamos las escaleras hacia el vestíbulo.

–Sí –respondo, corriendo sobre las baldosas–. ¿Adónde?

Se gira y me mira con una sonrisita.

Ya debería haber dado por sentado que no iba a responderme.

Capítulo 6

Nos metemos en el coche del señor Zebb y salimos disparados por la avenida Lawrence.

–¿Habremos metido a Dee en un lío al colarnos? –le pregunto a Beau.

–Yo no me preocuparía por eso –responde Beau tranquilamente–. Doy por sentado que un obrero cabreado será la última de sus preocupaciones.

Aunque el tipo no parece perseguirnos, Beau gira bruscamente a la derecha, luego a la izquierda, y se adentra en la ciudad como si fuera una persecución de un videojuego. Las filas de restaurantes, tiendas y apartamentos de ladrillo se desdibujan en manchones de colores por mi ventanilla mientraas me recuerdo que soy un chaval de las afueras y me siento totalmente perdido en la gran ciudad. Sin embargo, ahora no tengo miedo como cuando fuimos desde Rosedore a la pastelería Ben's: confío en que Beau nos conduzca a nuestro próximo destino.

–Agárrate fuerte –me susurra tan tranquilo, tocándome el muslo izquierdo con la mano derecha. La mantiene ahí unos instantes, lo que provoca que se me ponga la carne de gallina en los brazos–. Casi hemos llegado.

Un minuto después, mientras Beau aparca, me entero de que existe un sitio llamado cines Splendid.

–Si te gustan las pelis antiguas, especialmente las comedias románticas de los noventa que no han envejecido nada bien, este sitio es para ti –me explica, abriendo la puerta–. Está congelado en el siglo pasado y nunca hay gente. A lo mejor soy el único que sabe que esto sigue abierto.

–¿Y cómo se mantienen? –pregunto.

Beau se encoge de hombros.

–No pienso preguntárselo.

La moqueta de la entrada, con un diseño retro y manchada de refresco, desprende un hedor a moho lo bastante penetrante como para estropear el aroma a palomitas de mantequilla. Nada más entrar, nos encontramos un puestecito donde hay muy pocas chucherías y refrescos a la vista –nada que ver con la variedad de los grandes

cines–. Las paredes están llenas de carteles plastificados de películas antiguas, la mayoría torcidos y mal colocados.

No hay nadie salvo un empleado con melena rubia platino de surfero y unos brillantes ojos verdes. Parece de nuestra edad, puede que algo mayor. Está tan absorto en la música de sus cascos y en los papeles que tiene en las manos que no se fija en nosotros hasta que estamos a medio metro de distancia.

Abre los ojos como platos, como si le sorprendiera ver a un cliente de carne y hueso. Se quita los auriculares y deja los papeles.

–Bienvenidos a los cines Splendid.

–Hola, Emery –saluda Beau–. ¿Hoy qué ponen?

Emery parece confuso de que sepa cómo se llama hasta que Beau le señala con un gesto la enorme etiqueta con su nombre que lleva en el pecho.

–Oh –sonríe de forma bobalicona–. Claro –mira la pantalla del ordenador que tiene delante, donde seguramente esté la respuesta a la pregunta de Beau–. En la sala uno empieza dentro de unos minutos *Cuando Harry encontró a Sally*, y *La princesa prometida* se proyecta en la sala uno en... –entrecierra los ojos– un par de horas.

Espero a que siga hablando. Pero se calla.

–¿No hay una sala dos? –mascullo en dirección a Beau.

–No –responden a coro Emery y Beau.

Al principio creo que están de broma, pero la mirada de Emery lo dice todo.

Beau se queda pensativo ante nuestra única opción.

–*Cuando Harry encontró a Sally*... –me mira–. ¿La has visto?

Niego con la cabeza.

–¿Quieres verla?

–Claro –sonrío.

–Dos entradas, por favor –le pide Beau a Emery, que inmediatamente parece abrumado por la responsabilidad de intercambiar dinero por entradas–. Y palomitas grandes y dos refrescos.

Beau deja el dinero sobre el mostrador y me pongo a buscar en mis bolsillos.

–Espera, pago lo mío.

Beau niega con la cabeza.

–Te invito.

–No, en serio –saco la cartera–. Yo…

Pero Beau me aparta suavemente la mano.

–No importa.

Emery nos mira con cara de diversión.

–¿Una discusión en la primera cita?

Se hace un silencio incómodo entre los tres.

–Esto no es una cita –digo.

Beau se gira hacia mí, sorprendido.

–Anda, ¿de verdad?

Me quedo helado. ¿Qué pasa con el chico que quiere recuperar? ¿No se supone que acabamos de decidir ser amigos? La cara de Beau se transforma en una sonrisa.

–Solo estoy de coña –me dice, empujando el dinero en el mostrador para pagar por los dos.

Cinco minutos y un cubo de palomitas llenado por Emery después, Beau y yo estamos al fondo de la oscura y vacía sala uno del cine mientras en la gran pantalla aparecen los tráilers de películas que tienen el doble de años que yo. Puede que los sillones sean pequeños, estén desvencijados y chirríen hasta cuando respiramos, pero, milagrosamente, el aire acondicionado del cine funciona, y solo por eso ya merece la pena este tercer recado.

–¿Te puedo decir una cosa? –le pregunto a Beau. Asiente con la cabeza–. Este hoy ha sido uno de los más interesantes que he tenido –declaro mientras me lanzo una palomita a la boca.

–¿Este hoy?

–Bueno, solo quería decirte que he pasado un rato interesante contigo, nada más.

Beau se queda pensativo.

–¿Interesante es bueno? –me susurra cuando empieza la película (que no haría falta bajar la voz, teniendo en cuenta que estamos solos).

–Sí –respondo–. Interesante es muy bueno.

Después de los créditos, la película empieza con la entrevista a una pareja de ancianos que explican cómo se enamoraron. Sé que *Cuando Harry encontró a Sally* es un clásico de las comedias románticas –recuerdo que mi madre citaba algunas de las frases más graciosas a mi padre en nuestra antigua cocina, que a estas alturas me parece un sueño de una vida anterior– y cumple exactamente con lo que

prometía. Pero, aun así, me parece demasiado... ¿cursi? No lo sé. Puede que sea por el divorcio de mamá y papá o la imposibilidad de poder tener novio en mi situación actual –quizás la mezcla de ambas cosas–, pero me resulta difícil tragarme la predecible premisa que seguro que acaba con un final de cuento de hadas.

Me inclino hacia Beau.

–¿Tú ya has visto esta película?

–Sí.

–¿Y te gusta?

–Sí.

Me quedo callado.

–¿En serio?

Me mira de reojo.

–¿Por? ¿A ti no?

Me encojo de hombros.

–Acaba de empezar –replica, sonriendo–. Ten paciencia.

–Vale.

La tengo. Pero a los treinta minutos sigo sintiendo lo mismo.

–¿Y bien? –me pregunta Beau, acercando la cabeza–. ¿Te está gustando? –me muerdo el labio inferior, indeciso, y él sacude la cabeza con decepción–. Supongo que no todo el mundo tiene buen gusto.

Abro los ojos de golpe, un poco ofendido (no de veras).

–Vale, sé que no es lo que opina la mayoría, y no es mala película... –aclaro–. Es divertida. Y bonita, supongo. Es que es...

–¿Tonta?

–No.

–¿Aburrida?

–Tampoco es eso.

–¿Entonces qué?

Intento encontrar la forma más sencilla de expresar lo que pienso.

–Esta película va a tener un final de cuento de hadas.

–¿Y... eso es malo?

–No, no necesariamente. Lo que pasa es que es mucho mejor cuando los finales felices son creíbles. Y esta historia de amor no es creíble.

–Entonces, ¿no crees que esos podríais ser tú y tu otra mitad, algún día? –me pregunta Beau, señalando a los personajes de Billy Crystal y

Meg Ryan en pantalla.

Se me escapa una carcajada.

–No, no lo creo.

–¿Y por qué no?

Me quedo mirando la pantalla, abismado.

–No quiero parecer cínico, pero no creo que todo el mundo esté destinado a estar con otra persona.

–¿Hablas de las almas gemelas?

–Sí, algo así –agarro un puñado de palomitas–. Creo que es infantil pensar que dos personas pueden coincidir por arte de magia, como si fueran dos piezas perfectas del mismo puzle.

–Yo no creo que las almas gemelas tengan que encajar a la perfección –declara, robándome unas palomitas de la mano, aunque aún quedan un montón–. Por ejemplo, el chico con el que tengo «problemas de chicos»: te garantizo que estábamos lejos de la perfección. Muy lejos.

Arrugo la frente, confuso.

–A ver si lo estoy entendiendo... Él cortó contigo, tú crees que los dos estáis –abro comillas– lejos de encajar –cierro comillas–, ¿y tú ahora intentas recuperarlo?

–Lejos de la perfección –me corrige–. Hay una gran diferencia. Y sí, justo.

Meneo la cabeza.

–No lo entiendo.

–No hace falta que lo hagas –zanja–. Las relaciones se basan en el compromiso. Puede que yo tenga que ceder un poco para evitar que rompamos. Y no pasa nada.

–Creía que ya habíais cortado –digo–. Vamos, roto.

–Sí –asiente–. Y he aprendido la lección. Puedo intentar amoldarme a la persona que le gustaría que yo fuera, y con suerte él hará lo mismo.

Me quito algunas palomitas del regazo, nada convencido con las ideas de Beau sobre el amor.

–Bueno, ¿ese chico misterioso tiene nombre?

Beau abre la boca, se ríe y vuelve a cerrarla.

–Sí.

–¿Y bien?

–Da igual.

Entrecierro los ojos, mirándole fijamente.

–¿Por qué no quieres decírmelo?

–Porque no quiero estropear nuestra noche.

Suelto una carcajada.

–Oye, que tú le confirmaste a Emery que esto no era una cita.

–Es que no lo es –responde.

–Solo somos amigos.

–Lo sé.

Estrecho más los ojos.

–Entonces, ¿por qué nos iba a aguar la noche que me digas el nombre de tu ex?

Suspira.

–Porque entonces yo pensaré en él más aún de lo que lo estoy haciendo ya, y para ti será una persona mucho más real.

–¿Porque ahora no es real?

–Mañana intentaré recuperarlo –continúa él–. Pero esta noche prefiero pasar un rato agradable contigo como amigos.

Le sostengo la mirada un instante más.

–Lo voy a repetir una vez más –comienzo–: no sé si merece la pena luchar por un chico que te da problemas.

Beau frunce los labios, frustrado y divertido a la vez, lo noto.

–Y yo también me voy a repetir –replica–: es complicado.

Sonrío.

–*Touché.*

–En todo caso… –sacude las palomitas para impregnarlas de mantequilla–, me apetece conocer tu absurda opinión sobre las almas gemelas, porque tiene toda la pinta de que crees que jamás tendrás una, ¿me equivoco? –me encojo de hombros, muy inseguro–. ¿Por qué piensas eso? –me pregunta.

Dejo escapar el aliento.

¿Por dónde empezar? ¿Por el hecho de que no solo nunca he tenido novio, sino que ni siquiera he tenido una cita de verdad? ¿Por el detalle de que yo mismo soy el resultado de la relación de mis padres, dos personas que estuvieron locamente enamoradas durante décadas solo para que su matrimonio estallara como un contenedor de basura rociado con gasolina? Ah, ¿qué tal la cuestión de que será un milagro que pase de las 23:16 esta noche? Busco la forma más simple de no mentir.

–Puede que no esté destinado a tener un alma gemela. Es lo que hay.

Beau esboza una sonrisa antes de volver a mirar la pantalla.

–Hmm…

Le doy un toque en el hombro con el mío.

–¿Y eso qué significa?

Carraspea.

–Solo te puedo decir una cosa: entiendo que este tipo de pelis no le gusten a un escéptico que no cree en almas gemelas, si necesita que sean creíbles.

–Vale, te sigo.

–Pero, para mí, la gracia de una comedia romántica inmortal no tiene nada que ver con lo creíble que sea. Las mejores comedias románticas consiguen que el público se evada.

–¿Y de qué se supone que se evade el público?

Beau da un sorbo del refresco.

–De la realidad.

–¿Por qué quieres escapar de la realidad?

–¿Una madre que estaría mejor muerta y un padre que está realmente muerto? –me mira antes de centrarse en Meg Ryan–. Yo venía a este sitio continuamente, solo, después de clase. La sala uno, me creas o no, siempre estaba vacía –sonríe–. Y me metía aquí y entonces… todo iba bien. Es una gozada poder perderse en otro mundo –se hunde en su asiento, acercándose a mí–. Es una gozada poder escapar de la realidad.

Nuestros brazos se rozan en reposabrazos compartido y noto cómo sube el calor por mi cuello, mi cara, mi pecho y… casi todo mi cuerpo, la verdad.

–Lamento que necesitaras escapar de la realidad –murmuro–. Y lo entiendo.

Y lo hago de veras. Porque eso es justo lo que estoy intentando hacer ahora.

Los dos volvemos a centrarnos en la pantalla, pero yo, en lugar de seguir la historia de Harry y Sally, intento atar cabos de la de Beau. Su madre, al parecer, es lo peor; su padre está muerto; vive con sus aburridos abuelos blancos en un atrasado pueblo de blancos; siente necesidad de escapar a un mundo ficticio y abandonar el real. Eso es todo lo que sé de Beau Dupont.

Lo que no sé es todo lo que no se dijo cuando vimos a Otto y a Dee. ¿Qué le pasó a su padre? ¿Por qué su madre se marchó? Y lo esencial: ¿por qué ha habido una variante en el bucle y ha aparecido de pronto en el día 310? No tengo ni idea de por qué Beau es relevante para mí, si es que lo es, por qué el universo ha querido que fuera mi nuevo amigo y si alguna de las respuestas a estas preguntas conseguiría llevarme al día de mañana. Pero, al menos de momento, me hace feliz haberme evadido de este día de hoy con Beau.

–Por cierto –me susurra–, creo que te equivocas.

Me giro.

–¿En qué?

–Tienes un alma gemela –dice–. Solo tienes que encontrarla.

Capítulo 7

La cámara se aleja de Harry y Sally mientras se funden en un beso de Nochevieja bajo una lluvia de confeti.

Poco después empiezan los créditos.

–¿Lo ves? –dice Beau, dándome un toque en la rodilla con la suya–. Un clásico, ¿sí o no?

Inclino la cabeza a ambos lados.

–No está mal.

–Eres un crítico muy duro, Clark.

La verdad es que la película me ha gustado más de lo que esperaba, pero creo que ha sido por ver a Beau partirse de risa con los chistes de Sally y poner una sonrisa soñadora en las escenas más bonitas.

Se empiezan a encender las luces sobre nuestras cabezas y Beau se echa hacia atrás, estirándose y extendiendo los brazos.

–Tendrás que ir a casa, ¿no? –me pregunta, bostezando.

Miro mi móvil, que ahora tiene el triple de mensajes y llamadas perdidas que la última vez que lo miré, cuando estábamos en la playa. Tras echar una ojeada, compruebo que son los mensajes habituales de pánico que recibía siempre que me desviaba de la rutina.

Solo destaca uno de ellos.

Es de Sadie, enviado hace una hora:

Te necesito.

Eso… no es propio de ella.

¿Me necesita? Todos los demás mensajes de mamá, papá y Blair suplican que vuelva a casa o que por lo menos les diga que estoy bien. Me devano los sesos intentando recordar lo que pasó los días anteriores al bucle para encontrar un contexto al mensaje de Sadie y darle sentido.

Pero sus 19 de septiembre siempre han sido estupendos. Ha salido con sus nuevos amigos y ha cenado en casa su comida favorita (espaguetis caseros Mr. Green). ¿Por qué iba a necesitarme ahora?

–Tu familia tiene que andar histérica –me dice Beau al verme mirar fijamente el móvil–. ¿Tienes que llamar a alguien?

Me planteo hablar con Sadie por FaceTime, pero sé que me queda muy poco tiempo con Beau y me siento mal gastando parte con otra persona a la que sé que volveré a ver el día 311. Sí, es un mensaje raro, pero cosas más raras me han pasado cuando me he apartado de la rutina.

–Puedo quedarme –le digo, guardando el móvil y sonriendo para subrayarlo–. ¿Tú?

Se le ve gratamente sorprendido.

–Emery dijo que luego echaban *La princesa prometida*. ¿Nos quedamos?

Asiento. No nos movemos del sitio.

Minutos más tarde, las luces vuelven a atenuarse.

–¿No viene nadie a revisar la sala y limpiar entre las películas? –le pregunto a Beau cuando vuelven a aparecer en pantalla los mismos tráilers de antes.

–Si con nadie te refieres a Emery, no. No viene –declara, acabándose las últimas palomitas.

Me acomodo en el asiento. No me concentro en la peli por el mensaje de Sadie, pero se está bien en el cine a oscuras, con Beau al lado, y me dejo llevar por la felicidad de mi día 310.

Me despierto parpadeando, soñoliento, y veo los créditos finales de *La princesa prometida* por la pantalla.

Mierda. Me he quedado dormido a la mitad.

Miro a mi alrededor, nervioso, porque Beau ha desaparecido.

Me levanto y salgo corriendo de la sala uno. Me encuentro a Emery solo en el vestíbulo, centrado en los papeles que tiene en las manos y en la música de sus cascos otra vez.

–Hola –le digo, sobresaltándole. Se quita los auriculares y reconozco la canción de The Wrinkles que está oyendo–. ¿Has visto al chico con el que iba?

–Ah, sí –Emery señala al techo–. Ha subido.

Me siento aliviado al saber que no se ha largado dejándome plantado, pero no acabo de entender dónde está y arrugo el ceño, confuso.

–En la azotea –me aclara Emery, señalándome ahora una escalera–. Me pidió que te dijera que subieras cuando te despertaras.

–Vale… –murmuro, no muy convencido–. ¿Está permitido subir a la azotea?

Se encoge de hombros.

–Soy nuevo. A veces la gente lo hace. ¿Quién soy yo para impedírselo?

Voy a la escalera de hormigón y empiezo a subir tramos hasta que llego a la cima y abro la puerta de la azotea. El calor no invita nada a estar ahí, pero las vistas sí.

El sol se ha ocultado completamente y Chicago se ha convertido en un bosque urbano resplandeciente que se extiende más allá de donde alcanza mi vista.

El lago, al este, no está demasiado lejos y distingo los bordes negros claramente contra las hileras irregulares de las luces de los pisos, mientras los rascacielos del centro rasgan las nubes y rompen el horizonte al sur.

Allí, de pie junto a la marquesina encendida de los cines Splendid, se encuentra Beau.

–Justo a tiempo –me dice, girándose–. Estaba a punto de ir a despertarte, dormilón.

Me acerco a él, avergonzado por haberme quedado frito en el cine.

–Perdona –le digo, frotándome los ojos.

–Debes de estar muy cansado –contesta.

–Sí.

Y lo digo en serio. En mi situación, dormir no arregla nada. Me acosté tarde el 18 de septiembre después del concierto de The Wrinkles, lo cual significa que siempre estaré agotado el 19 de septiembre, sin importar lo temprano que me acueste... Un segundo.

Saco el móvil. Son las 23:10. *Mierda.*

Tenemos menos de seis minutos antes de que acabe el día 310.

Se me encoge el estómago y entro en pánico. Estoy deseando contarle todo a Beau: el bucle temporal, el reto de la señora Hazel, por qué fue tan extraordinario que apareciera en mitad de la clase del profesor Zebb...

Hay demasiadas preguntas sin respuesta sobre nuestro día juntos.

A lo mejor, si le cuento la verdad –toda la verdad–, me ayuda a entender todo esto. Pero si lo hago, me arriesgo a que nuestros últimos minutos juntos sean un desastre absurdo sobre estupideces de bucles temporales.

Le encontraré el día 311, me prometo a mí mismo.

Tomo aire, intento tranquilizarme y controlar el flujo desbocado de

pensamientos y me apoyo en la barandilla a su lado.

–¿Cómo acaba *La princesa prometida*?

Se queda pensativo.

–Pues... el final es perfecto, la verdad. De diez.

Pienso en todo lo que quiero decirle antes de que el día que hemos pasado juntos se borre para siempre. ¿Cómo expresar lo importante que ha sido para mí sin que suene patético? ¿Sin pasarme y cruzar la línea?

–Bueno... –Beau se me adelanta y rompe el silencio–. ¿Te puedo decir una cosa?

–Claro.

–Hoy no me he sentido solo.

El corazón me da un vuelco.

–¿No?

Niega con la cabeza. Las luces de la marquesina parpadean a su espalda.

–Yo tampoco –confieso–. No desde que te conocí.

Oímos sirenas de la policía a lo lejos. Beau cierra los ojos y agacha la cabeza con un suspiro.

–Esto no pinta bien...

Escudriño el barrio en busca de la procedencia de la sirena y localizo las luces rojas y azules que rebotan contra los edificios de ladrillo a pocas manzanas. Doblan la esquina y aparece un coche de policía que viene directo a los cines Splendid.

Noto una opresión en el pecho al recordar que Beau y yo no solo hemos desaparecido; también hemos infringido la ley, y gravemente.

–¿Deberíamos echar a correr? –pregunto.

–Nah –responde Beau, al que sorprendentemente no parece afectarle demasiado el lío en el que estamos metidos–. Prefiero quedarme esperando aquí contigo.

El coche de la poli se para delante del cine y apaga la sirena. Un agente se baja y corre hasta el coche robado mientras nos asomamos al borde de la azotea. El señor Zebb, desmadejado, con el polo desabrochado y el pelo revuelto, sale del asiento trasero del coche de la policía, seguido por mi madre.

–Dios... –suspiro.

–¿Qué? –me pregunta Beau–. ¿Quién es?

Me rasco la frente, muy avergonzado.

–Mi madre.

Beau se ríe.

–Estás metido hasta el cuello, ¿eh?

Solo durante unos minutos, me gustaría decirle.

–¡Siento lo de hoy, señor Zebb! –grita alegremente Beau, agitando los brazos en dirección a nuestro consternado profesor de matemáticas. Los tres nos localizan en la azotea–. ¡Le juro que en realidad no odio la trigonometría tanto como parece, y estoy convencido de que sí que es importante aprenderla para muchos campos profesionales!

–¿Qué demonios os pasa a los dos? –grita Zebb, pero no se desgañita; después de todo un día de rabia concentrada, seguramente las cuerdas vocales no le permitan más. Corre hasta su coche y pasa las manos por las puertas en busca de daños.

–¡Clark! –chilla mi madre desde abajo, mucho más enfadada de lo que la he visto en mi vida–. ¿Qué estás haciendo ahí?

–¡No pasa nada! –respondo–. ¡No te preocupes!

El agente se mete corriendo en el vestíbulo del cine, dispuesto a arrastrarnos por las escaleras hasta abajo (con suerte, no esposados).

–Pobre Emery… –murmuro, imaginando su terror tras el mostrador. Si antes se sorprendió cuando entramos nosotros, no me puedo imaginar cómo reaccionará ante una redada policial.

Beau mira el móvil y ve que son las 23:15. Se le borra la sonrisa y parece hundido, como si supiera que el día, nuestro día, se va a terminar ya.

Me agarra de las caderas y me atrae hacia él.

–¿Puedo?

Asiento mientras noto una palmera de fuegos artificiales estallando en mi interior.

–Creo… Creo que ¿me gustas? –dice.

Intento hacerme el interesante.

–¿Sí?

–Sí.

–Creía que querías recuperar a tu ex… –le digo.

Beau no aparta los ojos de los míos.

–Después de esta noche, no estoy tan seguro.

Casi se me doblan las rodillas.

–Me alegro –murmuro–. Porque estoy totalmente seguro de que tú

me gustas a mí.

Su sonrisa juguetona se vuelve mucho más seria.

–¿Me puedes prometer una cosa?

Tomo aire.

–Puedo intentarlo.

–¿Me prometes que no me olvidarás? –pregunta–. ¿Pase lo que pase?

La puerta de la azotea se abre de golpe y el policía se acerca a nosotros corriendo.

–¿Olvidarte? –le miro perplejo–. Claro que no, pero...

Beau se inclina sobre mí y sus cálidos labios se posan en los míos. Cierro los ojos e intento absorber hasta el último microsegundo antes de que me lo arrebaten. Me siento como si flotara, como si se hubieran soltado un montón de globos en mi interior y estuviera ascendiendo hasta el cielo. Los labios de Beau se mueven contra los míos con lentitud y confianza, mientras una ráfaga de adrenalina arde por mis venas. Daría cualquier cosa, lo que fuera, por seguir viviendo después de las 23:16 de hoy.

En el instante en que el policía me golpea en el costado, abro los ojos de par en par. Y allí, mirándome fijamente, está mi mesilla de madera blanca.

Capítulo 8

Nunca, en 311 días de estar atrapado en esta pesadilla, había deseado menos ver esta mesilla.

Beau Dupont. Tengo que encontrarlo. Ahora.

Salgo de la cama en calzoncillos, pero me hielo al sol de primera hora y no sé por dónde empezar. ¿Me acerco a la pastelería Ben's Everything Blue? ¿A los cines Splendid y le espero en la azotea? Si le hubiera pedido su número, todo sería mucho más sencillo. Bueno, mi móvil no habría guardado un contacto del día 310, pero podía haberlo memorizado. ¿Por qué coño no se me ocurrió?

No, sería una estupidez intentar buscarlo primero en los sitios a los que fuimos de «recados». Beau dijo que era un nuevo estudiante en Rosedore, así que lo más seguro es ir al instituto.

Pero de nuevo me lo planteo: ¿por qué no lo había visto en mis anteriores 309 días de hoy? ¿Por qué apareció de pronto? Si su primer día de clase era el 19 de septiembre, debería haber llegado a última hora a la clase de matemáticas de Zebb 309 veces antes de decidir ponerse a dar brincos entre los pupitres y provocar el caos. Esto es distinto. Él es... distinto.

¿Por qué estuve tan dispuesto a seguir el consejo de la señora Hazel e intenté ser su amigo, para empezar? ¿Y por qué me pidió que no le olvidara el último instante que pasamos juntos?

Un segundo.

Contengo el jadeo al rememorar el instante.

La mirada sombría que puso cuando se dio cuenta de que eran casi las 23:16 no era normal para estar simplemente mirando la hora. La seriedad con la que me suplicó que no le olvidara... ¿La forma en que me besó, tan tranquilo, justo cuando un poli estaba a punto de darnos una paliza? Solo alguien consciente de que le quedan unos segundos podría besar así en esa situación.

Beau Dupont está atrapado en mi hoy. O yo estoy atrapado en el suyo.

Tiene que ser así.

Debería haberlo sospechado antes, la verdad. Alguien que roba coches sin miedo, que conduce por la autopista a ciento sesenta y se

baña desnudo en una playa pública a plena luz del día es exactamente el tipo de persona que sabe que no habrá repercusiones al día siguiente. Yo, más que nadie, debería haberlo adivinado en cuanto vi las llaves del coche del profesor Zebb en manos de Beau.

Pero si él también está atrapado en el día de hoy… ¿por qué nunca le había visto? Y si estamos juntos en esto, ¿podríamos averiguar cómo escapar? Necesito encontrarlo. Ahora.

Me muevo por la alfombra tan disparado como un electrón mientras un tsunami de opciones estalla contra mi cerebro. Cada vez que me invade una ansiedad tan grande que no sé ni por dónde empezar, intento recordar el consejo que me dio la señora Hazel en una de las primeras sesiones.

Haz una lista de lo que tienes que hacer, recuerdo que me dijo. *Ya sea en papel, en pantalla o mentalmente. Y empieza primero por la más fácil.*

–Ropa –pronuncio en voz alta–. Ponerse ropa.

Eso soy capaz de hacerlo.

Una vez vestido, voy literalmente corriendo hasta el instituto. Nunca en mi vida había corrido más rápido ni llegado más temprano.

Abro de golpe la puerta de la secretaría.

–¡Ey, ey, ey! –exclama la secretaria, revolviéndose en su silla como si la estuviera atacando.

–Hola, señora Knotts –saludo, con la cara empapada en sudor–. Tengo que hacerle una pregunta. ¿Sabe si…?

–Primero, tranquilízate –me aconseja con las manos en alto, exigiendo que vaya más despacio–. Clark, es lunes a primera hora. Aún no tengo suficiente cafeína corriendo por las venas para procesar lo que quiera que vayas a decirme.

–Perdón –jadeo–. Ya bajo el ritmo.

Espera un instante a que me calme mientras me mira fijamente con suspicacia y preocupación a partes iguales.

–¿Te encuentras bien, Clark?

Me aclaro la garganta.

–No. Bueno, sí. Más o menos.

Parpadea sin saber qué pensar.

–Quería saber… –continúo– qué clase tiene a primera hora Beau Dupont.

–¿Quién?

–Beau Dupont.

–¿Y para qué necesitas saber eso?

–Es que… tengo que darle una cosa –miento (pero es una mentira piadosa)–. Es importante.

Sacude la cabeza como si estuviera diciendo tonterías.

–No le puedo dar esa información a otro alumno, pero, aunque pudiera, no me suena de nada ese nombre. ¿Beau Du-qué?

–Pont. Beau Dupont.

Toma un sorbo de café, con los finos labios fruncidos.

–No sé quién es.

–Seguramente sea porque es un estudiante transferido. Empieza hoy.

Niega con la cabeza.

–No.

–¿No?

–Hoy no empieza ningún alumno nuevo.

–¿Está segura?

Parece ofenderle la simple sugerencia de que se equivoca.

–Totalmente segura, sí.

–Creo que está en el último curso. Y tiene a Zebb en trigonometría a última hora, conmigo.

–Clark –me interrumpe ella–, Beau Dupont no estudia aquí. ¿Qué es lo que te pasa?

–Pero es que yo…

–Mira –sus dedos bailotean sobre el teclado un instante antes de girar el monitor del ordenador para que vea la pantalla. La búsqueda por nombre y apellido de Beau en lo que parece ser el directorio de estudiantes muestra cero resultados–. ¿Lo ves? –me dice–. Beau Dupont no existe. Bueno, al menos no aquí, en el instituto Rosedore.

Mi mente se acelera. Esto no puede estar pasando.

–Bueno –continúa ella–. ¿Te puedo ayudar en algo más…?

Antes de que termine de formular su pregunta, salgo corriendo del despacho y saco el móvil para pasar al plan B. Un segundo después, Sadie responde a mi FaceTime.

–¿Cómo es que me llamas tan temprano? –me pregunta, totalmente grogui, con un cepillo de dientes morado en la boca y la cortina de la ducha del baño de fondo. Se inclina hacia su pantalla y entrecierra los ojos para mirarme y ver lo que tengo detrás–. Un segundo, ¿ya estás en el instituto? Se suponía que no íbamos a hablar por FaceTime

hasta…

–Beau Dupont –la interrumpo–. ¿Le conoces?

–¿Beau Dupont? –repite, parando de cepillarse–. No, creo que no. ¿Por qué?

–¿Estás segura?

Continúa cepillándose los dientes.

–El nombre me suena de algo, pero no estoy muy segura. ¿Debería?

Se lo describo: sus ojos ardientes, su complexión musculosa, sus hombros anchos.

Sadie escupe una bocanada de pasta de dientes blanca y espumosa en el lavabo del baño.

–Pues tiene pinta de estar… esto… ¿buenísimo? Pero lo siento, no sé de quién me estás hablando. ¿Qué está pasando? ¿Quién es?

–Alguien a quien tengo que localizar.

–¿Localizar? –apoya el móvil junto al grifo para poder arreglarse–. ¿Va todo bien?

–Sí…, pero a la vez no. No te preocupes, luego te lo cuento…

Me quedo helado de pronto al recordar el mensaje que me mandó en los cines Splendid.

Te necesito.

–Una cosa más –digo.

Se moja la cara antes de volver a mirarme en la pantalla.

–¿Sí?

Pero me planteo entonces… ¿Merece la pena indagar? Vale, ese mensaje no parecía propio de ella, y es todavía más raro porque nunca me ha dicho nada parecido en mis días repetidos, pero es imposible predecir los actos de los demás cuando te desvías tantísimo de la rutina como lo hice el día 310. ¿Quién sabe? Lo mismo estaba probando una nueva táctica para llamar mi atención después de que le hubiera ignorado todos los mensajes y llamadas perdidas por la tarde.

–Da igual; no es nada –meneo la cabeza–. Luego te llamo.

–¿Me prometes que estás bien? –pregunta, como si no estuviera nada convencida.

–Sí.

–Clark…

Cuelgo y empiezo a entrar en todas las aplicaciones de redes sociales que tengo en el móvil, una tras otra. En cada plataforma busco su nombre y voy pasando sin cesar por cientos de Beaus y fotos

de perfil desconocidas. Pero no lo encuentro en ninguna parte. La búsqueda en Google tampoco arroja resultados. Intento encontrar a Dee en Instagram, con la esperanza de que Beau esté etiquetado en sus fotos; pero sin saber su apellido o si Dee es una abreviatura, no tengo éxito.

Finalmente, me coloco en medio de la enorme entrada del instituto con la esperanza de ver a Beau entrar por la puerta.

Pero cuando aparece la marea de alumnos, me siento como si fuera una roca submarina intentando hablar con los salmones que nadan río arriba.

Es evidente lo fácil que sería que pasara sin que le viera y viceversa, así que decido empezar a preguntar por él.

Normalmente no entablo conversación con gente que no conozco en el instituto, pero si he sido capaz de robar un coche y de bañarme desnudo, puedo obligarme a hablar con alumnos que, de todas formas, al día siguiente ni siquiera me recordarán.

Empiezo a preguntar a todos los que se paran a oírme si conocen a Beau.

Nadie lo hace.

–Hola –saluda Thom desde el otro lado de la entrada. Avanza quitándose un auricular–. ¿Has hecho los deberes de trigonometría? Se me dan fatal los cosenos... –se da cuenta de que llevo la ansiedad escrita en la cara–. ¿Te pasa algo?

–¿Te suena el nombre Beau Dupont? –le pregunto.

Entrecierra los ojos y se muerde el labio inferior.

–¿Debería?

–No necesariamente...

El resto de la jornada escolar es una agonía. Entre clase y clase, me asomo estirando el cuello con la esperanza de divisar la cabeza de Beau por encima de los demás en el pasillo (nada). Me dedico a incordiar a los delegados, que están al tanto de todos los chismes, preguntándoles si se han enterado de si han transferido a alguien desde West Edgemont (no saben nada). Incluso vuelvo a hablar con la señora Knotts a la hora de comer, por si hubiera alguna novedad desde por la mañana. («Para ya de insistir, Clark», me regaña entre mordisco y mordisco de un bocadillo de atún).

A última hora, todo mi cuerpo zumba de la cabeza a los pies. Voy corriendo al aula del profesor Zebb, me siento inusualmente temprano

y me quedo mirando la puerta mientras van entrando alumnos de uno en uno. Me da un vuelco el estómago cada vez que aparece una figura en el umbral y se me cae el alma a los pies medio segundo después, cuando caigo en que es Sara Marino, Greg Shumaker o de nuevo Thom, que se escurre hasta la última fila.

Sé de corazón –que late con tanta fuerza que estoy convencido de que aparecería en la escala de Richter– que esta es mi mejor oportunidad de volver a encontrar a Beau el día 311. Si realmente está atrapado en el mismo día que yo y quiere volver a verme, lo lógico sería volver al lugar donde nos conocimos, ¿no?

–¿Quién ha odiado los deberes? –pregunta el profesor Zebb alegremente desde la pizarra, ajeno a lo mal que se lo hicimos pasar Beau y yo el día 310–. Que no os dé vergüenza: sé que los cosenos no son para todos los paladares.

Pasa un minuto. Luego, dos. Luego, tres. Me doy cuenta, mientras se me encogen lentamente las tripas, de que no está pasando lo que tiene que pasar. Beau no va a venir a clase.

¿Tendrá razón la señora Knotts? ¿No existe Beau Dupont? ¿Podría estar tan espantosamente solo –y alejado completamente de la realidad– que me he inventado un amigo imaginario? *No, no puede ser verdad.*

Beau Dupont tiene que existir.

En cuanto el señor Zebb nos manda unos ejercicios, me acerco a su mesa.

–Hola, Clark –sube la vista–. ¿Qué ejercicio te está dando guerra?

–No, ninguno –murmuro, nervioso–. No esperaría hoy un nuevo alumno, ¿no?

Frunce el ceño, pensativo.

–Creo que no.

–¿Beau Dupont?

Se lo piensa un rato más.

–No. ¿Por qué?

Las llaves del coche.

Están ahí tiradas.

–¿Clark? –insiste él, mientras yo sigo completamente congelado a su lado–. ¿Estás bien?

–Sí.

–Se te ve muy nervioso.

–No pasa nada; estoy teniendo un día raro, nada más.

–Bueno, si tienes alguna pregunta de matemáticas, adelante…

–¿Quién es esa? –pregunto de pronto, señalando una foto enmarcada que tiene junto al ordenador.

En cuanto el profesor se gira, le arrebato las llaves del escritorio a una velocidad que no creía que mi mano fuera capaz de alcanzar. Miro hacia la clase; nadie parece haberse dado cuenta.

–Es mi esposa, Mary –señala el señor Zebb–. Y nuestro perro, Russell.

–¿Puedo ir al baño?

Se vuelve hacia mí, cada vez más receloso.

–¿Seguro que estás bien, Clark?

Trago saliva con dificultad.

–Sí, sí.

Nos miramos incómodos. Dolorosa, insoportablemente incómodos.

–De acuerdo –cede, señalando la puerta–. Adelante, ve.

Salgo del aula y voy corriendo al aparcamiento antes de que el señor Zebb se dé cuenta de lo que ha pasado. Encuentro su coche –la cerveza rancia del posavasos lo delata– y salgo zumbando del instituto. A diferencia del día 310, esta vez he evitado que una turba de profesores enfadados me grite que me baje del coche haciendo aspavientos, pero eso no impide que la adrenalina se apodere de todo mi sistema nervioso.

–Oh, Dios –murmuro para mis adentros mientras voy a toda pastilla por la carretera hasta la autopista. Soy mucho peor conductor que Beau, menos hábil y mucho menos seguro de mí mismo.

¿Adónde ir primero? Seguramente Dee sea la mejor opción, ya que Emery no conocía a Beau, y con Otto parecía haber una relación tensa, aunque sincera. Pero puede que Dee no esté en el Aragon cerrado hasta la noche y el mapa del móvil me indica que los cines Splendid se encuentran más cerca de Rosedore, así que respiro hondo, coloco las manos en el volante marcando las dos y diez y espero que hablar con un empleado del cine me lleve en dirección correcta. (O en cualquier dirección). Como era de esperar, Emery está solo en el vestíbulo –los mismos papeles en la mano, los cascos firmemente colocados en las orejas– cuando irrumpo en el cine. Ahoga una exclamación, salta hacia atrás y sube las manos al aire.

–Solo hay unos ocho dólares en la caja registradora, amigo –jadea

mientras palidece–. Por favor, llévatelo todo...

–¿Qué? No, no estoy... ¿Crees que te estoy atracando, Emery?

Se le ve todavía más atónito.

–¿Cómo es que sabes mi nombre?

–Da igual... ¿Conoces a un chico de mi edad llamado Beau Dupont?

–¿«Bo»?

–Sí.

–¿«Bo», como en «bobo»?

–Sí.

Emery piensa.

–No.

–¿Estás seguro? Viene mucho por aquí..., creo.

–Me contrataron la semana pasada, así que aún no conozco a casi nadie.

Resisto el impulso de seguir interrogándolo. Estoy seguro de que Emery no está mintiendo –por qué iba a hacerlo–, así que seguramente no sirva de nada.

–Gracias –le digo antes de salir corriendo.

–¿Entonces no quieres una entrada para *Beetlejuice*? –le oigo preguntar mientras la puerta se cierra a mi espalda.

Voy directo a la pastelería Ben's Everything Blue; es la misma hora a la que fuimos el día anterior.

Hay una furgoneta aparcada donde Beau dejó el coche el día 310, así que me meto en un callejón cercano y pongo los intermitentes.

–Pero ¿qué haces? –me grita un peatón ofendido por mi peligroso modo de aparcar (y con razón).

–¡Lo siento! –respondo–. ¡Enseguida vuelvo!

La tienda está llena de gente. Hay una horda de clientes hambrientos haciendo cola y, cuando por fin me toca, Otto parece darse cuenta de que estoy buscando algo más que sus brownies azules.

–Hola –me saluda con curiosidad y, tal vez, algo de preocupación por mí–. Pareces necesitar que te echen una mano.

–Estoy buscando a Beau Dupont –le digo–. Por favor, dime que sabes quién es.

Pero Otto está distraído por otro cliente que intenta alcanzar una servilleta de detrás del mostrador; no parece haberme oído.

–Ahí tienes –dice, acercando la pila–. Perdona –se vuelve hacia mí–. ¿Qué me decías?

Levanto un poco la voz.

–¿Sabes quién es B…?

Un empleado de la pastelería aparece por encima del hombro de Otto y le hace una pregunta al oído.

–Yo haría por lo menos otras dos docenas –responde–. Se agotan rápidamente, sobre todo los lunes.

A estas alturas estoy tan desesperado por oír la respuesta de Otto que es como si me estuvieran apretando el corazón en un puño y se negaran a soltarlo.

Los ojos de Otto vuelven a encontrarse con los míos.

–Perdóname; hoy tenemos jaleo. Repíteme la pregunta…

Carraspeo, tomo aire y pregunto por tercera vez:

–¿Conoces a Beau Dupont?

Otto se queda en blanco un instante, pero acto seguido se le ilumina la cara como un árbol de Navidad.

–¡Claro que sí!

Casi me desplomo de alivio en el suelo. La señora Knotts estaba equivocada: Beau Dupont existe, aunque no esté en el directorio del instituto.

Sin embargo, mintió cuando dijo que era un nuevo estudiante. De todo lo que me contó Beau, ¿qué partes serán verdad y cuáles ficción?

–Hace un montón de tiempo que no lo veo –comenta Otto–. Antes venía todos los días.

–¿Por qué dejó de venir? –le pregunto.

Otto hace una pausa, como si se preguntara repentinamente por qué quiero saberlo.

–Perdona, pero ¿quién eres?

–Soy un amigo de Beau –respondo–. Me llamo Clark. Estoy tratando de encontrarlo.

Sus ojos se llenan de preocupación.

–¿Es que ha desaparecido?

–No, no, lo siento, no ha desaparecido-desaparecido –preciso–. Es que hoy no le he visto y me dijo que antes venía mucho a esta pastelería. ¿Sabes dónde vive?

–Con sus abuelos –contesta Otto–. En West Edgemont.

Me siento un poco más ligero cuando el repostero verifica de forma inadvertida dos detalles más de la vida de Beau. Al menos no mintió en todo durante el día que pasamos juntos.

–No tendrás su dirección, ¿verdad? –presiono a Otto.

–¿Su dirección? –suelta una carcajada–. No puedo andar dando información personal de un cliente; no son muestras gratuitas.

Me quedo pensando qué podría saber Otto sobre Beau, en qué podría ayudarme, mientras él guarda silencio y me observa fijamente con sus ojos del color de las violetas. Me percato de que su desconfianza va en aumento cada segundo que estoy ahí parado pensativo mientras crece la cola de clientes enfadados a mi espalda.

–¿Ha traído alguna vez a alguien de su familia a la pastelería? –pregunto finalmente.

Otto me mira de soslayo.

–¿Y amigos? –continúo.

–Clark, dices que es amigo tuyo...

–Sí.

–¿Y no sabes dónde vive, a qué instituto va ni conoces a ningún amigo suyo ni a su familia?

Abro la boca y la vuelvo a cerrar.

–Vale. La verdad es que... me... me gusta –noto que me sonrojo–. Acabamos de conocernos y no me dio su número, así que estoy intentando encontrarlo y... –me callo en seco, convencido de que mi intento de dar explicaciones no hace más que empeorarlo todo–. A ver, sé que suena todo muy raro y entiendo que sospeches de mí. Perdón...

–Espera, espera –me corta Otto con un suspiro y una pequeña sonrisa–. No seas tan duro contigo mismo, Clark –baja la voz–. Sé lo que pasa cuando te enamoras de alguien. No suenas raro. Mira –me hace un gesto, instándome a que me acerque–. Ojalá pudiera ayudarte, pero Beau lleva sin pasarse por aquí desde... Madre mía, ha pasado mucho tiempo. Cuando lo localices, y sé que lo conseguirás, ¿le puedes dar un mensaje de mi parte? –asiento–. Dile que mueva el culo hasta aquí –dice–, porque le echo de menos –hace una pausa–. Pero no le digas lo último.

Sonrío.

–Lo haré.

–Tengo brownies de terciopelo azul esperándole.

Mi estómago ruge al oír nombrar el dulce favorito de Beau, y me doy cuenta de que no he comido nada en todo el día.

–Ahora mismo me encantaría tomar uno.

Otto levanta un dedo. Desaparece detrás del mostrador y vuelve a aparecer un momento después con una bolsita de papel que contiene un enorme brownie de terciopelo azul.

Me lo entrega.

–Invita la casa.

–¿En serio?

–Por supuesto –asiente, secándose la frente–. Ahora vete a buscar a nuestro amigo.

Le doy las gracias tres veces antes de salir por la puerta y dirigirme a la playa. Por suerte, recuerdo los giros a la derecha y a la izquierda y consigo encontrar el sitio exacto donde nadamos Beau y yo.

Por desgracia, no está ahí.

Dejo la bolsa con el brownie y contemplo las olas brillantes.

–¿Por qué has desaparecido, Beau Dupont? –murmuro. Me pidió que no le olvidara, pero, a juzgar por cómo ha ido el día, parece que a él no le importa olvidarme.

Quién sabe, tal vez me equivoque. Tal vez no estemos los dos atrapados en el 19 de septiembre. O puede que Beau decidiera que el chico que le daba problemas merecía más la pena que yo.

Capítulo 9

Miro el agua y nos visualizo a ambos chapoteando. Me da la sensación de que ha pasado hace nada. Recuerdo que mi última oportunidad de encontrar a Beau el día 311 sigue siendo la mejor y tiene el aspecto de una chica menuda con los ojos brillantes y unos bracitos capaces de dar abrazos de oso con una fuerza sorprendente.

Beau escribió a Dee cuando estábamos fuera del Aragon, así que ella tiene su número, al menos. Puede que me cueste sonsacárselo, pero si he aprendido algo el día 310, es que resulta que sí estoy dispuesto a ignorar temporalmente mi ética si el fin justifica los medios.

Si soy capaz de robarle el coche a un profesor, está claro que puedo robar un móvil.

Busco la dirección de la sala de conciertos, regreso corriendo al coche del señor Zebb y conduzco hasta el Uptown. Lo único que se interpone ahora mismo en mi camino es que el local está cerrado por reformas.

–¿Hola? –golpeo la puerta, al lado del cartel que anuncia el cierre del Aragon. Apoyo las manos en el cristal e intento divisar el interior.

–¿Dee? –el vestíbulo está oscuro y desierto, igual que el día 310.

Busco el número de teléfono del sitio y llamo, a ver si por un milagro contestara ella.

«Hola –me responde una voz pregrabada que desde luego no es la de Dee–. Gracias por llamar al Aragon Ballroom. Estamos cerrados por mantenimiento hasta el 23 de septiembre».

Sigo las indicaciones con la esperanza de que me pongan en contacto con una persona real, pero la sucesión de números que voy pulsando solo me hace dar vueltas en círculos automatizados. Lo mejor es esperar a que Dee acabe el turno a las seis de la tarde, cosa que no sucederá –reviso la hora en mi móvil– hasta dentro de dos horas.

Me apoyo contra la pared de ladrillo del edificio y me dejo caer hasta que me siento en la acera. Tengo toda la piel pegajosa por el sudor –mi camiseta está casi empapada– y arena de la playa pegada a los brazos, piernas y a demasiados sitios ente medias. Se me escapa un

largo suspiro mientras me limpio la frente con el dorso de la mano, deseando que el 19 de septiembre la temperatura fuera de diez grados menos. Definitivamente, no soy demasiado agradable a la vista ahora mismo.

Me sentía mucho más atractivo cuando estaba acurrucado junto a Beau en los cines Splendid.

Estaría encantado de tragarme otro par de comedias románticas nada creíbles si eso conllevara volver a estar allí con él, con el aire acondicionado soplando sobre nosotros desde las rejillas de ventilación del techo.

Ojalá Beau desee que le encuentre. Pero aunque no vuelva a verlo nunca –incluso aunque su oferta de amistad no fuera más que un gesto vacuo–, no creo que deba luchar por recuperar al chico que le da problemas. No soy un experto en relaciones, está claro, pero hasta yo sé que Beau no debería tener que amoldarse a ser como desea otra persona. ¿Por qué alguien tan seguro de sí mismo como Beau siente la necesidad de cambiar para contentar a su ex?

Un hombre de negocios me lanza un billete de un dólar al pasar, seguramente porque parezco necesitar ayuda.

–Oh –murmuro, sorprendido–. Gracias, pero no necesito…

Ayudar a alguien que lo necesite.

El segundo consejo de la señora Hazel.

He estado tan obsesionado con la repentina aparición de Beau y el caos que ha provocado que me había olvidado de los demás deberes de su reto en cuatro partes.

Intento recordar los dos últimos.

–¿Algo sobre… abrirse a los demás…? –murmuro. Oh, *ser vulnerable para que otros puedan serlo.* Era eso. Y luego, el número cuatro…

¿Qué era? Miedo.

Hacer lo que te da miedo.

Todavía tengo que esperar un montón de tiempo. ¿Y si intento completar la lista de consejos de la señora Hazel? No estoy muy seguro de en qué o cómo podrían ayudarme a encontrar a Beau, dar sentido a mi interminable hoy o ayudarme a llegar al día de mañana. Pero al intentar hacer un nuevo amigo he conocido a Beau. Tal vez debería intentar seguir los otros tres consejos, a ver adónde me llevan.

Empiezo a caminar por el barrio buscando a alguien que parezca necesitar mi ayuda. No creo que me tope con una oportunidad de

mostrarme vulnerable –y me sorprendería mucho encontrarme en una situación que requiera hacer algo que me asusta– pero, oye, cosas más raras han pasado.

Veo a una anciana con unas bolsas a cuestas, pero desaparece en una tienda de artesanía antes de que pueda ofrecerme a llevárselas yo. Me quedo un rato cerca de la entrada de un restaurante tailandés y les abro la puerta a los clientes, pero me doy cuenta de que la encargada me mira con desconfianza a través de la cristalera. Por más que tenga buenas intenciones, seguramente no le haga gracia que un adolescente merodee en la entrada.

No encuentro ni una sola oportunidad más para superar el segundo, tercer o cuarto reto. No hay ninguna vocecita en mi cabeza que me chille que debo ponerme en marcha, como sucedió cuando perseguí a Beau. Sin embargo, empiezo a fijarme en lo que sucede a mi alrededor: unos niños pequeños se ríen mientras saltan junto a un aspersor; dos viejos amigos con los ojos llorosos se reencuentran cerca de la estación de tren; el perro salchicha más feliz que he visto en mi vida engulle un *puppuccino* en la puerta de una cafetería. Llevo tanto tiempo encerrado en mi rutina, con miedo a toparme con más desgracias, que había olvidado que también puedo encontrar un montón de cosas buenas atrapadas en el bucle del día de hoy.

Cuando me percato de que ya son las seis, vuelvo al Aragon, todavía más empapado de sudor y agotado por el calor que antes. Al doblar la esquina, veo a Dee alejándose de las puertas del local, moviendo la cabeza al ritmo de sus tacones.

–¡Eh! ¿Dee? –la llamo, corriendo tras ella. –Me llamo Clark, y soy…

Se detiene y se gira.

–Oh –no puedo evitar la sorpresa–. ¿Te encuentras bien?

La Dee del día 311 no es la chica chispeante y llena de vida que conocí el día 310. Las lágrimas ruedan por su rostro, tiene los ojos hinchados e inyectados en sangre.

–¿Quién eres? –me pregunta con suspicacia.

–Soy Clark –respondo, deseando tener un pañuelo de papel para dárselo–. Soy amigo de Beau, y soy…

–¿Beau?

–Sí.

No estoy del todo seguro de si tiene ganas de abofetearme, besarme, mandarme a la mierda o ninguna de las anteriores, pero la

intriga se acaba de pronto en cuanto se lanza a mis brazos llorando.

–¿Por qué no me ha escrito hoy?

–¿No te ha mandado un mensaje?

–No –murmura ella–. Me dijo que iba a hacerlo.

–¿Por eso estás así?

Dee suelta una risa aguda.

–Ojalá ese fuera el motivo, Mark –se aparta y retrocede, consciente de repente de que está abrazando a un extraño–. Te llamabas así, ¿no?

–Clark.

–¿Y eres amigo de Beau?

–Sí.

Se seca las lágrimas de las mejillas y echa un vistazo a ambos lados antes de volver a mirarme.

–¿Te gustan los BLT, Mark?

–¿Los sándwiches de beicon, lechuga y tomate? –pregunto, y ella asiente–. Ehh... ¿Claro? –respondo.

–Pues vamos.

Dee se da la vuelta y acelera el paso.

–Esto... ¿Vale? –murmuro, siguiéndola–. Siento que Beau no te haya escrito, pero ¿lo has visto hoy?

–Ya te he dicho que no estaba llorando por eso –insiste Dee, girándose para mirarme a casi dos metros de distancia–. Estoy llorando porque tengo ganas de morirme.

La chispeante Dee del día 310 no mencionó su muerte inminente.

–¿Qué has dicho? –pregunto; tengo que haberla entendido mal.

–Estoy llorando porque tengo ganas de morirme –repite, pero me ve la cara–. Ah, digo de vergüenza. No te preocupes. ¿Y los batidos?

–¿Batidos?

–Sí, Mark. Te gustan los BLT. ¿También te gustan los batidos?

–Eh... ¿Sí?

–Genial.

Dee gira repentinamente a la izquierda y entra en una cafetería de la esquina.

Dudo si seguirla mientras me pregunto qué clase de situación vergonzosa traumática habrá sufrido para provocar un cambio tan radical respecto a la persona que conocí el día 310.

Pero está claro que le vendría bien hablar con alguien.

Por no mencionar que ella es la mejor oportunidad que tengo para

entrar en contacto con la única persona del mundo que podría estar atrapada en el bucle conmigo. Tengo que ceñirme al plan.

Además, fui tan idiota que me dejé olvidado el brownie de Ben's en la playa antes y me llevan sonando las tripas horas.

Paso al interior.

El restaurante, decorado con banderas rojas y blancas, huele a lejía y a carne que chisporrotea en la plancha. A pesar de ser la hora de cenar, solo hay dos mesas con gente, aparte de la que Dee ha ocupado junto a la cristalera. En una hay una pareja de ancianos comiendo una montaña de tortitas y en la otra una familia de siete miembros apiñados en una mesa pensada para cuatro.

Me siento en el banco frente a Dee, que se mira en un espejo de bolsillo y se frota los ojos.

–Hola, ¿qué...? –la camarera jadea al verle la cara a Dee–. ¿Qué te ha pasado, cariño?

Dee se ríe, cierra el espejo y lo deja en la mesa.

–Hola, Sandy. He estado mejor; dejémoslo así.

Sandy –que me recuerda a mi tía Brenda, pero con el pelo morado de punta– nos deja delante los menús plastificados, también cubiertos con banderas rojas y blancas.

–¿Necesitas hablar? –insiste la camarera.

Dee niega con la cabeza con firmeza.

–No tienes por qué aguantar mis dramas; es una tontería.

–Calla –la corta Sandy–. No me importa, Dee, y lo sabes.

Dee le devuelve los menús a Sandy con una sonrisa forzada.

–Te prometo que estoy bien. Los dos tomaremos lo de siempre.

–Dos batidos de chocolate y dos BLT, marchando.

Sandy entra de nuevo en la cocina.

–Bueno, Mark –Dee me mira–. ¿Qué tal te va hoy?

¿Qué tal me va hoy?

–Bien..., supongo.

–Bien, bien.

Se queda callada un minuto, con la mirada perdida en el cristal.

–Bueno... –rompo el silencio y Dee se me queda mirando–. ¿Necesitas... hablar del tema? –pregunto dubitativo.

–¿De qué?

–¿De la vergüenza mortal esa?

–Oh, para nada –replica en el acto, como si hubiera dicho una

estupidez.

Me quedo callado un instante.

–¿Seguro?

–Sí –hace un gesto en dirección al salero y el pimentero, que también son rojos y blancos–. Son los colores de la bandera turca, por cierto.

–¿Eh?

–Por eso hay tanto rojo y blanco en este sitio; es que los dueños son de Turquía. Los BLT son mis favoritos, pero el pescado y las patatas fritas también me gustan y su baklava está de muerte.

–Ajá.

Puede que haya empezado a salir de mi zona de confort, pero no tanto como para que esta situación no sea terriblemente incómoda. No conozco a Dee de nada y no tengo ni idea de por qué me ha arrastrado a esta cafetería desesperadamente solo para negarse después a hablar de lo que le pasa. No tengo ni la menor idea de cómo llevar esta conversación.

Dee necesita su propia señora Hazel. O, mejor aún, lo que necesita es un amigo que la conozca mucho mejor que yo. Necesita a alguien como Beau.

Un segundo.

Beau intentó hablar con ella de algo personal cuando llegamos al Aragon, y luego me comentó que Dee había tenido una noche dura y claramente no quería hablar de ello. ¿Su vergonzoso secreto tendrá algo que ver?

Sandy vuelve con dos batidos de chocolate coronados con una montaña de nata montada y sale a indicarle la mesa a un cliente que espera en la puerta.

Dee da un sorbo largo y fuerte y suelta un gemido con los ojos cerrados mientras el batido helado sube lentamente por la pajita y desaparece en su boca.

–Ya me siento mucho mejor.

Me gustaría preguntarle si le ha contado su secreto a Beau y encontrar una forma natural de conducir la conversación para que me ayude a localizarlo, pero tengo que ir con cuidado. Otto subió la guardia en cuanto empecé a husmear en la pastelería, y me imagino que Dee me despacharía todavía más rápido si cree que soy un tipo raro desconocido que anda haciendo preguntas incómodas sobre un

amigo suyo.

Mientras me devano los sesos intentando encontrar la forma de sacar a relucir a Beau, Dee se echa a reír.

–Lo siento –se limpia los labios con una servilleta–. Sé que esto tiene que parecerte absurdo. ¿Una desconocida te obliga a quedarte con ella a cambio de batidos y sándwiches? Debes de pensar que estoy loca. Vete si quieres, Mark.

Sacudo la cabeza.

–No pasa nada.

–¿Te ha pasado esto alguna vez?

–¿El qué?

–¿Una chica en apuros te lleva a rastras por la calle para que la ayudes?

–No exactamente.

Ella suspira.

–Yo no soy así. Soy divertida y despreocupada el noventa y nueve por ciento del tiempo, te lo juro.

–Lo sé.

Entrecierra los ojos.

–¿Ah, sí?

–Bueno, me refería... –noto que me estoy sonrojando–. A ver, no lo sé porque acabo de conocerte, pero por lo que me ha contado Beau...

–Eso es –da una palmada–. Por eso me estabas esperando fuera del Aragon, ¿no? ¿Un mensaje de parte de Beau?

–Bueno...

–Dime –sonríe ella–. ¿Es que se le ha olvidado cómo se escribe en el móvil? No esperarás que me crea eso.

Antes de que pueda aprovechar la oportunidad, Sandy vuelve con una bandeja.

–Qué rapidez –comenta Dee, mientras desliza dos platos con sándwiches BLT delante de nosotros–. Siempre me impresiona vuestra velocidad.

La camarera pone un brazo en jarras con el puño contra la cadera.

–¿Te encuentras mejor?

Dee asiente con una sonrisa.

–Vuestros batidos hacen milagros.

Sandy le aprieta el hombro a Dee, le guiña el ojo y se aleja de nosotros.

–Bueno, Mark –se mete una patata frita en la boca–. ¿Tú tienes algún secreto?

Mierda. Lo que quiero es hablar de Beau; a menos, claro, que tenga él la culpa de que Dee se sienta tan mal.

Y no creo que tenga ningún secreto. Al menos, ninguno importante.

Salvo el detalle de que existo en un solo día que he revivido ya cientos de veces.

–La verdad es que no.

–Yo llevo años guardándome uno enorme –confiesa Dee–. Finalmente me decidí a sacarlo a la luz anoche, pero... –se calla y niega con la cabeza, como si saliera de un trance–. Me explotó en la cara. A lo bestia.

Aguardo a que siga hablando.

Pero se calla.

–¿Qué pasó? –le pregunto.

Cierra los ojos y se estremece al recordarlo. Se tapa la cara con las manos. Siente tantísima vergüenza que parece hasta dolerle.

–Es horrible. No soy capaz.

–¿Se lo has contado a alguien?

–No. Está demasiado reciente –mira su plato–. Siento estar sacando el tema continuamente y dejarte con la intriga; te juro que no es a propósito. Hablemos de otra cosa. De cualquier otra cosa. ¿Cómo conociste a Beau?

El teléfono de Dee empieza a zumbar. Levanta un dedo, cortando la conversación.

–Hola, tú –saluda, esbozando una sonrisa falsa.

Su voz es mucho más alegre, como el día 310. Un segundo después, su rostro se ilumina de sorpresa.

–¡Dios, es cierto! Se me ha pasado completamente. En un minuto estoy ahí, ¿vale? Vale, vale, ¡adiós! –cuelga y se levanta a toda prisa de la mesa.

–¿Te vas? –le pregunto, al borde del pánico. Dee asiente–. Pero si nos acaban de traer la comida –murmuro, mirando mi sándwich.

No puedo permitir que se me escape esta oportunidad.

–Lo siento mucho, Mark –se disculpa. Saca la cartera y deja dinero en efectivo encima de la mesa–. Estaba tan nerviosa que se me olvidó que venía a recogerme una amiga a la salida del trabajo. Despídete de Sandy de mi parte, ¿quieres?

Me pongo en pie.

–Espera.

Se queda quieta; creo que nota mi angustia.

–Se trata de Beau… –comienzo.

Pero ¿qué le digo? ¿Por dónde empiezo?

–¿Le ha pasado algo? –me pregunta Dee, preocupada.

–No, no, está bien.

Esboza una sonrisa cómplice.

–Te pidió que vinieras a disculparte por haberme dejado plantada hoy, ¿eh? ¿Es eso? –menea la cabeza–. Me daba la sensación de que no iba a venir. ¿Sinceramente? Da un poco igual. Dile que estoy bien. Además, claramente no estoy demasiado animada…

–No es eso –la interrumpo–. ¿Tienes su número de teléfono?

Se ríe. Espero a que me explique dónde está la gracia, pero no lo hace.

–¿Eso es un no?

–Ay, ¿hablabas en serio? –pregunta ella–. ¿No eres su amigo? ¿Cómo es que no lo tienes tú? Además, yo no lo tengo.

–¿De verdad?

Niega con la cabeza.

–Pues no, ¿por qué iba a tenerlo?

¿Por qué no?

–¿No sois amigos?

–Bueno, sí, supongo, pero… nuevos. Le conocí anoche.

Se me cae el alma a los pies y me froto las sienes, tratando de encontrarle un sentido a todo esto.

–Pero… el día 310 te estuvo escribiendo.

Dee ladea la cabeza en mi dirección.

–¿El día 310?

–No, quiero decir que… se suponía que hoy te iba a escribir.

–Sí.

–Entonces tienes su número, ¿no?

Se ríe otra vez.

–Eres gracioso, Mark. Escucha –suspira, apoyándose en el respaldo del banco–. No acabo de entender qué estás buscando ni qué pinto yo en todo esto, pero te voy a contar todo lo que sé. Nos conocimos ayer. Yo lo estaba pasando fatal en el concierto y me pareció un buen tío, así que le di mi número. Se suponía que hoy iba a escribirme para

pasarse por el Aragon esta tarde y ver cómo estaba, pero, como evidentemente ya sabes a estas alturas, no ha venido –se encoge de hombros–. No te puedo contar más.

–No entiendo... –murmuro, con la cabeza acelerada–. ¿Cómo pudiste ver anoche un concierto con Beau en el Aragon si está cerrado por obras?

–No fue en el Aragon –explica–. Fue en Lakeview Live.

Me quedo helado.

–¿Viste The Wrinkles? ¿Y Beau también estaba allí?

–De verdad me tengo que ir, pero sí.

Las posibilidades de que el secreto de Dee tenga algo que ver con Beau –y posiblemente también con el motivo por el que estamos atrapados en el día de hoy– acaban de multiplicarse por mil.

Dee da un paso hacia la puerta.

–Soy amiga de Mae; tenía que ir a verlos.

–¿Mae Monroe? –se me abre la boca–. ¿La cantante de The Wrinkles?

–Sí, la conocí entre bastidores cuando tocaron en el Aragon el año pasado y nos caímos bien –mira por la cristalera y se acerca a la salida, pero me ve la cara y se detiene–. ¿Te encuentras bien?

Vuelvo a sentarme en el banco.

–Sí.

–¿Seguro? Porque parece que has visto un fantasma.

–Estoy bien.

Dee vuelve a mirar fuera en busca de su amiga y me echa otro vistazo, indecisa.

–No pasa nada –le garantizo–. Puedes irte.

–Eres un buen tío, Mark. Gracias por la cena improvisada. Y no pretendía dejarte intrigado con mi secreto, es que... –sonríe–. Hoy tengo muchas cosas en la cabeza. Eh, ¿y si quedamos otro día Beau, tú y yo?

Antes de que me dé tiempo a responder, sale a toda prisa por la puerta, dejándome sumido en un torbellino de pensamientos.

Puede que aún no haya encontrado a Beau, pero él también estuvo anoche en el concierto de The Wrinkles.

No es posible que eso no signifique nada.

Capítulo 10

Según internet, Chicago tiene casi tres millones de habitantes. Si añades los pueblos de las afueras, somos nueve millones. ¿Qué posibilidades hay de que Beau estuviera en el mismo lugar, a la misma hora, viendo el mismo concierto el día anterior al que me he quedado atrapado? ¿La noche anterior al día en que ambos nos quedamos atrapados? El concierto de The Wrinkles tiene que estar relacionado con mi bucle temporal.

Su bucle temporal.

Nuestro bucle temporal.

Después de decidir que no me pienso tirar el resto de la noche en la azotea de los cines Splendid, me rindo y vuelvo a Rosedore, porque si Beau ha estado desaparecido todo el día, ¿por qué iba a venir ahora al cine? Entro en la autopista con el coche del señor Zebb y conduzco al oeste, hacia la puesta de sol. Los rascacielos de la ciudad se encogen a mi espalda en el retrovisor. El cielo tiene franjas rosas y azules como el algodón de azúcar y no recuerdo haberlo visto nunca tan espectacular, a pesar de haber contemplado cómo se ponía exactamente de idéntica forma 311 veces. Ojalá Beau estuviera a mi lado para compartir conmigo el atardecer.

Mi móvil vibra en el portavasos. Me inclino y veo que es papá quien me llama.

Mi primer impulso es ignorarlo, como hago siempre que me aparto de la rutina y mi familia entra en pánico. Pero al ver la pantalla iluminada con su nombre, me doy cuenta de lo mucho que le echo de menos.

Papá tiene una tienda de instalaciones y reparaciones de aire acondicionado, así que un día tan caluroso como hoy básicamente está trabajando a destajo. Ir a verle a última hora de la tarde no suele merecer la pena, porque está insoportable, completamente agotado, y no se percata de que ahora mismo ese es el único estado de ánimo en el que le veo. Así que solo le visito cuando realmente le echo de menos.

Además, cuanto más tiempo paso en el bucle temporal, más surrealista me resulta ir a la casa donde vivíamos. Para mamá y Blair,

acabamos de mudarnos de ahí, pero para mí es un viaje nostálgico al pasado, un recuerdo de lo que fue mi vida y lo que podría ser si las cosas hubieran sido distintas.

Ni siquiera recuerdo la última vez que charlé con papá; no me importaría escuchar su voz. Sobre todo ahora, que estoy hundido después de no haber conseguido encontrar a Beau en toda la tarde.

Así que decido contestar.

–Hola, papá.

–Clark –dice, suspirando de alivio–. Gracias a Dios.

–¿Ha descolgado? –jadea Blair al fondo–. ¿Sigue vivo?

Un segundo.

–¿Estás con Blair? –le pregunto.

–Y con tu madre –responde papá–. Estamos los tres conectados.

Aparto el teléfono y suelto un resoplido frustrado.

Algunos días que me desvío de la rutina, mamá y papá sincronizan –a regañadientes– sus esfuerzos por encontrarme. Y hay veces que, como hoy, se me olvida que eso puede suceder.

–Te oigo por el altavoz, Clark –interviene mamá–. Tu padre ha hecho un trío por Zoom...

Blair finge una escandalosa arcada.

–Mamá, es una llamada a tres, no un trío por Zoom. Puaj.

–Clark –papá corta la perorata de mi hermana–, por favor, confírmanos que estás bien.

–Sí –suspiro–. Confirmo que soy yo, que estoy bien. Estoy conduciendo de vuelta a Rosedore ahora mismo.

–¿En qué coche? –pregunta mamá. Su voz pasa de aliviada a acusadora en un abrir y cerrar de ojos.

–¿Qué más da? –replico yo.

–La señora Knotts me llamó diciendo que habías robado el coche de tu profesor de matemáticas –replica ella–. Le dije que eso era imposible porque mi hijo no es el tipo de chico que robaría el coche de un profesor –hace una pausa para tomar aliento–. Por favor, dime que la secretaria del colegio se equivocaba.

Me quedo callado, pensando qué decir y lamentando haber descolgado el móvil.

–Todo el mundo tranquilo, ¿vale? –murmuro lentamente–. No estoy herido. No me han secuestrado. Y estoy como a diez minutos de casa. ¿Podemos hablar de todo esto cuando llegue a...?

–¿Es cierto? –truena mamá–. ¿Estás en el coche del señor Zebb? ¿Tienes idea del lío en el que te has metido? ¿Te das cuenta de que puedes haberte destrozado la vida?

–Melody –le advierte papá en voz baja–. No te pongas melodramática.

–¿Melodramática? –chilla mamá. Aparto el móvil para evitar daños permanentes en el tímpano–. Tu hijo ha robado un coche y ha desaparecido, Gary, ¿y a ti te preocupa que me ponga melodramática?

Blair empieza a reírse.

No tiene ninguna gracia, claro. Ni pizca. Pero Blair, en lugar de hundirse al ver discutir a papá y mamá, reacciona así durante sus peleas. Supongo que es más fácil que enfrentarse a la triste realidad.

–Lo único que digo es que, ahora mismo, creo que Clark tiene razón: deberíamos centrarnos en el hecho de que está a salvo –dice papá, conciliador–. Eso es lo más importante.

–Bueno, pues claro que eso es lo más importante –admite mamá–. Pero ahora que sabemos que está a salvo, me gustaría saber si nuestro hijo es consciente de que es técnicamente un delincuente.

Pongo los ojos en blanco.

–Sí, mamá, entiendo que...

–Tendrás presente que han llamado a la policía, ¿verdad? –insiste ella.

–Melody –le chista papá–, deja hablar al chico, por el amor de Dios.

–Claro, por supuesto –gruñe ella–. Por favor, habla, Ferris Bueller de *Todo en un día*. Cuéntanos por qué te has levantado esta mañana y has decidido dedicarte a robar coches. Me encantaría conocer tu brillante plan.

Respiro hondo.

La mayoría de los días, me resulta agotador e infructuoso intentar explicarme y suelo evitarlo a toda costa. Pero de vez en cuando, cuando estoy especialmente agotado y mamá me saca de quicio, le cuento exactamente lo que me pasa, sabiendo que no voy a conseguir nada salvo cabrearla todavía más y que piense que le tomo el pelo. El día 311 entra dentro de esta última categoría.

–Bueno... Vale –exhalo–. Mamá, papá... Estoy atrapado en un bucle temporal.

Se quedan callados y aprovecho el silencio para tomar carrerilla.

–He revivido el 19 de septiembre más de trescientas veces.

Trescientas once, en realidad. Cada día es exactamente igual –confieso, recordando de pronto lo catártico que es decir la verdad (por inútil que sea)–. Por ejemplo, mamá, sé que querías pedir pizza esta noche, y que vas a pedir solo ingredientes vegetarianos porque quieres empezar a dejar de comer carne. Y, Blair, sé que ya sabes cuánta gente va a venir a tu cumpleaños: son quince.

–Espera, ¿cómo sabes eso? –susurra Blair–. Esto es como el vídeo de Derek Dopamine donde...

–Papá –continúo–, lo siento, pero es raro que te vea en mi bucle de tiempo porque no teníamos planes juntos en el día 19 de septiembre original y, además, has estado hasta arriba de trabajo.

–¿Diecinueve de septiembre original? –murmura papá, confundido.

–A lo que me refiero es a que no puedo contarte tantas cosas sobre tu día de hoy como me pasa con mamá y Blair, pero si no recuerdo mal, llevas... –cierro los ojos, rememorando– una corbata amarilla con patos, ¿no? Bueno, eso era lo que llevabas en el trabajo la última vez que te vi, que sería el día... –vuelvo a hacer memoria–. No sé, creo que fue el día 270 o más o menos por ahí.

Blair mete un chillido.

–¿Qué...? Papá, ¿es verdad?

Mi padre tarda un instante en confirmarlo.

–Sorprendentemente, sí.

–Bueno, a lo que iba –continúo–. El día 310 conocí a un chico, Beau, en el instituto. La señora Hazel se apartó de la rutina el día 309 y me mandó unos deberes distintos para superar la soledad; me dijo que debía intentar hacer nuevos amigos. Por eso me atreví a hablar con Beau.

–¿Ves? –chilla Blair–. Ya te dije que estaba deprimido y necesitaba amigos.

–Me gusta mucho Beau –continúo–. Me gusta mucho mucho. ¿Y sabéis lo más extraño? Nunca había aparecido en el instituto en todo el bucle temporal. El día 310 fue la primera vez. Pasamos todo el día juntos; de hecho, también robamos el coche del señor Zebb el día 310 y, aunque no lo recuerdes, mamá, el día terminó contigo gritándome mientras yo estaba en la azotea de un cine en el Uptown, y el policía...

–Para ya de decir barbaridades –me corta mamá–. Ahora mismo.

–Pero si ahora empieza lo bueno –replico, sin importarme lo mucho que la estoy sacando de quicio.

–¿Qué es esto? ¿Una estúpida broma? –berrea, llegando al punto de ebullición–. ¿Llevas todo el día espiándonos?

Suelto una carcajada.

–¿Espiándoos? ¿A vosotros? ¿Para qué?

–¿Cómo, si no, sabes lo de la corbata amarilla o que yo quiero dejar de comer carne?

Suspiro.

–Vuelvo a empezar. Intenta no perderte, ¿vale? Como ya he dicho, estoy atrapado en un bucle temporal. Ya sabes, esa movida que sale en las películas. Y...

–¡Ya basta! –brama mamá.

–¿Qué? –respondo con inocencia–. Tú me has preguntado; te estoy intentando contar lo que me ha pasado hoy.

–¿Veis el daño que hace el divorcio a los hijos? –susurra Blair entre risas, pero lo bastante fuerte como para que la oiga–. Se le ha ido la olla.

–Blair, tranquilízate un poco –le pide papá finalmente–. Así no ayudas.

–Ni tú tampoco –masculla mamá.

–¿Y eso qué significa? –replica papá.

Ella suspira.

–¿Tú qué crees? Estoy harta de hacer de poli malo mientras tú te quedas mirando.

Ahora suelto una carcajada que se une a la de Blair.

Se hace el silencio.

–¿Qué te hace tanta gracia? –dice mamá.

–Es que... –hago una pausa. *¿Debería decírselo?* Joder, a estas alturas, ¿por qué no? Ni siquiera lo recordará el día 312–. Siento darte malas noticias, mamá –continúo–, pero nadie te obliga a hacer de poli malo. Lo eres por naturaleza.

El silencio es absoluto.

–¿Y sabes qué me hace gracia? –no puedo parar–. Que te pienses que hoy he podido destruirme la vida, cuando tú ya te has encargado de hacerlo. A todos.

–Clark –me advierte papá–, basta ya.

–Tú querías el divorcio, mamá –le digo–. Destrozaste nuestras vidas y nos obligaste a Blair y a mí a mudarnos a ese diminuto apartamento horroroso... ¿Por qué? ¿Por qué motivo? ¿Porque te desenamoraste de

papá, o hay alguna mierda que no te da la gana contarnos?

–Clark –el tono de papá me indica que está a punto de estallar–, para…

–Lo único que digo es que no necesitas que papá te obligue a hacer de poli malo –respiro hondo–. Ya has destruido esta familia tú solita.

Ya está. Lo he dicho.

No es la primera vez que le suelto a mamá lo que pienso de verdad, y puede que no sea la última.

Pero qué a gusto me quedo… durante unos cinco segundos.

Entonces, una vez más, me devora la culpa.

No hay más que silencio. Un silencio incómodo que me taladra los oídos. Lo único que se oye es el rugido de los motores de los coches que pasan a mi lado. Blair ni siquiera intenta hacer un chiste, lo cual, como he descubierto a lo largo de muchos días, es la señal evidente de que me he pasado.

Finalmente, mamá habla.

–¿Decías que venías a casa? –pregunta, en un tono tan bajo que apenas la oigo.

–Sí –respondo.

–Vale –dice, y cuelga.

No me doy cuenta de que estoy llorando hasta que noto una lágrima que rueda por mi barbilla.

¿Queréis otro motivo por el que estar atrapado en un bucle temporal es una mierda? Todos los demás se olvidan de lo que ha pasado cada uno de mis días. Empiezan de nuevo a las 7:15 de la mañana, con sus recuerdos borrados, sin saber el dolor que les he provocado ni la destrucción que he causado todos los demás días 19 de septiembre. Pero yo no soy capaz de olvidarlo. No de veras.

Lo que sí puedo hacer es retrasar el enfrentamiento un poco más de tiempo.

Cuando salgo de la autopista, giro a la derecha en lugar de la izquierda.

No puedo volver a casa ahora mismo. Tengo que ir al instituto Rosedore.

Capítulo 11

Cada vez que tengo que evitar el apartamento de mamá y no puedo usar su cocina para hornear pasteles, lo que más me ayuda a escapar del tormento del bucle temporal es la piscina del instituto. Es raro que llegue a bañarme. La mayoría de las veces solo me tumbo al lado y disfruto del silencio en un sitio donde a nadie se le ocurriría buscarme. Nunca voy durante la jornada escolar, cuando la parte donde no cubre parece una lata de sardinas, llena hasta los topes de alumnos pequeños que prefieren hacer pie. Tampoco puedo acercarme por la tarde, cuando el equipo de natación masculino hace competiciones de velocidad (puede que disfrute del paisaje, pero a los nadadores no les hace ni pizca de gracia que los mire). Siempre voy por la noche, cuando puedo dejar volar mis pensamientos sin interrupciones.

Aprendí mediante ensayo y error los primeros días que cierran todas las puertas del instituto al atardecer, salvo una.

No estoy seguro de si se la deja abierta un conserje siempre o si al entrenador de natación se le olvidó cerrar con llave este lunes en particular, pero alguien dejó abierta la entrada del vestuario de chicos durante toda la noche. Y he decidido aprovecharlo.

Dejo el coche del señor Zebb en el aparcamiento vacío de la escuela y me cuelo en la piscina. Aunque no haya ningún alumno, el vestuario huele a los calcetines más sucios que uno se pueda imaginar en una cesta de ropa para lavar.

Después entro en la zona de la piscina.

El aire es cálido y húmedo, como siempre, y está impregnado de olor a cloro. La única luz procede de las bombillas bajo la superficie del agua, que proyectan reflejos temblorosos por toda la estancia. Las baldosas que piso siguen resbaladizas por las salpicaduras del entrenamiento del equipo de natación, y sé por propia experiencia (me di un buen golpe al comienzo del bucle temporal) que hay que andarse con cuidado.

Me dirijo a las gradas del lado donde cubre más y me tumbo en la primera fila de asientos. Miro al techo y me sumo en mis pensamientos, pudiendo al fin reflexionar en todo lo que me ha

pasado en los dos últimos días.

Llevo un tiempo insensible, encajonado en una zona de confort cada vez más pequeña. Creo que por eso me han afectado tanto los días 310 y 311; ya no estoy acostumbrado a sentir nada.

Así que, cuando siento algo, lo siento de verdad.

Llevaba por lo menos cien días sin estallar contra mamá, y no porque haya superado el divorcio, sino porque he aprendido que me conviene más mostrarme indiferente con ella que portarme como un capullo una y otra vez. Hoy he perdido los papeles. Y a lo bestia. Probablemente por culpa de Beau o, para ser exactos, por no haber logrado encontrarlo.

Aunque solo hayan pasado horas desde que me besó en la azotea del cine, nunca he echado de menos a alguien con tanta intensidad. No creo que le echara más de menos si supiera que voy a volver a verle pronto o nunca más en toda la vida.

Sé que suena a cliché, y al cliché más gastado de todos, pero quizás los opuestos se atraen. Beau es espontáneo, seguro de sí mismo y despreocupado cuando hace falta. Yo me pienso mucho las cosas, soy inseguro y se me da bien resolver problemas en los momentos importantes.

Antes del día 310, ni en un millón de años me habría bañado desnudo en una playa pública en medio de la ciudad ni me habría sentado a tragarme dos comedias románticas seguidas. Pero en una sola tarde, Beau consiguió que me metiera en el agua y me hizo dudar de lo mucho que detesto los finales de cuento de hadas. Por otra parte, me da la sensación de que muy poca gente le ha dicho a Beau lo maravillosas que pueden llegar a ser su confianza y su curiosidad, sobre todo si se le suma su espontaneidad.

Creo que aprecia que lo entienda. Creo que aprecia que le entienda.

Pero ¿y si me equivoco? ¿Y si lo que nos separa no es alguna extraña ley temporal? ¿Y si él no está tan interesado en mí como yo en él? Está el chico que le da «problemas de chicos». Tal vez Beau haya pasado el día entero haciendo otros «recados» con su ex, el que quiere que cambie para que puedan estar juntos.

Sería irónico, ¿no? La única persona que consiguió que empezara a creer en los finales felices para siempre me deja plantado horas después.

La puerta de los vestuarios se cierra con un sonoro «clac». Me

levanto de golpe –nadie viene a la piscina a estas horas de la noche– y me giro en redondo.

Beau.

Parpadeo varias veces, solo para asegurarme de que no es un espejismo.

Se queda mirando la superficie de la piscina antes de alzar la vista.

–¿Cómo es que no estás nadando en bolas otra vez?

Abro la boca para responder, pero estoy tan pasmado de verle allí de pie que boqueo como un pez fuera del agua.

–Clark –sonríe–, solo es una broma.

Beau se acerca a mí, pero se para junto a la escalerilla de donde cubre, por lo menos a tres metros de distancia. Se queda ahí de pie, al borde de la piscina, con las puntas de las zapatillas sobre el agua, y me da la impresión de que es todavía más alto de lo que recordaba.

Me percato de que lleva una bolsita de papel en la mano: una bolsa de la pastelería Ben's Everything Blue.

–¿Fuiste a ver a Otto?

–No –responde–. Esto es tuyo.

–¿Qué?

–Es tu brownie –explica–. Te lo dejaste antes en la playa.

Desorbito los ojos.

–Entonces..., ¿te has dedicado a seguirme? –asiente lentamente–. ¿Durante todo el día?

–Sí.

No sé si reír, llorar o agarrar la red de la piscina que tengo más cerca para tirársela a la cara.

–Si me has seguido, sabrás que fui a todos nuestros recados solo para encontrarte...

Vuelve a asentir.

Tuerzo toda la cara, confuso, y me doy cuenta de pronto de que está evitando el contacto visual. No es nada propio de él. Sin embargo, contempla mi reflejo en la superficie del agua.

–¿Por qué? –presiono, ya que no parece tener ganas de explicar nada más–. ¿Por qué me seguías..., pero a escondidas?

Se lame los labios, pensativo, como si buscara las palabras correctas.

–Quería asegurarme.

–¿De qué?

–De que es cierto –dice–. Que tú también estás en mi infernal lunes repetido hasta el infinito.

Me invade una oleada de alivio que recorre todo mi cuerpo y llega hasta la punta de mis dedos. Porque lo sabía. Aunque al principio dudara de ello, en el fondo sabía que tenía que ser eso.

Beau tampoco puede salir del 19 de septiembre.

No estoy solo aquí.

Pero mi euforia se desvanece rápidamente.

Le noto muy nervioso y eso me desconcierta. Yo era el ansioso el día 310, no él. Beau jamás se puso nervioso con nada. No se inmutó. Y ahora está sudando, incómodo.

–¿Y cómo sabes que yo también estoy atrapado? –le pregunto.

Se balancea hacia adelante y hacia atrás sobre sus zapatillas, peligrosamente cerca de caer en la piscina.

–Vine al instituto esta mañana y, simplemente, todo encajó.

Sigue sin hacer contacto visual. Le pasa algo.

–Ey –espero a que me mire–. ¿Va todo bien?

Suspira.

–No he venido aquí tan solo para darte el brownie. He venido para... decirte adiós.

Se me cae el alma a los pies.

–¿Adiós?

No responde.

–¿Por qué? –insisto–. ¿Adónde vas? –miro a mi alrededor–. ¿Adónde vas a ir... atrapado en un bucle temporal?

Deja la bolsa de la pastelería sobre los azulejos.

–Lo mejor es que no volvamos a vernos; al menos mientras estemos atrapados en el día de hoy.

Echa a caminar hacia a la salida. Le sigo.

–Dime que es una broma, Beau.

Abre la puerta del vestuario y me cuelo detrás de él antes de que se cierre.

–Por favor, no –suplico mientras el hedor a calcetines sucios casi me tumba de espaldas–. Cuando estoy contigo no me siento solo.

–Y yo no me siento solo cuando estoy contigo.

–¡Genial! ¿No deberíamos quedarnos juntos, ya que ambos estamos atrapados? ¿No deberíamos intentar escapar?

–Yo estoy tratando de escapar –responde Beau–. Ese es justo el

motivo por el que debemos estar separados.

¿Qué?

Me mira de nuevo cuando llegamos a la salida de los vestuarios.

–Me gustas demasiado, Clark. Y no me fío de mí mismo si estoy cerca de ti.

–¿Qué significa eso?

Sale al aparcamiento y le sigo sin pensar.

–Lo que dices no tiene ni pies ni cabeza –intento argumentar mientras trato de alcanzarle, como cuando íbamos de un lado a otro haciendo «recados».

–Me refiero a lo que te dije en el cine –responde, dando zancadas hacia un coche blanco que está aparcado cerca del del señor Zebb.

–¿Y no puedes ser un poco más específico? –insisto–. Me dijiste muchas cosas en el cine.

–Tienes un alma gemela, Clark. Debes tenerla. Si no, no estarías atrapado aquí, como yo.

Noto que está a punto de explotarme la cabeza. Explotarme literal. Como si los dos últimos días no lo hubieran puesto todo patas arriba, ahora Beau me está soltando cosas absurdas mientras actúa como si tuviesen sentido.

–Solo tienes que encontrarlo, sea quien sea –llega hasta el coche–. Así escaparemos de este infierno. Confía en mí.

Le miro boquiabierto mientras abre la puerta del conductor.

–¿Confiar en ti? ¿Tengo que creerte ahora, como cuando le dijiste a Zebb que eras un nuevo estudiante? Porque no sé si sabes que, según la señora Knotts, no hay ningún alumno nuevo con el nombre de Beau Dupont en el instituto Rosedore.

Me mira como si no hablara en serio.

–No creo que sea una mentira tan tremenda como para que te enfades, Clark.

–¿Ah, sí? ¿Y qué pasa con Dee? –le espeto–. ¿La chica que resulta que no es tu amiga sino alguien a quien acabas de conocer ayer, en el mismo concierto en el que yo también estaba?

–Dee es mi amiga, a la que casualmente conocí el domingo por la noche –se deja caer en el asiento, tras el volante–. Y sé que tú también fuiste a ver a The Wrinkles.

Dejo escapar una risa aguda, exasperada.

–Entonces, ¿por qué no me lo dijiste? Porque me parece una

coincidencia descomunal que los dos estuviéramos justo en el mismo concierto la noche antes de quedarnos atrapados en un bucle temporal.

–Mira, he recordado que te vi en el concierto cuando te volví a ver esta mañana –cierra la puerta del coche, me mira por la ventanilla abierta y suspira–. ¿Recuerdas que te dije que me parecía que ya te conocía pero que no sabía de qué me sonabas? No mentía. No estoy intentando portarme como un cabrón, te lo juro.

Contengo la carcajada.

–¿Qué tal si te esfuerzas un poco más?

Se queda callado un largo instante.

–Ojalá pudiéramos seguir quedando.

–¡No hay nada que nos lo impida!

–Sí que lo hay –se abrocha el cinturón–. Me gustas, Clark. Creo que demasiado. Y me conozco; cuanto más tiempo esté contigo, más me distraeré.

–¿De qué?

Exhala.

–Del chico que me da «problemas de chicos» –gira el contacto y el motor se enciende con un rugido–. Me encantó el día que pasamos juntos, pero tiene que ser el último, ¿vale? Al menos por ahora.

–Pero... sigo sin entender por qué –murmuro, mientras los ojos se me llenan de lágrimas.

No estoy muy seguro, pero creo que Beau también está llorando.

–Porque entonces quizás pueda verte el día de mañana.

El coche da marcha atrás y sale disparado por el aparcamiento.

Sabiendo cómo conduce Beau, ni siquiera intento subirme al coche y perseguirlo.

Capítulo 12

No vuelvo a casa el día 311. Soy incapaz de enfrentarme a mamá, especialmente después de que Beau surgiera de la nada solo para abandonarme otra vez, así que ignoro el aluvión de notificaciones que llenan mi móvil –mi familia considera que ya debería haber vuelto– y me quedo en la piscina. Me tumbo de lado junto a la zona donde cubre, observando las aguas tranquilas y esperando que el próximo hoy sea mejor que este, hasta las 23:16.

Me despierto en el día 312 frente a mi mesilla blanca de madera sin dejar de darle vueltas a la cabeza, cada vez más confuso. Supongo que todo se puede resumir en la misma pregunta sucinta que me hice después de que la señora Hazel se apartara de la rutina el día 309: *¿Qué coño está pasando?* Nunca he estado más desconcertado que ahora, y eso es mucho decir teniendo en cuenta que llevo más de trescientos días atrapado en un bucle temporal.

Me siento en la cama y trato de dar sentido a lo que me dijo Beau en la piscina. Confesó que se dio cuenta de dos cosas cuando me vio en el instituto el día 311: que yo estaba atrapado en el día de hoy junto a él, y que también estuve en el concierto de The Wrinkles. No sé cómo me vería en el instituto sin que yo le viera, teniendo en cuenta que estaba decidido a encontrarle, pero se pasó el día entero siguiéndome mientras repetía todos nuestros recados, así que puedo afirmar que es un maestro del espionaje.

Y luego está lo de las almas gemelas. Al parecer, yo tengo una, al menos según Beau.

–Si no, no estarías atrapado aquí, como yo –murmuro, repitiendo sus palabras.

Entonces, Beau cree que necesitamos encontrar nuestras almas gemelas para escapar del día de hoy. Y supongo que eso significa que tiene que volver con su ex.

No sé cómo ha llegado a esa conclusión. Cuando investigaba sobre el tema, jamás encontré nada parecido, pero tampoco es que eso signifique nada: hay incontables teorías rondando por todos los rincones raros de internet.

La idea de Beau parece bastante racional (o todo lo racional que se

puede ser respecto a los bucles temporales). El concepto es bonito, supongo, especialmente si te gustan los finales de cuento de hadas. Solo hay un problema.

–Sé que yo no tengo un alma gemela, joder –suspiro.

No la tenía antes de quedarme atrapado. No hay nadie a quién pueda considerar que sea algo parecido. Sí, he tenido flechazos, claro; la mayoría eran chicos por internet que nunca he llegado a conocer en persona. ¿Se le puede llamar enamoramiento si no es mutuo? La cuestión es que la teoría de Beau no es aplicable para mí, a menos que conozca a mi alma gemela en el bucle temporal. Si ese es el caso, entonces, sí...

... podría ser creíble. Pero, de ser así, ¿por qué, a excepción de Beau, no he conectado absolutamente con ningún otro chico el 19 de septiembre? Puede que Beau no me necesite a mí, ni siquiera como amigo, ahora que va a centrarse en arreglar las cosas con su ex, pero yo le sigo necesitando a él. Si los dos nos hemos quedado atrapados en el mismo día, tiene que haber una forma de que nos ayudemos mutuamente a escapar. Se equivoque o no con su teoría del alma gemela, necesito saber más.

Me planteo ir al instituto por si Beau se pasara por ahí otra vez –y sin ocultarse de mí–, pero decido no hacerlo. Le mando un mensaje a mamá con la excusa que suelo utilizar siempre que falto a clase (intoxicación alimentaria) y me revuelvo bajo las sábanas pensando otro plan.

Si Beau no es alumno de Rosedore, supongo que estudiará en West Edgemont. Así que decido llamar a la oficina del instituto.

–¡Feliz lunes, y vivan los Raiders! –exclama una mujer con una alegría totalmente fuera de lugar al descolgar el teléfono–. ¿En qué puedo ayudarle?

Pongo la voz ronca para parecer un abuelo viejo y normal.

–Necesito hablar con mi nieto, Beau Dupont. Es una emergencia.

–¿Sabe en qué clase está Beau ahora mismo?

–No lo sé.

–Un momento, señor –me pone en espera. Tras un minuto de silencio, la secretaria contesta–. Es raro: según el registro de asistencia, hoy Beau no ha venido a clase...

Cuelgo, nada sorprendido.

Supongo que esto ha sido útil para confirmar que estudia ahí, pero

no creo que le vaya a encontrar en su instituto. El día 310 me dijo que no pensaba graduarse, y ahora lo entiendo mucho mejor, ya que también está atrapado en el tiempo. Y soy incapaz de imaginarme a Beau pudriéndose detrás de un pupitre solo por rutina, como lo hago yo.

Decido probar con Sadie otra vez; a lo mejor la llamé demasiado temprano el día 311. Al fin y al cabo, ella es la primera que dice que no le funciona el cerebro antes de las nueve de la mañana. Y no se me ha olvidado el mensaje que me llegó en el cine, cuando me dijo que me necesitaba. Aunque puede que solo fuera un intento desesperado de captar mi atención, ya que estaba desaparecido –o una extraña consecuencia fruto del efecto dominó de todos los cambios de la rutina que hice el día 310–, no puedo quitármelo de la cabeza. Al margen de todo lo que pasa con Beau, debería ver cómo está Sadie.

Saco el móvil de debajo de las sábanas y le mando un mensaje:

¡Ey! Cómo estás 🙂

Unos segundos más tarde, me responde:

Oh, oh. Nunca usas ese emoji.
¿Debería preocuparme?

Sonrío.

LOL no. Solo estaba pensando en ti.
Siento haberme perdido nuestro FaceTime.

¿Sí y eso? ¡Quiero saber cómo fue el concierto anoche! Ya me han contado que eres intolerante
al alcohol...

Respondo:

Perdona, estoy en casa, no he ido a clase,
enfermo, 😖

¿Tienes resaca?

¿Puede? Pero creo que es intoxicación alimentaria. ¿Tú cómo estás? ¿Qué

tal el club de podcast?

Hay una larga pausa. Veo puntos suspensivos que aparecen, desaparecen y vuelven a aparecer durante un minuto entero y estoy convencido de que me va a mandar un testamento, pero el mensaje que me llega al final solo es:

¡Todo bien! Pero en serio, deja de cambiar de tema. ¿Qué tal The Wrinkles?

¿Se está callando algo? Caigo en que me está mandando mensajes desde clase. Tiene sentido que no pueda escribir y responder tan rápido como siempre.

A lo mejor me estoy comiendo demasiado la cabeza con el mensaje del día 310.

Le hago un rápido resumen del concierto –lo que recuerdo– antes de pasar a un tema mucho más importante. Entonces escribo:

Beau Dupont. ¿Te suena ese nombre?

Ni idea.

¿De verdad? ¿Nada? Estuvo en el concierto de anoche, si te sirve de algo.

¿Es famoso o algo así? El nombre me suena a tenista francés, y ya sabes lo que pienso de los tenistas franceses.

Es un nuevo alumno del instituto. ¿Y una chica llamada Dee? ¿Conoces a alguna Dee?

No conozco a ninguna Dee. Estás raro. ¿Esto a qué viene?

Suspiro y respondo:

Luego te lo cuento.

Me quedo mirando por la ventana, pensando en un plan B. ¿O es un plan C… D? He perdido la cuenta.

Tal vez tenga más suerte en las redes, sobre todo ahora que sé que Beau estuvo en el concierto.

Recorro un montón de hashtags relacionados con The Wrinkles –#TheWrinklesChicago, #WrinklesEnConcierto, #WrinklesEnWrigley– y voy mirando fotos en la pantalla. Busco a Beau en el mar de rostros –sus largas piernas, su torso triangular, sus ojos ambarinos–, pero no lo encuentro por ninguna parte.

Tal vez haya alguna pista en las cuentas de los locales de nuestros «recados».

No hay motivos para que aparezca una foto de Beau en la cuenta del Aragon, y los cines Splendid nunca han llegado al siglo XXI (no me sorprendería que la sala ni siquiera tuviera página web). Pero si Beau antes iba a ver a Otto a diario, tal vez haya algún post antiguo en la cuenta de la pastelería que me dé alguna información sobre él.

Es una posibilidad remota, pero sigue siendo una posibilidad.

–Guau –murmuro cuando encuentro a @PasteleriaBens EverythingBlue en Instagram.

La tienda tiene más de cien mil seguidores, años y años de fotos de sus deliciosos pasteles azules, montones de imágenes de turistas que van a la tienda desde todo el país y alegres textos en mayúsculas con demasiados signos de exclamación, a juego con su personalidad. Ahora entiendo por qué Beau se sorprendió en el día 310 al saber que nunca había oído hablar de este sitio.

Sin embargo, me fijo en que la foto más reciente de la pastelería es distinta a las demás.

Es una foto escolar de un niño con un polo azul, subida hace dos horas. Al principio, asumo que se trata de un retrato de Otto de su infancia, ya que su cara colorada y sus ojos claros parecen una versión en miniatura del pastelero, pero el texto me indica lo contrario.

Hoy habrías cumplido 17 años, dice, seguido de un emoji de corazón (que es, por supuesto, azul). *La mayoría de los días no tengo ganas de sonreír, pero lo hago para que estés orgulloso de mí. Espero que, en algún lugar, tú también me estés sonriendo, Ben. Siempre te querré.*

Se me cae el alma a los pies al sumar dos y dos.

No es de extrañar que Beau y Otto se miraran así el día 310. Otto perdió a su hijo y su cumpleaños era hoy. Si Ben siguiera vivo, tendría mi misma edad, solo unos meses menos.

Vuelvo hacia atrás y leo la biografía del perfil de la pastelería.

Efectivamente:

Los pasteles más deliciosos de todo Chicago. La pastelería Ben's Everything Blue se abrió en 2015 en honor a mi difunto hijo y a su color favorito.

Toco hacia atrás, le doy un *like* a la antigua foto de Ben y me percato de que cientos de personas han comentado con filas y filas de corazones azules. Escribo también un comentario cargado de corazones, y trago saliva antes de buscar entre meses y meses de publicaciones cualquier rastro de la presencia de Beau en la pastelería.

No encuentro nada útil.

Saco las piernas de la cama, me clavo los codos en las rodillas y miro fijamente la alfombra de mi habitación.

¿Y ahora qué? Agarro el móvil y pongo una lista de canciones de The Wrinkles, con la esperanza de que me ayuden a rememorar algo de lo que pasó ayer, lo cual es mucho más difícil de lo que parece cuando ayer fue hace 312 días. Dicen que la música es lo que conecta mejor la memoria, y tal vez alguna canción haga que recuerde algo de Beau. Puede que una canción haga que caiga la primera ficha de dominó y todo empiece a cobrar sentido.

Me salto algunas canciones que no me entusiasman antes de pararme en una llamada «Avery», del primer álbum de The Wrinkles.

¿Por qué me da la sensación de que la he oído hace nada? Llevo sin ponerla un montón de tiempo, pero la tengo reciente y recuerdo la letra sin problemas… ¡Emery! En los cines Splendid.

Salto de la cama.

Estaba escuchando «Avery» con los cascos durante su turno en el día 310. Si es fan de The Wrinkles, ¿puede que también fuera al concierto? Con los ánimos renovados por el pequeño destello de esperanza, me meto en la ducha, me visto y busco un viaje compartido hasta Chicago que me cobran a precio de oro.

Los cines Splendid acaban de abrir cuando entro.

Emery, como es lo esperable a estas alturas, se sobresalta al ver a un cliente, pero al menos no se piensa que vaya a atracarle esta vez. Se quita los auriculares y deja a un lado los papeles que tiene en las manos.

–Bienvenido a los cines Splendid.

–Gracias –respondo, acercándome al mostrador–. Quería hacerte una pregunta un poco rara…

–No está permitido meter pájaros en la sala, señor –replica de inmediato en un tono sorprendentemente firme–. Lo siento mucho, pero las normas son las normas.

Me miro el hombro un instante, para asegurarme de que no ha aparecido por arte de magia un loro que lleve encaramado como mascota.

–¿Qué? No, no eso... ¿La gente intenta meter pájaros en el cine?

Emery asiente con la cabeza.

–Solo llevo trabajando aquí unos días y me ha pasado varias veces.

Me quedo mirándole con incredulidad.

–Vale, esto..., mi pregunta no tiene nada que ver con pájaros. Me preguntaba si te gusta The Wrinkles.

Su expresión básicamente se convierte en el emoji de explotarte la cabeza.

–¡Es mi grupo favorito!

Se me acelera el corazón.

–Entonces, anoche fuiste al concierto, ¿no?

Su sonrisa se convierte en un ceño fruncido.

–Pues tenía entradas para ir con mi mejor amiga, pero mi hermana pequeña se puso mala en el último momento, así que me tocó quedarme de canguro.

Hundo la cara entre mis brazos sobre el mostrador, perdida toda esperanza.

–¿Pasa algo? –me pregunta.

Me planteo qué decir y qué no.

–Es una larga historia –mascullo, con la boca apretada contra mi bíceps.

–Me has confundido con otra persona, ¿eh? –pregunta, con un tono que me hace pensar que le pasa con la misma frecuencia que los clientes preguntan cuál es la normativa sobre pájaros dentro del cine.

Le miro: una mandíbula fuerte, mejillas sonrosadas y piel suave. Tiene pinta de chico blanco guapo que seguro que resulta familiar a muchos clientes.

–Sí –le digo, poniéndome de pie de nuevo–. Me temo que es eso.

–Soy Emery –dice, tendiéndome la mano.

Se la estrecho.

–Hola, Emery. Soy Clark.

–¿Quieres una entrada para la *Familia Addams* de 1991? Empieza

en… –mira el ordenador–. Ups, hace veinte minutos, lo siento.

–No pasa nada, me tengo que ir –comienzo a retroceder–. Pero gracias por…

–Un segundo –se ríe–. ¿No venías a ver una película? –niego con la cabeza–. ¿Has entrado porque te resultaba familiar?

Me encojo de hombros.

–Ya te advertí que era una pregunta rara.

Se ríe más fuerte.

–Es la primera vez que me pasa eso.

Le echo un vistazo a los papeles que Emery estaba leyendo otra vez y me devora la curiosidad.

–¿Puedo preguntarte qué es eso? –señalo con la cabeza–. Siempre que he venido aquí estabas leyendo esos papeles.

–Imposible –sonríe–. Es la primera vez que los traigo y acabamos de abrir. ¿Te estás confundiendo otra vez, a lo mejor?

Mira que llevo trescientos doce días en bucle, pero a veces todavía se me olvida que este es el primer 19 de septiembre de los demás.

–Me refería… –intento clarificarlo– a que tiene pinta de que te interesa mucho eso que estás leyendo.

Emery se acerca a mí y baja la voz.

–No se lo digas a mi jefe si lo ves, pero –levanta los papeles y veo que es un guion– son mis líneas para una audición; la tengo mañana. Y estoy intentando memorizarlas con todas mis fuerzas.

–¿Eres actor?

–No. Bueno… –se corrige–. Estoy intentando mejorar, pero todavía tengo mucho que aprender –suspira; es evidente que la pregunta le afecta y le frustra–. No soy un actor al que paguen, por así decirlo. Pero técnicamente, actúo. A veces. Supongo.

Se me escapa una risilla sin querer.

–Me recuerdas a mí mismo.

Se le ilumina la cara.

–¿Eres actor?

–No, pero soy repostero y me cuesta mucho decir que lo soy –admito–. Me encanta cocinar, pero también estoy aprendiendo, peldaño a peldaño. Es una escalera muy empinada.

–¿Sí?

–Ya lo creo. Lo que peor se me da es la multitarea. Pongamos que tengo que sacar el pastel en quince minutos, pero estoy tan

concentrado en conseguir la consistencia correcta del glaseado que las posibilidades de dejarlo dentro del horno demasiado tiempo son prácticamente cien por cien.

–Seguro que has horneado cosas riquísimas.

–Sí, pero también un montón de desastres –recuerdo lo que me dijo Beau cuando estábamos en el Aragon–. Sin embargo, sigo siendo, por definición, repostero. Igual que tú eres un actor.

Emery se pone mucho más rojo de lo normal.

–Gracias. Necesitaba oír eso –echa un vistazo al vestíbulo a ver si no hay nadie más y su voz se convierte en un susurro–. ¿Te puedo contar una cosa? –asiento–. Esta es mi primera audición –confiesa.

–¿Nunca has hecho una?

–Nunca –inhala profundamente–. He hecho pequeños papeles y cortometrajes de amigos, pero nunca he hecho una audición. ¿Sabes lo que es esta película? –cierra los ojos y sacude la cabeza, aterrado solo de pensarlo–. Tienen hasta *catering,* ¿vale?

–Se te nota nervioso.

–Mucho.

Lo entiendo.

–Si he de ser sincero, seguramente ni vaya mañana –murmura con actitud derrotista–. Me va a salir fatal.

Me he quedado sin pistas sobre Beau y mamá cree que estoy enfermo, así que no hay nadie que me atosigue si no vuelvo a casa ya. Además, ¿de verdad quiero volver a ese apartamento y quedarme mirando la pared el resto del día? ¿Regresar a la misma rutina aburrida y aceptar que nunca volveré a ver a Beau?

No. Me niego, ahora que sé lo que podría ser mi 19 de septiembre.

–¿Quieres que te ayude a aprenderte el papel? –pregunto.

Emery da por sentado que estoy de broma hasta que me mira a la cara.

–¿En serio?

–Sí.

–¿De verdad quieres echarme un cable?

–Tengo tiempo –es lo único que tengo: tiempo.

–Bueno… Sí. Me encantaría –sonríe como si le estuviera salvando la vida y me entrega los papeles–. Creo que me costará menos si lo hago con otra persona.

–Entonces, ¿yo tengo que leer lo que dice Lisa? –le pregunto,

echando un vistazo–. ¿Que al parecer está aprendiendo a hacer la postura del perro boca abajo?

–Sí. Y yo soy el instructor de yoga –se queda un instante callado y suelta el aliento–. Vamos allá.

En cuanto empezamos, soy un testigo privilegiado de lo poco preparado que está para la audición. Habla demasiado bajo, tartamudea y se salta un párrafo entero en el primer ensayo.

–¿Estás bien? –le pregunto.

Emery se pasa la mano por la frente, enfadado consigo mismo.

–Sí.

–¿Seguro?

Respira hondo con los ojos clavados en el mostrador.

–Creo que sí.

–Ey –le digo–. Escúchame. Tú, Emery, eres un actor. Un pedazo de actor –insisto de forma teatral, y le entra la risa–. Empecemos otra vez.

Y así lo hacemos.

Y repetimos. Una y otra y otra vez.

Y cada vez es… igual de malo. De hecho, diría que peor. Creo que se está obsesionado y piensa demasiado cada sílaba. Apenas es capaz de recordar qué palabra viene después sin quedarse mirando al infinito.

Después de una hora de tortura y una cantidad de sudor suficiente para llenar un cubo, Emery se rinde. Suspira hondo, clava el codo en el mostrador y hunde la barbilla contra la palma.

–No puedo hacer esto mañana.

Me encojo de hombros, vacilante.

–¿En serio? ¿No quieres ni intentarlo?

–Ni de broma –niega con la cabeza, tajante–. He oído hablar del tipo del *casting*. Es un cabrón. Si la cago como estoy seguro de que lo haré, solo se reirá de mí.

Es duro ver a Emery, una de las personas más alegres que he visto en mi vida, tan sumamente derrotado. Me gustaría animarle para que lo intente, pero se le ve decidido. ¿Y sinceramente? No se equivoca.

Seguramente se reirían de él.

–Mira, haz una cosa –le digo–. Olvídate de este papel –agarro los folios del mostrador y los tiro a la papelera de al lado– y céntrate en mejorar una temporada. Yo te ayudaré –parece animarle eso–. Tengo

mucho tiempo libre –no es exactamente mentira–. Me puedo pasar por aquí y ayudarte todos los días.

Su expresión pasa de la desesperación absoluta a reflejar un rayo de esperanza.

–¿Harías eso por mí?

–Pues claro –le doy un puñetazo amistoso en el hombro–. Sé que tienes mucho potencial; solo necesitas que te echen una mano.

Suspira de alivio.

–Sinceramente, me encantaría. Pero a ver... ¿Estás seguro? –asiento–. ¿Me lo prometes?

Me río.

–Sí.

Suenan las campanitas de la puerta y entran unos clientes al vestíbulo.

–Tienes trabajo –me doy la vuelta–. Volveré mañana...

–¿Clark? –me giro–. Oye, si es que no lo entiendo, pero ¿te apuntarías conmigo a dar clases de interpretación? –se encoge un poco, como si se preparara para recibir una negativa.

A mí casi se me escapa una carcajada al pensar en ello.

–¿Yo? ¿En una clase de interpretación?

–Son caras –me explica–, pero hay una oferta a mitad de precio si te traes a un amigo, y se te da bien ayudar a memorizar. ¿Has pensado alguna vez ser actor?

Creo que eso es lo más gracioso que he oído en todo el bucle temporal.

Podría contestarle que sí, que claro que le acompaño, siendo consciente de que las posibilidades de tener que cumplir la promesa que le hice a un trabajador de unos cines son escasas (incluso si consiguiera llegar al 20 de septiembre). Pero antes de que abra la boca, Emery deduce la respuesta de mi cara.

–Olvídalo –Emery sacude la cabeza entre risas–. ¡A quién se le ocurre preguntarle eso a alguien que acabas de conocer hace cinco segundos!

–No, no pasa...

–No te preocupes –me corta Emery–. Ya has hecho mucho por mí. En serio, Clark –sonríe–. Tengo que atender a esta gente –señala con la cabeza a los clientes que están un poco por detrás de mí–. Pero si quieres te veo mañana, a la misma hora, en el mismo sitio....

Asiento, un poco culpable por no haberle dicho que me apuntaba con él, pero al menos le he animado el día.

–Aquí estaré.

Salgo del cine con una sonrisa, y me pongo los auriculares para volver a oír a The Wrinkles mientras camino por la acera sin rumbo determinado. Enseguida estoy empapado en sudor, pero, curiosamente, hoy no me importa el calor.

Mientras piso el asfalto y subo el volumen, recuerdo el deseo que lleva tanto tiempo latente que di por sentado que había desaparecido por completo. La verdad es que anhelo las posibilidades que podría traerme el 20 de septiembre, y lo importante que podría ser para todos.

Yo podría ser el amigo que ayuda a Emery con su papel. Dee podría confiarme su secreto si no hubiera sido tan torpe cuando hablamos en la cafetería. Podría estar al lado de Blair en su primer cumpleaños desde el divorcio (aunque ella crea que no me necesita) y podría dedicarme a hacer recados con Beau todas las tardes, si él quisiera.

El día de mañana me vendría bien contar con algunos amigos.

Y me estoy empezando a dar cuenta de que tal vez ellos también me necesiten a mí.

Capítulo 13

Tengo muchas ganas de ir a ver a Dee y que me cuente su secreto. Me muero de curiosidad por saber qué le ha pasado que le dé tanta vergüenza como para dejarla así de afectada, claro, y creo que se sentiría mucho mejor si lo compartiera con alguien, aunque sea con un completo desconocido. Además, me da la impresión de que su secreto podría tener algo que ver con el concierto de The Wrinkles, con Beau, puede que incluso con su supuesta alma gemela (si es que su ex también fue al concierto) y con el motivo por el que estoy atrapado en este follón. También me seduce acercarme a los cines Splendid y ayudar a Emery con su papel; me lo imagino totalmente obsesionado con la audición en la que está convencido de ir a cagarla. Quiero estar a su lado.

Pero debería centrarme en encontrar a Beau, me recuerdo a mí mismo, porque creo que podría ayudarme (y ayudarse a sí mismo) a llegar al día de mañana, aunque no me convenza nada el tema del alma gemela. Además, si no puedo escapar del hoy, ¿de qué me servirá ayudar a Emery indefinidamente o tratar de sonsacarle un secreto a Dee que quizás no tenga nada que ver conmigo? Estoy dispuesto a apostar a que, tarde o temprano, a Beau le apetecerá comerse un brownie de terciopelo azul. Y estoy decidido a estar en la pastelería Ben's cuando le entre el antojo.

El día 313 vuelvo a utilizar la excusa de la intoxicación alimentaria con mamá y me acerco a la pastelería con su portátil en la mano, porque el mío, con la pantalla rota, básicamente está inutilizable. No voy a usarlo para nada –hacer los deberes es tan inútil como os imaginareis–, pero al menos me servirá para fingir que estoy ocupado. (A nadie le gusta tener a un tipo remoloneando sin hacer nada en una cafetería concurrida con asientos limitados y enchufes eléctricos aún más limitados). La pastelería está llena por la mañana. Los turistas entusiastas entran en masa, ansiosos por terminar la cola antes de visitar The Bean o el Museo Field. Si añadimos a todos los trabajadores hambrientos que necesitan desesperadamente su dosis de cafeína y carbohidratos, la pastelería de Ben se convierte en una zona de guerra. Pido un brownie de terciopelo azul a un alegre y sudoroso

Otto con las mejillas rojas y me siento en una mesa de la esquina para estar pendiente de Beau.

Entonces me entra la ansiedad.

¿Qué le digo si aparece?

Él parecía decidido a no volver a verme nunca cuando se despidió de mí en el día 311 y salió escopetado del aparcamiento del instituto. ¿No pareceré un acosador, aquí sentado esperándole? ¿No hará que me rehúya todavía más? Inspiro profundamente y me siento derecho, recordándome a mí mismo que no puedo permitir que me impida escapar del bucle lo que piense Beau sobre mí, por mucho que sea más fácil decirlo que hacerlo. Pero si él sabe más que yo sobre por qué estamos atrapados aquí y cómo podríamos huir, merezco conocerlo.

Pienso en algunas de las preguntas específicas de las que me gustaría obtener una respuesta.

Como, por ejemplo, ¿pasó algo raro durante el concierto de The Wrinkles que pudiera provocar que nos quedáramos atrapados? ¿Por qué no me cuenta más sobre ese ex que necesita recuperar, el chico del que teme que yo le distraiga? Y, para empezar, ¿por qué se plantó Beau a última hora en clase del profesor Zebb, si no es un nuevo alumno de Rosedore? Mastico un trozo de brownie, pensando en voz alta:

—¿Su ex estudiará en mi instituto?

Tengo muchas preguntas para Beau, y estoy dispuesto a esperar en Ben’s hasta que se me pongan los nudillos azules, y no de comer glaseado sino de apretar los puños.

Y eso es más o menos lo que hago.

Esto no se va a arreglar en un día, me recuerdo a mí mismo, mientras pasa una hora tras otra sin rastro de Beau. El día 313 solo es el primero de muchos que seguramente tenga que pasar en Ben’s con el cuello estirado para atisbar a todos los clientes que entran por la puerta.

Cuando por fin me marcho, mientras Otto empieza a echar el cierre, me digo que ojalá fuera hoy el día 314.

Sin embargo, cuando se está acabando el día 314, tampoco soluciono nada.

Por la mañana del día 315, empiezo a ponerme nervioso. Un cliente especialmente odioso que se queja cada día de que su galleta de mantequilla de cacahuete no está lo bastante azul me pone al límite.

Mientras le exige a un empleado que le revele el ingrediente secreto que vuelve azules sus galletas –¿no sabe lo que es el colorante alimentario?–, me acuerdo del secreto de Dee y de su posible relevancia en el bucle temporal.

Aunque me prometiera a mí mismo que no me movería de Ben's desde la apertura hasta el cierre porque me da miedo que Beau venga a por un brownie de terciopelo azul justo el día en que decida irme antes, acabo pensando que merece la pena el riesgo y me dirijo al Uptown.

Sin embargo, el metro de la línea roja se queda parado durante casi media hora y llego al Aragon mucho más tarde de lo que esperaba. Dee ya ha salido del trabajo, así que voy corriendo al restaurante, donde veo a la misma pareja de ancianos comiendo tortitas y a la familia de siete miembros de la última vez.

–¿Mesa para uno, guapo? –pregunta Sandy, acercándose a mí en la entrada.

–No me quedo a cenar –le digo–. ¿Has visto a Dee, del Aragon? Sé que viene a veces cuando acaba el turno.

La expresión amable de bienvenida de Sandy se desvanece y se convierte en preocupación.

–Acaba de irse; vino a por comida para llevar. ¿Está bien?

Me giro y miro por la cristalera para localizarla.

–No te molestes; ya se ha ido –me indica–. Vino a buscarla una amiga.

Me vuelvo.

–¿La viste rara?

–Se notaba que había estado llorando –responde Sandy–. Le pregunté qué le pasaba, pero no dijo una palabra. ¿Está bien?

–Creo que sí –respondo, deseando no equivocarme–. Ha tenido un día duro.

–Esa chica... –Sandy niega con la cabeza y mira por los cristales, distraída–. Le cuesta mucho decir las cosas.

–¿Tú crees?

–Pues claro –asegura–. Dee siempre intenta ser la alegría de la huerta, y no se da cuenta de que los que la conocemos bien notamos perfectamente lo mal que está bajo toda esa fachada.

Asiento mientras recuerdo la falsa voz alegre que puso cuando le llamaron la última vez que estuvimos en la cafetería: estaba

intentando ocultar el dolor por lo que fuera que le hizo llorar, estoy seguro.

Los ojos de Sandy se encuentran de nuevo con los míos.

–¿De qué la conoces?

Empiezo a recular hacia la salida.

–Somos… amigos del instituto. Tengo que irme. Gracias, Sandy.

Antes de que me haga más preguntas, ya estoy fuera, en la acera.

Le cuesta mucho decir las cosas. Lo mal que está bajo toda esa fachada.

Si Dee es así, tiene todo el sentido del mundo que se esté guardando un secreto. Ojalá hubiera sido más hábil y la hubiera convencido para que lo compartiera conmigo.

Como he perdido a Dee, voy a los cines Splendid para cumplir mi promesa a Emery, aunque sea con unos cuantos días de retraso. Todavía tengo tiempo suficiente para ensayar unas cuantas veces con él, si le apetece repetirlo. Así que, después de volver a presentarme en el mostrador, le hago un comentario que parece no venir a cuento: le digo que parece una auténtica estrella de cine.

–Guau –sonríe de oreja a oreja mientras se le pone la cara del mismo color que un tomate maduro–. Me has alegrado la semana.

La conversación fluye con naturalidad hacia los papeles que tiene delante y, en pocos minutos, vuelve a ser un instructor de yoga que me enseña –bueno, enseña a Lisa– a hacer la postura del perro boca abajo.

La verdad es que esta vez estoy más fluido porque recuerdo las líneas, pero, por desgracia, Emery sigue siendo un desastre.

Intento animarle y después me meto en la sala uno justo a tiempo para ver *Cuando Harry encontró a Sally*. A la segunda, la película empieza a gustarme. O puede que sea porque me recuerda a Beau. ¿Tal vez sean las dos cosas? No lo sé.

Antes del 19 de septiembre no creía demasiado en el amor verdadero, y pasar 309 días atrapado en un bucle de tiempo lo remató, al destruir cualquier esperanza de que algún día fuera a encontrar a alguien. Entonces apareció Beau.

Cuando experimentas en persona la cantidad de direcciones que puede tomar un solo día en función de la variante más mínima e intrascendente, resulta absurdo pensar que solo existe un único tú para cada yo. Pero conocer a Beau puso patas arriba toda mi lógica. De entre el millar de decisiones que he tomado en mis cientos de días

repetidos, sé, sin lugar a dudas, que haberle acompañado a hacer «recados» fue la mejor de todas.

Así que, después de haber pasado un tiempo muy necesario lejos de la pastelería, llego a la conclusión de que tengo que volver el día 316 y no moverme de ahí hasta que a Beau le entre un antojo de comer brownies de terciopelo azul. Además, ya estoy familiarizado con las mismas caras que entran siempre a la misma hora, así que puedo hacer varias cosas a la vez sin miedo a que la entrada y salida de Beau se me pase por alto.

Saco el portátil de mamá.

–Venga, Clark –murmuro para mis adentros, mirando fijamente cómo parpadea el cursor en la barra de búsqueda–. Vamos allá.

Me pongo a intentar encontrar por internet la teoría de Beau sobre el bucle temporal, con la esperanza de que salgan pocos resultados, ahora que estoy buscando una cosa específica que implique almas gemelas y, al menos, dos personas atrapadas juntas.

Sin embargo, mis esperanzas se desvanecen rápidamente, porque incluso con una búsqueda tan acotada encuentro decenas de teorías similares a la de Beau en los primeros diez minutos. ¿Cuál será la que cree él? ¿Y por qué esa es más creíble que las demás?

Abrumado después de haberme tirado el día entero intentando hackear el continuo espacio-tiempo, decido tomármelo con calma el día 317. Paso otra mañana con su respectiva tarde sin que Beau aparezca en la pastelería y después me acerco al lago a darme un chapuzón en nuestro sitio mientras el sol se pone tras el horizonte.

Esta vez me dejo puestos los calzoncillos. Mientras estoy en el agua, siento que Beau me agarra de los tobillos para picarme, como el día 310. Ojalá no fuera solo mi imaginación.

El día 318 sigo sin haber visto a Beau, pero la carta de Ben's ya no guarda secretos para mí: he probado un dulce distinto a diario desde el día 311. Los brownies de terciopelo azul siguen siendo mis favoritos, pero los rollos de canela que probé el día 316 –ligeramente endulzados con un toque de especias perfecto– no andan muy lejos, y el panecillo de queso cheddar que disfruté el día 315 ocupa un respetable tercer puesto (Otto dio con la textura justa). Con lo bueno que es en la cocina y lo amable que es atendiendo en el mostrador, no entiendo por qué no tiene su propio canal de repostería. Sería un éxito.

Aparte de sus habilidades como pastelero, también he descubierto mucho de Otto como persona mientras andaba en su local durante todo el día. Por ejemplo, se sabe el nombre de casi todos sus clientes. Y no me refiero solo a los habituales: estoy hablando de Tori, una enfermera de Minneapolis que dice que vino hace más de un año, y de Reggie, un profesor de Rogers Park que se queda boquiabierto cuando Otto recuerda no solo el curso que imparte (quinto), sino también el nombre de su pareja y además el de la rata que tiene como mascota (Fred y Bob, respectivamente).

También empiezo a captar algunas sutilezas. Por ejemplo, que Otto camina con una ligera cojera que seguramente sea imperceptible para la mayoría de los clientes, pero que le duele lo bastante como para provocarle una mueca cuando se inclina demasiado para limpiar las mesas. También tiende a reciclar los mismos diez temas con los clientes a los que les gusta charlar (el clima insoportablemente húmedo es su favorito los 19 de septiembre) y veo cómo les guiña el ojo alegremente a todos los perros que entran con su humano y, si le dan permiso, les da un lametazo gratis de nata montada azul con una cuchara azul de plástico.

Pero también noto algo más, porque todas las mañanas vuelvo a leer el post de Instagram de Otto sobre Ben.

«La mayoría de los días no tengo ganas de sonreír –pone–, pero lo hago para que estés orgulloso de mí». Y sonríe muchísimo. Recuerdo que una vez, cuando le mencioné a la señora Hazel que a mis padres se les veía felices pero al parecer eran desgraciados juntos, me dijo: «A veces las personas que están más tristes tienen las sonrisas más amplias». Tengo la sensación de que es el caso de Otto.

Pero, aunque quisiera preguntarle cómo está, hay otra cosa que empieza a llamarme la atención: lo muy hasta arriba que está Ben's.

No solo hay un montón de gente por la mañana, sino que no dejan de entrar clientes insaciables que desean acabar con toda la vitrina por la tarde. Casi todo el tiempo, Otto y su escaso personal se las apañan para que la cola avance a un ritmo lógico, pero hay un rato que están con el agua al cuello, después de la hora de comer, con un trabajador menos.

He llegado a temer la avalancha. Me estremezco cuando veo cómo se alarga la cola para pedir. Los clientes se ponen nerviosos –y algunos se enfadan– cuando se frustran sus planes de tomar algo rápido y la

cola pasa a ser un calvario. Y, por si eso fuera poco, la presión hace que el alegre pero estresado Otto y sus tres abrumados empleados de la cocina empiecen a confundir los pedidos.

El día 325 no puedo soportarlo más.

Tengo que intervenir.

–Hola –le digo, acercándome al lado del mostrador mientras Otto cobra–. Se me ha ocurrido una idea.

–Hola, Clark –responde, arrancándose los guantes de plástico para ponerse unos nuevos. No sé cómo, pero incluso en medio del caos es capaz de acordarse del nombre que le di esta mañana sin dudarlo–. Me encantaría escuchar tu idea, pero ¿puede esperar unos segundos? Estamos hasta arriba.

–Mi idea podría ayudar en eso.

–¿Eh?

–¿Quieres que recoja los pedidos de los clientes que esperan en la cola y te los pase a ti? –le pregunto–. Creo que podría hacer que la cola fuera más rápido.

Otto se ríe.

–Muy amable por tu parte, Clark –le entrega a otro cliente una bolsa–. Aquí tienes la galleta correcta, Dotty, y perdona el error –se vuelve hacia mí, secándose la frente con el antebrazo–. Pero no tienes experiencia; podría ser un lío, amigo mío.

–Te prometo que no –le aseguro, convencido de que no puedo empeorar la situación–. Si me equivoco, lo dejo y no te incordio más.

–Legalmente no puedo pagarte nada, salvo con muestras gratuitas.

–Me parece bien.

Considera mi propuesta con un fuerte suspiro.

–Demonios, supongo que mal no va a hacer.

–¿En serio? –pregunto, sorprendido de que esté dispuesto a aceptar mi ayuda (aunque, a juzgar por todo lo que conozco a Otto tras verle en acción desde el día 313, quizás no debería estarlo).

Me tiende un bolígrafo y notas adhesivas azules que guarda cerca de la caja registradora.

–¿Quieres esto para anotar los pedidos?

–Vale.

Agarro el boli y las notas, intento calmar mis nervios y me pongo en marcha.

Lo primero que hago es pedir disculpas por la larga espera,

compruebo dos veces que he oído bien a cada cliente y escribo con letra grande y clara para que Otto la lea sin problemas. Rápidamente descubro que lo más lógico es escribir un solo pedido en cada nota y ponerlos detrás del mostrador en el orden correspondiente. La mayoría de los clientes están mucho más contentos solo con que se les haya prestado atención al fin, y Otto puede trabajar más rápida y eficazmente detrás del mostrador al ver con antelación los próximos pedidos.

–Tienes una letra preciosa, Clark –comenta al pasar a mi lado con una bandeja con la tarta de arándanos más azul que he visto nunca–. ¡Sigue así!

Está claro que mi estrategia está funcionando. La cola se acorta rápidamente, no ha habido ni un solo error con un pedido desde que empecé a apuntarlos, y los resoplidos irritados que oía cada día están convirtiéndose en amistosos «holas».

Y la verdad es que es mucho más divertido de lo que esperaba.

Media hora más tarde, la cola ha desaparecido; nunca había ocurrido eso. Me felicito mentalmente cuando me doy cuenta de que jamás me habría atrevido a hacer algo así antes del día 310.

La señora Hazel me dijo que limitarse a una zona de confort cada vez más pequeña puede conllevar mayor infelicidad, pero supongo que coincidirá en que también sucede al contrario. Hoy no es que haya roto mi zona de confort; más bien he disfrutado al verla ampliada.

–Caramba –resopla Otto, tomando asiento en su desvencijada silla plegable detrás de la caja registradora por primera vez en todo el día–. Has hecho un gran trabajo, Clark.

–¿Sí?

–Sí. Cuando Cassandra se marcha a la una, lo pasamos fatal hasta las cinco –me explica, meneando la cabeza–. Este es el primer lunes de muchos que no ha pasado eso.

–Pues me lo he pasado bien –admito, saliendo al otro lado del mostrador ahora que ya no necesita mi ayuda–. Me encanta la repostería, así que supongo que no es nada sorprendente que me guste trabajar en una pastelería.

Otto termina un vaso de agua y parece animarse.

–Cuéntame, ¿qué recetas haces?

–Pues estoy un poco perdido –confieso–. Mañana es el cumpleaños

de mi hermana y odia las tartas, así que he estado pensando qué hacerles a ella y sus amigos. Por ejemplo –le señalo los brownies de terciopelo azul–, sé que esos a Blair le encantarían.

Quería intentar hacer una versión en la cocina del apartamento de mamá, pero nunca se ha presentado la oportunidad, ya que encontrar a Beau era mi única prioridad y, cuando vuelvo a casa después de estar en la ciudad todo el día y haberle dicho que estaba enfermo, mamá no está de humor para dejarme hornear.

–No me sorprende –asiente Otto–. Son de los que más se venden. Oye –mira a su alrededor, asegurándose de que no hay ningún cliente esperando–, entra aquí.

Otto se levanta y me hace un gesto para que le siga a la cocina.

–¿Puedo?

Sonríe.

–Yo soy el jefe, amigo mío.

La cocina es pequeña, llena de instrumentos de acero inoxidable y espolvoreada con restos de docenas de recetas. Hay cubos con ingredientes, bandejas de hornear y moldes por todas las encimeras y, como era de esperar, no falta el colorante alimentario azul.

Otto se agacha bajo uno de los puestos de trabajo y empieza a rebuscar en una estantería.

–Por cierto, ¿cómo conociste la pastelería? –dice–. Siempre me gusta preguntar a los nuevos clientes.

Es curioso que diga que soy nuevo cuando yo ya me considero un cliente habitual.

–Me habló de ella mi amigo Beau –respondo–. ¿Creo que le conoces?

Otto se queda parado y me mira desde abajo, arqueando las cejas.

–¿Eres amigo de Beau?

–Sí.

–Le echo de menos –murmura–. ¿Cómo os conocisteis?

Me invento algo sobre la marcha.

–Los dos fuimos al mismo concierto –respondo, lo cual es técnicamente cierto–. Me gusta Beau –y mucho.

Otto vacila un instante antes de seguir hablando.

–Oye, ¿te importaría hacerme un favor? –asiento–. ¿Puedes decirle que lo siento? –me pide Otto.

¿Que lo siente?

–Claro –respondo. Me quedo callado un momento porque no quiero perder la oportunidad de estar dentro de su cocina, pero si pudiera ayudarme a averiguar cómo llegar hasta Beau…–. ¿Puedo preguntar por qué lo sientes?

Otto vuelve a centrarse en la alacena, que está repleta de cacharros, espesantes y un surtido de especias.

–Amigo mío, esa una larga historia. Mejor que te la cuente Beau.

Al notarle reacio, dejo el tema.

–Claro, no pasa nada.

–¡Aquí está!

Me entrega una tarjeta amarilla, ligeramente rota.

–¿En serio? –murmuro cuando leo BROWNIES DE TERCIOPELO AZUL DE BEN'S en la parte de arriba.

–Hoy me has salvado la vida –declara Otto, posando sobre mi hombro una mano tan grande que se me doblan un poco las rodillas–. No podría haber sobrevivido esta tarde sin ti.

Ya has sobrevivido muchas veces, me gustaría decirle, *pero no ha sido agradable*.

–¿Estás absolutamente seguro? –insisto.

–¡Por supuesto! –se señala la sien–. Tengo la receta aquí dentro.

No sé ni cómo expresar lo agradecido que estoy, así que lo único que hago es decirle un simple «gracias».

–De nada –retira la manaza y mi hombro regresa a su posición normal–. Espero que Blair los disfrute.

Miro la receta. Parece sorprendentemente simple para lo deliciosos que son esos brownies, pero –después de más de trescientos días de pruebas en la cocina de mamá– he acabado por descubrir que los dulces más sabrosos suelen ser los más sencillos.

–Dejaste el instituto, ¿no? –pregunta Otto, limpiándose las manos en su delantal–. A no ser que este lunes no haya clase por algún motivo –añade al verme confundido.

–Oh –asiento–. Sí, es eso.

–Bueno, si buscas un trabajo a tiempo parcial, me encantaría contar con tu ayuda por las tardes.

Me da un vuelco el corazón

–¿De verdad?

–Sí.

–¿Puedo empezar… mañana?

Igual que no conseguiré ver a Emery mejorar con su papel y me veo obligado a empezar desde el principio para conseguir que Dee se abra y me revele su vergonzoso secreto, sé que no voy a empezar mi turno en la pastelería Ben's en un futuro cercano. Sin embargo, solo de pensarlo noto una oleada de esperanza.

–Me parece un gran plan –responde Otto–. Vienes, rellenas el papeleo e inmediatamente te ponemos un delantal –me tiende la mano–. Bienvenido al Equipo Azul.

Por un instante, pienso mencionar el cumpleaños de Ben, pensando que Otto lo apreciará, ¿o no? ¿Terminaríamos nuestro día juntos incómodos y tristes? Me pongo nervioso y decido no hacerlo.

–Gracias, Otto –le sonrío, estrechándole la mano–. Mañana te veo.

A pesar de no haber visto a Beau, salgo de la panadería flotando en una nube, aunque no tenga sentido emocionarse ante la posibilidad de un trabajo que puede que nunca se haga realidad.

Capítulo 14

La cocina y el comedor están limpios y no hay ni una rodaja de pepperoni a la vista, lo cual confirma lo tardísimo que llego a cenar.

–¿Dónde demonios estabas? –me pregunta mamá en cuanto entro por la puerta. Veo en tiempo real cómo la preocupación de su rostro se transforma en alivio y luego en enfado–. Cinco minutos más y hubiera llamado a la policía para declararte desaparecido.

–No te habrían hecho caso, mamá –declara Blair desde el sofá, mirando el móvil–. Clark tendría que haber estado fuera varias horas más para que la policía lo considerara desaparecido. Derek Dopamine hizo un vídeo entero sobre el desastre que son nuestras leyes sobre personas desaparecidas y…

–Cariño, te lo pido por favor: no cites a Derek Dopamine como fuente oficial de información sobre nada –la corta mamá antes de volverse hacia mí, adoptando una voz más suave–. Deberías devolverme las llamadas, ¿vale? ¿Dónde estabas?

Tiro la mochila al sofá y entro en la cocina, deseando empezar a preparar los brownies de terciopelo azul de Ben's.

–Con un amigo –replico, dejando la tarjeta de la receta sobre la encimera y leyendo de nuevo la lista de ingredientes. Salvo el colorante azul, estoy casi seguro de que tenemos todo lo que necesito, pero debería asegurarme antes de precalentar el horno–. No te preocupes –me adelanto a las protestas de mamá–, ya sé que acabas de limpiar. Yo recojo luego.

–¿Estabas con un amigo? –me pregunta Blair con curiosidad, levantándose del sofá y yendo al comedor–. Pero si no tienes ninguno.

Se lo paso por alto porque estoy de muy buen humor tras el día en la pastelería como para permitir que me afecte lo que dice Blair.

–Blair –la regaña mamá, tomando asiento junto a ella–, para.

–¿El qué?

–Para de meterte con tu hermano.

–Era una broma.

–Me alegro de que hayas superado la intoxicación alimentaria que te impidió ir al colegio y ver a la señora Hazel hoy –comenta mamá, con un tono lo bastante suspicaz como para que quede claro que

sospecha de mí–. Me pregunto qué habrás comido en el concierto para ponerte malo.

–No estoy seguro –respondo, totalmente decidido a no sonar culpable mientras voy de un armario a otro.

–Bueno, queda pizza, pero lo mismo te sienta mal –dice mamá–. Creo que queda sopa de fideos de la que te gusta en la despensa, si te apetece más.

–Gracias –contesto, concentrado en la receta. Nota mental: fingir una intoxicación alimentaria es una forma fácil de librarse de comer pizza todos los días.

Blair levanta la vista de su móvil.

–¿Qué estás haciendo?

Determino que tenemos suficiente queso crema para el glaseado y saco la mantequilla de la nevera.

–Brownies de terciopelo azul.

–¿Brownies de terciopelo azul? –repite mamá–. ¿Qué demonios es eso? ¿Qué llevan? ¿Y de qué azul estamos hablando?

Blair mete baza.

–¿Son como los brownies de terciopelo rojo, pero en azul?

–Básicamente, sí –sonrío ampliamente mientras saco una bolsa de azúcar glas del estante superior, dando alegres botecitos (a pesar de las incesantes preguntas de mamá)–, y probablemente van a ser lo mejor que he hecho.

–Mis amigos lo van a flipar –declara Blair, sonriendo–. Especialmente Josie. Le encantan los brownies.

–Háblame de ese amigo tuyo –presiona mamá–. ¿Es alguien que conozco, es del instituto?

–Se llama Otto y me dio esta receta –le explico, colocando todos los ingredientes delante de mí en la encimera–. Es el dueño de la pastelería Ben's Everything Blue.

–¿En serio? –mamá hace una pausa–. He oído que es un sitio muy bonito, pero nunca he estado –se vuelve hacia Blair–. El nombre es literal; es una pastelería que es entera azul –mi hermana desorbita los ojos–. Un segundo –las pupilas de mamá se desplazan hacia mí–. ¿Has ido a Chicago?

–Sí.

–Clark –su tono se vuelve serio otra vez–. No puedes hacer estas cosas sin decírmelo. Y no sé si me acaba de gustar que seas amigo de

un adulto lo bastante mayor como para tener su propio negocio.

–No va por ahí, mamá –replico–. Otto es un gran tipo, pero tienes razón. La próxima vez te preguntaré antes de ir a Chicago.

–¿Y todo esto a qué viene? –pregunta, quitando algunas migas rezagadas de la mesa del comedor.

Rebusco entre nuestros cacharros.

–¿Podemos hablarlo luego? Perdona, es que tengo que comprobar si tenemos todos los ingredientes antes de acercarme a la tienda a por el colorante. Oh –me vuelvo hacia ella, incapaz de contener la sonrisa que se me dibuja en la cara–. ¿Puedo usar tu coche?

Mamá se queda callada un buen rato; me da la impresión de que no sabe muy bien cómo comportarse con esta versión emocionada de su hijo que da botes por la cocina.

–Supongo que sí. ¿No quieres un poco de sopa primero?

–¿Te importa que coma después? Quiero ir pronto a por los ingredientes que faltan.

–¿Qué te pasa hoy? –pregunta mamá.

Blair y mamá me miran con suspicacia e intriga grabadas en la cara.

–¿Qué? –salto, poniéndome rojo.

–Lo dice como cumplido –se ríe Blair, dejando el móvil–. Estás actuando de forma rara; se te ve feliz. No es propio de ti.

Mamá la fulmina con la mirada.

–No es raro, es bonito –se gira en redondo–. Que te quede una cosa clara: tienes que preguntarme antes de ir a la ciudad la próxima vez, y necesito saber más sobre ese tal Otto. Pero es agradable verte animado.

Asiento y me encojo de hombros mientras mis mejillas recuperan su color normal.

–Supongo que he tenido un buen día.

–Oye, ¿qué tal si te echo una mano con eso cuando vuelvas de la tienda? –pregunta mamá.

A pesar de haber hecho un montón de variantes en la rutina del día de hoy –fingir que estoy enfermo, faltar al instituto y pasar toda la tarde en una pastelería del centro de Chicago–, hay cosas que nunca dejarán de repetirse en el bucle temporal. Que mamá me pregunte si quiero que me ayude con la receta es una de ellas.

Con lo contento que vengo de pastelería y que todavía me siento un

poco culpable después de habérsela montado el día 311, hoy estoy a punto de aceptar su ayuda.

A punto.

Me balanceo de un lado a otro sobre las puntas de los pies.

–¿Mejor otro día? –susurro, intentando que no se lo tome a mal.

Pero le sigue afectando, y me doy cuenta.

–Vale –asiente.

–Es que estoy muy entusiasmado con esta receta, y necesito concentración para que me salga perfecta para Blair –me excuso.

–Por supuesto –responde, forzando una sonrisa–. Tú a lo tuyo. Las llaves de mi coche están en la mesilla.

Las agarro de camino a la puerta.

–¿Necesitáis que compre algo más?

–No –dice Blair.

–Lo único que quiero es que me mandes un mensaje si vas a algún otro sitio –exige mamá–. ¿De acuerdo?

–De acuerdo –me pongo los zapatos y salgo de casa.

Antes de llegar a la acera, oigo el chirrido de la puerta del portal y me vuelvo, esperando que sea mamá que acaba de recordar que le falta alguna cosa.

Pero es Blair.

–Hola –musita, asomándose a la rendija.

Apuesto a que quiere helado para servirlo con los brownies.

–Veré si tienen de menta y chocolate...

–No, solo quería decirte que... –es raro verla tan tímida– que siento haber dicho que no tienes amigos. No iba en serio.

Asiento, un tanto perplejo.

–Me alegra mucho que quieras preparar algo para mi fiesta –continúa–. Eres un gran hermano mayor y te quiero.

Es raro que Blair se sincere así, y todavía más extraño oírle una disculpa auténtica. No estoy muy seguro de que haya pasado esto alguna vez. ¿Mi buen humor en la cocina podría haber provocado esto? Hago otra nota mental (esta no relacionada con lo harto que estoy de comer pizza): mi actitud en casa tiene impacto en Blair.

Abro la boca para responderle, pero cierra la puerta antes de que pueda decir nada.

Capítulo 15

El día 326 me despierto frente a mi mesilla blanca de madera con una sonrisa en los labios.

Es una pena que Otto no sepa quién soy; no voy a poderle contar cómo salió la tanda de brownies (estaban un poco más secos y aplastados que los suyos, pero sigue siendo lo mejor que ha salido de mi horno). Tendré que volver a presentarme, contarle mi idea para acelerar la cola y confiar en que hoy todo vaya igual de bien que el día 325. La pastelería empieza a resultarme mi hogar, aunque técnicamente sea un extraño para Otto y sus clientes. Es agradable sentir que tengo un sitio adonde ir; un día que al menos puedo fingir que estoy compartiéndolo con otros.

Misteriosamente, vuelvo a ponerme enfermo y voy derecho a Ben's, pensando cómo podría agilizar aún más el sistema de las notas adhesivas. Pero cuando salgo del coche compartido en el que he venido, los pedidos de los clientes pasan inmediatamente a un segundo plano.

Beau.

Se me seca la garganta y se me encogen las tripas como si fueran un muelle a punto de salir despedido.

Va caminando hacia Ben's por la calle, vestido con la misma camiseta de tirantes de color verde brillante que llevaba cuando nos conocimos. Sus largas piernas lo impulsan por la acera como si la ciudad fuera suya, y sus ojos son tan espectaculares como los rayos de sol que rasgan el horizonte de Chicago.

De la sorpresa paso a la euforia y luego al pánico.

Respira, Clark, me digo a mí mismo.

He tenido muchos días para pensar en este momento. Soy capaz de hacer esto.

Beau se detiene en seco a seis metros de distancia, con los ojos clavados en los míos. Esbozo una débil sonrisa mientras el sudor empieza a chorrear por mi rostro. Levanto la mano y hago un gesto vacilante, rogando para que esto vaya mejor de lo que creo.

–¡Ey! –le grito para que me oiga entre el estruendo de la calle–. ¿Qué tal?

Por un instante, su expresión me resulta indescifrable. ¿Se siente aliviado de verme, o le he jodido el día? Entonces se da media vuelta y desaparece por la esquina.

Supongo que ya tengo la respuesta a mi pregunta.

Dudo, me muerdo el labio e intento pensar rápido, mientras noto un nudo en las tripas.

Normalmente no traspaso los límites. Respeto los deseos de los demás, por mucho que me incomoden. (Y no poder revivir el mejor beso de mi vida es un inconveniente bastante importante). Pero mi situación –nuestra situación– no es normal y, si existe la más mínima posibilidad de que pueda escapar de este bucle temporal, voy a necesitar la ayuda de Beau.

Exhalo, cierro los ojos y doy unos botes en el sitio durante unos segundos antes de salir corriendo tras él.

Cuando giro en la misma esquina, veo que ya me lleva más de una manzana de ventaja. Acelero el ritmo.

–¡Beau! –le grito.

No se da la vuelta.

Por suerte, le detiene el semáforo en ámbar en un cruce lleno de gente, pero hace caso omiso de las normas y avanza igualmente. Casi le atropella un coche que iba a toda pastilla. Gimo, pero antes de que pueda siquiera valorar la posibilidad de sobrevivir sin acabar en urgencias, me lanzo tras él. Un montón de taxis me regañan tocando el claxon, pero llego al otro lado entero.

Beau se topa de frente con un gran grupo de turistas guiados por una mujer con un megáfono, lo que me permite acortar aún más la distancia.

–¡Eh! –vuelvo a gritar, ahora que está a unos pasos de mí–. ¿No podemos hablar?

–Creo que es mejor que no lo hagamos –murmura, reconociendo por fin mi existencia.

–¿Por tu ex?

–Sí.

–¿Por qué no puedes decirme su nombre?

Se niega a responderme.

–¿Puedes parar, por favor, solo un minuto? –le suplico.

Sorprendentemente, obedece. Se queda congelado en el sitio. Se gira y me mira, con una mirada inmensamente triste.

–No me gusta no verte, Clark –susurra mucho más dulcemente de lo que esperaba–. No me divierte tener que evitarte todos los días.

–¡Entonces no lo hagas!

–Tengo que hacerlo.

–Sé que piensas que soy una distracción de tu ex, o lo que sea –barboto–, pero hay más cosas al margen de lo nuestro, sea lo que sea esto: seguimos atrapados en el mismo bucle temporal, y creo que es justo que obtenga algunas respuestas.

–¿Respuestas a qué?

–¿Recuerdas si pasó algo raro en el concierto que pudiera haber provocado que nos quedáramos atrapados?

Se aleja de mí y sigue caminando.

Le sigo de inmediato.

–Ya te lo dije –murmura, zigzagueando entre los transeúntes–. Estás atrapado aquí porque el universo quiere que estés con tu alma gemela, sea quien sea. Te recomiendo que empieces a buscarla.

–Pero yo no tengo un alma gemela.

–Debes tenerla.

Beau sube un largo tramo de escaleras oxidadas que conducen a una parada de metro. Le persigo, pero me detiene una tromba de pasajeros que bajan.

Voy a perderlo. Quiero más respuestas, así que suelto lo primero que se me ocurre:

–¿Por qué Otto quiere que sepas que lo siente?

Beau se detiene en lo alto de la escalera y se da la vuelta. Abre la boca para responder, pero cambia de opinión y salta el torniquete del andén.

Por fin consigo abrirme paso entre la multitud; veo que se mete en un vagón y corro hasta las puertas, consciente de que se van a cerrar en cualquier momento.

–Vale, escucha –resoplo, saltando a su lado, sin aliento–. Quiero respetar tus deseos y dejarte en paz.

–De acuerdo, bien.

–Pero no voy a hacerlo –le taladro con la mirada–. Creo que deberíamos trabajar juntos.

Suelta el aliento.

–Prefiero no hacerlo.

–¿Solo porque te gusto? ¿Porque te distraería de tu ex? Me parece

una excusa muy mala cuando creo que nos vendría bien a los dos que…

–¡Para! –estalla–. Lo que tenemos no es real, Clark. ¿De acuerdo?

Algunos pasajeros nos miran con curiosidad.

Doy un paso atrás, alterado.

–¿Qué dices?

–Entiendo que tengas la sensación de que compartimos algo especial ese día –continúa–. Pero, sabiendo lo que sabemos ahora, ¿entiendes por qué nos sentimos así? –niego con la cabeza–. Eres el único que conozco que está atrapado en el 19 de septiembre.

–Y tú también eres el único para mí.

–¡Exacto! –hace un aspaviento, exasperado–. ¿Es que no lo entiendes? No te gusto, no como piensas.

–Sí me gustas.

–Te sirvo de consuelo porque estamos en el mismo barco, porque soy la única persona que sabe lo que es vivir en este infierno.

–Eso no es cierto.

–Solo pasamos unas horas juntos, Clark. No sabemos nada el uno del otro.

–Sé que te gusta vivir aventuras sin programarlas, los brownies de Ben y las películas románticas con las que puedes evadirte –enumero–. Sé que eres un buen amigo, porque fuiste a ver cómo estaba Dee después de que pasara la noche más vergonzosa de su vida, y que puedes quedarte embobado mirando las estrellas, igual que yo, aunque estén pintadas sobre el yeso. Y sé que, a pesar de no tener padre y de que tu madre no esté a tu lado, sigues creyendo en los finales felices.

No dice nada durante un instante, traga saliva con fuerza y me responde en un susurro:

–Estás aliviado porque has encontrado a alguien más atrapado en tu día de hoy, y estás confundiendo ese sentimiento con algo más. Eso es todo. No es real. Nuestras almas gemelas sí que son reales.

–¿Cómo lo sabes? –protesto–. ¿Por qué tienes que decidir tú lo que es real y lo que no?

Una voz automatizada suena por los altavoces: «Cerrando puertas».

Comienzan a cerrarse, pero se detienen y vuelven a abrirse cuando un rezagado salta a bordo.

Beau se acerca a mí y me mira fijamente, sin parpadear.

–Por favor –musita–. Ambos saldremos ganando si te olvidas de que existo.

–Sabes que no puedo hacer eso.

–Tienes que hacerlo.

Me deja de piedra cuando me atrae para abrazarme. Noto los latidos de su corazón golpeando mi pecho. No quiero que me suelte, pero sé que lo hará en cualquier momento, dejándome tan frustrado y ávido de respuestas como antes.

–Encuentra tu alma gemela y sal de aquí conmigo –dice–. Es la única manera.

–Pero...

–Lo siento.

«Cerrando puertas», repite la grabación.

Beau salta al exterior. Me giro para seguirle, pero se me cierran las puertas en las narices. Nos miramos a los ojos a través del cristal de la ventanilla mientras el tren se aleja.

Capítulo 16

Puede que esta haya sido mi última oportunidad de saber algo de Beau, y no podría haber salido peor. No ha estado ni siquiera ligeramente dispuesto a hablar conmigo, lo cual no debería sorprenderme después de lo tajante que fue cuando me dijo adiós en el aparcamiento del instituto. Aun así, estoy destrozado.

No he averiguado absolutamente nada sobre su teoría de las almas gemelas, ni si el concierto de The Wrinkles pudo tener algo que ver, ni de cómo nos quedamos los dos atrapados. Peor aún, al parecer Beau considera que el día 310 fue una coincidencia, que no tuvimos una conexión auténtica y que estoy confundiendo mis sentimientos porque simplemente me consuela su presencia en el bucle temporal junto a mí.

Menuda gilipollez.

Pero... ¿podría tener razón? A ver, lo cierto es que solo pasamos juntos unas horas. Y desde luego que me sirve de consuelo saber que no estoy atrapado en el día de hoy yo solo.

Admito que, aunque no fuera Beau, seguro que estaría deseando ver a la otra persona congelada en el día de hoy, ya que sería la única con la que comparto el mismo sentido del tiempo.

Pero... no. Se equivoca.

Beau me atrajo como un imán durante el día 310, antes incluso de que me diera cuenta de que él también estaba atrapado. Sé que tuvimos una conexión real, que no fue simple coincidencia. Sé que me gusta Beau; no solo me consuela que esté aquí conmigo.

Pero da lo mismo lo que yo sepa: eso no le hará cambiar de opinión.

Me temo que me gafé el día 326 al emocionarme por revivir el mismo día, porque ¿el día 327? Es duro. Sigo sin ir a clase, pero me quedo acurrucado en el sofá viendo mis series favoritas (aunque no me consuelan ni pizca).

A última hora de la tarde empiezo a mirar la sección de series nuevas antes de recordar que también las he visto todas. Cuando estás en un bucle temporal, es solo cuestión de tiempo que los nuevos estrenos se conviertan en tus propios clásicos.

El día 328 no es mucho mejor, pero consigo anestesiar mis emociones dedicándome todo el día a la repostería. Cuando mamá y Blair llegan a casa, el piso parece un servicio de *catering* hasta arriba de trabajo. Hay cientos de mediocres galletas de canela en bandejas que cubren todas las superficies.

–Hum, ¿va todo... bien? –pregunta Blair, sin quitarme los ojos de encima. El detalle de que ni siquiera esté mirando el móvil sino contemplando atónita el caos que nos rodea deja claro lo mucho que me he pasado–. Gracias, supongo. Pero parece demasiado para una fiesta de cumpleaños, Clark. Solo van a venir...

–Quince –murmuro, desapareciendo en mi habitación–. Sí, ya lo sé.

Siento que mi mundo se hace más pequeño otra vez, como antes del día 310. Y después de que Beau me haya abandonado –por segunda vez–, mi soledad también empeora. Pero me niego a seguir así, ahora que sé en qué podría convertirse mi hoy; ahora que, en el fondo, tengo una razón para sentir un poco de esperanza. Así que intento rememorar todo lo que he hecho para sentirme más conectado con el día de hoy. ¿Qué fue lo primero que provocó el efecto dominó?

Intentar hacer un nuevo amigo.

Sin duda alguna, fue seguir el primer consejo de la señora Hazel. ¿Debería intentar también superar su segundo, tercer y cuarto reto? Sí, intenté hacerlo mientras esperaba a que Dee saliera del trabajo, pero tampoco es que me matara. Podría volver a intentarlo y esforzarme más. Además, llevo sin hablar con Dee desde el día 311 y ni siquiera me he acercado a conocer su secreto, así que quizás sea buena idea pasarse por el Aragon. Podría ir primero a ver a Otto y a Emery mientras ella está en el trabajo... *Un segundo.*

–Quizás ellos son la clave para superar el reto –murmuro para mis adentros.

Me siento en la cama, recordando cada uno de los consejos de la señora Hazel para vencer la soledad:

– Intentar hacer un nuevo amigo.
– Ayudar a alguien que lo necesite.
– Mostrarse vulnerable para que los demás también puedan hacerlo.
– Hacer lo que te da miedo.

Ya he superado el primer reto (aunque la amistad me haya estallado en la cara), así que uno menos. A Otto desde luego que le vendría bien una ayuda con todo el ajetreo que tiene por la tarde en la pastelería. Podría mostrarme vulnerable con Dee para que comparta su secreto conmigo. ¿Y las clases de interpretación con Emery? No se me ocurre una cosa más aterradora.

Así que el día 329 tomo la decisión de dejar de deprimirme: no voy a ser un robot que se mueve con el piloto automático por culpa de Beau. Mientras él se dedica a hacer lo que cree que terminará con el bucle, yo voy a revivir nuestra tarde de recados, una y otra vez, aplicando los consejos de la señora Hazel con mis nuevos amigos. Aunque ellos no se acuerden de mí.

Cines Splendid. Pastelería Ben's Everything Blue. Aragon Ballroom.

Mi nueva rutina.

No será igual que en el día 310, pero es mejor que antes.

Me pongo ropa limpia y me acerco a ver a Emery. Como ya esperaba, está memorizando su papel detrás del mostrador y pega un brinco cuando entro.

–Bienvenido –saluda, quitándose los auriculares.

–Hola, Emery –le saludo.

Parece confundido.

Le señalo la etiqueta con su nombre.

–Ah –asiente con una sonrisa.

–Tengo una pregunta un poco *random*, a ver si me la puedes responder; no te preocupes, no tiene nada que ver con pájaros.

Se le borra la sonrisa.

–Nuestra proyección de *Titanic* no está censurada; incluye el desnudo de la escena del dibujo. Si te ofende, no...

–No, no es eso –le corto, conteniendo una carcajada. Preparo mentalmente la pregunta de la que ya sé la respuesta–. ¿Sabes quién es ese actor? –le señalo el póster de la película *Ellos y ellas* que tiene detrás–. Vine aquí el otro día y no me acordaba. Desde entonces no me lo quito de la cabeza.

Emery se gira un instante.

–Marlon Brando.

Cierro los ojos.

–¡Claro! Lo sabía.

–Existe una cosa llamada Google –bromea Emery, ensanchando la

sonrisa y levantando el móvil–. Por si se te vuelve a olvidar el nombre de un actor famoso –frunzo los labios y asiento, fingiendo estar avergonzado–. Solo es una broma –me guiña el ojo.

–Veré lo que pongan en la sala uno –digo, tratando de parecer un poco más normal.

–¿Una entrada?

–Sí, hoy necesito evadirme, estar solo un rato en una sala de cine a oscuras yo solo.

Emery asiente.

–Lo entiendo perfectamente. Yo también tengo días como el tuyo.

Lo dudo muchísimo.

Mientras saca mi entrada y la perfora, finjo estudiar de nuevo el póster de *Ellos y ellas*.

–Es admirable el esfuerzo que supone convertirse en actor, y más en un icono como Brando –murmuro, pagando el precio de la entrada.

Ante eso, se ríe.

–Me hace gracia lo que dices, porque yo soy actor.

Subo las cejas.

–¿Ah, sí?

–Sí. Bueno... –vacila, inseguro–. Puede que técnicamente no. Ahora mismo no me pagan por actuar en nada, pero sigo intentándolo.

–¿Eso es un guion? –le señalo los papeles con la cabeza.

Los levanta.

–Mañana tengo una audición. La verdad es que es la primera que hago.

–¿Nervioso?

Hunde los hombros.

–Mucho. Lo mismo ni voy.

Me muerdo el labio y miro fijamente el mostrador, fingiendo que me estoy pensando lo que voy a sugerirle (lo mismo yo podría no ser mal actor). Le miro a los ojos.

–¿Quieres ayuda para repasar tus líneas?

Sonríe, pero no responde, como si no estuviera seguro de si voy en serio.

–¿De verdad?

–Sí –subo los hombros–. ¿Por qué no?

–¿No querías evadirte en la sala oscura de un cine?

Miro hacia las puertas de la sala uno y recuerdo que estuve ahí con

Beau. Se me acelera un poco el corazón.

–Así aprovecharía mejor el tiempo –le tiendo la mano–. Soy Clark.

Me la estrecha, sonriendo, antes de tenderme el guion.

Emery sigue siendo un completo desastre, por supuesto. Es incapaz de acordarse de sus líneas, no sé cómo se las apaña para mezclar acentos sureños y bostonianos y está tan nervioso por ir a cagarla como la última vez que ensayamos juntos.

–No puedo ir a la audición de mañana –gime, con los ojos llenos de espanto.

Hacer lo que te da miedo.

En esta ocasión, decido adoptar un enfoque diferente.

–Tienes que hacerlo.

–¿Para qué? ¿Para que me tiren tomates?

–No, para quitártelo.

Me mira, confundido.

–Escúchame –me explico–. ¿Vas a conseguir este papel? Puede que sí...

Se ríe.

–Muy probablemente, no.

–Pero, aunque no lo consigas, es la primera audición de tu vida –continúo–. Por supuesto que no va a ser la mejor y que todo juega en tu contra. Pero tienes que pasarla. Arráncate la tirita de golpe y después sigue adelante.

Se queda pensativo.

–¿Tú crees?

–Sí. Y tu próxima audición será más fácil. Y la siguiente, más fácil todavía.

La sonrisa regresa a su rostro, aunque sea muy pequeña.

–Supongo.

–No puedes permitir que el miedo te impida hacer lo que quieres –afirmo.

Emery me agradece los ánimos y que haya ensayado con él. Nos despedimos y, tal como esperaba, me llama cuando estoy a punto de marcharme.

–Te voy a hacer una pregunta un poco rara, pero ¿alguna vez te has planteado actuar? –me dice.

–Pues... la verdad es que no –respondo–. ¿Por qué?

–Quiero apuntarme a unas clases de interpretación y hacen un buen

descuento si te traes a alguien más. ¿Estarías...? –se corta, ansioso por oír mi respuesta–. ¿Estarías dispuesto a venir conmigo?

Pretendo pensármelo unos instantes.

–Olvídalo –dice Emery, sacudiendo la cabeza con una risa–. Es que haces tan bien de Lisa que pensé que lo mismo te interesaba, pero ha sido una estupidez...

–Me encantaría –sonrío ampliamente.

Se queda de piedra.

–¿Lo dices en serio?

–Sí, ¿por qué no? –me encojo de hombros–. A ver, me da terror, pero si te he dado un consejo, yo también tengo que seguirlo, ¿no crees?

Lo admito: la idea de apuntarse a una clase de interpretación mañana da mucho menos miedo cuando sabes que probablemente no habrá un mañana. Pero lo que cuenta es la intención, ¿no?

Me dirijo a la puerta.

–Mañana vengo y lo hablamos.

–Me parece perfecto, Clark –dice Emery–. ¡Gracias!

Otro reto superado.

Faltan dos más.

Sintiéndome mucho más ligero de ánimo que muchos otros días, me dirijo a la pastelería Ben's Everything Blue justo cuando el follón empieza a desatarse.

–Hola –saludo a un sudoroso Otto detrás de la caja registradora.

–Hola –jadea, disimulando a duras penas el estrés–. ¿Cómo te llamas?

–Clark –respondo–. Yo...

Otto se distrae al instante: reclama su atención una mujer irritada que ha pedido tres dónuts con sirope de arce (no dos). Intento volver a trabar conversación después de que le tienda lo que le falta en su pedido, pero se va corriendo a rellenar los servilleteros antes de que abra la boca. Un café derramado le hace perder un minuto más, justo cuando la cola llega hasta la puerta, y los demás empleados de la pastelería están hasta arriba para atender al público.

–A la mierda –murmuro en voz baja.

Me meto detrás del mostrador y empiezo a anotar pedidos con mi método de las notas adhesivas. Algunos clientes parecen confusos y suspicaces ante mi súbito cambio de papeles de cliente a empleado,

pero les da un poco igual en cuanto se dan cuenta de que así los despacharán más rápido.

Otto, frenético con las mesas, tarda unos minutos en darse cuenta de lo que estoy haciendo.

–¿Disculpa? –dice, corriendo hacia el mostrador.

–¡Gracias, Marge, nos vemos la semana que viene! –le entrego a una profesora jubilada un pedazo de tarta de crema de vainilla antes de dirigirme a Otto–. Se me ocurrió echarte una mano.

Se le ve desconcertado.

–No puedes ponerte ahí, Clark.

–Ya lo sé, pero tengo experiencia atendiendo al público y pensé que te vendría bien la ayuda. ¿Ves? –le señalo la cola, mucho más corta que antes–. Puedo echarte un cable.

Otto se balancea de un lado a otro sin decidirse, perplejo al ver que un chaval desconocido interviene para ayudar sin motivo aparente, pero también se da cuenta de las ventajas evidentes.

–Si hacemos esto –agarra un delantal y me lo pone alrededor del cuello–, lo hacemos bien. Vete a lavarte las manos.

Sonrío y voy rápido al lavabo.

Hoy trabajo todavía más rápido que en el día 325 porque les pongo cara a los pedidos por adelantado, y Otto se queda atónito al ver la velocidad a la que se evapora la cola.

–Por favor, dime que estás disponible para trabajar por las tardes –dice, moviendo la cabeza, rebosante de gratitud–. Huelga decir que me vendría bien tu ayuda.

–Me encantaría –respondo, orgulloso de haber impresionado a uno de los mejores reposteros de Chicago. Otra vez–. Oye, si acepto el trabajo, ¿en algún futuro podría formarme en la propia cocina? –puede que no llegue al día de mañana, pero puedo disfrutar fantaseando–. Es que soy repostero aficionado, con énfasis en lo de aficionado, y me encantaría aprender de los mejores.

El puño gigantesco de Otto me da un empujón en el pecho.

–Por supuesto.

–¿Sí?

–Pues claro. ¿Quieres hacer una visita rápida?

–¿Ahora mismo?

–Sí –mira a su alrededor, bajando la voz–, antes de que entren más clientes voraces.

Sonrío.

Otto me lleva a la cocina y me muestra un grueso libro de recetas que parece tener un siglo de antigüedad. Las páginas están rotas y cubiertas de manchas azules de a saber cuántos ingredientes diferentes.

–No voy a entrar en detalles antes de que estés oficialmente en el equipo, pero por ahora –me tiende el libro–, ¿qué tal si vas conociendo nuestras especialidades unos minutos? Tu primer día oficial, que si quieres es mañana, te enseño a manejarte por aquí.

–¿Mañana? –me inunda una oleada de felicidad solo de pensarlo. Otto tiene una presencia tan imponente que da la impresión de que podría salvarme él solito del bucle temporal solo con girar su espátula.

Se queda callado, extrañado por mi reacción.

–¿Mañana no te viene bien?

–No, no, perdón, es perfecto –asiento con la cabeza, poniendo los pies en el suelo otra vez–. Puedo amoldarme.

Otto me mira fijamente.

–Deja los moldes para los pasteles –me guiña el ojo y me sonrojo.

Media hora más tarde, llego al Aragon justo a tiempo para pillar a una Dee con los ojos arrasados de lágrimas que camina en dirección a la cafetería. En lugar de mencionar a Beau de inmediato, como la última vez, decido simplificar las cosas:

–¿Estás bien?

Se detiene y me mira, ofendida.

–¿Es que me ves mal o qué?

Me pongo tenso, inseguro de cómo continuar la conversación.

–No, no, te veo… ¿estupenda?

Se ríe.

–Supercreíble.

–Estás genial –insisto–. Me encantan tus vaqueros. Y tu sonrisa.

Arruga la frente.

–¿De qué vas, es que eres un pervertido?

–No, no, yo…

–Porque, aunque nunca estoy de humor para lidiar con cerdos, hoy estoy especialmente de mal humor.

–Tienes razón, lo siento, no quería dar grima.

–Bien.

–Es que te he visto afectada; solo quería asegurarme de que estabas

bien, nada más.

Me sostiene la mirada un momento más antes de secarse las lágrimas.

–Eres un metomentodo, pero no estás del todo equivocado –murmura en un tono menos agresivo–. Ayer tuve la noche más desastrosa que te puedas imaginar.

–¿Sí?

–Y me lo he tenido que tragar en el trabajo todo el día, hasta ahora.

–¿Por qué fue tan terrible la noche?

–Tengo ganas de morirme.

–¿Ganas de morirte? –intento hacerme el sorprendido.

–Sí. Bueno, de vergüenza –aclara.

–Oh.

Se queda pensativa.

–¿Te gustan los BLT? Y, por cierto, ¿tú quién eres?

Le cuento a Dee que estoy matando el tiempo mientras espero a que mi madre y Blair terminan de comprar cerca. Entramos en la cafetería y Sandy nos sienta en la misma mesa, comprueba que Dee se encuentra bien y nos toma el pedido.

–Entonces... ¿anoche? –le pregunto.

–¿Qué pasa con anoche?

–¿Morirte de vergüenza?

Suspira.

–Sí...

–¿Te apetece hablar del tema?

Se queda mirando por la cristalera un momento, totalmente inexpresiva.

–No sabes lo embarazoso que es.

Bien, continúa.

–¿Y eso?

–¿Alguna vez has guardado un secreto durante años y años y de pronto sale a la luz de la peor forma imaginable?

Sí, sigue hablando.

–No me ha pasado, pero tiene que ser una mierda.

No se decide a decir nada más y acaba por mirarme a los ojos.

–No hace falta que hablemos de eso.

Maldita sea.

–Si necesitas desahogarte con alguien, a mí no me importa. ¿Estás

segura de que no quieres hablar?

Asiente mientras Sandy regresa con nuestros batidos. Me recuerdo a mí mismo el tercer reto de la señora Hazel –*mostrarse vulnerable para que los demás también puedan hacerlo*– y respiro hondo. Si consigo abrirme con Dee, quizás se sienta más cómoda compartiendo su secreto conmigo.

–Yo voy al psicólogo –confieso.

Dee deja de sorber por la pajita.

–¿Por qué? –se corta, como si se hubiera pasado de la raya–. Perdona, no es asunto mío.

–No pasa nada. Es que... creo que nos guardamos demasiado las cosas, ¿sabes? Tenemos miedo de lo que piense la gente. Ir al psicólogo ayuda.

–Vale, sí, pero ese argumento explica por qué ir al psicólogo es bueno en general –replica, mordiendo una patata frita–. ¿Por qué vas tú?

Oh, oh.

Nadie me había hecho nunca una pregunta tan directa.

Me parece que llevo una eternidad yendo al psicólogo, ya que me he quedado congelado en un día en el que tengo cita con la señora Hazel y voy todas las tardes. Pero en la línea de tiempo normal, la real (si es que sigue existiendo), llevo muy poco tiempo yendo a terapia, apenas unos meses. Intento recordar los días anteriores al bucle. Mamá y papá pensaron que me vendría bien hablar con alguien después de la noticia de la mudanza de Sadie y el divorcio. Fueron dos golpes seguidos muy duros.

–¿Mark? –Dee me mira fijamente–. Te llamabas así, ¿verdad?

Me percato de que nos han dejado los sándwiches delante sin que me diera cuenta.

–Es Clark.

–Ups. ¿Estás bien, Clark?

–Sí.

–No hace falta que me digas por qué vas al psicólogo –se limpia las manos con una servilleta–. Es personal; lo entiendo.

Sé que le va a sonar el móvil dentro de nada para recordarle que venía a recogerla una amiga. Debería aprovechar el poco tiempo que tengo para averiguar cuál es el secreto de Dee, pero me he puesto nervioso al darme cuenta de que la respuesta sincera a su pregunta no

coincide con la que me llevo diciendo a mí mismo desde hace mucho.

¿Y si no dejo de sentirme solo aunque escape del día de hoy? ¿Y si mi soledad me sigue esperando el 20 de septiembre, cuando ya no pueda predecir lo que dirán o harán los demás?

–Hola, tú –dice Dee, respondiendo al móvil–. ¡Dios, es cierto! –recoge sus cosas y se levanta–. Perdona –vocaliza un segundo después.

Sonrío y le hago un gesto hacia la salida.

–No pasa nada.

Dee se aparta el móvil de la boca.

–Gracias por esto.

–De nada.

–Lo digo en serio, Mark. Eh... Clark –me devuelve la sonrisa–. Has hecho que me sintiera un poco mejor después de un día espantoso.

Gira sobre sus talones y desaparece por la puerta.

Puede que no haya conseguido que contara su secreto, pero he compartido con ella parte del mío. Es un comienzo. Por eso el reto de la señora Hazel es importante: puede que no consiga superar cada parte a la primera, pero puedo usar el bucle para mejorar y terminar cumpliendo los cuatro consejos, de modo que, si alguna vez llegara el día de mañana, la soledad no me esté esperando.

Capítulo 17

Me hago una nueva rutina para cada repetición. Me despierto, desayuno, me visto mientras oigo a The Wrinkles y me planto en los cines Splendid pocos minutos después de la apertura. Emery está en el mostrador con la actitud tozuda de un cachorrito de labrador: auriculares puestos, papeles en las manos y ansioso por la audición.

Repasamos sus líneas, pero también hablamos de un montón de cosas. Me da consejos para superar la falta de motivación del último curso del instituto (si supiera lo que es sufrirla en un bucle temporal…), y yo le sugiero algunas recetas infalibles para probar en la cocina. Le cuento que mis padres se están divorciando, que nunca he tenido novio y que mi hermana pequeña me saca de quicio –y que daría la vida por ella–. Me entero de que es el mediano de cinco hermanos, un ladrón de palomitas que se las lleva a puñados en todos los turnos (aunque vaya contra las normas del cine), y de que está enamorado de una chica y no está muy seguro de que ella sienta lo mismo por él.

–Emery –le digo, sonriendo–. Pídele salir y ya está.

Se ríe mientras menea la cabeza, con las mejillas ardiendo.

Ya sean audiciones o confesiones de amor, acabo deduciendo que tiende a posponer las cosas que le intimidan.

Cuando nos separamos, la conversación termina de la misma forma que antes: me pide que vaya con él a las clases de interpretación –oferta que acepto encantado– antes de salir por la puerta.

Entonces voy a ver a Otto.

Otto cree que hoy es la primera vez que me desenvuelvo en la pastelería, lo que explica su sorpresa ante lo competente que soy detrás del mostrador. Cada vez lidio más rápido con el ajetreo diario de la tarde, armado con mi bloc de notas adhesivas y mi bolígrafo. Sospecha algo de mí el día 337, cuando me pilla anotando el pedido de una mujer antes de que abra la boca (tres cafés solos y una docena de dónuts azules), pero me temo que está demasiado ocupado como para pensar en mis supuestos poderes mentales.

Cuanto más tiempo paso con Otto, más percibo la tristeza oculta que se cuece a fuego lento bajo la superficie. Puede que parezca

radiante para los clientes que no le conocen, pero cada tarde del bucle me resulta más evidente su melancolía. Todos los días me aseguro de darle *like* a su post de Instagram sobre el cumpleaños de Ben y me sumo a los comentarios con hileras de corazones azules. Aunque siempre pienso mencionarle algo a Otto sobre el día de hoy, acabo echándome atrás. No sé cómo le sentaría al ser nuestro primer encuentro. Llego a la conclusión de que siempre va a ser un día duro, le comente algo o no, pero al menos puedo ayudarle a sobrellevar el ajetreo de la tarde.

Después, finalmente, voy a ver a Dee.

Ganarme su confianza es lo más difícil del día, como es fácil de adivinar, porque no es sencillo convencer a alguien alterado de que revele un embarazoso secreto. De hecho, no he conseguido sonsacárselo. Ni una sola vez.

Algunos días, meto la pata incluso antes de llegar a la cafetería, como el día 331. Menciono estúpidamente la llamada que está esperando de una amiga que viene a recogerla cuando estamos justo en la puerta del Aragon. Huelga decir que ese día no terminó bien.

–¿Y tú cómo coño sabes eso? –jadea Dee, señalándome con un dedo rígido mientras recula lentamente–. Aléjate-de-mí.

Así que lo hago.

El día 340 le propongo ir a por BLT y batidos en la cafetería antes de que ella se ofrezca a llevarme, y eso hace que le salten todas las alarmas.

–¿Es que me has estado espiando cuando salgo del trabajo? –me espeta, repugnada–. Que te quede muy claro: preferiría comer un sándwich relleno de cucarachas que beber un batido contigo, imbécil.

Es comprensible.

Cuando consigo sacarle una sonrisa a Dee en la cafetería, me siento bien. Pero incluso el día 340, cuando meto la pata al acercarme a ella y me trata como un intruso molesto, no puedo evitar sentir afecto por ella. Sí, claro que estoy deseando descubrir su secreto, pero también aguardo con ansia nuestros encuentros, me rechace o no en la mitad de la acera. Sus réplicas rápidas e ingeniosas siempre me hacen sonreír, incluso cuando me considera un pervertido y me dice que la deje en paz. El bochorno que sufrió el día anterior tuvo que ser tremendo para afectar tanto a una persona así.

Pero, como dijo Sandy, a Dee «le cuesta mucho decir las cosas».

Estoy dando por sentado que la conozco, y no debería.

Me sigue faltando algo al hablar con ellos. Igual que no puedo aliviar la melancolía de Otto ni ayudar a Emery a superar su próxima audición, no puedo obligar a Dee a revelar un secreto que se niega a compartir en un solo día.

Es una sensación extraña: considerar amigos íntimos a personas que no pueden corresponderte. Yo sé que el perro de Emery se perdió cuando estaba en sexto, que la muerte de Ben separó lentamente a Otto y a su exmujer, que Dee lleva viniendo al restaurante desde mucho antes de que empezara a trabajar en el Aragon y que Sandy es como una segunda madre para ella. Pero cuando nos volvemos a encontrar, ellos no saben nada de mí.

Disfruto haciendo esto, pero mis intentos de cumplir el reto de la señora Hazel no han hecho que superara la soledad.

Veo cada día a mis amigos, pero ellos solo ven a un extraño.

El día 345 decido acercarme a hablar con la señora Hazel por primera vez desde un montón de tiempo. Quiero saber si debería abordar el reto de alguna forma distinta, algo que me llene más. Puede que ver a Emery, Otto y Dee a diario haga más llevadero el bucle temporal, pero cuanto más cerca me siento de los tres mientras ellos me siguen considerando un desconocido, peor me siento.

¿Estoy portándome realmente como un amigo, o solo estoy manipulando a la gente que me importa para sentirme un poco menos solo? ¿Y acaso está funcionando?

–Creía que estabas malo esta mañana y habías faltado a clase –la señora Hazel se echa la bufanda amarilla al hombro–. Di por cancelada la sesión, pero me alegra que hayas venido. ¿Te encuentras mejor?

Asiento con un encogimiento de hombros.

–Sí, estoy bien.

Echo un vistazo a su despacho, lleno de trastos y aun así acogedor: los platos llenos de caramelos, los libros en las mesillas, la pila de viejas revistas de psicología que hay entre nosotros y el aire acondicionado que funciona a toda potencia, manteniendo la estancia fresca y agradable. Me percato de que incluso a estas alturas, cuando ya estoy aburrido de todo lo que me resulta familiar, he echado de menos el reconfortante e inmutable despacho de la señora Hazel, a pesar de encontrarme en el día 345.

–Tengo una pregunta un poco rara –le suelto de inmediato, evitando más preguntas de cortesía–. ¿La amistad siempre tiene que ser recíproca?

Reflexiona un instante.

–De entrada te diría que sí, pero preferiría que primero lo elaboraras un poco. ¿Qué te preocupa?

Me planteo cómo podría explicarme de forma que no le explote la cabeza.

–Tengo unos nuevos amigos... Bueno, potenciales amigos, supongo. Me siento muy cerca de ellos, pero no sé si es mutuo.

–¿Y eso?

–A ver, en resumen: he aplicado tres de las partes del reto de vencer la soledad con estos posibles nuevos amigos, pero no parece que funcione. Me sigo sintiendo solo.

Cruza las piernas lentamente, perpleja.

–¿El reto de la soledad en cuatro partes?

–Sí.

–No recuerdo haberte asignado esa tarea, Clark –murmura, frunciendo los labios, perdida en sus pensamientos–. Es algo que le he sugerido a mucha gente antes, pero a ti no.

–Sí, pero lo mencionó hace unas semanas, cuando hablamos de la mudanza de Sadie a Texas –miento sobre la marcha, a ver si con suerte no nos desviamos del tema por culpa de los pormenores del bucle temporal–. ¿No se acuerda?

La señora Hazel, cada vez más confundida, sacude la cabeza.

–No, pero confío más en tu memoria que en la mía. Y me alegro de que hayas tenido iniciativa de probar un consejo sin que te lo mande específicamente como tarea –sonríe–. Bueno, cuéntame. ¿Cómo va el reto?

Suspiro.

–Supongo que no va mal, pero el problema es que no estoy seguro de estar aplicando correctamente los consejos.

–¿A qué te refieres con correctamente?

Me quedo mirando la mesa del centro durante un momento antes de tener una idea.

–Bueno, hay una chica, Dee, que se está guardando un secreto que la consume –me acerco un cuenco de caramelos como si la simbolizara–. He seguido el tercer consejo y le he contado que voy al

psicólogo, pensando que si me mostraba vulnerable, ella se sentiría lo bastante cómoda como para compartirlo conmigo.

–Fantástico –sonríe ampliamente como una madre orgullosa–. ¿Ha funcionado?

Niego con la cabeza.

–Todavía no. Respecto al consejo número dos –coloco una vela ahumada junto al plato de caramelos para representar a Otto–, conozco al dueño de una pastelería al que le vendría muy bien que le echara una mano por las tardes, cuando el local se llena.

A la señora Hazel se le ilumina la cara.

–Ya me contaste lo mucho que te interesaba la repostería, Clark; creo que es una oportunidad maravillosa.

–Sí, estoy de acuerdo, pero... No sé –murmuro–. Aunque le haga más llevadera la tarde, le sigo viendo un poco triste. Y luego está el actor que conocí en el cine –agarro la revista superior de una pila de números viejos y la coloco junto a la vela y el plato de caramelos–, un tío muy simpático al que estoy ayudando a ensayar su papel y... –pierdo totalmente el hilo al fijarme en la portada de la revista que había debajo de la que he usado para ilustrar a Emery, *Psicología Actual*. Uno de los titulares reza «Atrapados en el presente» y, en letra más pequeña, «¿Es posible revivir un día más de una vez? Esta reputada psicóloga cree que sí, porque (supuestamente) le ha ocurrido a ella».

–¿Pasa algo? –pregunta la señora Hazel.

Me inclino hacia delante y agarro el ejemplar. Está tan desgastado que el papel parece estar a punto de desintegrarse entre mis dedos.

–Ah, esa antigualla –comenta–. Mi hija me pidió que limpiara esto, y necesito tirar una cantidad vergonzosa de lo que ella define elocuentemente como basura.

Miro fijamente la portada.

–¿Esto lleva aquí mucho tiempo?

–Bueno –recapacita–. Técnicamente, sí –señala por encima de su hombro–. Esa pila de revistas viejas apareció en una caja detrás de mi escritorio la semana pasada; las saqué esta mañana y las dejé en la mesa, pero se me olvidó llevarlas al contenedor en la hora de la comida. Espera, voy a tirarlas...

Se inclina hacia delante.

–¡No! –grito, protegiendo la revista, y la señora Hazel desorbita los

ojos–. Perdón –carraspeo, intentando tranquilizarme–. ¿De qué año es esto?

–Probablemente tenga décadas. Debería venir la fecha.

La encuentro en letra pequeña.

–Febrero de 1990.

Suelta una risilla aguda.

–A mi hija le daría un ataque si supiera que tengo por aquí revistas más viejas que ella –suspira–. Qué le vamos a hacer, me cuesta desprenderme de las cosas que me resultan interesantes.

–¿Sabe de quién hablan? –le señalo el titular, y la señora Hazel entrecierra los ojos y se sube las gafas por el puente de la nariz.

–Oh –asiente–. Eso explica por qué no quería tirarla; siempre admiré mucho a la doctora Runyon.

–¿Quién es?

–Era una gran investigadora en el campo de la psicología en su momento, muy inteligente. Yo la respetaba muchísimo. Pero todo el tema de... ¿cómo lo denomina?

–¿*Atrapados en el presente*?

–*Atrapados en el presente*, justo... –niega suavemente con la cabeza, como si lo considerara una tontería–. Está un poco fuera de lugar. Si quieres conocer sus contribuciones a la psicología, tiene libros mucho más... digamos, legítimos. Te puedo decir algunos títulos.

–¿Qué es *Atrapados en el presente*?

–El título del libro que escribió. Lo leí hace tiempo.

–¿Y?

–¿Y qué?

–¿De qué trata?

La señora Hazel hace una pausa, sorprendida por mi interés.

–Bueno –comienza–, si tanto te llama la atención, va de sus experiencias relacionadas con... a ver cómo te lo explico... –reflexiona mientras desenvuelve un caramelo– una sensación extrema de *déjà vu*, más o menos. Un tema bastante fuera del tiesto, por decirlo suavemente. Es una pena, porque muchos académicos dejaron de tomarla en serio después de ese libro.

Mientras habla, abro la revista y busco el artículo dedicado a la doctora Runyon. Está hacia el final y solo ocupa una página; viene una foto de la psicóloga, vestida con una chaqueta amarilla, sonriendo dulcemente. Tiene el pelo castaño, corto, y el lápiz de labios rojo

resalta en la foto.

Solo hay unos pocos párrafos de información:

> Cuando era adolescente, Rebecca Runyon experimentó una situación terrible.
>
> Cada mañana, se despertaba y revivía el mismo día: 13 de enero de 1970. O eso es lo que afirma.
>
> La investigadora ha evitado hablar públicamente de su extraña experiencia durante décadas, temerosa de la reacción del mundo académico. Sin embargo, realizó una investigación en secreto y entrevistó a otros que también han estado, como ella dice, «atrapados en el presente», el título de su nuevo libro. Según afirma, miles de personas han tenido la misma terrible experiencia, que debería ser objeto de estudio de diversos campos: «medicina, psicología, teología, astrología, por nombrar solo unos cuantos», escribe Runyon, instando a tomar en serio este fenómeno.
>
> «Mis datos apuntan a que el destino es falible», escribe Runyon en su libro, que sale a la venta el 10 de febrero. «Y cuando el universo permite que alguien se aparte del camino que le corresponde, el tiempo se repetirá –como un disco rayado incapaz de escapar de la aguja– hasta que se corrija el rumbo».
>
> ¿Las investigaciones de la doctora Runyon darán un vuelco a nuestra concepción del tiempo y del destino o, como apuntan sus muchos críticos, la pionera psicóloga ha perdido el norte?

Capítulo 18

He visto un montón de teorías sobre bucles temporales desde que me quedé atrapado en uno y, tras haber leído cuatro míseros párrafos, puedo asegurar que la de la doctora Runyon es… diferente.

A diferencia de los cientos de perfiles anónimos que saturan de comentarios los artículos de ciencia ficción, no está soltando burradas para llamar la atención o provocar polémica. Y, a diferencia de los tipos que vomitan teorías absurdas en los foros sobre el continuo espacio-tiempo sin saber física de nivel básico, la doctora Runyon parece ser una investigadora auténtica, que trabaja con datos reales para respaldar sus teorías.

Necesito saber más.

Cojo la mochila y huyo del despacho de la señora Hazel casi corriendo.

–¿Clark? –me llama–. ¿Tienes diarrea otra vez? ¡Hay un baño a tu derecha si lo necesitas!

Pronto descubro que encontrar un ejemplar de un libro impopular escrito hace más de tres décadas por una psicóloga a la que trataban de loca es tan difícil como parece. Al buscar frenéticamente el título de camino a casa, descubro que no hay una sola librería en la tierra (bueno, en Chicago y los alrededores) que lo tenga en *stock*. Tampoco se encuentra en las tiendas en línea. Es casi como si *Atrapados en el presente* no se hubiera publicado nunca.

La doctora Runyon también está envuelta en el misterio.

He encontrado algunos artículos sobre sus primeras investigaciones. Se hizo conocida en la década de los ochenta al publicar estudios importantes sobre el vínculo entre el dolor y la salud mental, pero parece que desapareció de la faz de la Tierra el mismo año en que se publicó *Atrapados en el presente*. La siguiente mención que encuentro sobre de ella es su obituario: murió de una rara enfermedad una década después.

¿Qué le pasó? ¿Y qué pasó con su libro? En el día 346, utilizo la excusa de la intoxicación alimentaria con mamá por enésima vez y me dirijo a los cines Splendid antes de lo habitual, con la esperanza de que pasar el rato con Emery y una gran bolsa de palomitas de

mantequilla me distraiga un instante de la doctora Runyon, pero no puedo evitar seguir pensando en la madriguera de conejo por la que he caído. Es imposible evitar que mis pensamientos vuelvan a *Atrapados en el presente.*

Emery carraspea y levanto la vista del móvil; voy por la sexta página de búsqueda de «¿Tenía razón Rebecca Runyon sobre *Atrapados en el presente*?» cuando me doy cuenta de que Emery está mirando la página del guion que tengo en la mano.

Me guardo el móvil en el bolsillo y cambio mi voz por la del personaje.

–Hola, ¿puedes ayudarme con el press de banca?

Pero Emery me detiene en seco.

–Clark –suelta una risilla–, no hace falta que te quedes conmigo.

–No me importa.

–Ya has hecho más que suficiente ayudándome a ensayar –Emery me mira con curiosidad–. Tienes los lunes muy libres, ¿no?

Oigo cómo se abren las puertas de los cines detrás de mí y me pongo tenso, porque nadie entra en la sala tan temprano.

Me preparo mentalmente para la única desviación posible de la rutina.

Emery aparta la vista de mí y esboza una sonrisa cálida para recibir a un cliente.

–Bienvenido a los cines Splendid.

Me doy la vuelta.

Y, efectivamente, Beau está ahí de pie.

Me empiezan a sudar las palmas de las manos. Nos miramos a los ojos y guarda silencio; su expresión es inescrutable. Desde el día 311 es imposible saber lo que está pensando.

Finalmente, deja escapar el aliento con derrota.

–No sueles venir aquí tan temprano.

–¿Todavía me espías? –pregunto, sorprendido. Después de la última vez que hablamos, di por sentado que deseaba tenerme lo más lejos posible.

–No –replica–. Pero es difícil ignorar que vienes a diario aquí a ver a Emery y después haces todos nuestros recados como un reloj.

–¿Eh? –Emery le mira boquiabierto–. ¿Qué estás...? ¿Qué recados?

Beau y yo lo ignoramos.

–No puedo volver a hacer esto contigo –murmura Beau–. Cuídate,

Clark. Tú también, Emery –se da media vuelta y se marcha.

Emery suelta el aliento, desconcertado.

–Vale, esto ha sido muy raro.

De inmediato salgo corriendo detrás de Beau.

Ninguna de las dos veces que hablamos después del día 310 terminó bien, así que decido otra estrategia: en vez de intentar convencerle de que me quiera en su vida repetida en bucle, tal vez deba hacerle entender que me necesita.

–La doctora Runyon –digo, unos pasos por detrás de Beau–. ¿Has oído hablar de ella?

–No –responde Beau, con la vista al frente.

–He descubierto su teoría sobre el bucle temporal en el día 345. Aunque todavía no he encontrado su libro, parece tener sentido, y creo que deberíamos investigar esto…

–¿Día 345? –me interrumpe, girándose–. ¿A qué te refieres?

–Al día 345 –repito, como si fuera evidente–. Hoy es el día 346, así que el 345 es básicamente nuestro ayer. Un segundo… –caigo en la cuenta de que nunca hemos hablado de esto–. ¿Cuánto tiempo llevas atrapado?

Se encoge de hombros.

–Hace mucho que dejé de llevar la cuenta.

–¿Crees que más o menos podrías llevar ese tiempo: 346 días?

Guarda silencio por un momento.

–Tal vez.

–¿Lo ves? –le empujo suavemente el hombro, emocionado ante esa revelación. Noto un nudo en el estómago al recordar otro tema del que no hemos hablado–. A juzgar por lo que pasó en la azotea, tus días terminan a las once y dieciséis de la noche, pero apuesto a que también te despiertas a las siete y cuarto de la mañana, ¿no?

Cruza los brazos y me mira, receloso.

–El bucle temporal siempre me despierta quince minutos antes de que suene la alarma que tenía puesta cuando me quedé atrapado. ¿Cómo sabes…?

–Porque –declaro con una sonrisa de suficiencia– yo también me despierto a las siete y cuarto de la mañana.

Nos miramos fijamente, taladrándonos con la mirada.

Por una fracción de segundo, es como si volviéramos a estar en el día 310.

Hasta que Beau se da media vuelta.

–Sigues sin saber qué pintaba yo en la clase del profesor Zebb ese día, ¿verdad? –pregunta, parándose ante una bicicleta que está amarrada a un poste; saca una llave de su bolsillo.

–Es una de las muchas preguntas que todavía no me has respondido –replico, apoyándome en la pared de ladrillos junto a la bici–. ¿Vas a hacerlo?

–No puedo.

–Sorprendente.

Quita el candado y separa la bici del poste.

–Créeme, me gustaría decírtelo, pero no puedo; no está en mi mano.

–¿Y por qué has sacado el tema? ¿Para burlarte de mí por todo lo que no sé?

Pasa una pierna por encima del sillín y se monta.

–Derek Dopamine.

–¿Qué? ¿El *vlogger*? –pregunto, estupefacto–. Mi hermana adora a ese imbécil –murmuro–. ¿Qué pasa con él?

–Busca su vídeo sobre bucles de tiempo –responde Beau–. Tiene las respuestas. Tal vez eso te demuestre que te estoy diciendo la verdad.

Suelto una carcajada.

–¿Me estás diciendo que Derek Dopamine, de entre toda la gente del planeta, puede ayudarnos a escapar del bucle?

Beau comienza a pedalear lentamente.

–Genial –gruño con sarcasmo–. Muchas gracias, Beau, por dedicarme unos minutos de tu valioso tiempo. ¿Nos volveremos a ver? ¿Quizás no? ¿Qué importa?

Los pies de Beau golpean contra la acera y detiene la bici. Se gira para mirarme.

–Entiendo por qué lo haces.

–¿Seguir intentando hablar contigo? Sí, debería resultarte obvio.

–No –dice Beau–. Entiendo por qué sigues repitiendo nuestros recados. Y no te culpo por ello, aunque eso signifique que yo no pueda ir –me quedo callado y Beau sigue hablando–. Es agradable sentir que tienes un lugar donde estar –sus labios se curvan en una triste sonrisa–. Que la gente te necesita tanto en su hoy como tú los necesitas en el tuyo. Es agradable sentirse un poco menos solo, aunque la sensación no dure mucho.

No sé ni qué decir.

Nos quedamos ahí un momento más antes de que los pies de Beau vuelvan a encontrar los pedales.

–Derek Dopamine –repite, y se aleja rodando–. Mira el vídeo.

Capítulo 19

Lo último que me apetece después de un encuentro no muy bueno con Beau es cenar pizza por vez número 346.

–¿Seguro que no te apetece ni siquiera un trocito? –pregunta mamá, de pie frente a mi puerta con un plato en la mano–. La he pedido con tus ingredientes favoritos. ¿O te vendría mejor sopa para tu estómago?

–El jamón y el champiñón no son mis ingredientes favoritos –murmuro desde la cama.

Entrecierra los ojos.

–¿Cómo sabes que la he pedido con eso?

Me doy la vuelta para mirar por la ventana.

–Tengo un sexto sentido.

–Pero vas a hornear algo para mi cumpleaños, ¿verdad? –grita Blair desde la cocina–. Aunque lleves tirado todo el día.

–Lo haré cuando lo haga –mascullo.

–¿En serio? –replica, con la boca llena de comida–. Clark, me lo prometiste...

–Ya te he dicho que lo haré cuando lo haga.

–Pero es que si lo haces en el último minuto, con prisas, no estará tan bueno...

–¡Eh! –corta mamá–. Tranquilos los dos. Blair, tu hermano se ha puesto enfermo y va a tener un detalle muy bonito para ti por tu cumpleaños, así que no le atosigues. Y tú –se queda callada y me giro lo justo para mirarla de soslayo–. ¿Seguro que estás bien? –susurra.

–Sí.

Habla todavía más bajo.

–Si no tienes intoxicación alimentaria, puedes decírmelo. A veces necesitamos un día libre solo para... ya sabes. Respirar. Lo entiendo.

–¿Te importa dejarme solo?

Reina un silencio incómodo en la habitación, solo interrumpido por los golpes de Blair en la cocina.

–Claro –cierra la puerta de mi habitación–. Te quiero.

Me pongo de espaldas y miro al techo.

A pesar de lo mal que han ido todos los encuentros con Beau, al

menos esta vez me ha dado una pista. Me pongo el portátil de mamá sobre el pecho.

–No puedo creer que esté haciendo esto –murmuro, escribiendo *Derek Dopamine bucle temporal* en la barra de búsqueda del navegador.

¿Y qué me sale? Nada.

Ni una sola mención que conecte a Derek Dopamine con alguna teoría sobre bucles temporales. Ni un solo vídeo, ni un artículo, ni un solo resultado de imágenes que esté remotamente relacionado con el motivo por el que Beau cree que necesita recuperar a su alma gemela anónima.

–Venga ya –tomo aire y voy recorriendo página tras página de resultados falsos. ¿De qué va? ¿Es una broma pesada? ¿Beau se está burlando de mí para que no me vuelva a acercar a él?

Puede que Beau quiera que busque mi inexistente alma gemela, pero yo no puedo quitarme de la cabeza el concierto de The Wrinkles. Por fuerza tiene algo que ver con que estemos atrapados juntos.

Es imposible que sea una coincidencia que ambos estuviéramos allí y que también Dee fuera.

Aunque he repasado lo que pasó una y otra vez mentalmente, jamás me he puesto a escribirlo con todos los detalles. A lo mejor, si lo hago, consigo sacar nueva información relevante.

Domingo, 18 de septiembre, murmuro para mis adentros mientras abro un documento en blanco en el portátil. *¿Qué sé con total seguridad?* Bueno, desayuné cereales (¿o fueron *bagels*?). Tuvimos que desempacar muchas cosas de la mudanza. Creo que coloqué las fotos enmarcadas en la estantería cerca de la tele… o no. Recuerdo haber hablado con mamá y Blair sobre su cumpleaños el martes, mientras ellas limpiaban el comedor y yo rompía algunas cajas de cartón. Blair se fue a casa de una amiga –o se encerró en su habitación para ver vídeos de Derek Dopamine, no sé– y mamá y yo acabamos hablando del divorcio. Mamá admitió que era ella quien lo quería. Tuvimos la mayor discusión que hemos tenido nunca, y acabé rabioso.

La tarde está más confusa.

Estábamos muy tensos después de la pelea y mamá se fue a dar un largo paseo por el barrio. Yo me desahogué con Sadie hablando del divorcio por FaceTime (y sé que lo hice por el historial del móvil, no por otra cosa). Luego me eché una siesta corta, hice algunos deberes de trigonometría y me dediqué a perder el tiempo con el móvil.

A partir de ahí surgen los mayores interrogantes.

Bien, piensa, Clark.

El domingo por la noche...

Estaba emocionado por ir a ver a The Wrinkles, pero tenía una sensación agridulce. Sadie y yo compramos las entradas hace mucho tiempo, antes de que su padre consiguiera un trabajo en Austin y trasladara bruscamente a la familia allí. Unos días después de que las compráramos, un grupo de amigos de su barrio también compró entradas y le preguntaron si quería que fuéramos todos juntos. Sadie se apuntó y yo, que no quería ser un aguafiestas, acepté, aunque hubiera preferido que fuéramos solo ella y yo. Pasó a ser una quedada en grupo, pero yo era consciente de que acabaría siendo el marginado que se acopla.

Entonces Sadie se mudó y revendió su entrada, así que me tocó ir al concierto con gente que no eran mis amigos sino apenas conocidos. Me planteé revender mi entrada, pero Sadie me convenció de que en el concierto podría conocerlos mejor y hacer amistad. Evidentemente, no funcionó así.

Pero ¿qué pasó esa noche? Sigo escribiendo hasta el último detalle que consigo recordar:

Truman, el vecino de Sadie, me recogió en la furgoneta
de su padre.
Iba llena hasta los topes de gente del barrio de Sadie.
Me sentí claustrofóbico.
Cynthia Rubric llevaba pintalabios naranja.
Me dieron un vaso con alcohol —¿tequila? vodka?
No bebo lo suficientemente a menudo como para distinguirlos— mezclado
con (muy poca) gaseosa.
Me lo bebí.
Ron Hamilton llevaba una riñonera plateada.
Me sentí mareado.
No me gustó la música que Truman ponía durante el viaje.
Llegamos a la ciudad.
Bebimos más en un aparcamiento mugriento.
Me arrepentí de haber bebido tan rápido.
Me sentí más que mareado.
Todos siguieron bebiendo para pasarlo bien; yo, para frenar
mi timidez.
También porque seguía enfadado por la discusión que tuve con mamá sobre el
divorcio, creo.
Acabé borracho.

Fuimos andando desde el aparcamiento hasta Lakeview Live.

Intenté fingir que no estaba borracho mientras dábamos las entradas en la puerta.

Funcionó (o al taquillero le dio lo mismo y me dejó pasar).

Aunque hubiera dejado de beber, cada vez se me subía más.

De las tres veces que me he emborrachado, esa fue la peor.

The Wrinkles me encantó. Fue increíble.

Pero la verdad es que solo me acuerdo de dos o tres de las canciones que tocaron.

Recuerdo que me di cuenta de que necesitaba aire fresco, así que dejé a Truman y los demás, salí de local

y me quedé sentado fuera durante las últimas canciones.

Cuando terminó el concierto, la gente salió en masa por las puertas y Lakeview se convirtió básicamente en una fiesta

en la calle.

Yo seguía borracho. Muy muy borracho.

Me reuní con el grupo, todos querían ir a… ¿adónde? Ah, sí, ya me acuerdo. El puente ese de madera tan curioso, una bóveda diseñada como si fuera una colmena o algo así.

Espera, sí. Se llama Honeycomb.

Yo no tenía ganas, no recuerdo por qué estaba de mal humor. Lo mismo fue solo por el alcohol.

Así que busqué un coche compartido para volver a casa que me salió absurdamente caro, mientras todos los demás iban al Honeycomb.

Llegué tarde al piso y me metí en la cama sin despertar

a mamá.

Me desperté a las 7:15 de la mañana del lunes 19 de septiembre, y jamás lo dejé.

Menos mal que no tenía resaca. No me puedo ni imaginar lo que sería sufrir un bucle temporal mientras te estalla

la cabeza y sientes náuseas.

No tengo el menor recuerdo de haber conocido a Beau.

Cero, nada.

Vuelvo a cerrar el portátil de mamá –esta vez con fuerza, cada vez más frustrado– y me hundo en el colchón.

¿Qué opciones me quedan para intentar escapar del bucle? Rememorar el concierto no me ha llevado a ninguna parte. Soy incapaz de encontrar el vídeo supuestamente útil de Derek Dopamine en ningún sitio (suponiendo que exista), lo cual hace que crea cada vez menos en la teoría del alma gemela de Beau. Lo cierto es que solo me queda un camino.

Y espero que la doctora Runyon pueda guiarme por él.

Capítulo 20

El día 347 voy a la pastelería Ben's Everything Blue, pido un brownie y me siento en una mesa de la esquina con mi desayuno. Necesito salir del apartamento para poder concentrarme en escapar del 19 de septiembre. Abro el portátil de mamá y me pongo a trabajar.

–Doctora Rebecca Runyon... –murmuro mientras escribo su nombre en el navegador–. ¿Qué fue de ti?

Investigo mucho más a fondo que antes: recorro la docena de fuentes que se citan en su (corta y no demasiado útil) página de Wikipedia, rastreo a todos sus posibles seres queridos vivos –descubro que nunca se casó ni tuvo hijos– y busco toda la información posible sobre *Atrapados en el presente. Spoiler*: sigo sin encontrar gran cosa.

¿Cómo es posible que haya desaparecido un libro de una famosa psicóloga? Hay muchas páginas web que mencionan los estudios de la doctora Runyon, pero en muy pocos sitios hablan de su teoría sobre los bucles temporales. Y, lo que es peor, en ninguna parte se dan detalles sobre si tenía una teoría de cómo escapar de uno.

La doctora Runyon murió antes de que existiera internet, así que ha dejado muy poca huella digital. Además, sospecho que las instituciones asociadas a su trabajo silencian todo lo que pueda afectar a su reputación. Por ejemplo, el Dartmouth College se muestra orgulloso de haber participado en la innovadora investigación de Runyon sobre el estrés postraumático de los veteranos de guerra, pero no parece emocionarle que lo asocien con la mujer a la que «se le fue la olla con la estúpida película de *Atrapado en el tiempo*», como bromeó alguien en una antigua publicación de Facebook compartida por Dartmouth donde se hablaba de los hallazgos de la investigadora.

Otto aparece a mi lado y me deja un vaso de agua.

–Hola. Llevas trabajando toda la mañana y pensé que tendrías sed.

–Muchas gracias, Otto –respondo, dando un trago.

–¿Nos conocemos? –pregunta, confundido–. Perdóname, normalmente me acuerdo de todos los nombres.

Ups.

Niego con la cabeza, pensando rápido.

–No, no, es que sigo la pastelería en Instagram. Te conozco por las

fotos.

–Ah, bueno –sonríe, inclinándose ligeramente–. Me alegra que las bobadas que subo te han dado hambre y animado a venir. Encantado de conocerte… –me tiende la mano.

–Clark –respondo, estrechándosela.

–Encantado de conocerte, Clark –me sonríe y se aleja.

Me gustaría que no me hiciera tanto daño que me considere un completo desconocido.

Vuelta al trabajo.

Aunque no me apetece nada meterme en el pozo sin fondo de los conspiranoicos con gorros de papel de aluminio, sé que debería volver a echar un vistazo a las páginas más locas sobre bucles temporales. Con un poco de miedo, empiezo a teclear hasta que llego a un blog que ya he visitado antes.

Vamos allá.

La mayor parte del contenido de LaVerdadRealmenteEsta AhiFuera.net es tan fiable como nos podemos imaginar. Hay fotos de supuestos marcianos cenando al fresco junto a un puestecillo ambulante en Oregón (se ve perfectamente la cremallera del disfraz de extraterrestre de uno), una explicación detallada repleta de falacias que supuestamente «demuestra» que las fotos de la llegada a la Luna las montó un multimillonario alemán y un mapa detallado de los hábitos migratorios de Bigfoot.

Vamos, que en este sitio no se dedican a comprobar las fuentes.

Aunque, ahora que lo pienso, mis experiencias en el bucle temporal suenan igual de absurdas que las historias de esta página. ¿Algún auténtico periodista que trabajara para un periódico real creería una sola palabra de lo que digo? Jamás podría convencer a personas inteligentes y formadas como la señora Hazel de que es verdad lo que me sucede, así que ¿cuál es la diferencia con el tipo que dice saber dónde está la cueva donde veranea el Bigfoot?

Junto a un artículo titulado «Cinco razones por las que sabemos que el monstruo del Lago Ness ha tenido crías» hay un breve post sobre la doctora Runyon, o, como reza el titular, «la mujer atrapada en el presente».

En comparación con las demás historias de la página, el artículo sobre Runyon no parece demasiado fuera del tiesto, a pesar de que el bloguero haya incluido una infografía pintada a mano donde clasifica

en qué planeta sería mejor sufrir un bucle temporal diario. (Venus, argumenta, se lleva la palma, ya que un día allí equivale a 243 días terrestres). Pero más allá de eso, el post repite como un loro lo que leí en la revista del despacho de la señora Hazel.

Sin embargo, tiene una cosa útil que no venía en el número de *Psicología Actual*: varias fotos de la doctora Runyon con quienes parecen ser sus colegas.

El bloguero de LaVerdadRealmenteEstaAhiFuera.net no incluye ninguna información sobre las fotos, que me habría venido bien para identificarlas y buscarlas (si es que siguen vivas). Pero una mujer rubia y sonriente de la misma edad que la doctora Runyon me llama la atención: parece una fotocopia de un viejo recorte de periódico y, por suerte, conserva el pie de foto original, escrito en un texto diminuto y apenas legible en la esquina. Seguramente ni me habría fijado si no estuviera escudriñando cada mínimo detalle del artículo en busca de pistas. Dice:

> La doctora Rebecca Runyon (izquierda) y la profesora Cassidy Copeman (derecha). Aunque la doctora Runyon nunca lo haya confirmado, se rumorea que Copeman estuvo atrapada con ella reviviendo el mismo día. Copeman ha negado los rumores. «Si eso es lo que cree Rebecca, siento muchísima lástima por ella», declara Copeman a *The Journal*. «Una mente brillante, destruida por el ansia de fama y fortuna».

—¿Atrapada con ella? —susurro para mis adentros. Pruebo varios términos de búsqueda con la esperanza de encontrar el artículo original en el que aparecía la foto, pero no parece que se haya vuelto a publicar en línea.

Tiene que haber mil periódicos locales que se autodenominan *The Journal* —y seguramente muchos hayan desaparecido desde que se publicó esto—, así que ni siquiera intento averiguar de qué periódico habla el pie de foto. Lo que hago es abrir otra ventana y buscar «profesora Cassidy Copeman». El primer resultado me pone la piel de gallina: es una página de la facultad del departamento de psicología de la Universidad de Chicago, donde Copeman figura como profesora.

—¡Joder! —exclamo, mucho más alto de lo que pretendía. Cierro el portátil, lo meto en la mochila y salgo del local.

–¡Espero volver a verte pronto, Clark! –me grita Otto desde detrás de la caja registradora mientras me despido con la mano.

Paro un taxi y le pido al conductor que me lleve a Hyde Park. El tráfico en hora punta hace aún más insoportable el viaje más largo de mi vida.

–¿Cuánto falta? –pregunto desde el asiento trasero.

El conductor me mira mal por el retrovisor y se niega a contestar (sinceramente, me lo merezco). Cuando empiezo a ver grandes edificios de ladrillo cubiertos de hiedra y veinteañeros con mochilas, sé que hemos llegado al campus. Por fin, el conductor se detiene ante el edificio en el que se encuentra el despacho de la profesora Copeman.

–¡Gracias! –exclamo, tirando demasiado dinero en el asiento delantero.

Subo los escalones, entro y miro a mi alrededor como un cachorro perdido. A diferencia del instituto Rosedore, no hay taquillas ni carteles en ninguna pared. Esto no es como un colegio: el aire huele a libros viejos, a lápices del número dos y a un alto coeficiente intelectual. No hay nadie cerca y no veo letreros que me indiquen dónde están los despachos de los profesores. Empiezo a entrar en pánico, sintiéndome sobrepasado.

El pie de foto lo dejaba bastante claro: Copeman no estaba de acuerdo con la teoría de Runyon sobre los bucles temporales. Más bien parece que creía que era un triste intento de obtener fama y fortuna. ¿Y si se enfada conmigo por haber ido hasta allí? ¿Y si se ríe de mí en su despacho?

Puedo hacer esto.

Necesito hacer esto.

Me recuerdo a mí mismo lo mucho que he superado mis límites desde el día 310. No puedo rendirme ahora, no cuando hay una posibilidad de escapar casi al alcance de la mano.

Un hombre sonriente, con el pelo rojo y una corbata a rayas, se acerca por el pasillo, con un aspecto lo bastante afable como para que me atreva a acercarme a preguntar.

–Hola –le digo–. ¿Puedo hacerle una pregunta?

–Por supuesto –asiente él.

–¿Sabe si la profesora Copeman trabaja en este edificio?

–Copeman… –se queda mirando al suelo, pensativo–. La

universidad reorganizó nuestros despachos hace poco; no estoy muy seguro de dónde han puesto el suyo. Yo preguntaría –señala el pasillo– allí.

–Gracias.

Sigo la dirección que me señala y veo una puerta de madera con un cartel donde pone «oficina central». Cruje cuando la abro.

Me encuentro en una estancia sorprendentemente grande, brillante bajo la luz dura de un fluorescente y con un desagradable olor a naftalina. Una chica unos cuantos años mayor que yo, con el pelo teñido de negro y un moreno exagerado, está sentada detrás del mostrador de recepción sin dejar de toquetear su móvil.

–¿Necesitas ayuda? –pregunta sin levantar la vista.

–Sí –me acerco a ella–. Me llamo Clark Huckleton y quería hablar con la profesora Copeman.

–Hola, Clark, soy Kelly –responde, sin apartar la vista del teléfono–. La profesora Copeman está en Florida.

Aguardo a que continúe la frase, pero no lo hace.

–¿De vacaciones? –acabo por preguntar.

–No –responde Kelly–. De por vida.

Se me hunden los hombros.

–Se mudó a Orlando con su hija el mes pasado –explica Kelly, dejando el móvil al fin. Cae sobre su escritorio con un golpe seco. Me mira entonces–. ¿Para qué necesitas a Copeman?

–Quería hablar con ella sobre algunas cosas de psicología.

Se sonríe.

–Bueno, podría haberlo adivinado, teniendo en cuenta –hace un gesto a nuestro alrededor– que estamos en el departamento de psicología. ¿Qué tipo de cosas?

Sacudo la cabeza.

–Es que no quiero aburrirte. Una cosa: ¿cómo es que trabaja en el departamento de psicología si vive en Florida?

–No trabaja en el departamento de psicología.

–Pero en la página web figura como miembro de la facultad.

Kelly se inclina hacia mí y baja la voz, aunque no haya nadie más en la habitación.

–Lleva enferma la tira, tío; me sorprende que le hayan guardado la plaza tanto tiempo –se encoge de hombros–. Ahora está retirada, de forma oficial. Seguramente aún no hayan actualizado la página.

–¿Se va a poner bien? –pregunto, y Kelly se encoge un poco, como si ya hubiera hablado demasiado–. Oye, no quiero ser pesado, pero... ¿hay alguna manera de ponerme en contacto con ella? –insisto, aunque sea consciente de que es una posibilidad remota–. ¿Dejó un correo electrónico o un número de teléfono?

Ella sonríe con expresión de diversión.

–No puedo darte esa información. Obviamente.

–Bueno, ¿hay algún profesor o estudiante que la conociera bien? ¿Puedo hablar con alguien?

Kelly se queda callada, observándome fijamente.

–¿Cómo has dicho que te llamas?

–Clark.

–Clark, no serás un..., mierda, ¿cómo era la expresión?, ¿atrapado en el presente?

Casi se me escapa un jadeo.

–Sí.

Se le ilumina la cara antes de romper en carcajadas.

–Espera, ¿lo dices en serio?

–Sí.

–¿Me estás tomando el pelo? –insiste, poco convencida.

–No, te lo juro.

–Felicidades –dice ella–. Eres el primero.

¿El primero? Kelly se levanta de su silla, se dirige a un gran armario situado detrás de su escritorio y abre las puertas. Allí, en una estantería interior, hay docenas de ejemplares de *Atrapados en el presente*.

Me cuesta no gritar.

–Antes de que Copeman se fuera, su hija nos dejó esto –saca un ejemplar de la estantería y acaricia con las yemas la cubierta brillante–. Dijo que la profesora quería que le diéramos un libro a cualquiera que viniera a hablar con ella sobre estar atrapado en el presente, ya fuera un estudiante de la universidad o no –levanta la vista–. ¿A qué viene el título? No he leído el libro.

Me pienso la respuesta, ponderando si debo ser sincero o no.

–Habla sobre estar encerrado en un bucle temporal.

Kelly se ríe, examinando de nuevo la portada.

–Pues no tenía ni idea de que Copeman escribiera ciencia ficción; y yo pensando que estaba como una cabra y tendría que acabar tirando

todos estos libros en Navidad –me tiende el ejemplar–. Tendré que leerlo.

Si lo que dice Kelly es cierto, si el regalo de despedida de la profesora al departamento de psicología fue dejar copias gratuitas del libro de Runyon, Copeman debe de haber cambiado de opinión desde que la entrevistaron para aquel recorte de periódico. Tiene que creer en la teoría de Runyon.

Y probablemente también estuvo atrapada con ella.

Observo la foto de la doctora Runyon. El rostro concentrado y determinado me devuelve la mirada.

La doctora Rebecca Runyon quedó ATRAPADA EN EL PRESENTE, dice la portada.

Las yemas de mis dedos hormiguean contra su superficie.

–Por favor, no tires esos libros en Navidad –le pido a Kelly, aunque sea consciente de que no recordará esta conversación–. Este libro es de los que necesitan su tiempo para llegar a las manos adecuadas.

Me sonríe, un poco desconcertada.

–No lo haré, Clark.

Salgo al pasillo mientras abro el libro y veo una nota escrita a mano en la portada:

A quien haya buscado este libro,
No estás solo. Puedes llegar al mañana.
Creo en ti.
Cassidy Copeman

P. D.: Si necesitas mi ayuda:
AtrapadosEnUnBucleTemporal@gmail.com

Capítulo 21

Jamás en toda mi vida he escrito un correo electrónico más rápido.

Para: AtrapadosEnUnBucleTemporal@gmail.com

Asunto: Ayuda, estoy atrapado

Hola, profesora. Espero que se encuentre bien.
Me llamo Clark Huckleton, soy un chico de 17 años
de Illinois y estoy atrapado en el presente
(19 de septiembre).
¿Sería posible contactar con usted?
Me encantaría saber más. Gracias.

Le doy a enviar antes de salir del edificio de psicología y busco un banco a la sombra en el campus para sumergirme en el libro.

Cuando voy por el segundo capítulo, entiendo que la gente pensara que era un fraude. Pero también veo que iba bien encaminada. Todo en ella parece creíble. No es que fuera una desconocida que se sacara ideas de la manga; tampoco se basaba exclusivamente en su propia experiencia personal de cuando estuvo atrapada. La doctora Runyon se tiró años buscando y entrevistando a cientos de personas que afirmaban haber tenido experiencias similares. Y sus historias son muy consistentes, coinciden entre sí y también conmigo.

Al final de la tarde, el calor insoportable me obliga a buscar un sitio con aire acondicionado.

Voy pasando de un vestíbulo a otro según cada edificio va cerrando al público, sin dejar de mirar mi bandeja de entrada cada cinco minutos a ver si me contesta Copeman (todavía nada). Mientras paso páginas en la lavandería de una residencia universitaria en la que me he colado, un estudiante se acerca a mí con suspicacia.

–Ey –me dice, entrecerrando los ojos–. ¿En qué planta vives tú?

Miro el móvil.

Mierda. Ya son las 23:15.

–Eh...

Parpadeo y, cuando abro los ojos, estoy mirando mi mesilla blanca de madera en el día 348. Puede que el bucle temporal me haya

salvado de un encuentro incómodo con un estudiante entrometido, pero ahora me toca empezar de cero.

Envío un correo electrónico casi idéntico a Copeman –pero esta vez me acuerdo de incluir mi número de teléfono–, le mando un mensaje a mamá diciéndole que estoy malo de la tripa y vuelvo al campus para que Kelly me entregue el libro.

–Hola, estoy atrapado en el presente –le digo en cuanto entro por la puerta.

–Guau –responde Kelly, levantando la vista del móvil–. Así que existís, ¿eh?

Le pido un ejemplar, busco el mismo banco a la sombra donde me senté el día anterior y continúo justo donde lo dejé. Cada página que paso es un rayo de esperanza: la investigación de la doctora Runyon coincide totalmente con mi experiencia.

Como, por ejemplo, cómo cree que funcionan los cambios en la rutina: «Cada día permanecía notablemente idéntico para cada sujeto que entrevistaba, a menos que sus propias acciones alteraran los comportamientos de los demás o del mundo que los rodeaba», escribe en la página 81. «Las personas no atrapadas nunca modificaban su comportamiento si no se les forzaba».

Sí. Me identifico con eso.

Y también con las dificultades para retener los recuerdos antes de quedar atrapado: «Cuanto más tiempo permanecían atrapados los individuos, más rápido olvidaban su vida anterior», indica en la página 112. «Incluso recordar datos básicos del que debía haber sido su día anterior –por ejemplo, qué tiempo hacía o qué cenaron– les resultaba cada vez más difícil».

Sile.

Pero en el capítulo nueve supe, sin lugar a duda, que la teoría de la doctora Runyon era correcta.

«Las experiencias relacionadas con las horas de inicio y finalización de un día repetido son extraordinariamente incoherentes. Los sujetos informaron de que se despertaban a la misma hora cada mañana, y que su día repetido se detenía –y luego se reiniciaba inmediatamente– en un momento aparentemente arbitrario más tardío. VARÓN DE TORONTO #4, por ejemplo, dijo que se despertaba con el bocinazo de un autobús a las 6:49 y su día se reiniciaba de nuevo a las 17:13, cuando estaba montando en el ascensor de su oficina».

Levanto la vista del libro con una sonrisa plantada en la cara y noto cómo se me humedecen los ojos.

En el fondo lo sabía, desde el principio, pero es increíble que me lo confirmen las páginas que tengo entre las manos.

No, no estoy delirando. No, no estoy perdiendo la cabeza. Y ahora más que nunca, estoy seguro de que no soy el único.

Pero no tengo la respuesta a una pregunta: ¿qué impulsó a Copeman a cambiar de idea? Está claro que algo debió pasarle para reconocer que ella también estuvo atrapada, después de haberlo negado públicamente. Si no, ¿por qué iba a dar el libro y su dirección de correo electrónico personal a gente como yo? Suena mi móvil y bajo la vista, suponiendo que será otro mensaje de mamá para ver si me encuentro mejor, pero es de un número desconocido.

> Hola. Soy Jodie Copeman-Brown. Mi madre,
> la profesora Cassidy Copeman, se encuentra
> lo bastante bien como para hablar ahora.
> ¿Puedes conectarte por vídeo?

Me pongo en pie, con el corazón desbocado. Respondo de inmediato:

> Hola, Jodie. Sí, sería fantástico.

Empiezo a pasearme de un lado a otro delante del banco, abanicándome la cara sudada con el libro. Después de 348 días, ¿por fin ha llegado el momento? ¿Voy a hablar con alguien que sabe lo que estoy pasando? Mi móvil se ilumina con el mismo número desconocido. Respiro hondo, me vuelvo a sentar en el banco, intento tranquilizarme y respondo a la llamada por FaceTime de Jodie.

La pantalla cobra vida y aparece una mujer de mediana edad, con pelo rubio, mejillas sonrosadas y gafas blancas y redondas.

–¡Clark! –exclama–. Soy Jodie. ¿Cómo estás?

Intento que no tiemble el teléfono, a pesar de la cantidad de adrenalina que corre por mis venas.

–Bien, ¿y usted?

–Oh, un lunes de locos, como se suele decir. Estoy segura de que mucho más para ti.

Jodie deja el móvil en la encimera y empieza a cortar lechuga

delante de mí. A su espalda hay una cocina grande con cacerolas de cobre colgadas y un gran horno de acero inoxidable dos veces más grande que el de mamá. Me siento como si estuviera viendo a un famoso chef de Internet que comienza una transmisión en directo.

–¿Te importa que termine de hacer la comida mientras hablamos?

–No, no, adelante.

–Genial. Vale; primero tengo que hacerte unas preguntas antes de que hables con mi madre –su conducta cambia radicalmente de pronto: alza el cuchillo y lo apunta directamente contra la cámara del móvil. Doy un respingo–. No te estarás burlando de ella, ¿verdad? –pregunta.

–Por supuesto que no.

–Porque ya ha ocurrido varias veces –me advierte, fulminándome con la mirada–. Hay adolescentes que se lo toman a cachondeo y llaman a una anciana que solo intenta ayudar. Es enfermizo.

–No es mi caso –le garantizo con rotundidad–. Lo juro.

–Tampoco serás un asqueroso *Thunderbolt*, ¿verdad?

Sacudo la cabeza, confundido por la pregunta.

–¿Qué es eso?

Sube las pupilas.

–Da igual. ¿De verdad estás atrapado?

Asiento.

–¿Me lo juras?

–Sí.

Vuelve a bajar el cuchillo a la tabla de cortar y su expresión vuelve a ser amistosa.

–Puedes hablar con ella.

–Sería maravilloso, gracias.

–Pero tengo que advertirte que no se encuentra bien –Jodie revuelve la lechuga con otras verduras en un bol–. No tiene mucha energía y no podrá hablar mucho tiempo.

–De acuerdo.

–Así que yo, en tu lugar, haría primero las preguntas más importantes.

–Vale.

–¡Chad! ¡Jon! –grita por encima de su hombro. Aparto el móvil–. ¡Venid a comer! –se gira hacia el teléfono y baja la voz–. ¿Estás listo, Clark?

Me aclaro la garganta y asiento con la cabeza. Jodie levanta el móvil y empieza a caminar por la casa mientras se me hace un nudo en el estómago de los nervios.

–¿Le puedo hacer una pregunta? –digo–. ¿Cuántas personas en mi situación han llamado para hablar con la profesora Copeman?

Jodie se ríe mientras la pantalla temblorosa muestra un pasillo fuera de la cocina.

–He perdido la cuenta a estas alturas.

Sale de la casa por la puerta trasera y el verde vibrante me recuerda que Copeman se ha mudado a Florida.

–Mamá, ¿estás lista para hablar con él? –pregunta Jodie.

Hay una pausa antes de que apoye el móvil en una mesa de cristal y aparezca Copeman ante mis ojos.

–Hola –saluda la profesora, con una sonrisa cálida.

La delgada y frágil figura de Copeman parece aún más pequeña al estar envuelta en un albornoz rojo de felpa. El pelo rubio y ondulado de la foto con la doctora Runyon se ha convertido en gris y su rostro redondo y luminoso ahora se ve enfermizo y arrugado. Me da la impresión de que podría derribarla de la silla una ráfaga de viento.

Dos niños más pequeños que Blair chapotean ruidosamente en la piscina que tiene detrás.

–Chad, Jon, os he dicho que entréis –exige Jodie–. La ensalada de tacos ya está lista.

Uno de ellos remolonea con «un minuto más», pero Jodie no cede.

La profesora no abre la boca mientras los niños se secan con la toalla y guarda silencio incluso después de que se hayan marchado.

Así que decido tomar la palabra.

–Gracias por aceptar hablar conmigo. Yo...

–Tienes que hablar más fuerte –dice Jodie fuera de cámara–. Básicamente grita, Clark.

Trago saliva y alzo la voz.

–Gracias por hablar conmigo hoy, profesora. Encontré el libro de la doctora Runyon en la Universidad de Chicago –Copeman asiente y sigue sonriendo–. ¿Está disfrutando de la jubilación en Orlando?

Copeman asiente de nuevo.

–Illinois es demasiado frío.

Su voz es amable, suave y un poco estrangulada. Subo el volumen de mi teléfono al máximo y Jodie me habla fuera de cámara en un

susurro.

–Ve al grano, Clark –me advierte–. Tenemos un tiempo limitado.

Mi corazón late todavía más rápido.

–Profesora Copeman –no sé ni por dónde empezar, así que acabo diciendo lo evidente–. Estoy, eh... Estoy atrapado.

No altera la sonrisa.

–No te preocupes –dice–. Te sacaremos.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

Al oír esa respuesta ante lo que yo sé que es cierto –sin confusión o escepticismo, sino ofreciéndome esperanza–, es como si me hubiera dado un abrazo reconfortante que no sabía que necesitaba. Me percato de que eso era lo que anhelaba: quería compartir esa sensación con Beau el día 311, y sentí algo similar durante una fracción de segundo en la piscina del instituto, cuando me confirmó que él también estaba atrapado, pero fue un instante tan fugaz que no me dio tiempo a sentir alivio, no como ahora.

–¿Has leído el libro de Rebecca? –pregunta Copeman, hablando despacio.

–Voy por la mitad –me seco los ojos y levanto mi ejemplar para mostrárselo.

–Y te ha traído consuelo, espero.

Asiento, avergonzado por el estallido, desesperado por contener las lágrimas.

–Desde luego.

–Entonces, ¿por qué lloras?

Me encojo de hombros.

–Supongo que porque alguien me cree.

A Copeman le tiembla el brazo mientras levanta el vaso que tiene delante y, despacio, da un sorbo a un zumo rosado.

–Entiendo esa sensación –admite, dejando la bebida–. La conozco muy bien.

–¿Usted también se sintió así? –pregunto.

De inmediato me invade el pánico. ¿Me habré pasado de la raya? Una cosa es que la doctora Runyon estuviera dispuesta a contar su historia, pero no tengo ni idea de si ese es el caso de Copeman. Está claro que está de acuerdo con lo que dice el libro y con la teoría de la doctora Runyon, pero puede que no le haga gracia compartir su propia experiencia con un extraño.

Copeman permanece en silencio.

–Tal vez no debería haber preguntado...

–No pasa nada –interviene Jodie–. ¿Mamá? ¿Quieres decírselo?

Copeman parece confundida y Jodie alza la voz.

–Se pregunta cómo te sentiste al estar atrapada.

–Fue una tortura –dice tras dar otro sorbo–. Puede que fuera en 1970 –continúa–, pero yo nunca olvidaré la desesperación, ese tipo de angustia única que supone estar atrapado.

–Tenías diecinueve años, ¿eh, mamá? –pregunta Jodie.

Copeman asiente.

–Sí. Y nuestro día atrapadas fue el 13 de enero. Nunca lo olvidaré.

–Lleva toda la vida temiendo que se acerque enero, Clark –musita Jodie al móvil–. El día trece no mira el calendario. Ni siquiera sale de la cama. Creo que tiene miedo de que pueda volver a suceder.

Trago saliva con dificultad.

Se me parte el corazón al mirar a la anciana, y temo por mi futuro de una forma que jamás me había planteado. Incluso aunque consiga escapar, ¿me torturará el 19 de septiembre el resto de mi vida?

–¿Cuándo le dijo que estuvo atrapada? –pregunto a Jodie.

–Mamá –Jodie acerca el móvil a Copeman y lo apoya contra algo para que lo tenga delante–. Te pregunta cuándo decidiste contarle a tu familia que estabas atrapada. ¿Quieres hablar de eso?

Copeman carraspea.

–Cuando empecé a estar enferma supe que era el momento. Lo que más lamento de toda mi vida es no haber dicho la verdad antes, cuando habría supuesto una diferencia.

Me siento en la hierba junto al banco.

–Eso quería preguntarle... Leí una cita antigua suya donde desestimaba lo que decía Runyon –Copeman asiente y continúo hablando, pero vacilo un poco–. La acusó de... ¿perseguir la fama y la fortuna? ¿Eso era lo que pensaba?

La profesora baja la barbilla lentamente y medita un instante.

–No. Me negué a decir la verdad públicamente porque era una egoísta.

–Mamá, para –suplica Jodie–. No seas tan dura contigo misma.

–Solo pensaba en mi reputación –explica Copeman, y Jodie suspira.

–Mi madre es y siempre ha sido brillante –me explica su hija–. Fue una pionera para todas las mujeres en el campo de la psicología, junto

a Runyon. Fue de las primeras mujeres que estudiaron en Princeton, para que te hagas a la idea. ¿Verdad, mamá?

Copeman permanece en silencio.

–Ahí es donde se conocieron, entonces –rumio en voz alta, recordando un capítulo anterior del libro–. En el primer año en la universidad.

–Exacto. Así que no, no se trataba solo de su reputación –continúa Jodie–. ¿Te puedes imaginar lo que habría pasado si hubiera proclamado en público que estuvo atrapada en un bucle temporal? Bueno, supongo que sí: ya sabes lo que le pasó a la doctora Runyon. Habría destruido el trabajo de toda su vida, por no mencionar que hubiera perdido el empleo, los ingresos de los que dependía nuestra familia.

–Rebecca estaba dispuesta a renunciar a todo, sabiendo que ayudaría a innumerables personas –murmura Copeman–. Yo también debería haberlo hecho.

–Bueno, la doctora Runyon no tenía marido e hijos que alimentar, mamá, así que...

–Yo también debería haberlo hecho –repite la anciana con toda la fuerza que le permiten sus pulmones.

La mano de Jodie aparece en pantalla y se posa en la muñeca de Copeman.

–Lo sé –susurra dulcemente–. Lo sé, mamá.

Apuesto a que el libro *Atrapados en el presente* se habría tomado mucho más en serio si la profesora hubiera respaldado a Runyon, y me pregunto a cuántos más podría haber ayudado. A juzgar por el pesar en su tono, estoy seguro de que cree que somos muchos.

–¿En qué iteración estás? –pregunta Copeman–. ¿Quién es tu compañero de bucle?

–¿Mi compañero de bucle? –me empiezan a sudar las palmas–. Creo que todavía no he llegado a esa parte del libro.

–Mamá –dice Jodie–, ¿puedes explicarle a Clark lo que son los compañeros de bucle?

–Es con quien estás atrapado –responde Copeman–. Mi compañera de bucle era Rebecca.

–Y antes de que lo preguntes, porque mamá ya lo ha oído cientos de veces –interviene Jodie–: sí, alguien está atrapado contigo en tu bucle temporal. Por fuerza.

Beau.

–Pero ¿por qué estamos atrapados juntos? ¿Cómo pasó?

–El destino cometió un error –sentencia Copeman con total naturalidad.

–¿El destino se equivocó? –murmuro–. Me he perdido.

–El libro entra en mucho más detalle –interviene Jodie–, pero en esencia: se suponía que te reunirías con tu compañero de bucle en... ¿qué día es hoy?

–Diecinueve de septiembre.

–Vale. Se supone que debías conocer a tu compañero de bucle el 18 de septiembre. Ayer. Sin embargo, uno de vosotros dos la cagó.

Copeman se estremece al oír el taco.

–Perdona, mamá, pero es la verdad.

–¿Uno de nosotros se equivocó? –parpadeo–. ¿Cómo?

–Hicisteis algo que provocó que el destino cometiera un error –subraya Copeman–. Y, como resultado, no llegasteis a cruzaros.

Entonces... Se suponía que debía conocer a Beau la noche anterior.

Por fuerza tuvo que ser en el concierto de The Wrinkles.

–¿Y cómo sabemos cuál de los dos metió la pata? –pregunto–. ¿Y cómo averiguamos en qué?

Copeman no responde y empiezan a cerrársele los ojos.

–Mamá, ¿te encuentras bien? –pregunta Jodie–. ¿Necesitas descansar?

–No –responde ella, ajustándose la bata y sentándose más erguida–. Es que no he oído la pregunta.

–Yo la contesto –se ofrece Jodie–. Técnicamente, el bucle temporal es de uno, aunque los dos estéis atrapados juntos. Si estás en el bucle temporal de otra persona, ella es quien la ha ca... perdón, metido la pata.

–¿Hay alguna forma de averiguar de quién es el bucle temporal?

–Tienes que terminar de leer el libro, Clark, pero sí: hay una manera –suspira Jodie–. ¿A qué hora te levantas cada día?

–Siete y cuarto de la mañana.

–¿Es la misma hora a la que despertaste en tu 19 de septiembre original?

Me lo pienso un instante.

–Seguramente, porque esa es la hora a la que pongo la alarma para ir a clase.

–Entonces, el bucle temporal es tuyo –afirma Copeman, aunque se la ve más soñolienta a cada instante–. Tu día repetido comenzaría a la hora en que se despertó tu compañero de bucle si estuvieras en su bucle temporal.

Se me revuelve el estómago.

–¿Y si los dos se despertaron al mismo tiempo?

–Rebeca no encontró respuesta a eso –dice Copeman.

En todo caso daría igual, porque cuando vi a Beau el día 346 en el vestíbulo de los cines Splendid, me dijo que él también se despierta a las 7:15, quince minutos antes de que sonara su alarma en su 19 de septiembre original. No sé cómo, pero yo he hecho que los dos nos quedemos atrapados.

Todo esto es culpa mía.

–Parece que eres tú quien hizo que el destino se equivocara, Clark –asevera Jodie–. No seas muy duro contigo mismo; son cosas que pasan. ¿A qué hora termina tu día?

–A las once y dieciséis de la noche.

–¿Y sabes dónde debías encontrarte con tu compañero de bucle el 18 de septiembre?

No estoy seguro de que Lakeview Live sea una respuesta lo bastante buena.

–¿Más o menos? –jadeo–. La zona la sé, pero...

–Tienes que averiguar el punto exacto –indica Jodie–. Es fundamental.

–¿Por qué?

–Porque tienes que encontrar a tu compañero de bucle y llevarlo allí a las once y dieciséis de la noche. Es cuando y donde el universo quería que os encontrarais el dieciocho de septiembre.

–Pero... –se me acelera el pulso– si debíamos encontrarnos ayer, ¿por qué estamos atrapados hoy? ¿No tendría más sentido quedarse atrapado en el día en que se supone que vas a conocer a tu compañero de bucle?

–¿Hablas de sentido? –Jodie se ríe–. Cariño, estás atrapado en un bucle temporal. ¿Hay algo que tenga sentido? Además –su brazo aparece en pantalla con una jarra de zumo y le rellena el vaso a Copeman–, Runyon ahondó en ese tema también, creo que en el capítulo veintisiete. Llama al día en que estás atrapado como el «período de gracia» del bucle temporal. El universo te concede un día

más para subsanar tu error y arreglarlo todo.

–¿Y así es como llego al mañana? –no dejo de sentir escalofríos por todo el cuerpo–. ¿Así es como ambos llegamos al mañana?

–Sí –asiente Jodie–. Lleva a tu compañero de bucle al sitio donde deberíais haber estado a las once y dieciséis de la noche, y te prometo que estarás en el 20 de septiembre antes de que te des cuenta. Mamá, ¿te has dormido?

Copeman, que lleva al menos un minuto con los ojos cerrados, lucha por mantenerse despierta. Fracasa y vuelve a dormirse.

Jodie agarra el móvil y la veo en pantalla.

–La medicación le produce mucho sueño. Puede que tengamos que dejarlo aquí.

–De acuerdo...

–¿Al menos te sientes mejor?

La respuesta más sincera es que se me ha venido encima una montaña de revelaciones en los últimos minutos y me está aplastando. Pero, a pesar de eso, me siento bien. Incluso diría que me siento genial.

Por primera vez, tengo un plan fiable para llegar al mañana.

–Estoy... muy abrumado –confieso, sonriendo.

–Es lo esperable.

–Pero me siento muy bien. Han sido de gran ayuda. Gracias...

–Me entró el pánico –dice Copeman de pronto.

Jodie vuelve a dirigir la cámara hacia su madre.

–¿Qué has dicho, mamá?

Me esfuerzo por intentar entender la voz estrangulada de la profesora, pegando mi móvil al oído.

–Me entró el pánico –repite la profesora–. Por eso nos quedamos atrapadas. Fui yo quien hizo que el destino se equivocara –vuelve a abrir los ojos–. Por aquel entonces solo había un puñado de mujeres en el campus, y muchos hombres no nos querían ahí.

–Idiotas –gruñe Jodie.

–Me enteré de que era la única chica en mi curso de introducción a la psicología y me asusté –continúa Copeman–. Falté a la primera clase y me dije que debía dejar el curso. No sabía que no era la única chica en esa clase. Ciento diecinueve iteraciones después, Rebecca y yo nos dimos cuenta de que las dos estábamos destinadas a estar en esa clase, juntas, y entonces llegamos al mañana –se le marcan

hoyuelos en las mejillas, como si estuviera recordando algo maravilloso–. Nos convertimos en mejores amigas.

¿Ciento diecinueve iteraciones? Quiero preguntarle, pero Jodie interviene antes de que abra la boca.

–Eran uña y carne –me dice–. Mi madre conoció a mi padre porque Runyon se lo presentó y, gracias a uno de los contactos de mi madre, Runyon hizo su estudio más importante. No me puedo ni imaginar lo diferentes que habrían sido las vidas de ambas si no se hubieran conocido el 13 de enero de 1970 –Jodie vuelve a enfocar el móvil hacia ella mientras su madre queda más al fondo–. Eso debería inspirarte a seguir luchando, ¿eh? Sea quien sea la persona a la que tienes que conocer, tu compañero de bucle, el universo tiene grandes planes para vosotros dos.

El universo tiene planes para Beau y para mí.

No puedo sentirme más agradecido mientras veo a Copeman dar cabezadas en pantalla. Puede que ella provocara que el destino cometiera un error, que encerrara a la doctora Runyon y provocara hace muchos años que el libro *Atrapados en el presente* no tuviera el impacto que debería haber tenido. Pero acaba de rescatarnos a mí y a Beau.

Y, al parecer, nos aguarda un futuro juntos.

–Gracias, profesora Copeman –le digo, aunque estoy seguro de que no me oye.

Jodie regresa al interior de la casa.

–Tengo que llevar a Chad al médico, pero antes de colgarte te tengo que decir una cosa –apoya de nuevo el móvil en la encimera de la cocina–. Me alegro de que mamá mencionara que ella y la doctora Runyon estuvieron atrapadas ciento diecinueve iteraciones. ¿Sabes en qué número estás? Al parecer es fácil perder la cuenta. La doctora Runyon escribió que muchas personas a las que entrevistó no tenían ni la menor idea de en qué iteración escaparon. ¿Podrías decir un número aproximado?

–Es que… no estoy muy seguro de lo que es una iteración.

Jodie limpia su tabla de cortar.

–Se me olvidaba que aún no has terminado el libro. Las iteraciones son el número de días, por llamarlos de alguna manera, en que estás atrapado. El número de repeticiones del mismo día.

–Ah. En ese caso, sí, he llevado la cuenta. Estoy en el día

trescientos cuarenta y ocho.

Se queda helada.

–¿Trescientos cuarenta y ocho?

Asiento mientras ella apoya una mano en la cadera y suspira.

–Bien...

Noto la piel caliente en la cara y el cuello.

–¿Por qué, es algo malo?

–No.

–Ha reaccionado como si fuera algo malo.

–¡Mamá, vamos a llegar tarde! –oigo gritar a un chico desde otra habitación.

–Lo sé, ¡espera un minuto! –Jodie se acerca al móvil–. Puede que te suene espantoso lo que te voy a decir, Clark, pero no quiero que entres en pánico, ¿de acuerdo?

Ahora sí que de verdad me está subiendo la temperatura en la cara.

–Creo que eso es lo que se dice cuando sí hay motivos para entrar en pánico.

–Runyon teorizó que... –hace una pausa, pensando–. Me temo que no hay una forma suave de decir esto. Puede que solo dispongas de trescientas sesenta y cinco iteraciones para escapar, cariño.

–Y... ¿qué pasa si no lo logro?

Frunce los labios.

–Runyon no estaba muy segura.

Me vuelvo a sentar en el banco mientras el nudo de mi estómago se aprieta más fuerte.

–¿Qué significa eso?

–De los cientos de personas que entrevistó, Runyon nunca encontró a nadie que pasara de las trescientas sesenta y cinco iteraciones. ¿Estadísticamente hablando? Debería haberlo hecho –Jodie se encoge de hombros–. ¿Trescientas sesenta y cuatro iteraciones? Una mujer en Lisboa lo logró. ¿Trescientas sesenta y cinco? Un tipo en Sacramento llegó al 6 de julio de 1999 sin problemas. ¿Pero trescientas sesenta y seis? –niega con la cabeza–. Todas las personas a las que entrevistó escaparon antes de la iteración número trescientos sesenta y cinco. Entiendes lo que estoy tratando de decir, ¿verdad, Clark?

Noto los latidos de mi corazón martilleando contra mi caja torácica.

–Entonces, si no escapo en trescientas sesenta y cinco iteraciones,

¿moriré?

–¡No! No –dice Jodie con énfasis, pero hace una pausa–. Bueno...

Me pongo de pie, hecho un manojo de nervios.

–Pero eso significa que solo me quedan unos días para escapar.

–Puede que Runyon se equivocara –intenta tranquilizarme Jodie–. En el libro indica que no está segura de qué ocurre exactamente, y que se necesita mucha más investigación. ¿Muere la gente? ¿Flotan en el abismo? ¿Desaparecen sin más?

–Esto –casi no puedo respirar– no ayuda.

–A lo que me refiero es...

–¡Mamá! ¡Vámonos ya!

–¡Espera un segundito! –brama Jodie encima del hombro antes de mirar directamente a la cámara–. Lo que quiero decir, Clark, es que nadie lo sabe con seguridad. Y todavía tienes tiempo para solucionar esto. Quizás no mucho. Pero puedes hacerlo.

Sonríe.

Pero no me ayuda lo más mínimo.

–¡Mamá!

–Me tengo que ir ya –se despide–. Buena suerte, Clark.

Antes de que pueda responder, Jodie desaparece.

Me guardo el móvil y me vuelvo a tumbar en el banco.

Estoy en el día 348. Mi 348.ª iteración.

Si la doctora Runyon está en lo cierto, solo tengo diecisiete días más para averiguar cuándo y dónde debía encontrarme con Beau el 18 de septiembre, y luego convencerle de que tengo su destino en mis manos.

Capítulo 22

Diecisiete iteraciones. Nada más.

Eso es todo lo que me queda.

Puede que no se me den tan bien las matemáticas como al profesor Zebb, pero, teniendo en cuenta que cada uno de mis días dura tan solo dieciséis horas y un minuto, eso significa que cuento con unas 272 horas para escapar. Puede parecer un montón de tiempo, pero averiguar cómo convencer a Beau de que su teoría de almas gemelas es, de hecho, una chorrada y que me necesita a mí tanto como yo a él para llegar al mañana no va a ser nada fácil.

Llego al apartamento después de la universidad, empapado en una gruesa capa de sudor salado y de terror existencial.

–¡Ey! –me dice mamá mientras cruzo la sala de estar como un tornado–. He pedido pizza para cenar; estará aquí en unos…

–¡Enseguida vuelvo! –grito, corriendo a mi habitación y cerrando la puerta.

–Lo que yo te diga –oigo a Blair a través de las paredes de papel–. Se le está yendo, mamá.

Apoyo la espalda contra la puerta y cierro los ojos, intentando (sin éxito) frenar la avalancha de ansiedad que me devora el cerebro. Copeman y Jodie me han dado información esencial sobre la teoría del doctor Runyon, pero todavía me faltan muchos detalles de cómo encajamos Beau y yo en ella.

¿Qué sé con certeza? Estuve en el concierto de The Wrinkles anoche en Lakeview Live. También estuvieron Beau, Dee y los amigos del barrio de Sadie. No vi a Beau, pero, según me dijo, él sí me vio a mí.

Si la teoría de la doctora Runyon es correcta, cometí un error en algún momento antes o a las 23:16, cuando según el destino en que debía encontrarme con Beau. La hora que ninguno de los dos consigue superar del 19 de septiembre.

Pero ¿dónde estaba yo exactamente a las 23:16? Pienso en la línea temporal del día anterior, pero es imposible saberlo con seguridad. Además, ¿cómo voy a averiguar dónde debería haber estado para que el destino no se equivocara el domingo? Enciendo el móvil y voy

revisando toda la información que tengo de la noche anterior, donde se indique la hora, a ver si puede aportarme algo. No mandé ningún mensaje durante el concierto, salvo unas cuantas variantes ortográficas borrachas llenas de emojis de corazones de «te echo de menos» a Sadie a las 21:47 y a las 22:02. No sirve de mucha ayuda.

Me meto en la bandeja de entrada del correo electrónico y busco la entrada del concierto. Si fueron puntuales, The Wrinkles empezaron a tocar sobre las 21:30. Salí a tomar el aire fuera cuando quedaban unas cuantas canciones. Así que, si The Wrinkles tocaron durante más o menos una hora, yo seguramente estuve fuera de Lakeview Live entre las 22:15 y las 22:30, cuando Truman y los demás me vieron, cruzaron la calle y se dirigieron hacia el Honeycomb. Yo pedí un coche compartido para volver a casa. Así que, si todo eso es verdad –y es un «si» bastante difícil de comprobar–, yo estaba borracho en un asiento trasero de regreso a los suburbios de Chicago a la hora en que debía encontrarme con Beau.

Es inútil. Le necesito a él para encajar las últimas piezas del rompecabezas. Y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguirlo.

Salgo corriendo a la sala de estar con una idea descabellada (más bien desquiciada), inspirada por mamá.

–¿Cómo se denuncia una persona desaparecida? –pregunto.

Está recibiendo la pizza en la puerta.

–¿Qué? –responde, frunciendo el ceño–. ¿Quién ha desaparecido? –cierra de un manotazo.

–Un amigo mío del instituto.

–Un amigo tuyo del instituto ha desaparecido –repite como para sí misma, perpleja, yendo al comedor con nuestras pizzas–. ¿De qué estás hablando, Clark?

–¡Eso es imposible! –grita Blair desde su habitación–. No tienes ningún amigo en el instituto, así que es imposible que haya desaparecido...

–¡Oye! –le grita mamá.

–Venga ya, es una broma –protesta Blair–. Bueno, ¿qué vas a hornear para mi fiesta de mañana, Clark?

Mamá deja las cajas de pizza y se vuelve hacia mí, con la piel sudorosa.

–A ver, cuéntame. ¿Qué pasa?

–Te lo he dicho: uno de mis amigos ha desaparecido. Se llama Beau.

–¿Lo conozco?

–No.

–¿Cuánto tiempo lleva desaparecido Beau?

–Un par de horas.

Mamá me mira con su cara de «no hablarás en serio».

–O unos días, ¡no lo sé! –añado rápidamente antes de que me ignore–. Todo lo que sé es que ha desaparecido y nadie le encuentra. ¿Los informes de personas desaparecidas se difunden por todas partes? ¿En todo Chicago?

–¡Blair, ven a comer! –la llama mamá, dando vueltas por la cocina.

–¿Con qué ingredientes la has pedido? –pregunta mi hermana.

–Pepperoni y salchicha.

–¿De verdad no te importa que uno de mis amigos haya desaparecido? –insisto, siguiéndola mientras prepara la cena–. Podría estar en cualquier sitio con cualquiera en este mismo instante.

–No sé qué te pasa hoy, pero... –se queda parada con los platos de papel en la mano y se gira en redondo–. Creía que estabas enfermo y no habías ido al instituto. ¿De dónde vienes?

–Me encontraba mejor, así que fui a terapia.

–Pero si has ido a hablar con la psicóloga –mira el reloj sobre el lavabo–, has llegado a casa demasiado pronto. ¿Me estás mintiendo, Clark?

–No.

–Clark.

–Ahora mismo no importa.

–Ya lo creo que importa –cruza por su rostro una expresión decepcionada–. Creía que te gustaban las sesiones con la señora Hazel. Al menos, más de lo que te gustaban el doctor Oregon y el señor Rample...

–No he faltado, es que hemos salido antes.

–Eso no tiene ni pies ni cabeza, Clark. No sales antes del psicólogo por...

–Olvídalo –vuelvo a entrar en mi habitación y cierro la puerta de golpe.

Vale, seguramente no podría haber salido peor.

No puedo esperar a tener un encuentro fortuito con Beau en el cine,

la pastelería o la sala de conciertos; a saber cuánto tiempo aguantará sin pasarse por ahí para evitarme. Probablemente tendría más suerte si me planto frente al rascacielos John Hancock y grito su nombre que si me quedo todo el día en Ben's.

¿Y si intentara localizar a sus abuelos? No puede haber demasiados ancianos con el apellido Dupont en West Edgemont. Pero unos minutos y varias búsquedas infructuosas después, recuerdo que sus abuelos son por parte de madre, así que podrían tener cualquier apellido (y es prácticamente imposible que también sea Dupont).

¿Y si buscara a alguien que hackeara la página web de Lakeview Live? Creo recordar que tuve que meter mi dirección cuando compré la entrada para The Wrinkles, así que Beau haría lo mismo. Pero, pensándolo fríamente, ¿cuántas son las posibilidades de que encuentre a alguien con conocimientos informáticos dispuesto a llevar a cabo un delito que quiera ayudarme... en una sola iteración? Escasas o nulas, me temo.

¿Y si secuestrara a un presentador de las noticias de la noche y suplicara a Beau que se reuniera conmigo en uno de los sitios de nuestros recados? (Vale, esa idea es todavía más loca que presentar una denuncia por desaparición). Me dejo caer en el colchón y continúo estrujándome el cerebro en busca de todas las pistas que Beau haya mencionado en el poco tiempo que hemos pasado juntos.

Tiene que haber un motivo por el que vino a la clase del señor Zebb el día 310. Aunque no tengo ni idea de por qué se le ocurrió que reírse de un profesor y saltar de pupitre en pupitre le ayudaría a recuperar a su supuesta alma gemela, estoy seguro de que su ex tenía algo que ver con su presencia allí.

Oh. Espera.

Me siento estúpido por no haberme dado cuenta hasta ahora de que es posible que el alma gemela de Beau vaya a Rosedore. ¿Por eso fue allí el día 310? He preguntado a docenas de alumnos de Rosedore sobre Beau y no ha habido suerte, pero... no he preguntado a mis compañeros de la clase del señor Zebb.

Vale, ya está. Esa es mi siguiente mejor opción.

El día 349 estoy tan nervioso que no me puedo quedar quieto en el sitio, así que en lugar de esperar a última hora para encontrar respuestas, me pongo a buscarlas antes: el tiempo es escaso. Intento localizar antes de la hora a todos mis compañeros.

–¿Qué Beau? –replica Sara Marino a segunda hora, explotando su pompa de chicle delante de mi cara.

–Dupont –repito mientras me palpita el corazón–. ¿El nombre te suena de algo?

–No –cierra de golpe su taquilla–. Me suena a un tenista francés, mierdas así.

Amanda Hyde me ayuda aún menos cuando me asegura toda convencida que Beau Dupont es ese asqueroso alumno de segundo que ganó el concurso de comer alitas a la barbacoa durante la fiesta de bienvenida del año pasado. No le saco ninguna respuesta a Justine García, que se encoge de hombros y me dice que necesito una vida. Y Greg Shumaker, por supuesto, encuentra la manera de ser un capullo cuando me acerco a él después del almuerzo.

–¿Por qué lo preguntas, Clark? –dice con una sonrisa y manchas de batido de chocolate por toda la camisa–. ¿Quieres que te echen un polvo? A favor.

A última hora no he conseguido nada útil sobre Beau, así que voy a tener que hacerlo.

Suena el timbre. Thom entra volando en el aula y se choca con la silla de su pupitre, como siempre.

–¿Crees que se ha dado cuenta el señor Zebb? –susurra sin aliento.

Niego con la cabeza.

–No te preocupes.

–Menos mal –resopla Thom–. Odio la trigonometría, pero si llego tarde otra vez, estoy jodido.

–¿Quién ha odiado los deberes? –pregunta el profesor Zebb, dejándose caer en su pequeño taburete–. Que no os dé vergüenza; sé que los cosenos no son para todos los paladares.

Levanto la mano.

–¿Señor Zebb?

Se gira hacia mí, junto con el resto de la clase.

–¿Sí, Clark?

Carraspeo.

–¿Puedo hacer un anuncio rápido?

El señor Zebb parece tan sorprendido como los demás al oírme pedir tal cosa.

–Será corto –le garantizo.

–Eh... –el profesor abre y cierra la boca–. Claro.

Una de las ventajas de ser el chico más callado de la clase es que, cuando por fin tienes algo que decir, la gente está especialmente dispuesta a escucharte.

Me pongo de pie, recorro el pasillo de pupitres y me giro para mirarlos a todos.

Mi antiguo yo habría detestado con toda su alma estar ahí, delante de filas y filas de rostros que te taladran el alma y esperan a que llenes el silencio. Incluso estando dentro de un bucle temporal –nadie recordará esto cuando me despierte en la siguiente iteración– es inquietante. Pero ya he salido de mi zona de confort suficientes veces desde el día 310 para saber que soy capaz de hacerlo.

Inhalo.

–¿Alguien sabe quién es Beau Dupont?

La clase se queda callada.

Tras unos agónicos segundos de silencio, Greg Shumaker contesta.

–Tío –sonríe desde la primera fila–, ¿por qué estás tan obsesionado?

–Clark lleva todo el día preguntando a todo el mundo por él –explica Sara Marino al confuso profesor, y vuelve a mirarme–. Empieza a sonar muy raro, Clark.

Varias personas se ríen.

–Lo sé, ya sé que es raro, ya acabaréis entendiéndolo –sonrío, intentando normalizar una situación nada normal–. Pero necesito encontrar a Beau, y encontrarlo YA.

–¿Es un estudiante de Rosedore? –pregunta el señor Zebb.

–No –responde Justine García por mí–, lo que hace que sea todavía más raro esto, Clark.

–¿En serio? –me voy fijando en las caras, a ver si localizo alguna expresión que no sea de diversión o de aburrimiento mortal–. ¿Nadie conoce a Beau?

No puede ser. Por fuerza hay alguien aquí que se está callando lo que sabe.

¿Por qué, si no, vino Beau el día 310?

–¿De qué trata esto realmente, Clark? –inquiere el profesor.

Empiezo a ponerme rojo.

–Yo creo que está enamorado –comenta Amanda Hyde–. Coladito por él.

Más gente se ríe y empiezo a desear que se me trague la tierra.

Thom se levanta en la última fila.

–Señor Zebb, ¿le importa que hable con Clark en el pasillo un segundo? –pregunta–. Creo que puedo ayudarle.

La clase hierve de susurros y me da un brinco el corazón.

El señor Zebb se lo piensa.

–De acuerdo, adelante. Pero rápido.

Thom asiente y yo le imito.

–Lo digo en serio: rápido –insiste mientras salimos.

Le sigo fuera del aula y, en cuanto cierra la puerta, se gira hacia mí. Su piel lechosa habitual está ahora roja como un tomate.

–¿De qué vas? ¿Qué se supone que estás haciendo? –me pregunta, mirando el pasillo por si hubiera alguien mirando.

–¿A qué te refieres?

Da un paso hacia delante, cerrando el espacio que hay entre los dos, y baja la voz hasta convertirla en un susurro.

–¿Me estás jodiendo a propósito?

Abro y cierro la boca, completamente desorientado al verle tan a la defensiva.

–Solo intento localizar a Beau. ¿Lo conoces?

Thom me fulmina con la mirada sin creer una sola palabra de lo que digo.

–¿Cómo lo has descubierto? ¿Te lo ha dicho él?

–¿Descubrir qué? –entrecierro los ojos–. ¿Qué me diría Beau?

–¿Me juras que no es una broma?

Le echo un vistazo a la puerta de la clase.

–¿Puedes hablar de una vez, por favor? No tenemos mucho tiempo.

–Me da igual perderme trigonometría; seguramente sea lo último de la lista dentro de las prioridades de un adolescente.

Trigonometría. «Lo último de la lista dentro de las prioridades de un adolescente».

Así fue como la describió Beau cuando se presentó en clase el día 310...

–Júrame que esto no es una broma pesada –insiste.

–Te lo juro, Thom.

–Clark, yo...

–¡Thom! –le grito y pega un respingo. Le pongo la mano en el hombro e intento controlar la frustración–. Perdóname. Te juro que no estoy jugando contigo. Esto no es una broma. Es una emergencia y necesito encontrar a Beau. Ahora mismo. Así que, por favor –le aprieto

el hombro suavemente–, ¿me puedes contar qué pasa?

Thom me mira fijamente sin parpadear, con los ojos vidriosos de lágrimas que consigue contener.

–Beau es... –habla tan bajo que casi no le entiendo–. Brittany.

Creo que no le he oído bien.

–Beau es... ¿Brittany?

Asiente, tragando saliva. Nunca le había visto tan nervioso. De hecho, no sé si alguna vez he visto a nadie así de alterado.

–No te entiendo –confieso.

–¡Brittany! –desorbita los ojos–. ¡Ya sabes! ¡Lo de anoche!

Es como si apareciera una foto vieja y borrosa sacada con una Polaroid en mi cerebro: Thom, también bastante borracho, está apoyado en una farola a mi lado en el exterior de Lakeview Live.

–Un momento... –murmuro, tratando de acceder al recuerdo–. Estabas ahí. Fuiste a ver a The Wrinkles. ¿Estabas con Beau?

Parpadea.

–Sabía que estabas borracho, pero no tanto...

–¡Brittany! –exclamo de pronto.

El nombre resuena contra las taquillas y hace eco en el pasillo vacío cuando por fin lo recuerda mi cerebro.

–¡Shh! –me insta Thom, mirando hacia todos los lados–. ¡No grites!

–Brittany es tu novia –recuerdo, bajando la voz.

Salí del local a tomar el aire y me quedé ahí solo hasta que Thom se acercó y estuvo hablando conmigo un minuto. O dos. ¿Cinco? No lo sé.

Lo había olvidado por completo, y no es de extrañar. Veo a Thom todos los días, pero nunca me habla de Brittany ni de la conversación del 19 de septiembre, así que el recuerdo se desvaneció mucho más rápido.

¿Por qué nunca ha sacado el tema?

–Discutisteis, ¿verdad? –le pregunto. Ahora que he rememorado eso, empiezo a recordar un poco la conversación.

–Sí, Brittany era mi novia, y sí, nos peleamos, pero creo que no has entendido nada –la cara de Thom está mucho más roja que un camión de bomberos–. Brittany no existe, Clark. Beau es Brittany.

Se me retuerce el estómago. Es como si me salieran cien nudos en las tripas.

Creo que tengo ganas de vomitar.

–¿Tú eres el ex de Beau? –barboto–. ¿Su alma gemela?

Aparta la cabeza con sorpresa.

–Te puedo garantizar que no soy el alma gemela de Beau.

Abrumado, voy encajando las piezas.

–Así que la historia que me contaste sobre que tú y tu inexistente novia Brittany no hacíais buena pareja era, en realidad, lo que te pasaba con... ¿Beau?

Asiente.

Pasa un alumno de un curso inferior y me callo hasta que se aleja y no puede oírnos. Miro a Thom a los ojos.

–No sabía que te gustaran los chicos, Thom –murmuro.

–Nadie lo sabe, excepto Beau –confiesa–. Bueno, ahora tú también. Obviamente.

Por eso Beau se negó a decir el nombre del chico que le daba problemas: no quería delatar a Thom. Y por eso Thom estaba tan sumamente horrorizado el día 310, cuando salió huyendo de la clase, y el día 311 fingió que no conocía a Beau. Estaba demasiado dentro del armario para decirme la verdad.

Thom se tapa la cara sonrojada con las manos, mortificado, y siento una oleada de empatía que hace que se me pase el enfado de que me haya engañado.

–Oye –le digo, mientras no aparta las manos de sus mejillas–. No pasa nada.

Pero no deja de taparse la cara.

Me esfuerzo por parecer tranquilo y sonreír.

–Thom –repito, dándole otro codazo. Me mira entre los dedos–. No te preocupes –le tranquilizo–. Tu secreto está a salvo conmigo.

La puerta se abre y el señor Zebb asoma la cabeza.

–¿Habéis terminado?

–¿Le importaría darnos un minuto más? –respondo.

El profesor nos mira de hito en hito con recelo, pero al ver la expresión de Thom se le suaviza la expresión.

–Solo uno, ¿de acuerdo?

Cierra la puerta tras de sí.

Thom baja las manos y se queda de pie torpemente, meciéndose de un lado a otro, luchando por encontrar su voz.

–No tenía ni idea de que conocías a Beau. Nunca te ha mencionado antes.

–No somos… solo somos… amigos desde hace poco.

–¿Dónde os conocisteis?

Suspiro, pensando que si le digo la verdad voy a parecer desquiciado.

–Ya te lo contaré. Ahora tengo que encontrarlo.

–¿Ha desaparecido? –pregunta Thom–. ¿Le ha pasado algo?

–Puede que sí… ¿Hoy has sabido algo de él?

–No.

–¿Le puedes llamar?

Thom saca el teléfono, pulsa la pantalla un par de veces y se lo lleva al oído.

–Nada –dice–. Debe de tener el móvil apagado o sin batería. Qué raro.

A estas alturas estoy acostumbrado a que Beau me evite, pero ¿también está evitando a su supuesta alma gemela?

–Acabo de mandarte su número –dice Thom.

–¿Me puedes dar la dirección de sus abuelos? –le pido.

Me mira con desconfianza.

–¿Randy y Paula?

–Claro, sí.

Se me queda mirando, a cada instante más preocupado, antes de mandarme otro mensaje.

–En serio, ¿qué pasa con Beau?

–Pues… ha desaparecido. Más o menos.

–¿Más o menos?

Me sigue preguntando, pero estoy centrado en llamar a Beau desde mi móvil. Tampoco suena. Cuelgo y vuelvo a mirar a Thom.

–Necesito que respondas a algunas preguntas con la mayor sinceridad y exactitud posible sobre lo ocurrido anoche, ¿de acuerdo? –asiente–. ¿De qué más hablamos fuera del local? –pregunto.

Toma aire, con la mirada perdida.

–Bueno, tú te quejaste de tu madre. Mucho.

–¿Sí?

Se le escapa una risilla.

–Aunque Beau y yo discutiéramos en el concierto, me temo que no fue nada comparado con la pelea que tuviste con tu madre. ¿De verdad no recuerdas que me lo contaras?

Ayer.

El día en que mamá me dijo que era ella la que quería el divorcio. Tiene sentido que fuera rabioso al concierto de The Wrinkles.

No es lo más relevante ahora mismo.

Sacudo la cabeza.

–¿Algo más?

–Supongo que recordarás cómo terminó nuestra conversación… –espera a que se lo confirme y, cuando niego con la cabeza, me mira incrédulo–. ¿No recuerdas… nada? ¿Nada en absoluto?

–No.

Se aclara la garganta y aparta la mirada.

–Esto es incómodo, ahora que sabes que Brittany es en realidad Beau, y ahora que yo sé que sois amigos, pero… –sube los hombros–. Me convenciste de que debía romper con él.

¿Qué?

–No.

–Uh, sí. Ya lo creo que sí.

Me doblo, con las palmas contra las rodillas, y miro al suelo con asombro.

–Estabas muy enfadado por el divorcio de tus padres –continúa–; no dejabas de criticar a tu madre y de decir que no existe el amor verdadero y que todas las películas de Hollywood mienten.

Oh, Dios.

–Y, cuando te enteraste de lo furioso que yo estaba con «Brittany» –lo entrecomilla con los dedos–, me animaste a cortar. Me dijiste que debía dejarle, dejarla, lo que sea. Y fue lo que hice anoche.

Me voy hundiendo hasta que termino en cuclillas. En caso de que me desmaye, la caída será más corta.

Yo soy la razón por la que el ex de Beau cortó con él.

Supongo que en realidad yo soy el chico que le da problemas.

De repente, Thom parece angustiado.

–¿Crees que por eso ha desaparecido? ¿Porque está enfadado contigo, por mí y porque hayamos cortado?

–No, no exactamente, pero… Espera –me enderezo–. ¿Le dijiste que yo te había dicho que cortaras con él?

Thom pone una mueca.

Joder.

–¡No le dije tu nombre! –se defiende–. Le dije que acababa de hablar con un compañero de clase de nuestra relación. Pero seguro

que ha sumado dos más dos: nos vio juntos fuera del local.

–¿Beau me vio?

Enarca las cejas.

–Es lo más probable; estaba saliendo de Lakeview Live justo a nuestro lado. Iba con una nueva amiga que acababa de conocer y debió de vernos hablando.

–¿Una nueva amiga?

Toma aire, cada vez más estresado ante el interrogatorio incesante.

–No sé cómo se llama.

–¿Cómo era?

–No sé –se lo piensa–. Bajita, guapa. Tenía pinta de haber estado llorando. Sus rastas molaban.

Dee.

–Siento mucho haberle contado a Beau nuestra conversación, Clark, pero no sabía que os conocíais –parece al borde de las lágrimas–. Por favor, no te enfades conmigo.

–No es culpa tuya –le aprieto el hombro, pensando «es culpa mía»–. ¿Beau y su nueva amiga venían a hablar con nosotros?

A lo mejor ese era el momento en que Beau y yo estábamos destinados a cruzarnos.

No, no puede ser. Aún no eran las 23:16.

–No creo –dice Thom–. Acababa de terminar el concierto y la acera se estaba llenando de gente, así que me despedí de ti y me fui con Beau.

–¿Qué pasó con Dee?

–¿Dee?

–La chica con la que estaba.

Sacude la cabeza lentamente, intentando recordar.

–Creo que le dio a Beau su número y luego... ¿se largó? Pero sí –asiente con decisión–. Ahora recuerdo su cara. Te garantizo que había estado llorando.

Me afecta sin poder evitarlo.

¿Qué le pasó a Dee ayer? ¿Cuál es su vergonzoso secreto?

–Beau y yo dimos un paseo por la ciudad y corté con él –concluye–. Fue muy duro, pero quiero darte las gracias.

–¿Por qué?

–No encajábamos bien, nada en absoluto, y tú me ayudaste a verlo. Beau es un gran tío, pero es un poco... –entrecierra los ojos, buscando

la palabra adecuada–. ¿Demasiado?

–¿A qué te refieres? –pregunto, inclinando la cabeza.

Thom mira por el pasillo para asegurarse de que seguimos solos.

–Mira, yo todavía estoy dentro del armario. No es el mejor sitio para tener un novio que está tan fuera. ¿Me sigues?

–En realidad, no. ¿Dices que es echado para adelante?

–Es más que eso... Beau tiene una gran personalidad. Acapara la atención allá donde vaya: dice todo lo que se le pasa por la cabeza. También es muy impetuoso. Lo deja todo tirado para irse a hacer carreras de karts toda la tarde o se pule todo el sueldo el sábado en los recreativos sin pensárselo dos veces. Es muy voluble.

–A ver, no sé –intento ser comprensivo y sincero a la vez–. La verdad es que los karts y los recreativos... ¿no parecen un mal plan?

–Ya –asiente–, pero si eres yo, si no has salido del armario..., necesitas alguien más tranquilo. Más calmado, con menos impulsividad..., «impulsidiotez».

Se me revuelve el estómago.

–¿Te ha contado eso?

–¿La palabra que usa su familia para describir su forma estúpida y precipitada de tomar decisiones? –sonríe–. Sí. La odia, pero la verdad es que le pega...

Toda la empatía que sentía por Thom se desvanece, reemplazada por una ira que hierve a fuego lento en la boca del estómago.

–La verdad es que no puedo decir que esté de acuerdo contigo...

–Lo peor era que hacía mayores burradas cuando nos peleábamos. Montaba el espectáculo para tratar de impresionarme, o para hacer las paces, yo qué sé. Nunca funcionaba, obviamente.

–¿Te refieres a hacer locuras como saltar sobre los pupitres para aportar algo de diversión en medio de la clase más aburrida, y seguramente «lo último de la lista dentro de las prioridades de un adolescente»?

Thom se me queda mirando.

–¿Eh?

–Da igual –respiro profundamente, intentando centrarme–. Mira, entiendo que acabáis de romper, pero quizás no sea el mejor momento para criticarle.

–Tienes razón –murmura. Le noto avergonzado y se le borra la sonrisa.

–Entonces, después de que Dee se marchara, fuisteis a dar una vuelta y cortasteis. ¿Qué pasó después?

–Nada.

–¿Nada?

–Me fui a casa. Y supongo que Beau fue a casa de sus abuelos.

–¿A qué hora?

Thom infla los carrillos, pensando.

–¿Sobre las once y media?

Entonces, ¿dónde se supone que iba a encontrarme con Beau a las 23:16? Paseo de un lado a otro, devanándome los sesos.

–Zebb se va a cabrear –murmura Thom, mirando la puerta del aula–, si es que a estas alturas se acuerda de que seguimos aquí fuera.

Me detengo en seco delante de él.

–Esta pregunta va a sonar muy rara, pero... ¿se te ocurre alguna cosa que pudiera haber pasado anoche para que me cruzara con Beau, pero no lo hiciera al final, por el motivo que sea? ¿Te importa pensarlo un momento?

Se queda mirando al suelo.

–Pero es que te encontraste con él. Nos vio juntos fuera del local.

–Ya, pero no hablamos. Yo no le vi –preciso–. ¿Habías planeado salir del armario anoche? ¿Le querías presentar a Beau a la gente del instituto o algo así?

Deja escapar una carcajada.

–Todo lo contrario. Estaba aterrado porque sabía que iba más gente del Rosedore. Cuando Truman me mandó un mensaje y me invitó al Honeycomb, yo...

–¿Truman? –le corto–. Yo fui al concierto con Truman.

El Honeycomb.

Brinco en el aire y Thom recula, sorprendido.

–¿Ibais a ir al Honeycomb? –intento confirmarlo.

–Sí, para ver a Truman, Cynthia, Ron y, al parecer, también a ti –asiente–. Pero, obviamente, no fuimos. Truman decía que había que tomar el camino más largo para evitar a los vigilantes, porque técnicamente el parque ya estaba cerrado a esa hora... Y yo estaba cansado. Además, tenía que cortar la relación.

–¿A qué hora se suponía que ibais a ir?

–Espera que mire lo que le escribí a Truman... –saca el móvil y va pasando mensajes hasta que me lee uno en voz alta–. «Guay, te veo

ahí sobre las once, once y cuarto. Aviso: llevo a un amigo de West Edgemont» –me mira–. ¿Qué tiene que ver todo esto con buscar a Beau?

Enlazo las manos tras la nuca y suelto el aliento.

–La verdad es que todo.

Se suponía que iba a conocer a Beau bajo el Honeycomb a las 23:16, pero me dejé llevar por mi enfado contra mamá y me desahogué con Thom, lo que provocó que él cortara con Beau y que yo volviera a casa antes de tiempo. Yo fui quien descarriló los planes que el universo tenía para nosotros.

Fui yo quien hizo que el destino se equivocara.

Y ahora tengo que arreglarlo.

–Thom –le miro fijamente a los ojos mientras avanzo por el pasillo–. Si mañana recuerdas algo, de alguna forma, de todo esto, por favor, habla conmigo, ¿vale? Estoy aquí.

Me devuelve la mirada como si estuviera totalmente volado.

–¿Adónde vas?

Me doy la vuelta y me alejo corriendo.

Capítulo 23

No me extraña que Beau me haya estado evitando. Ahora entiendo que no quiera que le localice. Me considera responsable de todo este follón, y está en lo cierto, pero por otros motivos.

Sé que dentro de nada el instituto llamará a mamá para explicarle que básicamente me he dedicado a acosar a la gente de clase preguntando por un chico llamado Beau y que luego he desaparecido por la puerta. En el último lugar donde quiero estar es en su apartamento, intentando explicarle qué demonios ha pasado, así que me alejo corriendo tan rápido y tan lejos como me dan las piernas y acabo derrumbándome a la sombra de un sauce cerca del centro de Rosedore, donde, con suerte, nadie me buscará. Allí, por fin, puedo meditar sobre todo lo que me ha contado Thom.

Puede que yo haya provocado que rompieran, pero él está atrapado conmigo porque no llegamos a conocernos en el Honeycomb, no porque provocara que se alejara de su alma gemela. De hecho, después de hablar con Thom, estoy convencido de que su relación estaba destinada a fracasar desde el principio. ¿Thom necesita a alguien que pase desapercibido? ¿Quiere menos espontaneidad? No se me ocurre un novio menos adecuado para él que Beau.

Pero da igual que sea verdad o no que hacen mala pareja; la cuestión es que yo no animé a Thom a que cortara con *Brittany* porque estuviera siendo sincero, sino porque el divorcio de mamá me había amargado, había afectado a todo lo que pensaba sobre sobre las relaciones y porque estaba cabreado con ella. Y ahora que Beau y yo estamos atrapados en el día 349, me quedan dieciséis iteraciones para salvarnos de... lo que venga después del día 365.

Me pongo de pie, me seco la humedad de los ojos y pienso en las opciones que tengo mientras me esfuerzo por estabilizar la respiración. No puedo permitirme perder otra iteración en este infierno de bucle llorando y lamentándome por no haber hecho mejor las cosas.

Puedo hacerlas ahora.

Si la doctora Runyon está en lo cierto, la única forma de escapar del día de hoy es que los dos estemos en el Honeycomb a las 23:16.

Para lograrlo, tengo que convencer a Beau de que yo no soy la persona que vio animando a su novio a cortar con él el domingo por la noche, la que congeló su vida en el tiempo. No el verdadero yo, al menos. Sí, metí la pata, pero puedo salvarnos.

Intento volver a llamar a Beau. Sigue sin contestar.

Le mando también un mensaje, pero no espero respuesta.

Pido un coche compartido a la dirección que me dio Thom, a la casa de los abuelos de Beau, por si acaso estuviera ahí. El coche se para junto a una casita de ladrillos de una sola planta con un aspersor que encharca el seco patio delantero. En el porche hay una bandera americana demasiado grande para una casa de este tamaño. Salgo del coche, subo los escalones y llamo a la puerta.

Unos segundos después, aparece el abuelo de Beau.

–¿Randy? –me siento muy incómodo al referirme a un anciano por su nombre de pila.

Abre la puerta mosquitera.

–¿Quién pregunta?

Randy tiene una calva brillante, lleva vaqueros subidos hasta la mitad de la tripa y los pelos de la nariz disparados como un ejército de Caminantes Blancos.

–¿Está Beau por aquí? –pregunto.

–No –se dispone a cerrar y le impido con la mano que me dé un portazo en la cara.

–¿Sabe dónde está?

–En clase –sisea–. Donde tú también deberías estar –puedo garantizar que Beau no está en el instituto, pero me lo callo–. ¿Tú quién eres?

–Un amigo de Beau, Clark.

Me mira de arriba abajo.

–Vuelve mañana.

Ojalá pudiera.

Randy empieza a cerrar la puerta de nuevo.

Vuelvo a impedírselo. Otra vez.

–¿Le importa que vaya a su cuarto un momento? Me pidió prestada una cosa hace unos días y la necesito –tal vez tenga algo en su dormitorio que me ayude a encontrarlo. Y, no voy a mentir, tengo curiosidad por ver cómo es la habitación de Beau.

Randy frunce las tupidas cejas blancas como respuesta.

–Bueno, entonces le dejo mi número de teléfono por si...

Esta vez no soy lo bastante rápido y me cierra la puerta en la cara.

No es de extrañar que Beau odie vivir aquí con sus abuelos, personas que no aprecian cómo es, que se burlan de su supuesta «impulsidiotez», igual que lo hacían de su madre. Yo también querría escapar de aquí.

Suspiro, me seco el sudor de la frente y me aseguro de darle una patada a uno de los gnomos del jardín de Randy mientras me voy.

Paso el resto del día 349 evitando el flujo constante de llamadas de mi familia y de Sadie mientras deambulo por West Edgemont pensando qué hacer los próximos quince días, que posiblemente sean los últimos.

Y me despierto en el día 350 con un plan.

Ahora que sé que el ex de Beau es Thom, está clara la estrategia: no perder de vista a Thom. Seguro que Beau seguirá buscándolo, como cuando fue a la clase del señor Zebb. Apuesto a que expresará su amor cometiendo alguna locura, como en el día 310. Y cuando lo haga, estaré allí para decirle que se ha equivocado, que no necesita a Thom para escapar. Me necesita a mí.

En lugar de seguir mi horario habitual, persigo a Thom a escondidas. Le espero fuera de sus clases cuando no hay nadie, me siento cerca en la cafetería pendiente de él. Incluso le sigo cuando vuelve a casa, suponiendo que Beau le hará una visita en algún momento de la tarde. Pero no lo hace. No se pasa por ahí. Beau sigue desaparecido.

Tampoco intenta ponerse en contacto con Thom el día 351. Ni el 352.

Y cada vez que me acerco a la casa de sus abuelos, Randy es menos amable que el día anterior.

¿Dónde estará Beau? ¿Por qué no sigue intentando reconquistar a su alma gemela si cree que le necesita para escapar? No puedo continuar persiguiendo a Thom por cuarta vez sin una sola prueba de que Beau vaya a aparecer. No hay tiempo suficiente para mantener una estrategia fallida.

Mi siguiente mejor opción es hacer todo lo posible para que *Atrapados en el presente* llegue a manos de Beau, y necesitaré un poco de ayuda de Otto, Dee y Emery para conseguirlo. No tengo ni idea de si Beau se acercará a los sitios de nuestros recados de aquí al día 365,

pero no se me ocurre otra cosa.

Me despierto el día 353 y voy directo a la Universidad de Chicago. Cuando entro en el despacho, Kelly está bostezando con una enorme taza de café en la mano.

Pega un brinco.

–Me has asustado...

–Estoy atrapado en el presente –le digo–. Necesito tres ejemplares del libro de la profesora Copeman.

Parpadea un momento, con expresión de indiferencia en el rostro quemado por el sol.

–Necesito otro trabajo –murmura, girando en su silla para sacar los libros.

Con tres ejemplares de *Atrapados en el presente* en la mano, voy a la biblioteca del campus y me pongo en un ordenador de un rincón. Para que funcione el plan, Beau tiene que entender cómo hemos llegado hasta aquí y cómo podemos salir. Necesita entender que no tiene nada que ver con Thom, y que nuestras vidas –ahora inextricablemente unidas, para bien o para mal– se agotan a cada tictac del reloj.

Lo escribo todo, explicando los puntos más importantes de la forma más clara posible: por qué me enfadé tanto con mi madre por haber provocado el divorcio; cómo canalicé sin darme cuenta esa rabia para convencer a Thom de que rompiera con él; cómo, de no haber sido por mí, nos habríamos encontrado bajo el Honeycomb a las 23:16 de la noche y nuestras vidas habrían continuado como estaba previsto. Puede que incluso... unidas.

Imprimo tres copias de mi carta, cada una con el mismo mensaje en negrita y en mayúsculas en la parte superior: BÚSCAME BAJO EL HONEYCOMB ESTA NOCHE.

¿Quién sabe si esto funcionará? En este momento es mi única esperanza.

Meto una carta en cada ejemplar de *Atrapados en el presente* y voy corriendo primero a la pastelería Ben's Everything Blue. Está llena de gente, como siempre, cuando entro y me acerco a la caja registradora.

–Hola, Otto –le saludo, casi sin aliento–. Necesito tu ayuda.

Un confuso Otto se limpia la frente.

–¿Nos conocemos?

–Sí y no.

–Me temo que te has colado: va antes Betty. Le tengo que poner

tres galletas de caramelo para sus sobrinos. ¿Puedes esperar un momento?

–No, no puedo –me vuelvo hacia Betty, que está detrás de mí, y le pido perdón antes de seguir hablando con Otto–. Es sobre Beau.

–¿Beau? –Otto se queda congelado–. ¿Está bien?

Vacilo antes de responder.

–Posiblemente. Tengo que irme, pero si por casualidad lo ves hoy, por favor, dale esto –le entrego un ejemplar del libro–. Es importante.

Lo agarra y mira la portada.

–¿*Atrapados en el presente*?

–No tengo tiempo de explicarlo –me disculpo, alejándome del mostrador–, pero Beau necesita leerlo. ¿Se lo puedes dar?

Otto aparta la vista del libro con expresión de desconcierto.

–Claro... ¿Cómo te llamas?

–Clark.

–Se lo daré, Clark –dice, volviendo a atender a Betty. Me voy corriendo.

El siguiente sitio es los cines Splendid.

Estoy de pie frente a la entrada cuando Emery aparece por fin y da un respingo al verme en la puerta. Se quita los auriculares –escucho unos segundos de la canción «Avery» antes de que la pare y carraspea.

–Todavía no está abierto...

–Necesito tu ayuda, Emery –le corto.

Se mira al pecho, donde normalmente estaría su etiqueta con el nombre, pero aún no la lleva.

–¿Cómo sabes mi...?

–Tú no me conoces, pero mi amigo Beau podría pasarse por aquí más tarde hoy, y de verdad de la buena necesito que le des esto –le entrego el segundo ejemplar de *Atrapados en el presente* con una carta metida dentro–. ¿Se lo puedes dar?

Emery agarra el libro, con los ojos muy abiertos.

–Hum... ¿Supongo?

–Gracias –le digo antes de describirle a Beau–. Me salvas la vida, Emery. No dejes de actuar; algún día llegarás a lo más alto.

Su cara se retuerce de confusión mientras me alejo.

Me planteo dejar el último ejemplar de *Atrapados en el presente* en la puerta del Aragon Ballroom, pero decido que es demasiado arriesgado, así que me pongo a aporrear la puerta, llamando a Dee con

la esperanza de que esté deambulando dentro y me oiga. Finalmente, tras veinte minutos de estar montando escándalo, veo su silueta que se acerca al otro lado del cristal.

–¡Estamos cerrados! –grita, nerviosa, mirándome como si fuera un bicho raro.

–Dee, soy amigo de Beau; necesita tu ayuda.

Mira por encima de su hombro, hacia el vestíbulo.

–¿Cómo te llamas?

–Clark –doy un paso atrás para parecer menos hostil–. No sabes quién soy, lo sé, pero esto es importante.

Se lo piensa y acaba por abrir la puerta un resquicio. Rápidamente, cuelo el libro por el lomo.

–Esto es *Atrapados en el presente* –le digo, empujándolo contra su mano–. Beau me comentó que lo mismo se pasaba hoy por aquí. Si viene, ¿le puedes dar esto?

Se lo piensa.

–¿Eres un acosador o algo así?

–No.

–¿Un asesino en serie?

–Desde luego que no.

Se lo piensa un poco más.

–De acuerdo.

Me doy cuenta de que no está del todo convencida de que no la esté mintiendo, pero Dee nunca ha tenido reparos en mandarme a la mierda cuando me ha considerado de poca confianza. Estoy seguro de que me habría tirado el libro a la cara si no fuera a dárselo.

–Te lo agradezco muchísimo, Dee –le digo–. Gracias, en serio.

Asiente, curvando los labios en una sonrisa mínima antes de cerrar la puerta de golpe. Dejo escapar un suspiro agotado y me dirijo a mi destino final en el día 353.

El Honeycomb.

Estoy deseando dejar atrás el asfalto y el sol cegador y caminar por la sombra hasta el centro del parque Lincoln. Seguro que cuando Truman y los otros fueron completamente borrachos hasta el Honeycomb desde Lakeview Live el recorrido fue oscuro y accidentado, pero hoy todo está luminoso y en silencio. Los pájaros cantan, el suave murmullo de la brisa me ayuda a tranquilizarme y el estruendo de la ciudad se desvanece lentamente y se convierte en un

agradable ruido blanco.

Echo un vistazo al mapa del móvil; veré el Honeycomb en cuanto gire en una zona arbolada cerca del zoo del parque Lincoln. Dudo muchísimo que Beau ya esté allí, esperándome felizmente bajo la bóveda de madera, como si estuviéramos en la escena final de *Cuando Clark conoció a Beau*, así que no me hundo del todo cuando doblo la esquina y no veo a Beau por ninguna parte.

Me acerco al Honeycomb y me meto bajo la imponente estructura llena de curvas y giros. Es evidente de dónde saca el nombre: la madera clara está moldeada de una forma fascinante, trazando celdas ovaladas que parecen sacadas de una colmena. Sadie me contó una vez que a los fotógrafos de bodas les encanta este sitio, y tiene sentido: es precioso, está en una zona silenciosa del parque y cuenta con vistas al sur de la ciudad de Chicago surcada de nubes mientras que el inmenso lago Michigan llena el horizonte al este.

Habría sido un lugar mágico para conocer a alguien tan especial como Beau. Si no hubiera metido la pata.

Me siento con las piernas cruzadas dentro del Honeycomb y aguardo. No tengo ningún sitio adonde ir, nada que hacer salvo asegurarme de lograr escapar del 19 de septiembre para siempre, con mi compañero de bucle a mi lado.

El cielo se oscurece a medida que el sol desciende. Turistas y locales pasan por debajo, haciéndose selfis, riéndose de bromas, admirando la belleza de la escultura sobre un lienzo de tonos azules y verdes. Me escondo detrás de unos arbustos para evitar a un guardia de seguridad que está al acecho después de que el parque haya cerrado oficialmente.

Pero Beau no viene.

Espero y espero. Camino y camino. Y cuando la oscuridad empieza a cubrir Chicago y las luces artificiales de la ciudad salpican el horizonte, me invade la derrota.

Abro la aplicación del reloj en el móvil y veo cómo otro día llega a su fin.

23:15:31, 23:15:32…

¿Qué habrá hecho Beau hoy? ¿Se habrá acercado a los sitios de nuestros recados?

23:15:44, 23:15:45…

¿Y si lo hizo y, a pesar de eso, decidió no venir a verme al

Honeycomb?

23:15:52, 23:15:53…

¿Y si lo he perdido para siempre?

23:15:59.

Mi mesilla blanca de madera me mira fijamente. Día 354. Suspiro, me doy la vuelta en la cama y me dispongo a repetir mi estrategia por segunda vez.

Voy a la universidad, recojo mis ejemplares de *Atrapados en el presente* e imprimo mis tres cartas. Dejo los libros en nuestros sitios antes de ir al Honeycomb a esperar a Beau. El sol sale y se pone. Turistas y locales entusiasmados se pasean por allí. Me escondo del mismo guardia de seguridad. Y mientras veo cómo el reloj se acerca a las 23:16, confirmo que he perdido otra iteración y no he conseguido nada.

El día 355 lo repito.

Beau no viene.

¿Le habrá pasado algo? ¿Sigue evitando nuestros sitios de recados solo para no verme a mí, la única persona que puede ayudarle a escapar? Día 356. Día 357.

Frotar, enjuagar y repetir.

Después de dejar los libros el día 359, mi desesperación me conduce a ir llamando a todas las puertas del barrio de sus abuelos, con la esperanza de que alguien, cualquiera, pueda indicarme algo útil. Nadie lo hace.

Cuando Thom me mandó su número lo memoricé, y le estoy llamando y mandando mensajes todos los días, pero el día 361 voy aún más lejos: recluto a cualquier desconocido en la calle que esté dispuesto a ayudarme a llamar a Beau, con la esperanza de que sí descuelgue si es un número desconocido. Ese plan también fracasa.

Mi pánico alcanza nuevas cotas el día 363. Inspirado por la hazaña de Beau en Rosedore el día 310, me cuelo en el instituto West Edgemont y me hago pasar por un falso estudiante transferido para ver si sus compañeros le han visto por allí. Apenas duro diez minutos antes de que un vigilante suspicaz empiece a atosigarme con preguntas. Me largo antes de que me echen.

Mi soledad pasa de ser mala a peor todavía, y después francamente insoportable.

Y, aun así, nada.

Nada de Beau.

Me siento impotente. Es una experiencia aterradora saber que tu vida se escapa como la arena del puño apretado mientras todo el mundo sigue a lo suyo tan tranquilamente como siempre.

A pesar de todos mis esfuerzos, sé que mis posibilidades de escapar del día de hoy son casi nulas en este momento. Que Beau aparezca o no bajo el Honeycomb es algo que está fuera de mi control. Sin embargo, me queda algo que me puede dar esperanza: el reto de la señora Hazel. No sé si es posible vencer la soledad en un bucle temporal, pero sé que lo logré durante una iteración: el día 310. Y fue gracias a los consejos de la señora Hazel.

Puede que el bucle de tiempo me deje solo, pero me niego a sentirme solitario.

El día 364, decido ir a terapia después de dejar los libros y las cartas en nuestros sitios de recados.

–Clark –saluda la señora Hazel, dejando una taza en la mesilla y mirando la hora. Se levanta, sorprendida de verme–. No estaba segura de que fueras a venir.

–¿Por qué no? –pregunto, entrando–. Hoy teníamos cita, ¿no?

–Sí, pero tu madre ha llamado hace un rato preguntando si sabía algo de ti. Me dijo que hoy estabas enfermo, que te habías quedado en casa y que no conseguía localizarte.

–Oh.

–Deberías llamarla de inmediato –insiste la señora Hazel–. Está preocupada.

–Acabo de hablar con ella –miento–. Le he dicho que me encuentro ya bien.

–¿La has llamado?

–Sí.

Me mira con desconfianza.

Le devuelvo la mirada sin inmutarme.

–Bien –me señala la silla–. Toma asiento.

Lo hago.

–Me gustaría ir directamente al grano y pasar de gilipolleces como «qué tal estás», si no le importa.

Los ojos de la señora Hazel se abren de par en par, sorprendida por mi brusquedad. (Nunca he sido tan directo antes del 19 de septiembre).

–Bueno, de acuerdo entonces, Clark. Adelante.

Suelto el aire.

–Me siento solo, señora Hazel.

Sonríe con simpatía, tomando un caramelo del cuenco.

–Estoy muy orgullosa de que seas capaz de decírmelo.

–Gracias –cruzo los brazos–. Recuerdo que mencionó hace tiempo que tenía cuatro consejos para vencer la soledad.

La señora Hazel se queda callada.

–¿Sí?

–Sí, pero no me acuerdo de los cuatro –miento para sacar el tema.

–Qué raro –reflexiona ella.

–¿Por qué?

–No recuerdo que hayamos hablado de mis cuatro consejos –cruza las piernas–. Me debe de estar fallando la memoria. Sí, Clark, tengo un reto en cuatro partes para que los pacientes intenten sentirse más conectados con otras personas, y he descubierto que es muy beneficioso para los que se lo toman en serio –sonríe–. ¿Te gustaría intentarlo?

Asiento y le devuelvo la sonrisa.

–Sí.

La señora Hazel se pone de pie, se dirige a su escritorio y empieza a revolver entre los trastos hasta que encuentra la libreta y el bolígrafo.

–Ahora, este desafío de cuatro partes puede parecer inabarcable para hacerlo de una vez, especialmente para ti, que eres bastante tímido. No pasa absolutamente nada –comienza a escribir–. Puedes tomarte todo el tiempo que necesites; es más importante intentarlo que hacerlo rápido. Lo que cuenta es el esfuerzo a largo plazo. A lo que me refiero, Clark, es a que es el esfuerzo en sí mismo lo que cosechará beneficios –arranca el papel del cuaderno y vuelve a mi lado. Extiende la mano para que lo vea.

Agarro el papel de la libreta y recuerdo cada punto mientras lo leo:

4 consejos para vencer la soledad de Clark:

– Intentar hacer un nuevo amigo.

– Ayudar a alguien que lo necesite.

– Mostrarse vulnerable para que los demás también puedan hacerlo.

– Hacer lo que te da miedo.

–Hum –murmuro, reflexionando y fingiendo que son nuevos para mí.

Tampoco es que mis intentos de cumplir los números dos, tres y cuatro hayan sido un completo fracaso. Ayudé a Otto con el ajetreo de la tarde de la pastelería, intenté ser vulnerable con Dee aunque nunca llegué a conocer su secreto, y acepté dar clases de interpretación con Emery, por mucho que me aterrorice la idea.

Pero no es suficiente.

Los consejos no parecen... completos.

–Veo cómo giran los engranajes de tu cerebro –comenta la señora Hazel, de pie a mi lado con una sonrisa–. ¿Qué se te pasa por la cabeza, Clark?

–Tengo tres personas en mente para probar esto –le explico–. Pero tengo que averiguar la mejor manera de hacerlo.

–¿La mejor manera?

–Sí. Sé que lo que más importa es el esfuerzo, pero sigo queriendo ayudar a alguien, ayudarle de verdad, y que mostrarme vulnerable sea realmente contagioso. También me gustaría encontrar lo que más me asusta de veras –me encojo de hombros–. ¿Sabe?

La señora Hazel está radiante.

–Bueno, en primer lugar, Clark, el hecho de que hayas sacado este tema me demuestra lo mucho que has avanzado desde que nos conocimos –sonríe–. ¿Quieres un consejo?

Asiento.

–Sí, por favor.

–Presento esta tarea en cuatro partes porque he comprobado que a muchos pacientes les resulta más fácil ponerla en práctica así –indica–. Pero puede que a ti te beneficie pensar en estos consejos como un todo, no como casillas individuales que debas ir tachando –se acerca–. Verás, a menudo da mucho miedo mostrarse vulnerable –mueve el dedo entre el tercer y cuarto consejo–, pero, cuando lo somos, nuestra apertura ayuda a los demás de manera profunda –se desliza hasta el número dos–, y eso puede acabar conduciendo a una hermosa amistad –aterriza en el número uno–. Todos están interconectados, Clark –concluye–. Y, cuando los tenemos todos en cuenta, se presenta la oportunidad de superar nuestra soledad y ayudar a los demás a dejar atrás también la suya.

Vuelvo a mirar los apuntes y me quedo pensando mientras empiezan a ocurrírseme cosas.

–Creo que acabo de hacer clic, señora Hazel –declaro, poniéndome de pie.

Me acerco a la puerta.

–¿Adónde vas? –pregunta, levantándose ella también–. Nuestra sesión acaba de empezar.

–Tengo que hacer unos recados –explico–. Pero, si no la vuelvo a ver, gracias, señora Hazel –sonrío.

–¿Por qué no iba a volver a verte? –se hacen más profundas las líneas de preocupación de su frente–. Clark, me estás asustando.

–Todo va a ir bien –sonrío más para asegurarle que estoy diciendo la verdad–. Usted ha sido mi psicóloga favorita, señora Hazel. De lejos. Y me han encantado nuestras sesiones.

Abro la puerta de golpe y me alejo corriendo antes de que pueda detenerme.

Capítulo 24

Después de la sesión con la señora Hazel, tomo el camino más largo por Rosedore, con la esperanza de que el aire fresco me ayude a pensar la mejor manera de abordar la lista. Aunque nunca me ha gustado demasiado este sitio, de pronto me siento nostálgico al caminar por mi pueblo natal la que podría ser mi última vez. Mientras paseo por el parque, me acuerdo de la persona cuya voz me encantaría escuchar ahora mismo.

–Hola –dice Sadie, respondiendo a mi FaceTime. Está enganchando espaguetis con el tenedor, sentada en la nueva cocina de su familia. Rápidamente descubro que no está tan alegre como de costumbre–. ¿Dónde diablos estás?

–Te quiero –se lo suelto sin perder un solo segundo.

–¿Va todo bien?

–¿A qué te refieres?

Pone cara de «deberías saberlo».

–Tus padres me han llamado hace un rato preguntando si sabía algo de ti. Dijeron que habías faltado a clase porque estabas malo, pero que no estabas en casa y que no les habías devuelto la llamada. ¿Y ahora me llamas para decirme que me quieres? –deja el tenedor–. A ti te pasa algo.

El padre de Sadie, canoso y con gafas, aparece en la esquina de la pantalla.

–Hola, Clark.

–Hola, señor Green –saludo con una inclinación de cabeza–. ¿Qué tal por Austin?

–Mucho calor. ¿Qué tal por Chicago?

–También nos asamos.

–Qué le vamos a hacer –dice, dando un sorbo de vino tinto–. ¿Acabo de oír que tus padres no te localizaban?

Sadie se levanta y se marcha a un sitio más privado, con el plato de pasta en la mano.

–¿Te importa dejar de espiarme, papá?

–¡Llama a tus padres, Clark! –exclama el señor Green a lo lejos–. ¡O lo haré yo!

–De acuerdo, señor Green.

Se ve borroso mientras Sadie sube una escalera y se esconde en su dormitorio antes de cerrar la puerta.

–Mi padre es lo peor, pero tiene razón –declara, tirándose sobre un edredón naranja con almohadas–. Tienes que llamar a tus padres.

–Lo sé.

–Tenías que haberlo hecho ya.

–Lo sé, lo haré.

–Además –empieza a girar espaguetis en el tenedor–, no conectaste antes del instituto por FaceTime, cosa que no haces casi nunca, y luego no me devolviste a los mensajes en todo el día, cosa que no haces nunca.

Sadie está claramente molesta, y tiene todo el derecho del mundo. Este parece ser uno de los raros momentos en los que tengo que ser yo quien esté ahí para ella y no al contrario.

Te necesito.

Recuerdo el mensaje de Sadie del día 310 y se me revuelve el estómago de culpa. He estado tan centrado en buscar a Beau, ir a los sitios de los recados e intentar escapar del bucle que lo había olvidado. Abro la boca para preguntarle cómo está, pero Sadie se me adelanta.

–A ver, en serio, ¿dónde estás? –baja la voz–. Me asustas cuando te pones a soltar «te quiero» todo serio, Clark.

Levanto el móvil por encima de la cabeza para que vea el sitio.

–¿Te suena? –pregunto.

Entorna los ojos en pantalla durante unos segundos antes de caer en la cuenta y se le escapa una sonrisa.

–Los columpios del parque de Rosedore.

–Donde nos hicimos amigos en el colegio.

–Y donde prometimos pasar un último año increíble...

–... aunque no pudiéramos pasarlos juntos.

Nos quedamos mirando los rectángulos que tenemos en las manos, deseando más que nada poder encontrarnos cara a cara.

–Siento haber estado hoy tan ido –empiezo–. No sabes qué lunes estoy teniendo, por decirlo suavemente, y... ¿Sadie?

Se le llenan los ojos de lágrimas.

–Espera, espera, para –murmuro, sintiéndome inmediatamente culpable–. ¡No llores! Lo siento, no ha sido a propósito, siento mucho

haber estado desaparecido en combate y no contestarte los mensajes…

–No es eso –confiesa–. Vale, eso afecta, sí, pero ahora, al verte junto a los columpios, nuestros columpios… –se queda callada–. Aquí no tengo un montón de amigos nuevos, Clark. No tengo ni uno.

Me ajusto los auriculares para asegurarme de que la he oído bien.

–¿No has hecho nuevos amigos en Texas?

–No –admite, secándose los ojos.

–Pero… –miro el móvil, confuso–. Siempre estás hablando de toda esa gente nueva.

–Sí. Se llama fingir.

–Pero… –repito, intentando procesarlo–. ¿Y las chicas del Club de Podcast? ¿O ese chico que te gusta de la clase a primera hora? La chica que tiene un hurón que se presentó a las pruebas del equipo de fútbol…

–Exageraba –traga saliva con fuerza–. Son personas reales que conozco, hablo con ellos, pero no son mis amigos –vuelve a bajar la voz hasta que apenas es un susurro–. Nadie me ha invitado a hacer nada después de clase. Ni la gente del Club de Podcast, ni Chris el de la clase a primera hora, ni Sydney la del hurón –resopla–. Aquí no soy el alma de la fiesta, Clark. Aquí soy invisible.

Esta es la razón por la que Sadie me necesitaba el día 310. Algún cambio que hice en la rutina provocó que me pidiera ayuda. Y yo no respondí al mensaje.

Pero no es solo el día 310. Me ha necesitado en todos los 19 de septiembre, independientemente de que me enviara un mensaje o no.

Llevo todas las iteraciones del bucle temporal tan consumido por mi propia soledad que he estado ciego y he sido incapaz de detectarla en mi mejor amiga.

–¿Por qué no me lo dijiste? –pregunto, aturdido por la culpa–. Sabes que podrías haberme dicho la verdad, Sadie.

Se encoge de hombros.

–Sé que debería haberlo hecho. También he mentido a mis padres. Es que sé cómo me veis todos: yo soy la alegría de la huerta, alegre, divertida, capaz de soportar cualquier golpe sin inmutarme.

–Pero mudarse al otro lado del país el verano antes del último año del instituto es un gran golpe –declaro.

Una lágrima corre hasta su barbilla.

–No sabes lo difícil que es encontrar amigos aquí, Clark. No te

haces a la idea. No sabes lo mal que lo pasé anoche, sabiendo que tú y Truman y todos estabais juntos viendo The Wrinkles.

Nunca había visto a Sadie así. Medito un instante todo lo que quiero decir, sobre todo porque puede que sea la última oportunidad que tenga.

–Yo… Lo siento mucho, de verdad –murmuro–. Debería haber sido mejor amigo, Sadie. Debería haber estado más pendiente de ti.

–No pasa nada.

–Sí que pasa. Yo también lo estaba pasando mal, pero gracias a ti voy tirando y di por sentado que no necesitabas mi ayuda –murmuro, y ella se encoge de hombros y sonríe, todavía con los ojos vidriosos–. Sin ti estoy muy solo aquí arriba.

Sonríe.

–También estoy muy sola sin ti aquí abajo.

–Lo superaremos juntos de ahora en adelante –le aseguro–. Nos tenemos el uno al otro.

–Pasaremos el próximo verano juntos –sueña Sadie en voz alta, aunque ambos sabemos que no va a suceder–. Volveré al Medio Oeste.

–Y yo hornearé cosas a diario para nosotros –añado.

–Y por fin conoceremos chicos que merezcan la pena el esfuerzo.

–Y nunca viviremos a más de diez kilómetros de distancia. Nunca más.

–Nunca más.

Se calla por tercera vez.

–Gracias por decirme la verdad –le digo–. Estoy muy orgulloso de ti.

–Yo también estoy muy orgullosa de ti –asiente Sadie–. Dios, llevas dos días fuertes, ¿eh?

–¿A qué te refieres?

–¿La pelea con tu madre ayer? Fue seria.

Suspiré.

–Sí.

–¿Cómo lo lleva tu padre? Ella es la que quiere el divorcio…

–Está bien, supongo –entonces caigo en la cuenta.

¿Seguro que lo está?

–Yo estaría destrozada si fuera él –dice Sadie–. Me alegro de que no se hunda.

Pero no tengo ni idea de si eso es verdad.

He visto tan poco a papá durante el bucle temporal, por culpa de su trabajo y lo poco que coinciden nuestros horarios los lunes, que ni siquiera he hablado con él sobre lo que me dijo mamá. Pero necesito hacerlo. Ahora mismo.

No estoy seguro de si tendré más oportunidades.

Miro la ciudad a mi izquierda, más allá del parque. Por ahí está nuestro antiguo barrio.

–Sadie, ¿te importa que cuelgue? –le pregunto–. Me acabas de recordar que tengo que hablar con mi padre.

Ella sonríe dulcemente.

–Por supuesto. Gracias por escucharme.

La tristeza empieza a ser abrumadora. Soy consciente de que puede que esta sea una de las últimas veces –o la última– que vea a mi mejor amiga, que escuche su voz, que me ría de nuestros chistes privados. Es el día 364, y solo unas horas me separan de…

… lo que quiera que suceda después del día 365.

Hay un millón de cosas de las que podríamos hablar, y un millón más de cosas que ella merecería saber, si esto se acaba ya. Pero decido ir al grano.

–Te quiero –le digo, con mucha más intensidad que hace unos minutos, más sincero que nunca–. Eres mi mejor amiga y siempre lo serás.

Sé que es imposible que Sadie comprenda lo importante que es este momento para mí, pero el brillo de sus ojos me hace pensar que, en el fondo, lo entiende.

–Yo también te quiero –traga saliva con fuerza–. Y siempre te querré.

Su cara sonriente, arrasada de lágrimas, desaparece de la pantalla.

Capítulo 25

Me acerco a la casa que, hasta hace unas semanas, era nuestro hogar.

No es especial ni impresionante. Con sus contraventanas amarillas y sus setos verdes que bordean el porche, es idéntica a un montón de casas. No te girarías para volver a mirarla si pasaras en coche por los suburbios de Chicago.

Pero sigue siendo especial para mí.

Me acerco a la puerta y me quedo pensando antes de entrar.

La cara barbuda de papá –blanca como un fantasma, con el móvil pegado a la mejilla– colapsa de alivio cuando me ve. Deja de pasear en círculos.

–Acaba de entrar –dice por el móvil–. Te llamo dentro de un rato –cuelga y me mira con desaprobación mientras me invade la culpa.

–Lo siento, papá.

Lo siento por todo.

Pero él cree que solo me disculpo por haber desaparecido esta tarde.

–¿Dónde estabas? –resopla, agotado–. Salí antes del trabajo para saber dónde estabas. ¿Tu madre sabe que estás aquí, Clark?

–Sí –miento.

Me hace otra pregunta, pero en realidad no la escucho. Cruzo la moqueta del salón y me dejo caer sobre su pecho, apretando la mejilla contra su corbata amarilla con patos.

Papá me abraza con fuerza.

–¿Qué pasa?

Todavía no estoy seguro de lo que quiero decirle, así que me quedo callado. Me frota la espalda y repite la pregunta.

Pero sigo sin encontrar las palabras adecuadas.

Nos quedamos así unos segundos –o quizás un minuto entero (el bucle ha alterado de verdad mi sentido del tiempo)– hasta que me aparto. En el mundo real, papá me vio hace apenas unos días, pero a mí me parece que han pasado años.

–Clark –dice, en tono más suave y menos hostil que antes. Tenemos casi la misma altura y pienso que a lo mejor yo sería más alto que él si hubiera podido cumplir los dieciocho años. Sin embargo, todavía

necesita bajar la cabeza para mirarme los ojos–. Háblame.

–Mamá y tú –murmuro.

–¿Sí?

Vacilo. No sé cómo abordar el tema.

Por un lado, no quiero que esta conversación se convierta en un desahogo contra mamá. Sigo resentido con ella por haber roto nuestra familia sin motivo, pero mi tiempo con mamá también es limitado. Si vuelvo a enfadarme ahora me resultará muy difícil despedirme de ella, y quiero hacerlo, pronto. La última vez que desaté mi ira contra ella provoqué que el destino se equivocara y me quedé atrapado en un bucle temporal. ¿Por qué iba a querer repetirlo?

Necesito encontrar una manera de perdonar a mamá, al igual que Sadie decidió perdonarme a mí.

Por otro lado, papá se merece mantener esta conversación conmigo. Necesita entender que sé que el divorcio fue idea de mamá, que soy consciente de que él no quiso destruir nuestra familia. Sé que dará igual porque el día de hoy se reanudará dentro de unas horas, pero, si existiera la posibilidad de que exista un 20 de septiembre tras el día 365 en algún multiverso, papá sabrá que yo no le culpo.

–Siento que te haya hecho eso –murmuro–. Siento que nos haya hecho eso.

–¿De qué estás hablando, Clark?

–Entiendo que todas las parejas tienen problemas y que vosotros dos os peleabais a veces y que ninguna familia es perfecta, pero aun así –me tiembla la voz, pero necesito soltarlo todo–, no tenía que hacerlo.

–¿Pedir el divorcio?

–Sí.

Exhala. Huelo el enjuague bucal de sabor a menta que usa, un aroma que nunca pensé que llegaría a echar de menos.

–Debes de tener hambre.

–No.

–¿Tienes sed? –vacilo e insiste–. Vamos –da un paso atrás–. Tengo tu favorito.

Le sigo a la cocina.

Había olvidado lo desordenada que está ahora la casa en comparación con cuando vivíamos todos aquí. No debería ser así: una familia de cuatro come más, tiene más cosas y provoca mucho más

caos que un solo hombre, pero papá está demostrando ser la excepción.

Su ordenador portátil está sobre la encimera, junto a su agenda, un montón de cargadores de móvil enredados y comida que no ha guardado en la despensa (si mamá viviera todavía aquí, se subiría por las paredes). La mesa del comedor, en la habitación contigua, está cubierta de lo que espero que sea ropa limpia –aunque no estoy seguro–, y hay una montaña de platos sucios en el fregadero.

Papá aparta su portátil, abriendo espacio para que me siente. Busca un segundo en la nevera y vuelve con una lata de color naranja brillante. La abre con un chasquido y me la tiende.

–Me alegro de que podamos hablar de esto –dice, sentándose a mi lado.

Se encorva, apoyando los antebrazos en la encimera.

Doy un sorbo, consciente de que probablemente será la última vez que saboree la sensación de euforia que me provoca el saborizante artificial de naranja cuando baja por mi garganta.

–No quiero que estés enfadado con tu madre –dice con una seriedad que me sorprende–. Me ha contado que discutisteis ayer.

–¿La pelea? –murmuro, notando los ojos llorosos.

–Sí.

–¿Qué te dijo?

Papá suele ser directo, pero me percato de que ahora mismo lo es más aún.

–Me dijo que te había contado que ella quería el divorcio y que no te lo tomaste muy bien.

–Y que fue ella también quien quiso mudarse –añado–. Lo ha jodido todo.

Mierda.

No quería enfadarme, y es exactamente lo que estoy haciendo.

–¿Qué es lo que ha jodido? –me pregunta–. Y no digas tacos.

–Que es una mierda que no solo haya forzado el divorcio, sino que además nos haya obligado a Blair y a mí a mudarnos con ella. ¿Cómo puede ser tan egoísta? –doy otro sorbo de gaseosa–. Vale, sí, prometió que solo estaríamos allí unos meses hasta que encontráramos un sitio mejor, pero me da igual. Tú has estado en ese piso diminuto. Es horrible.

–Es más complicado, Clark –dice–, pero no te puedo discutir que el

apartamento sea pequeño.

–El agua de la ducha no tiene presión, todo apesta a tabaco del anterior inquilino y las paredes son de papel –explico–. Tengo que oír las tonterías de niñatas de Blair, me apetezca o no –ante eso, se sonríe y le miro fijamente–. ¿Por qué tú no estás enfadado?

Se queda mirando la encimera.

–No es tan sencillo…

–Siento que soy el único que se queja de lo mal que está todo esto. Sé que Blair está dolida, pero lo disimula portándose como una mocosa, pero tú…, en serio, tú deberías ser el que está más cabreado de todos nosotros. ¿Por qué no lo estás?

–Clark, lo entiendo, pero tu…

–Si no fuera por mamá, seguiríamos viviendo aquí todos. ¿Es que no nos echas de menos? No habría destrozado mi último curso en el instituto, no estarías todas las noches solo en esta casa silenciosa y…

–Tuve una aventura, Clark.

Creo que he oído lo que he oído, pero… no puede ser.

–¿Qué?

Hace una pausa, respira y se lame los labios.

–Engañé a tu madre.

Me quedo totalmente en blanco.

No pienso nada. No siento nada. Me limito a mirarle a los ojos, sin entender lo que acaba de decir.

Me levanto de forma automática y doy un paso atrás, alejándome de la encimera.

–Tú… has tenido una aventura –pronuncio en voz alta.

Asiente, evitando mi mirada.

–Sí.

–Engañaste a mamá.

–Sí.

Trago saliva con fuerza.

–¿Cómo… cómo has podido?

La cocina se queda en silencio. No sé qué decir y, aunque sé que papá tiene mucho que decir, opta por quedarse callado.

–No fue algo puntual –admite finalmente, con un hilo de voz. Su tono avergonzado es tan palpable que siento como si me estuvieran estrangulando–. Acordamos no decíroslo a tu hermana y a ti de momento, porque queríamos protegeros. Pero… –hace una pausa–.

Creo que merecéis saberlo, sobre todo ahora que veo lo enfadados que estáis con mamá. No es justo para ella –me noto entumecido–. Por eso tu madre quería el divorcio –confiesa–. Por eso pensé que era lo correcto que vosotros dos vivierais con ella, aunque insistiera en que quería marcharse de casa. Porque fui yo el que metió la pata. Yo tuve la culpa de todo esto –se calla un instante–. Ella fue incapaz de seguir así, y no la culpo. Y tú tampoco deberías.

–Tuviste una aventura –repito, empezando a procesarlo–. ¿Con quién?

–No importa.

–Sí importa –gruño, sintiendo que la perplejidad da paso a la rabia–. ¿La conozco?

–No –responde tímidamente–. No vive por aquí. Fue un estúpido error.

–Querrás decir estúpidos errores, ¿verdad? Porque has dicho que no fue una sola vez, ¿no? ¿Tuviste un desliz varias veces?

Baja la cabeza, con los puños firmemente plantados contra el mostrador.

–Tengo que irme –murmuro.

–Por favor, no. Hablemos.

–No tengo nada más que hablar contigo.

–¿Podemos, al menos, hablar de tu madre? –suplica–. Enfádate conmigo todo lo que quieras; me lo merezco. Sé que no voy a convencerte de lo contrario ahora mismo, y es justo –sus ojos se vuelven vidriosos–. Pero no deberías estar molesto con ella, ¿de acuerdo? No se lo merece. Deberías portarte bien con ella.

Me dirijo a la puerta.

–¿Me puedes prometer eso, Clark? –pregunta, siguiéndome–. ¿Me puedes prometer que estarás ahí para ella?

Me cuesta abrir el cerrojo de la puerta.

¿Y si no hubiera venido aquí? ¿Y si no me hubiera quedado atrapado en el tiempo? ¿Me habrían dicho alguna vez la verdad? ¿Habría estado resentido con mamá hasta el final?

–Todo esto está siendo una pesadilla para Blair y para ti, y es culpa mía –admite papá–. Tu madre ha estado sola, Clark. Y quiero que estés ahí para ella porque yo no puedo.

Me quedo congelado en el sitio, mirando el jardín delantero que solía ser todo nuestro.

Está sola.

–Tú y Blair lo sois todo para ella, Clark –se le rompe la voz en mil pedazos–. Sois todo su mundo.

Quiero huir de él, tan lejos y tan rápido como pueda. *No hay ni una sola razón por la que no deba hacerlo*, creo, excepto por el hecho de que ahora estoy en la iteración 364. Y por muy furioso, agotado y confuso que esté, no podemos acabar así. No pienso permitirlo.

Me doy la vuelta, cruzo la alfombra y vuelvo a caer en sus brazos, quizás por última vez.

–Te quiero –susurro.

–Yo te quiero más, hijo –me aprieta más fuerte–. ¿Podemos volver a hablar mañana?

Eso espero.

–Sí.

–¿Puedo decirle a tu madre que lo sabes todo antes de que se lo menciones? –pregunta suavemente–. Si prefieres hablarlo con ella esta noche, no pasa nada.

–Está bien, papá. No diré nada –todavía ni sé cómo hablar de ello.

Igual que antes, es como si se congelara el tiempo. No estoy seguro de cuántos segundos o minutos pasan, pero lo siguiente que sé es que estoy saliendo por la puerta. Cruzo el jardín frontal y regreso al diminuto pero no tan terrible apartamento que ahora estoy orgulloso de llamar mi hogar.

Finalmente aparecen las lágrimas mientras acelero el paso, furioso conmigo mismo por haberme portado tan mal con mamá, por haber dado rienda suelta a mi ira en el peor momento y haber persuadido a Thom para que rompiera con Beau, por haber provocado que nos quedáramos atrapados y destruirlo todo.

Entro de un portazo.

Mamá viene corriendo, con las manos cruzadas contra el pecho.

–Clark –jadea–, ¿por qué no me has...?

La abrazo mientras se me siguen cayendo las lágrimas, saladas y ardientes. Ruedan por mis mejillas y mojan sus hombros desnudos y bronceados.

–Tranquilo –me susurra al oído–. Estoy aquí.

–Lo siento mucho –murmuro–. Siento todo lo que dije ayer y siento estar así por lo del divorcio.

–Clark, tranquilo –repite–. Estoy aquí.

–No quiero que te sientas sola, ¿vale? –le digo, moqueando. Huelo el perfume de su champú. *Puede que sea la última vez que huela su champú*–. No quiero que te sientas nunca sola.

Aunque hubiera sido mamá la causante del divorcio, debería haber hablado con ella. Si hubiera admitido mis propios sentimientos antes, podría haber estado más pendiente de los de los demás. Tal vez habría comprobado cómo estaba Sadie antes de quedarme atrapado; podría haber tenido una conversación sincera con papá sobre su aventura y, si hubiera permitido que mamá me ayudara a hornear después de la pizza una noche, podríamos haber hablado de por qué seguía enfadado. Podría haberla ayudado a sentirse menos sola.

Oigo los pasos de Blair, que entra en la habitación.

–¡Tío! ¿Dónde estabas? –aunque no puedo verla, noto que me abraza por la cintura–. ¡Se suponía que ibas a hornear algo para mi cumpleaños!

Mamá suspira.

–Blair, ¿puedes darnos un minuto, por favor?

–No pasa nada –digo, separándome de las dos. Pestañeo para contener las lágrimas y me seco los ojos–. Voy a empezar mientras hablamos. ¿Qué te parecen los brownies de terciopelo azul?

Blair desorbita los ojos de golpe.

–¿Azul?

–Me encantaría que me ayudarais –le digo a mamá, sonriendo–. ¿Estás ocupada?

Capítulo 26

Es más divertido cocinar en familia. Me doy cuenta demasiado tarde.

Mamá, con las varillas en la mano, me mira y señala el cuenco de huevos batidos con azúcar moreno.

–¿Ves bien esta consistencia?

Dejo de engrasar el molde y estiro el cuello para mirarlo.

–Perfecta.

Sonríe, orgullosa de sí misma. Hacía tiempo que no la veía tan feliz.

–Las dos lo hacéis muy bien... –sonrío– para ser aficionadas, claro.

–Venga ya –se ríe Blair, sentándose encima del mostrador y mirando la lista de ingredientes–. Al menos lo intentamos.

Es muy extraño ver a Blair ayudando en lugar de soltar comentarios sarcásticos sin apartar la vista del móvil. Recuerdo que la última vez que estuve de buen humor, cuando hice los brownies de Ben's, me dio las gracias en el portal.

«Eres un gran hermano mayor y te quiero».

Noté lo mucho que le afectaba mi actitud con mamá (aunque no lo admitiera) y no hice nada por evitarlo, hasta ahora.

–Oye, ¿qué os parece si pasamos a repetirlo todas las semanas? –propone mamá, levantando las varillas y mirándonos con la cara radiante–. ¿Lunes por la noche, día de repostería?

Se me encoge el corazón.

Quiero decirle la verdad: que mi tiempo es limitado y que es muy probable que no esté el próximo lunes. Pero, igual que decidí cuando hablé con Sadie, mamá no necesita saber la verdad ahora mismo.

–Me parece un gran plan –respondo.

Se limpia las manos en el delantal y se vuelve hacia Blair.

–¿Te apuntas, Blair?

Mi hermana alza la vista de la lista de ingredientes y se lo piensa.

–Puede. Siempre que no hagamos tartas, contad conmigo –se baja de la encimera de un salto–. Voy a hacer un descanso rápido...

–¿De la ardua tarea de leer los ingredientes? –se burla mamá. Cruzamos una mirada y sonreímos.

–Sí –replica Blair, sonriendo también. Se tumba en el sofá del

cuarto de estar con el móvil–. Pero quiero echar yo el colorante azul, ¿vale?

Termino de engrasar y enharinar el molde y compruebo la temperatura del horno, pero aún le queda (a diferencia de los flamantes electrodomésticos de Ben's, nuestro horno es antiguo y tarda una eternidad en precalentarse). Cuando la llamo, Blair viene a poner el colorante de los brownies y rellenar el molde. Empiezo a ayudar a mamá a limpiar mientras esperamos, pero me da un empujón.

–No te preocupes por esto –me dice–. Yo me encargo.

–¿Seguro?

–Sí –se inclina y susurra a mi oído–. ¿Por qué no vas a hablar un rato con tu hermana? Por favor te lo pido, distráela. Que deje de ver a ese tipo espantoso de los vídeos que no deja de mirar a escondidas, aunque se crea que no me doy cuenta.

Ahogo una carcajada y bajo la voz yo también.

–¿Derek Dopamine?

–El mismo.

Por un momento, me quedo pensativo y me planteo a qué vino lo de Beau, cuando me dijo que buscara la teoría de bucles temporales de Derek Dopamine. ¿Me estaba troleando, quería que perdiera el tiempo buscando un vídeo serio de un *influencer* nada serio que se hizo famoso con chistes virales de pedos? No parece propio de Beau. Aunque supongo que merezco que me tome el pelo, si cree que yo tengo gran parte de la culpa de su ruptura.

No puedo permitir que la última velada que voy a pasar con mamá y Blair se chafe porque estoy sumido en mis pensamientos intentando descifrar los de Beau. Antes de ir a la sala de estar, me vuelvo hacia mamá.

–Oye, ¿puedo decirte algo?

–Lo que quieras.

Noto mariposas en el estómago.

–He estado… –titubeo, pero decido llegar hasta el final–. He estado muy solo, mamá.

Deja la bayeta y me presta toda su atención.

–¿Sí?

–Sí.

Sonríe con tristeza, con los ojos brillantes.

–Pero esto es bueno –subrayo–. Es bueno que te lo diga, vaya.

–Estoy de acuerdo.

–Estaba pensando en todo lo que me ha enseñado la señora Hazel, y también en la pelea que tuvimos ayer, y, la verdad… Me hubiera gustado haber hablado contigo de todo esto; ojalá se me diera mejor. Debería haberte contado lo que pensaba del divorcio, abrirme más y decir lo que siento. Así que… sí. Quiero ser sincero.

Mamá se acerca a mí. Pestañea, dispersando una lágrima, y levanta una mano para acariciarme el pecho.

–Me alegro de que seas sincero conmigo, Clark –noto que me sonrojo un poco, pero sigue hablando–. Yo también me siento sola a veces. El divorcio ha sido duro para todos. Y sé que la mudanza de Sadie ha sido difícil para ti. Pero lo superaremos. Juntos –me alborota el pelo antes de dejar caer el brazo–. Gracias por contarme cómo te sientes.

Asiento con una sonrisa y meto los brownies en el horno. Siento que me he quitado un peso enorme de los hombros antes de ir a ver a Blair.

–Hola, mocosa –me dejo caer en el sofá junto a ella. –¿Qué está haciendo Derek Dopamine esta vez?

–Shh –me chista, levantando la vista para ver si mamá me ha oído–. No sabe que lo estoy viendo. ¿Por qué crees que tengo el volumen bajo y los subtítulos puestos?

Intento no sonreír.

–Lo siento.

Bajo la vista y veo a la odiosa celebridad de internet en el móvil de Blair, con una imponente cresta morada. El vídeo que está viendo se titula «¡El motivo REAL por el que mi perro odia la mayonesa!». No estoy seguro de poder soportar esto, aunque sea por el bien de nuestra relación de hermanos.

–¿Cuál es el motivo real por el que su perro odia la mayonesa? –pregunto de todos modos.

Ella resopla.

–Como si te importara eso.

Frunzo el ceño, pensativo, y acabo rindiéndome.

–Tienes razón; me da exactamente igual. Pero me alegra que sus vídeos te hagan feliz.

Pausa el vídeo en seco y me mira.

–Vale. ¿Hoy qué te pasa?

–¿Qué?

–¿«Me alegra que sus vídeos te hagan feliz»? –repite con una risita suspicaz–. Primero llegas a casa todo emocionado, llorando y abrazando a mamá y demás. Luego quieres hornear con nosotras, y la verdad es que ha sido divertido y molaría repetirlo, pero a ver, en serio, ¿tú quién eres y qué has hecho con mi hermano?

Me quedo sentado un segundo, pensando en cómo responder.

–Sé que hoy he actuado de forma extraña.

–Eufemismo número uno.

–Y probablemente ha sido un poco raro verme así.

–Eufemismo número dos.

Sonrío.

–Es porque he hablado antes con papá –le digo en un susurro, para que mamá no nos oiga–. Me pasé por casa.

–¿Solo para saludar?

Me lo pienso un instante y acabo encogiéndome de hombros.

–Tenía ganas de verle. Estuvimos hablando un buen rato.

–¿Está bien?

–Sí –me recuerdo a mí mismo que no debería sacar el tema de la aventura–. A ver, lo mismo ahora no está bien, pero lo estará. Al hablar con él me he dado cuenta de lo mucho que mamá y papá nos necesitan ahora mismo, ¿sabes? Porque, por más que nos duela, ellos ya no se tienen el uno al otro, pero nosotros seguimos teniéndolos a los dos –asiente–. Y nos tenemos el uno al otro, y quiero ser mejor hermano para ti, ¿de acuerdo? –vuelve a asentir–. Toda esta situación ha sido dura para nosotros –confieso–. Me he dado cuenta de que no pasa nada por admitirlo.

Apoya la cabeza en mi hombro.

–Lo sé.

–Te quiero.

–Yo también te quiero.

–Y una vez dicho esto, por favor, ¿puedes poner cualquier vídeo chorra de Derek Dopamine?

Levanta la cabeza con una sonrisa diabólica y le da al *play*. Saco un cojín de una de las cajas de la mudanza y me lo pongo en el regazo. Blair se hunde más en el sofá mientras vemos a un payaso veinteañero explicar la relación de su perro con los condimentos. Sonrío por fuera

mientras me dan escalofríos por dentro.

Cuando el vídeo termina, se reproduce otro automáticamente, llamado «Me vestí de bruja para asustar a mi viejo vecino y NO CREERÁS LO QUE PASÓ».

Milagrosamente, soy capaz de aguantar todo el vídeo mientras Blair convulsiona de risa a mi lado. El siguiente se titula «La vez que tuve una cita con una P*TA CUCARACHA». Después del cuarto vídeo –«Espera, ¿el arcoíris es LITERALMENTE gay?»– decido que ya no aguanto más.

–Estoy impresionada de que no te hayas movido del sitio en todo este rato –declara Blair, aplaudiendo cuando me pongo de pie.

Mientras hago una reverencia, veo el título del siguiente vídeo que está a punto de empezar: «¡Sí, PUEDES quedarte atrapado en el tiempo!».

Me vuelvo a tirar a su lado.

–¿Cuál es el siguiente?

–Oh –Blair sale de la página y deja el móvil a un lado–. Es antiguo y especialmente idiota. No lo soportarías.

–¿De qué va?

–Entrevistó a un tipo que cree en los viajes en el tiempo o algo así.

–¿Bucles temporales?

–Puede ser –pone los ojos en blanco, ya que el tema de los bucles temporales parece demasiado inverosímil incluso para la mayor fan de este tipo. Me mira, como si sospechara de mi curiosidad–. ¿Por qué te interesa?

Me invento una historia sobre la marcha.

–Es que estaba hablando con Sadie sobre películas con multiversos y me mencionó que había un vídeo de Derek Dopamine sobre ese tema.

–¿Sadie sigue a Derek? –exclama Blair, sorprendida–. Sí, probablemente fue ese vídeo.

–La cosa es que... –continúo, muy confuso ahora mismo– intenté buscarlo en Google un montón de veces y no salió nada.

Blair sonríe.

–Estabas usando el portátil de mamá, ¿eh?

Asiento.

–La pantalla del mío se rompió. ¿Qué importa?

Alarga el cuello para asegurarse de que mamá no nos está espiando.

–Cuando tuvimos que estudiar desde casa usaba su portátil, así que cambió la configuración de búsqueda para bloquear los vídeos de Derek y que no me distrajera –sonríe con picardía–. Mamá pensó que no me daría cuenta, pero obviamente lo hice. Seguro que nunca volvió a cambiar la configuración.

Oh, Dios.

Vale, eso lo explica todo. Blair me ve avanzar dando tumbos hacia mi habitación, tratando de mantener la calma.

–¿Estás...? ¿Estás bien?

–Claro que sí. Espera, vuelvo enseguida.

Cierro la puerta y saco el móvil.

–Derek Dopamine bucle temporal –murmuro mientras escribo los términos de búsqueda en el navegador.

«¡Sí, PUEDES quedarte atrapado en el tiempo!» es el primer resultado.

–Joder –mascullo. Tiene más de once millones de visitas.

Ojalá hubiera sabido que el odio de mamá hacia un *vlogger* pesadísimo me había impedido descubrir la que estoy seguro que es una de las teorías más famosas de todo internet. Qué le vamos a hacer.

Le doy al *play*.

«¡Oye, tú! ¡Sí, tú!», comienza Derek Dopamine con su frase característica. Con una cresta mucho más pequeña y la cara más redonda, el *vlogger* parece más joven que en los vídeos que acabo de ver con Blair. Me doy cuenta de que lo subió hace seis años.

«Esta semana he hecho un vídeo un poco diferente para todos mis Dopis que andáis por ahí, pero no os preocupéis, que sigo haciendo tonterías, especialmente en la última mitad del vídeo. Pero es que no os lo podéis imaginar –Derek sonríe y se inclina hacia la cámara antes continuar hablando en un susurro–. He entrevistado a un experto en relaciones de pareja y hemos hablado, entre otras cosas, de que el tiempo no es una línea tan recta como creemos. Es una puta locuuuuura».

–¿Qué haces ahí dentro? –me llama mamá desde la cocina–. ¿Quieres venir a ver cómo van los brownies?

–¡Estoy haciendo unos deberes! –grito, poniéndome los auriculares para que mamá y Blair no me interrumpan–. ¡Enseguida voy!

«¿Te imaginas repetir el mismo día una y otra vez? –continúa el *vlogger*–. ¡No pasa solo en las películas, no! Le pasa a la gente de

verdad, en el mundo real. Creedme, chicos –Derek se inclina de nuevo hacia delante–, este tío, el señor Thunderburnt, es creíble. ¡Hasta tiene su propio *fandom* –se ríe–. Yo os tengo a vosotros, los Dopis; el señor Thunderburnt tiene sus *Thunderbolts*.

Thunderbolts.

Jodie se aseguró de que yo no era uno antes de dejarme hablar con la profesora Copeman, pero yo no entendí a qué se refería.

«Cree que una persona puede quedar atrapada en un bucle temporal para recuperar a su alma gemela –continúa Derek–, y, aunque parezca una puta locura, ¡tiene pruebas que lo respaldan!».

El vídeo pasa a la entrevista entre Derek y un anciano señor Thunderburnt. Están sentados uno frente al otro en lo que parece una biblioteca. El señor Thunderburnt, vestido con un traje clásico y corbata, tiene un flequillo blanco plateado que flota sobre los ojos más verdes que he visto nunca.

Derek, por su parte, lleva un mono amarillo brillante y, no tengo ni idea de por qué, tiene un chihuahua durmiendo en su regazo.

–*Bueno, doc* –comienza Derek, acariciando las orejas del perro.

–*Para que quede claro, no soy médico* –aclara el señor Thunderburnt con voz aguda y rasposa.

Derek le ignora.

–*Háblame de tu experiencia, de lo que hacías antes de descubrir los bucles temporales.*

–*Fui consejero matrimonial durante veinte años* –responde el señor Thunderburnt–. *Por mi consulta han pasado todo tipo de parejas. He visto de todo.*

–*¿De todo? ¿Hablamos de relaciones con animales?* –chilla Derek, encogiéndose–. *¿Ese tipo de...?* –suena un pitido que tapa una palabrota.

El señor Thunderburnt se queda callado, sin saber cómo responder.

–*Estoy bromeando, doc, es una broma* –sigue el *vlogger*, desternillándose él solo.

De verdad que no entiendo por qué a Blair le gusta este imbécil.

–*Pero ahora en serio* –continúa Derek–. *¿Cómo se pasa de hablar con parejas de sus problemas de cama a descubrir los bucles temporales?* –desorbita los ojos.

–*Después de ayudar a tanta gente como yo lo he hecho, empiezas a captar patrones* –explica el señor Thunderburnt–, *incluso los más sutiles.*

Me saltó de pronto un patrón especialmente interesan...

Derek brinca en su silla con un chillido, pensando que es muy gracioso, y el señor Thunderburnt se sobresalta.

–*Lo siento, doc, lo siento* –se ríe Derek, sujetándose la barriga–. *Ha sido más fuerte que yo. Por favor, sigue, sigue...*

El señor Thunderburnt suspira hondo y traga saliva, recolocándose en el asiento.

–*A lo largo de mi carrera, he tenido un pequeño número de clientes que me han admitido que han experimentado déjà vu.*

–*¿Eso no nos pasa a todos?* –pregunta Derek–. *Esta mañana he tenido uno mientras pedía patatas fritas a la dependiente del autoservicio*.

–*Ese es un déjà vu normal* –afirma Thunderburnt–. *No es el caso de mis pacientes; me hablaron de experiencias prolongadas e increíblemente intensas. Afirmaban que estaban reviviendo los mismos momentos, en algunos casos días enteros, una y otra vez. El único denominador común que pude señalar de entre todos ellos fue que habían tenido esas experiencias surrealistas inmediatamente después de que sus verdaderos amores, sus almas gemelas, hubieran roto con ellos...*

Suena un fuerte ruido de pedo que corta al señor Thunderburnt.

–*¡Dios!* –aúlla Derek. La cámara se desplaza para mostrar al equipo que estaba grabando la entrevista, y queda claro que alguien tiene un cojín de los que suenan como un pedo–. *¡Me parto contigo, Brett!* –grita Derek, señalando fuera de cámara, ahora llorando de la risa–. *¿Has sido tú? ¿Se te ha ocurrido a ti? Saca su reacción, saca su reacción* –le pide Derek a uno de los cámaras.

Hago clic para salir del vídeo.

Puede que Blair sea capaz de soportar a este payaso, pero yo no.

Me pongo a buscar «bucles temporales Thunderburnt». Prácticamente todos los resultados están asociados al *vlogger*: «Derek Dopamine analiza a un experto en bucles temporales», «Los Dopis reaccionan ante las teorías locas de Thunderburnt». Ahora entiendo por qué nunca me topé con esta teoría al buscar información en el portátil de mamá.

Me pongo de pie y empiezo a pasear en círculos, rabiando por haber descubierto justo ahora, en el día 364, la teoría que Beau cree que es cierta.

Cuando llevo siete páginas de resultados de la búsqueda, por fin encuentro una página fiable sobre el señor Thunderburnt que no

parece tener ninguna relación con Derek Dopamine (gracias a Dios). El artículo, «Sorprendentes declaraciones sobre el tiempo de un consejero matrimonial local», se publicó en un modesto periódico de San Francisco hace varios años.

El artículo comienza así:

> Louis Thunderburnt, de 71 años, ha dedicado muchos años a ayudar a las parejas a resolver sus problemas, pero ahora se enfrenta a uno que no tenía previsto: averiguar cómo convencer al mundo de que, para algunas personas, el tiempo no es lineal.
>
> Supuestamente.

—¡Clark! —me grita Blair—. Esto... Los brownies no tienen buena pinta. ¿Es normal que se pongan púrpuras?

Exhalo, tratando de ser paciente.

—¡Te prometo que ese color es por la luz del horno!

Bajo por el texto, saltándome todo lo que ya sé gracias al vídeo de Derek.

> Según Thunderburnt, varios de sus pacientes han estado, como él lo describe, «congelados en el tiempo», reviviendo las mismas horas, días o semanas de forma aparentemente interminable. «Solo pasaron por esa experiencia aquellos a los que les abandonó recientemente su único y verdadero amor, por extraño que parezca», explica el consejero de pareja, citando a veintidós pacientes que han vivido experiencias inquietantemente similares. «Sé que veintidós personas en el transcurso de tantos años no parece demasiado, pero todos aquellos con los que hablé me relataron experiencias sorprendentemente similares».

Veintidós personas.

Se me empieza a acelerar el corazón.

Thunderburnt tiene razón: veintidós no es mucho. Pero tampoco es despreciable. Y, a diferencia de la plétora de teorías absurdas que he leído desde que me quedé atrapado en el bucle, esta tiene algo importante en común con la de la doctora Runyon: no se basa en una anécdota absurda, en una experiencia personal de un troll anónimo en internet. Les ha ocurrido a muchas personas.

Y sus experiencias fueron supuestamente las mismas.

> Ninguno de los pacientes de Thunderburnt se encontraba en un estado de angustia mental ni tenía problemas cognitivos que los dejaran incapaces de

separar la realidad de la ficción, señala: todos estaban perfectamente estables.

Al pedírsele que aportara pruebas, el consejero nativo de San Francisco entregó a *The Bay Times* registros de décadas pasadas de documentos casi idénticos pertenecientes a personas de diversos géneros y orientaciones sexuales.

Todos ellos se quedaron supuestamente atrapados en lo que un paciente denominó como «bucles temporales infinitos» después de que sus parejas terminaran la relación.

The Bay Times confirmó la autenticidad de los registros de Thunderburnt.

¿Un periódico auténtico ha comprobado el material aportado por Thunderburnt y ha confirmado que es legítimo? Su teoría tiene otra cosa en común con la de la doctora Runyon: datos creíbles.

Continúo leyendo:

Casi todos los pacientes con los que habló Thunderburnt lograron poner fin a su supuesto bucle temporal infinito al convencer a su expareja de que volviera con ellos.

¿Qué puede implicar recuperar a una pareja?

«Puede requerir cosas diferentes, dependiendo de la situación», afirma Thunderburnt. «Algunos pacientes me dijeron que debían cambiar la opinión de sus suegros sobre ellos. Otros tenían que recuperar a su pareja, que estaba manteniendo una relación con una tercera persona. Otros tuvieron que demostrar a sus almas gemelas que habían cambiado: volverse más amables, más atentos, ese tipo de cosas.

Demostrar a sus almas gemelas que han cambiado.

No es de extrañar que Beau piense que tiene que cambiar quién es para recuperar a Thom.

«Sé lo que está pensando», dijo Thunderburnt. «¿Podrían habérselo imaginado? ¿El trauma del abandono podría haber desencadenado algún tipo de fantasía delirante? Bueno, claro, eso es posible», admite el experto en relaciones antes de concluir. «Pero después de escuchar sus historias de primera mano y ver lo indudablemente similares que son sus experiencias, lo dudo».

Tiro el móvil sobre la manta.

¿Podría tener razón el señor Thunderburnt? Cuenta con datos empíricos para respaldar sus afirmaciones y un periódico verificó las fuentes. Y, aunque yo considere que Beau y Thom hacen la peor pareja del mundo, soy un novato respecto a las relaciones. En todos los

sentidos. ¿Puedo garantizar, sin lugar a dudas, que no están destinados a estar juntos? O bien necesito que Beau se reúna conmigo bajo el Honeycomb a las 23:16 o bien Beau tiene que olvidarse de mí y recuperar a Thom. Ahora no estoy tan seguro de cuál de los dos está en lo cierto.

Capítulo 27

Ahí está, saludándome posiblemente por última vez: mi mesilla de madera blanca.

Es mi día 365 atrapado.

Trescientas sesenta y cinco iteraciones de pizza de jamón con champiñones, dulces de cumpleaños y cosenos. Trescientas sesenta y cinco iteraciones de batido de chocolate derramado por Greg, FaceTimes con Sadie y caramelos que se rompen entre los dientes de la señora Hazel. Si la doctora Runyon está en lo cierto, puede que hoy sea el último día de mi vida. Si el señor Thunderburnt tiene razón, hará falta que Thom decida volver con Beau para que él llegue al mañana.

Y si eso ocurre, no tengo ni idea de lo que me pasará a mí.

Me levanto de la cama y me estiro cerca de la ventana, contemplando la vista no tan terrible de los árboles que se mecen con la brisa, un paisaje que me gustaría haber apreciado antes de este momento. Me dirijo al baño y me lavo la cara, recordándome a mí mismo que debo respirar («Respira»), mientras estoy de pie frente al espejo y observo mi reflejo de diecisiete años eternos: mi piel aceitunada, mis rizos castaños ondulados, mis ojos azul grisáceo.

A estas alturas no sé ni qué pensar sobre la teoría del señor Thunderburnt. Beau cree en ella y seguramente por eso ha evitado ir a verme en el Honeycomb. ¿Y yo qué puedo hacer contra eso? Nada. Absolutamente nada.

No puedo pensar ahora en dónde estaré dentro de dieciséis horas. Me niego a pasar mis últimos momentos sintiéndome solo: tengo en mente completar el reto de la señora Hazel gracias a lo que me dijo en nuestra sesión juntos, y creo que puedo hacerlo.

Puede que sea capaz de pasar el día 365 sin sentirme solo, como el día 310, pero para eso tendré que hacer mis recados de forma muy diferente a como los he hecho antes.

Primero me acerco a la Universidad de Chicago. Le pido a Kelly mis ejemplares de *Atrapados en el presente* y escribo e imprimo mis últimas cartas a Beau, pero esta vez incluyo lo que he descubierto sobre la teoría de Thunderburnt, junto a una nota personal extra.

Una nota que realmente me asusta. Pero la escribo de todos modos.

Luego me dirijo a mi primer recado por última vez: los cines Splendid.

–Oh –exclama Emery, como siempre sorprendido de ver entrar a alguien. Le saludo y se quita los auriculares. Oigo «Avery», de The Wrinkles, como de costumbre, y deja su guion a un lado–. Antes de que me lo preguntes, no, no puedo decirte lo frescos que son nuestros refrescos.

Avanzo a zancadas por la estancia.

–No creo que sea posible que un refresco sea… fresco, no puede estar recién hecho.

Se encoge de hombros.

–Ya; eso no impide que los clientes lo pregunten.

Hago como que miro las proyecciones de la única sala del cine, como si no me supiera el horario de memoria.

–¿Te tienta alguna? –pregunta Emery, rompiendo el silencio.

Suspiro.

–¿Sinceramente? No –eso le arranca una carcajada–. Pero tengo que pedirte un extraño favor –le digo.

Emery inclina la cabeza.

–¿Supongo…?

–No he podido encontrar a un amigo esta mañana, pero sé que viene mucho por aquí –le explico antes de sacar un ejemplar del libro y explicarle cómo es Beau–. ¿Te importaría darle esto si se pasa por aquí?

Emery lo agarra y mira la cubierta.

–*Atrapados en el presente*. Tiene pinta de interesante.

–Lo es –respondo, un poco nervioso–. Lleva dentro una nota personal, así que te pediría por favor que no… la leas.

–¿Qué, le estás declarando tu amor o algo así? –se ríe Emery mientras yo me pongo muy rojo–. Oh…, mierda –murmura–. ¿En serio? Perdona…

–No pasa nada.

–¡Me parece genial!

–¿Sí?

–¡Sí! –levanta la mano para chocar el puño por encima del mostrador.

Lo hago, aunque sigo teniendo las mejillas ardiendo.

–Gracias.

–¿Estás nervioso? –pregunta con una sonrisa–. ¿Por qué este libro?

Respiro hondo.

–Me llevaría toda la tarde explicar lo del libro, pero sí, definitivamente estoy nervioso –sonrío–. Hace poco, una persona muy inteligente me dio el consejo de que debía hacer lo que me diera más miedo. Así que –señalo *Atrapados en el presente*– eso es justo lo que estoy haciendo.

–Probando a ver si hay suerte –declara Emery, sacudiendo la cabeza con incredulidad –se queda callado–. Es raro esto, hoy.

–¿Por qué?

–Porque yo también estaba pensando hacer algo que me aterra mañana.

Miro sus papeles.

–Me ha dado la impresión de que eso parecía un guion. ¿Tienes una audición importante?

Baja la vista a los folios.

–Oh. Sí, la verdad. La primera de mi vida, de hecho –suelta el aliento–. Pero no es eso. La primera audición de tu vida, por mucho miedo que te dé, definitivamente no es tan aterradora como decirle a tu mejor amiga que estás enamorado de ella.

Se me cae la mandíbula. Emery mencionó que le gustaba una chica en una iteración, pero nunca me dijo que fuera su mejor amiga ni que planeara confesárselo mañana.

–Es increíble –declaro–. Bueno, pues voto porque vayas a esa audición y, además, le digas a esa persona afortunada lo que sientes, aunque las dos cosas te aterroricen.

Asiente lentamente, como si se lo estuviera pensando.

–¿Sabes qué? Tienes toda la razón –le da un puñetazo al mostrador y se cae un paquete de M&Ms de la vitrina–. Voy a hacerlo.

Me río.

–Genial.

–Esto es increíble –me mira asombrado–. Estaba dudando si decírselo o no, y de pronto apareces tú contándome esto; ha sido como una señal del universo para que me decidiera.

–Eh... ¿Gracias? –me encojo de hombros torpemente y le señalo el guion–. Si quieres, vengo algún día a ayudarte a ensayar, si te apetece.

Se le ilumina la cara.

–¿En serio?

Asiento.

–Claro, ¿por qué no?

–¿Tú actúas? Porque llevo tiempo queriendo apuntarme a clases de interpretación y salen más baratas si llevas a un amigo...

Levanto una mano para interrumpirle, sonriendo.

–No soy actor. Aunque suene interesante, me temo que eso no es para mí.

Se ríe.

–Claro.

–Pero lo digo en serio, lo de ayudarte a repasar tus líneas –le tiendo la mano–. Soy Clark.

Emery la sacude.

–Emery.

Intercambiamos números.

–Me tengo que ir ya –le digo–. Pero...

Emery pasa por encima del mostrador, pegando la tripa al cristal, y me da un abrazo. Su polo apesta a palomitas de maíz rancias y lleva una colonia demasiado fuerte, pero el abrazo es maravilloso y lo deseaba desde hace muchísimo tiempo.

–Realmente necesitaba esto hoy –declara Emery–. Gracias, Clark.

Salgo de los cines Splendid imaginando mentalmente una versión actualizada del reto de la señora Hazel:

4 consejos para vencer la soledad de Clark:
- Intentar hacer un nuevo amigo. (BEAU)
- Ayudar a alguien que lo necesite. (OTTO)
- Mostrarse vulnerable para que los demás también puedan hacerlo. (DEE)
- Hacer lo que te da miedo. (EMERY)

Capítulo 28

Normalmente, me acercaría a ayudar a Otto después de comer, pero me ha trastocado el horario ir a la universidad esta mañana y quedarme tanto rato con Emery. El Aragon no está demasiado lejos de los cines Splendid, así que voy a buscar a Dee a la salida del trabajo.

Poco después de que el reloj marque las 18:00, sale disparada por la puerta.

–¿Hola? –saludo, siguiéndola–. ¿Eres...?

–No –me corta.

–Pero...

–Sea lo que sea que estés vendiendo, tío, no tengo tiempo, energía ni paciencia para lidiar con ello –avanza con cero intención de darme cancha.

–No estoy vendiendo nada, solo...

–He dicho que no –bufa–. No quiero salir contigo, enrollarme contigo ni hacer literalmente nada contigo.

–Conozco a Beau.

–¿Qué?

–Soy amigo de Beau, el chico que conociste en el concierto de anoche.

Se detiene y se gira. Su rostro, lloroso e hinchado, me examina de arriba a abajo.

–¿Quién eres?

–Clark –respondo, un poco entrecortado–. Y siento que Beau no te haya escrito hoy.

Entrecierra los ojos.

–¿Beau te ha mandado aquí? ¿Qué eres, su secretario o algo así? –se la ve todavía más suspicaz–. ¿Es que no sabe usar un móvil?

–Ha tenido un día difícil –respondo, lo cual probablemente sea la verdad.

Como en la mayoría de las iteraciones, no se la ve muy segura de qué pensar de mí.

–Te prometo que no estoy intentando ligar contigo, acostarme contigo ni venderte nada –insisto–. Perdona, pero ya que estoy aquí..., no sé, me da la impresión de que no te vendría mal un hombro en el

que desahogarte. Pensaba tomar algo en la cafetería de la esquina –la señalo con la cabeza–. ¿Te vienes?

Ella suspira, considerándolo.

–Bueno...

–¿Sí?

Se lo piensa un poco más.

–Venga, sí.

Caminamos en silencio mientras me recuerdo a mí mismo que debo ir con cuidado, especialmente cuando se trata de un secreto tan importante y personal como parece ser el de Dee.

Entramos en la cafetería y mis fosas nasales aspiran de inmediato la ya familiar mezcla de lejía y carne chisporroteante. Nos sentamos.

–Hola, chicos, ¿qué vais...? Dios mío –Sandy jadea al ver la cara de Dee–. ¿Qué te ha pasado?

Dee se ríe.

–He tenido un gran día –me señala con la cabeza–. Sandy, este es... ¿Cómo te llamas?

–Clark –sonrío a Sandy–. ¿Qué tal?

Pero Sandy está demasiado pendiente de la angustia de Dee como para preocuparse por mí. Baja la voz y me señala con un dedo sin quitarle los ojos de encima a Dee.

–¿Es de fiar?

–Sí.

–¿Seguro?

–Bueno –Dee me mira–, eso espero. Estate un poco pendiente si quieres.

Sandy asiente, nos desliza los menús forrados de plástico y se endereza de nuevo.

–¿Lo de siempre?

Dee sube el pulgar.

–Que sean dos.

Se marcha con nuestro pedido.

–A ver –Dee suelta el aliento y se seca las lágrimas–. ¿Qué tripa se le ha roto hoy a Beau?

Pienso en cómo debería llevar esta conversación.

–Probablemente debería contártelo él –respondo–. Pero digamos que su 19 de septiembre ha sido una mierda.

Suelta una carcajada.

–No me digas –se señala sus ojos inyectados en sangre, subiendo las pupilas–. Ya somos dos.

–Que sean tres.

Eso le arranca otra risa.

–Yo al menos he disfrutado de una pequeña victoria –continúo, revolviéndome en el asiento, preparándome para mantener esta conversación.

–¿Sí? –Dee se pone a mirar por el cristal con la cabeza claramente en otra parte–. Venga, a ver esa victoria, Clark. Cuéntamela.

Trago saliva con dificultad y recuerdo el consejo de la señora Hazel.

–Me siento solo –empiezo–, y por fin se lo he confesado a mi madre y a mi psicóloga.

Gira la cabeza de golpe y me mira fijamente, sorprendida.

–¿Me he pasado? ¿Es demasiado para compartirlo con una desconocida? –le pregunto.

Niega con la cabeza.

–Qué va –sonríe.

Le devuelvo la sonrisa.

–Llevo mucho tiempo solo. Mucho, muchísimo tiempo. Y me sentí bien al contárselo a alguien.

Dee cruza los brazos sobre la mesa.

–¿Vas al psicólogo, entonces?

–Sí.

–¿Te ayuda?

Asiento.

–Pero tardé en encontrar uno que me gustara –explico–. Los dos primeros fueron el horror, sinceramente. Bueno, a ver, seguramente no sea justo eso: fueron el horror para mí. La señora Hazel, con la que estoy ahora, es fantástica. Creo que estoy superando el problema con ella, después del divorcio de mis padres y la mudanza de Sadie.

–¿Quién es Sadie?

–Mi mejor amiga. Se mudó a Texas. Eso, sumado al divorcio de mis padres, me dejó destrozado –hago una pausa y reflexiono sobre mi soledad en el bucle temporal–. Es raro, la verdad, porque antes creía que el motivo de que me sintiera solo era otro totalmente distinto. Creo que estaba en negación. A ver, sí, lo otro pudo empeorarlo, pero no era la causa principal. La señora Hazel me ha ayudado a darme

cuenta de eso.

–Eso es bueno –asiente Dee–. La negación no te lleva a ninguna parte –se calla y parece rumiar sus palabras–. Yo, más que nadie, necesito entender eso.

Sonrío.

–¿Tú vas?

–¿Al psicólogo? –asiento y ella niega con la cabeza–. Lo he pensado alguna vez; seguramente debería –se ríe y se señala la cara llorosa–. Es evidente que tendría mucho de lo que hablar.

Sandy reaparece con nuestros batidos y los deja frente a nosotros.

Dee levanta el suyo y lo lleva al centro de la mesa.

–Bueno, brindo por ti, Clark, por asumir tu soledad y ser lo suficientemente valiente como para contármela.

Sonrío y alzo mi vaso para chocarlo con el suyo.

–¿Cuánto tiempo llevas trabajando en el Aragon? –le pregunto.

A partir de ahí, la conversación fluye.

Intento no orientarla en ninguna dirección concreta, lo cual es más difícil de lo que parece cuando sabes mucho más de una persona que ella de ti. Dee me cuenta lo mucho que le gustan los conciertos y va hablando de cada miembro de su gran familia y su grupo de amigos aún más grande. Entre bocado y bocado de su BLT, me explica cuáles son los mejores sitios para comer en Chicago (me dice que Pilsen es el más infravalorado) y me cuenta sus planes para eliminar el plástico de los océanos cuando sea ingeniera medioambiental.

Estoy tan fascinado mientras me explica que el colapso de los ecosistemas marinos supondrá un desastre para los seres humanos que me sobresalto tanto como ella cuando empieza a vibrar su móvil en la mesa.

–Hola, tú –contesta. Se le ilumina la cara–. ¡Dios, es cierto! Se me ha pasado completamente. En un minuto estoy ahí, ¿vale? Vale, vale, ¡adiós!

Empieza a levantarse de la mesa.

–¿Tienes que salir pitando? –le pregunto.

–Lo siento mucho –tira dinero en efectivo sobre la mesa–. Se me había olvidado que venían a recogerme a la salida del curro.

–No pasa nada.

–¿Le dices adiós a Sandy de mi parte? –pregunta Dee.

–Claro.

Abro la boca para despedirme de forma más sincera, pero se marcha antes de darme la oportunidad.

Suspiro y me siento sorprendentemente bien con nuestra última cena de BLT y batidos de chocolate. Vale, puede que me afecte un poco que Dee no se haya sincerado al final y no me haya contado su vergonzoso secreto, pero tal vez no tiene por qué hacerlo. Quizás tenga que contárselo a otra persona, a un amigo íntimo o un familiar, alguien que ya se haya ganado su confianza.

Mientras saco la cartera, oigo de nuevo la campana de la puerta del restaurante.

Es Dee. Se acerca a la mesa con una sonrisa nerviosa. Se queda de pie, apoyada contra el respaldo del banco donde estaba sentada.

–Ey –dice.

Le devuelvo la sonrisa.

–Ey.

–Mi amiga puede esperar un minuto o un par –afirma–. Solo quería decirte… gracias por esto.

Noto que me pongo rojo.

–Nada.

–Gracias por comer conmigo y por escucharme –dice–, pero también por contarme lo de que te sentías solo e ibas al psicólogo y… sí. Me alegro de haberlo oído. Me ha hecho pensar en varias cosas.

–Nada.

–No te he contado por qué estaba básicamente llorando en medio de la calle –continúa mientras se ajusta la correa del bolso en el hombro.

–¿Quieres hablar de eso?

Duda un momento antes de volver a sentarse en la mesa.

Se me acelera el pulso.

–Es muy mortificante –dice–. Todavía no se lo he contado a nadie.

–¿A nadie? –niega con la cabeza–. Bueno; tu secreto está a salvo conmigo.

Inspira profundamente y me mira sin pestañear.

–Estoy… enamorada.

Se me dibuja una enorme sonrisa en la cara, pero no acabo de entender el problema.

–¡Felicidades! Eso es…

–… de mi mejor amigo.

Hunde la cara contra la mesa y está a punto de meterla en el sándwich. Aparto el plato para que no se manche el pelo de kétchup.

–¿Y por qué es mortificante eso? Es genial. Bueno, a no ser que tu mejor amigo sea un cabrón; entonces, quizá no tanto.

–No –murmura, con la boca apretada contra una servilleta–, esa no es la parte vergonzosa. Tenía un gran plan, iba a confesárselo anoche, en el concierto al que fui.

–Pero… te echaste atrás, ¿no?

–Bueno –se endereza–. No exactamente. Descubrí que no siente lo mismo por mí.

–¿Por qué piensas eso?

–Se suponía que íbamos a ver juntos a The Wrinkles y se rajó. Al parecer, su hermana pequeña –marca comillas con los dedos– se puso enferma a última hora.

Un segundo.

–¿Te dijo que su hermana pequeña se puso mala? –repito, intentando recordar.

–Sí –asiente ella–. Pero apuesto a que sospechó que yo estaba tramando algo y se rajó porque no siente lo mismo por mí.

–¿Y estabas tramando algo?

Vuelve a plantar la cabeza en la mesa.

–Venga… –la animo–. No será tan malo, ¿no?

Se pone derecha.

–The Wrinkles es su grupo favorito, y resulta que conozco a la vocalista, Mae Monroe, de cuando tocaron en el Aragon. Así que… –suspira– le pedí a Mae que cambiara la letra de su canción favorita, «Avery», y que dijera su nombre, que suena muy parecido.

Oh, Dios.

Suena el móvil de Dee.

–Lo sé, lo sé, lo siento, ¡enseguida voy! Dame un minuto más, ¿de acuerdo? –cuelga.

Hago lo posible por contener la oleada de emoción que me embarga.

No es nada fácil.

–¿Cómo se llama tu mejor amigo?

–Emery.

Asiento pensativo, intentando no alterarme, aunque note el corazón a punto de reventar.

–Bueno, ¿Avery, Emery? –continúa Dee–. Es un cambio superfácil.

Me aclaro la garganta para que no me tiemble la voz.

–Supongo que al final no lo hicieron, ¿no?

Dee intenta darse un golpe contra la mesa por tercera vez, pero le paro la frente con la palma de la mano y le levanto la cabeza. Continúa hablando.

–Les mandé un mensaje a los del equipo de *backstage* para que Mae supiera que Emery no había venido. Confiaba en que se enterara, porque era una de las últimas canciones que iban a tocar y había tiempo de sobra. Pero... no la avisaron.

–Bueno, no pasa nada, ¿no? –intento encontrar el lado positivo–. Apuesto a que nadie se dio cuenta; los nombres suenan muy parecidos.

A ver, sé que yo no me di cuenta. Pero la verdad es que ni siquiera recuerdo que The Wrinkles tocaran «Avery», así que mi opinión no es de fiar.

Dee niega con la cabeza.

–Al final de la canción, había planeado que nos iluminara un foco. Uno real, literal, que se posara en nosotros en medio de la multitud. Pensaba decirle a Emery lo que siento de verdad y que llevo mucho, muchísimo tiempo, enamorada de él.

–Oh, Dios...

–El foco me encontró y el público me aclamó –vuelve a poner la cabeza contra la mesa, y en esta ocasión no soy capaz de detenerla–, hasta que se dieron cuenta de que estaba sola, sin Emery. Y entonces lo único que pasó a oírse fue un silencio incómodo. Incómodo de verdad. Y salí corriendo al baño.

Por poco que recuerde la noche anterior, seguramente no se me habría olvidado algo tan embarazoso. Pero en ese momento yo ya había salido del local.

–Menos mal que vino Beau –dice Dee.

–¿Por qué? –contengo la respiración.

–Me vio sola junto a los baños y me preguntó si estaba bien. Me di cuenta de que él también estaba fatal; seguramente sepas que tenía problemas con su novio... ¿Cómo se llama?

–Thom.

–Thom. Eso –se frota la cara–. Bueno, pues eso es todo; eso es lo que pasó. La primera persona de la que me enamoro, que encima es mi mejor amigo desde la infancia, me rechazó rotundamente anoche y

lo vio el público entero de un estadio.

–Dee –le sonrío sin poder evitarlo–, te prometo que no te ha rechazado.

Ella deja caer la barbilla, poco convencida.

–¿Tú crees?

–Claro.

–¿Y por qué estás tan seguro?

–¿Emery es el tipo de persona que miente y dice que su hermana se ha puesto mala? –mira que solo he pasado el 19 de septiembre con él, pero hasta yo sé que la respuesta es no.

Se lo piensa.

–Supongo que no, la verdad.

–¿Y realmente dejaría de ver a su banda favorita, y en el último minuto, solo porque tiene la vaga corazonada de que podrías estar tramando algo?

Sacude la cabeza.

–La verdad es que si lo miras así… –vuelve a sonar su móvil y lo descuelga–. Vale, voy ahora mismo, lo juro –y cuelga.

–Escucha –le robo una patata frita de su plato–. Sé que tiene que doler sentirse rechazado. ¿Y lo que te pasó anoche? Tienes toda razón: es una puñetera pesadilla –sonríe–. Pero no puedes permitir que eso te impida decirle a Emery lo que sientes de verdad. Apuesto a que te sorprenderá su reacción. Y aunque me equivoque, aunque no comparta los mismos sentimientos por ti, no te arrepentirás de haber sido sincera con él.

–¿Tú crees?

–Lo sé. Créeme. Estoy en el mismo barco… –decido no nombrar a Beau–. Escribí una carta diciéndole a alguien todo lo que sentía. No tengo ni idea de cómo se lo tomará, pero al menos… sé que hice todo lo que pude.

–Sí –sonríe–. Creo que tienes razón.

Un coche toca el claxon delante de la cafetería y Dee saluda, agitada, antes de levantarse y recoger sus cosas.

–¡Ah! –recuerdo los dos ejemplares que llevo en la mochila de *Atrapados en el presente*.

Dee se queda quieta.

–¿Qué pasa?

Pero… ¿cuáles son las posibilidades de que, de alguna manera,

milagrosamente, vea a Beau esta noche? ¿Qué probabilidades hay de que yo le importe lo suficiente como para aparecer en el Honeycomb, suponiendo que la teoría de la doctora Runyon sea la correcta? ¿Cuáles son las posibilidades de que tenga la más mínima oportunidad de llegar al mañana?

–No, no era nada –le digo, haciendo un gesto para que se vaya–. No te preocupes.

–¿Seguro?

–Sí, vete, vete.

–Gracias, Clark. Pídele mi número a Beau, ¿de acuerdo?

–Lo haré.

–Y tienes razón, por cierto –dice–. Llevo el día entero intentando convencerme a mí misma de que no estoy destinada a estar con Emery. La verdad es que no suelo confesar mis sentimientos a nadie, y creí que esto era una señal de que había sido un gran error. Pero ¿sabes qué? –tira el dinero sobre la mesa–. Creo que a veces el destino puede cometer un error.

Noto un cosquilleo en las tripas.

No. Necesito hacer lo que sea para escapar del día de hoy, con Beau a mi lado.

–¿Podrías hacerme un favor?

Dee asiente.

De nuevo determinado, saco una copia del libro de la doctora Runyon.

–Es una posibilidad remota, pero si Beau se pasa a verte luego, ¿te importaría darle esto?

Dee agarra el libro y lee la portada.

–*Atrapados en el presente*. ¿Y esto?

–Es... –vacilo–. Es una historia muy larga.

Se lo mete bajo el brazo.

–Cuéntamela cuando quedemos pronto los tres, con Beau, ¿vale?

–Por supuesto. Y, oye, tal vez pueda venirse también Emery –sonrío.

Dee me devuelve la sonrisa, se despide con la mano y se va.

Cierro los ojos y me imagino tachando otro punto de la lista de la señora Hazel.

4 consejos para vencer la soledad de Clark:
- Intentar hacer un nuevo amigo. (BEAU)

- Ayudar a alguien que lo necesite. (OTTO)
- Mostrarse vulnerable para que los demás también puedan hacerlo. (DEE)
- Hacer lo que te da miedo. (EMERY)

Pago la cuenta de los BLT y los batidos, le dejo a Sandy una propina del quinientos por ciento junto al dinero de Dee, y salgo a hacer mi último recado del día 365.

Capítulo 29

«Ayudar a alguien que lo necesite»: conozco a alguien a quien no le vendría mal el último consejo de la lista de la señora Hazel.

Nunca había estado en Ben's Everything Blue Bakery después del atardecer, pero es igual de azul y acogedor que a plena luz del día.

El escaparate se ve a varias manzanas de distancia; las cálidas luces iluminan el exterior de ladrillo y no parece tan concurrido como después de comer. No veo que entre y salga nadie.

Abro la puerta y, para mi sorpresa, no hay nadie más dentro.

A esto no estoy acostumbrado.

El suelo de baldosas azul marino está impecable, recién fregado.

Los ventiladores de techo de color turquesa, que no dejan de girar, ahora están inmóviles. Y las mesas y sillas azul cobalto, que siempre van cambiando de posición a lo largo del día según las necesidades de los clientes, están perfectamente alineadas junto a las paredes a mi derecha e izquierda.

–¿Hola? –le digo al vacío.

Oigo movimiento desde la cocina.

–¡Hola! –dice la voz de Otto desde la cocina, retumbante pero un poco tensa–. ¡Cerramos a las ocho! Mis disculpas; olvidé cerrar la puerta.

Compruebo la hora en el móvil: 20:02.

–Qué mierda –suelto el aliento, sin moverme de la entrada–. ¿No hay posibilidad de llevarme un brownie de terciopelo azul para el camino?

Reina el silencio.

–Lo siento –responde Otto–. Pero abrimos a las siete de la mañana, bien tempranito.

Maldita sea.

Noto un pozo en el estómago. Cada vez tengo peor sentido del tiempo por culpa del bucle, pero debería haber estado atento el día 365 de entre todas mis iteraciones.

Puede que haya perdido mi última oportunidad de ver a Otto.

Me quedo allí, pensando excusas para intentar quedarme, antes de darme cuenta de lo egoísta que sería hacer eso, especialmente después

de que Otto haya tenido un día tan largo.

Especialmente en el cumpleaños de Ben.

–Mañana vendré si puedo –digo, dándome la vuelta para marcharme–. Gracias...

–Espera, espera, espera.

Oigo más ruidos en la cocina antes de que el pastelero atraviese las puertas plateadas con un aspecto absolutamente demacrado. Sus ojos, hundidos y oscuros, están inusualmente apagados, y su barba pelirroja –que nunca había visto sin redecilla– cuelga despeinada sobre su pecho. Más que cansado, Otto parece derrotado.

–Siento haberte despachado así –se disculpa tímidamente, mirando su delantal, cubierto de varios tonos de azul. Se apoya en la vitrina con un brazo y me tiende un recipiente de plástico que contiene mi brownie de terciopelo azul–. Aquí tienes, chaval.

Cruzo la pastelería y lo recojo.

–Muchas gracias.

Le cuesta esfuerzo, pero es capaz de sonreír.

–¿Qué te debo? –pregunto, pero él hace un aspaviento–. No, me siento fatal –me meto la mano en el bolsillo–. ¿Cuánto es?

(Sé que son 2,50 dólares, pero sería raro para un cliente nuevo).

–Ya he cerrado la caja registradora –niega con la cabeza–. No pasa nada. Háblale a un amigo de la pastelería Ben's Everything Blue y quedamos en paz.

Se queda callado; es la invitación para que me marche. Me encantaría quedarme y completar el punto que me queda de los deberes de la señora Hazel, pero seguramente lo que menos le apetezca a Otto sea lidiar con un cliente que viene a pedir después de que hayan cerrado.

Así que, por más que prefiera hacer otra cosa, asiento en señal de agradecimiento una última vez y me dirijo a la salida, sintiendo que se me llenan los ojos de lágrimas.

Adiós, Otto.

Tengo la mano en la puerta cuando vuelve a hablar.

–Espera –dice–. ¿Nos hemos visto antes?

Me quedo paralizado. No sé cómo responder. Acabo dándome la vuelta y niego con la cabeza.

–Me resultas familiar –continúa, entrecerrando los ojos–. Pero soy incapaz de ponerte nombre, y normalmente se me da muy bien

recordar nombres y caras.

–Nunca había estado en esta pastelería antes de hoy, pero ¿quién sabe? –sonrío–. Quizá nos conocimos en otra vida.

Su rostro agotado se abre en una sonrisa.

–Puede que sí. Soy Otto.

–Encantado, Otto; yo soy Clark.

Las arrugas de su rostro se hacen más profundas.

–Ya sé; me recuerdas a uno de mis clientes habituales. Un antiguo cliente habitual, en realidad.

Doy un paso adelante, dentro de la pastelería.

–¿De verdad? ¿Quién?

Sacude la cabeza, como si no tuviera importancia.

–Un chico más o menos de tu edad que antes venía a verme muy a menudo –continúa mientras me pongo tenso–. No tengo ni idea de por qué me recuerdas a Beau –murmura para sí mismo, aparentemente confundido por la asociación–. Pero sí, me lo recuerdas.

Trago saliva e intento tranquilizarme.

–¿Sí?

–La verdad es que no os parecéis en nada –confiesa–. No sé si tendréis una personalidad semejante, porque te acabo de conocer, pero... –me mira fijamente, como si yo fuera un misterio indescifrable, y después se rinde y se encoge de hombros–. Ni idea. Tal vez sea porque llevo todo el día pensando en Beau. Estoy diciendo tonterías, ¿verdad? –se ríe–. Ha sido un día muy muy largo.

Yo ya sospechaba que Otto ocultaba su tristeza, pero me impresiona verlo tan sumamente abatido. ¿Ha estado así de hundido todas las noches del bucle temporal? ¿Se ha pasado el cumpleaños de Ben atendiendo a los clientes con una sonrisa durante todo el día y finalmente ha permitido que aflorara el dolor una vez cerradas las puertas de la pastelería? ¿También ha estado todas las noches con la única compañía de su soledad?

–Lo entiendo –doy otro paso hacia él–. A veces, la gente desprende una energía que simplemente... encaja. No se me ocurre otra forma de describirlo.

Asiente y, a pesar del cansancio evidente que se le nota en la cara y de que ya ha pasado la hora de cerrar, me da la sensación de que Otto no quiere estar solo. Y yo tampoco.

Doy otro paso adelante, ajustando las correas de mi mochila.

–Ahora tengo curiosidad –le digo–. ¿Por qué dejó de venir a la pastelería ese Beau?

El repostero se ríe.

–¿Quieres escuchar la historia larga o la corta?

Sonrío.

–La larga.

Otto exhala y piensa por dónde empezar.

–Metí la pata, Clark.

–¿Y eso?

–Mi hijo, Ben, se puso enfermo hace muchos años y yo empecé a llevarle al hospital su dulce favorito –señala la caja de plástico que tengo en la mano–, mis brownies caseros de terciopelo azul, para animarle –sonríe, mirando al suelo y recordando–. Un día le ofrecí un brownie a una de las enfermeras de Ben. Le encantó. Al día siguiente, otro enfermero se había enterado de lo buenos que estaban mis brownies, así que le dejé probar uno a él también. Antes de que me diera cuenta, llevaba docenas todas las semanas para el personal del hospital y otras familias que veía en la cafetería. Puede que estuviera infringiendo las normas de seguridad alimentaria del hospital, pero a todo el mundo le gustaban demasiado los brownies como para protestar. Así fue como conocí a Beau.

Otto se apoya en el mostrador y desplaza su peso de la rodilla mala con una ligera mueca.

–¿Beau era un paciente del hospital? –pregunto.

–No, pero su padre sí –precisa Otto–. Veía a Beau en la cafetería todo el tiempo. Esto pasó… veamos… hace ocho años, así que era muy pequeño como para estar él solo en un hospital; era algo que siempre me llamó la atención. La madre de Beau… –se muerde la lengua–. Dejémoslo en que no se iba a llevar ningún premio a la mejor madre del año. Así que con su padre enfermo y su madre a saber dónde, a Beau le tocó la siguiente mejor opción –Otto se ríe, encogiéndose de hombros–: yo.

De pronto, noto que se me llenan los ojos de lágrimas.

–Bueno, a Beau le encantaban mis brownies de terciopelo azul, le volvían loco –continúa Otto–, así que me aseguraba de llevárselos todas las semanas. Los dos pasábamos mucho tiempo en la cafetería cuando Ben y su padre estaban dormidos. Entonces llegaron los peores días de nuestras vidas. Fue en la misma semana: Beau perdió a su

padre y yo a mi Ben.

Es como si alguien me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

–Lo siento mucho.

–Qué le vamos a hacer; así es la vida –se aclara la garganta e intenta ponerse derecho–. Puede que perdiera a Ben, pero gané otro tipo de hijo, ¿sabes?

Intento fingir que estoy escuchando una historia de dos desconocidos, aunque es como si ambos fueran de mi familia.

–Nos divertíamos mucho juntos, Beau y yo –continúa Otto–. Le llevaba a los partidos de los Cubs, a los recreativos, ese tipo de cosas. Me venía bien tener a Beau cerca, y creo que era mutuo. Cuando abrí la pastelería, que fue más o menos cuando su madre desapareció del todo y Beau se fue a vivir con sus abuelos, este sitio pasó a ser su segundo hogar.

–¿Venía mucho por aquí, entonces?

–Oh, todos los días. Siempre encontraba la forma de venir hasta Chicago desde West Edgemont, lloviera, nevara o hiciera sol. Antes de clase, después de clase, a menudo el fin de semana entero. Puedo verle haciendo los deberes en la mesa de la cocina como si fuera ayer.

–Estoy seguro de que apreciaba mucho que esta pastelería fuera como su hogar –le digo.

–Puede que sí –asiente–, pero entonces abrí mi gran bocaza y lo estropeé todo –el pastelero se queda callado y clava la vista en el suelo.

Aguardo a que siga hablando, pero no lo hace.

–No hace falta que hablemos del tema –susurro–. Ya te he incordiado demasiado...

–No, no –niega con la cabeza–. No es cosa tuya. Es que... no me gusta mucho su novio, la verdad.

–¿Y eso?

–No hacen buena pareja –confiesa Otto–. Beau es un espíritu libre. Y, desde luego, no es precisamente tímido. Piensa a lo grande, vive a lo grande y, con sus dos metros de altura, es literalmente grande –se ríe para sus adentros–. Lo que pasa es que sentía que su novio le impedía ser como es. Entre tú y yo... –baja la voz, a pesar de que estamos solos–, creo que su novio no ha salido del armario, al menos que yo sepa. ¿Quién soy yo para juzgarlo? Pero pasó a ser un problema. Beau se sentía como si se avergonzara de él. Y su novio no

dejaba de presionarle para que cambiara, para que fuera más moderado, para que dejara de ser quien es… si quería que siguieran juntos –Otto suspira–. La cuestión es que una tarde hice un comentario estúpido y fuera de lugar: le dije a Beau que creía que se merecía algo mejor.

–Y no se lo tomó a bien

–No –admite Otto con una sonrisa triste–. Yo debería haberme portado como un adulto, pero fue una bola de nieve y se enfadó muchísimo conmigo. Eso pasó hace unos meses, y Beau no ha vuelto a entrar aquí desde entonces –baja la cabeza–. No debería haber dicho nada –murmura–. No era asunto mío…, pero me asaltó el instinto paternal y fui incapaz de morderme la lengua –se acaricia la larga barba desaliñada–. De haber sabido que le iba a hacer tanto daño, que no querría volver a hablarme, no habría dicho una sola palabra –Otto hace un gesto, señalando su aspecto desmadejado–. Y mírame ahora: soy un completo desastre y me faltan mis dos hijos el día del cumpleaños de Ben.

La pastelería se queda en silencio.

Cambio el peso de un pie al otro, intentando decir las palabras adecuadas de la manera correcta.

–Bueno… No puedo hablar en nombre de Beau, pero creo que estuviste a su lado cuando más te necesitaba. Si nos parecemos en algo, dudo que lo olvide alguna vez –Otto se incorpora, con los ojos llenos de lágrimas–. Y yo no le daría muchas vueltas a por qué no ha venido a verte –añado–. Apuesto a que aparecerá por aquí antes de que te des cuenta –parpadea un par de veces mientras sigo hablando–. También quería decirte otra cosa, y espero que esto no te parezca raro, ya que no nos conocemos –recuerdo el segundo consejo de la señora Hazel–. La cuestión es que soy repostero y sigo a Ben’s en Instagram.

–¿Ah, sí?

–Sí. Y leí tu post esta mañana, y yo…

Me pongo rígido.

Otto espera que continúe, pero se me ha secado totalmente la garganta.

No sé el número de veces que he querido mencionar a Ben mientras trabajaba en la pastelería, y me prometí que lo haría ahora, antes de que sea demasiado tarde.

Antes de que no haya más oportunidades.

Sin embargo, no encuentro las palabras. Mi mente está en blanco. Me quedo ahí, tan congelado como el helado azul que guardan en la parte de atrás, completamente mudo.

Y se me empiezan a caer las lágrimas.

–Oh, no –murmura Otto, rodeando la vitrina y acercándose a mí–. No hace falta que digas nada, Clark, lo sé. Lo sé.

Sus brazos, gruesos como troncos de árbol, me atraen hacia su pecho. Aprieto la mejilla contra el delantal y todos los restos de un día entero de masas enmantequilladas y azules inundan mis fosas nasales.

–Sé que no me conoces, pero sé que Ben estaría orgulloso de ti, Otto –murmuro entre lágrimas, por fin capaz de decirlo en voz alta–. Sé que nunca se irá de tu lado.

Independientemente de lo que pase después de las 23:16, yo jamás abandonaré a Sadie, a Blair, a mamá ni a papá. Estaré siempre a su lado, y ellos al mío. Igual que Otto y Ben.

Porque, si hay algo que he aprendido al estar atrapado en el bucle, es que el tiempo puede deformar las cosas, pero jamás destruir la vida que he compartido con las personas que quiero, ya fuera durante diecisiete años o una sola tarde de recados.

El bucle temporal ha intentado derrotarme, pero no lo ha conseguido. No de veras. Al final, encontré el camino de regreso hasta ellos.

Nos separamos y espero haberle hecho sentir un poco mejor. Ojalá que Otto tenga un mañana menos solitario, al margen de si yo consigo llegar al día siguiente o no. Y si la teoría de Beau fuera correcta y él logra escapar, espero que regrese a Ben's. Ojalá puedan solucionarlo.

–Debería irme –le digo, guardando el brownie de terciopelo azul en mi mochila–. Gracias por esperar a cerrar por mí.

–Para eso estamos –dice–. Espero que vuelvas a verme pronto, Clark.

Yo también.

Eso me recuerda otra cosa.

–Ah, ¿no estarás contratando? Me encantaría trabajar aquí por las tardes, si necesitas un poco de ayuda.

Capítulo 30

Hay una buena tirada desde Ben’s Everything Blue hasta el Honeycomb, una distancia que jamás se me ocurriría recorrer andando en circunstancias normales, pero me apetece absorber todo lo máximo que pueda de la ciudad antes de que sea demasiado tarde.

Me fijo en las cosas más mundanas –una mujer que mueve alegremente la cabeza al ritmo de los auriculares, un anciano que disfruta de la sopa dentro de un restaurante chino, dos amigos que se abrazan antes de seguir su camino– y me acuerdo de las repeticiones que veía de camino a casa después de las sesiones con la señora Hazel. La pelea de ardillas de la esquina de las calles Octava y Norte, el yorkshire terrier que ladra a los transeúntes, la vieja rama del árbol que cruje con la brisa... Antes me devoraban la cordura, pero ahora daría cualquier cosa por volver a experimentarlas una última vez.

Acabo llegando al parque Lincoln.

Me detengo cuando la amplia acera gris se convierte en un estrecho camino de tierra. Respiro hondo y saco mi teléfono, ignorando las docenas de notificaciones perdidas que se han ido acumulado a lo largo del día. A pesar de lo mucho que me duela verlas, hice las paces con todos al despedirme de mamá, papá, Blair y Sadie el día 364, y no me siento capaz de volver a pasar por ello. Así que, en lugar de responder, abro la aplicación del reloj.

23:00:53, 23:00:54...

Se me revuelve el estómago.

Si la doctora Runyon tiene razón, solo faltan quince minutos para que yo... Bueno, para lo que venga después.

Ojalá nunca hubiera hecho que el destino se equivocara. Desearía que muchas cosas hubieran sido diferentes, pero no fue así. Y ahora estoy aquí, contemplando la oscuridad del parque Lincoln mientras pasan los últimos segundos antes de que quede sellado mi destino equivocado.

Sin embargo, me alegro de haber tomado el camino correcto y haber vencido la soledad en el día 365.

Hice lo que más miedo me daba y le expresé a Beau lo que realmente siento en la nota que le dejé en los cines Splendid. Me abrí

con Dee para que se sintiera lo suficientemente vulnerable como para contarme su secreto y, de paso, puse los medios para que su historia de amor tenga un final feliz de cuento de hadas. Y ayudé a un pastelero agotado a sentirse un poco menos solo cuando más lo necesitaba.

Puede que esté aterrorizado por lo que me deparen los próximos quince minutos, pero al menos siento el corazón más ligero que nunca.

Recuerdo el reto de cuatro partes de la señora Hazel una última vez.

4 consejos para vencer la soledad de Clark:
- Intentar hacer un nuevo amigo. (BEAU)
- Ayudar a alguien que lo necesite. (OTTO)
- Mostrarse vulnerable para que los demás también puedan hacerlo. (DEE)
- Hacer lo que te da miedo. (EMERY)

Respiro hondo y doy un paso al frente. Ya no me siento solo.

Como todas las veces que me he aventurado en el parque hacia el Honeycomb, los ruidos característicos de la ciudad se desvanecen lentamente, sustituidos por el susurro de las hojas que crujen y el zumbido de los insectos.

Me acerco a la última curva del camino, el último giro antes de que aparezca el Honeycomb. Siempre, en todas las iteraciones en que distribuí ejemplares de *Atrapados en el presente* para que Beau los encontrara, este era el momento crucial. El trabajo del día entero culminaba en ese giro y las mariposas de mi estómago no dejaban de aletear mientras escudriñaba el paisaje en busca de su silueta alta y delgada tras la curva. Pero me he desilusionado demasiadas veces como para albergar esperanzas de que Beau haya venido esta noche, así que giro a la izquierda de golpe, como si me arrancara una tirita, y cuando subo la vista…

… descubro que no me equivocaba.

Beau no está bajo el Honeycomb.

Supongo que seguirá persiguiendo a Thom con la esperanza de llegar al mañana. ¿Y quién soy yo para culparlo? Tal vez durante todo este tiempo yo no haya sido más que el intruso en la historia de amor de otra persona. Tal vez sea el villano de su cuento de hadas.

Sigo el camino hasta la estructura curva, empapándome de su belleza, que –a pesar de haber venido tantas veces– es imperecedera.

Supongo que no es mal sitio donde dejar de existir para siempre.

Tras comprobar que no hay ningún vigilante a la vista, me pongo justo en el centro de la bóveda y alzo las manos para admirar cómo el cálido resplandor de las luces del Honeycomb baña mis extremidades en color naranja. Tomo aire y recuerdo que tengo un brownie de terciopelo azul en la mochila. Mejor desaparecer con el dulce más delicioso que existe en la boca, ¿no? Abro el envase y le doy un mordisco antes de mirar el móvil. *23:09:42, 23:09:43…*

Mierda.

Mierda.

Solo quedan unos minutos.

Empiezo a entrar en pánico.

Pensaba que lo había conseguido; creía que sería capaz de llegar a las 23:16 sin caer en una espiral de angustia. Pero no sé si puedo.

Se me acelera el pulso. Noto los latidos de mi corazón en las yemas de los dedos. Estoy mareado, mi pecho se agita arriba y abajo, arriba y abajo, mientras mis pulmones luchan por encontrar el aire y…

–¿Eso es un brownie de terciopelo azul?

Pego un brinco.

No me hace falta girarme para saber que es él. Su voz –profunda, ronca y reconfortante como una hoguera que crepita, la misma que oí en el día 310– me provoca un escalofrío. Me creo que estoy soñando. Miro por encima de mi hombro y veo su inconfundible silueta junto al Honeycomb. Da unos pasos hacia delante y la luz de la estructura cae sobre su rostro; entreabre los labios en una suave sonrisa y sus ojos ambarinos me miran fijamente.

Beau.

Tiene en la mano un ejemplar de *Atrapados en el presente*.

–Hola –dice.

Exhalo, empezando a temblar.

¿De los nervios? ¿De alivio? No tengo ni idea. Lo único que sé es que mi cuerpo entero parece estar sufriendo convulsiones, y no para.

Beau se adelanta y me atrae hacia él.

–No pasa nada –dice. Su piel es suave y tersa, cálida al tacto.

No estoy completamente seguro de que no sea una alucinación, la verdad. Beau parece real entre mis brazos. También suena real y huele real. Pero llevo tanto tiempo soñando con este momento durante tantas iteraciones cargadas de ansiedad que no estoy seguro de que mi

mente no me esté jugando una mala pasada, mostrándome lo que más deseo para protegerme de lo inevitable.

Me aparto para mirarle a la cara, casi sin poder hablar.

Nos observamos durante un momento.

–Hola –repite, sereno y sincero como siempre.

Este es el Beau que conocí en el día 310.

Entonces sé que no estoy soñando.

–Siento no haber confiado en ti antes, Clark –dice.

–A lo mejor no deberías haberlo hecho –barboto.

Entrecierra los ojos.

–¿Por qué no?

–¿La teoría del señor Thunderburnt? –murmuro con la voz quebrada–. Crees que es cierta, ¿verdad?

Sonríe.

–Entiendo que encontraste las pistas gracias a Derek Dopamine.

–¿Y si tienes razón? –me castañetean los dientes–. ¿Y si necesitas estar con Thom para escapar del día de hoy?

–Entonces, no quiero escapar del día de hoy.

–¿Qué?

–He dicho: «Entonces, no quiero escapar del día de hoy» –Beau empuja suavemente mi cabeza hacia su hombro y me aprieta con fuerza–. ¿Quién necesita el mañana, cuando te tengo ahora mismo?

Tengo el corazón acelerado. Pero el de Beau no lo está.

Lo noto bombeando en el interior de su pecho, a un ritmo lento y constante.

Lo que me ha dicho hace que me derrita, pero mi cabeza es incapaz de estarse quieta. Va tan deprisa como mi corazón. Tengo que saber por qué.

–¿Por qué no intentaste usarme para recuperar a Thom cuando nos conocimos el día 310? –pregunto. A pesar del calor agobiante, no puedo dejar de temblar–. Sé que no me dijiste que era tu ex porque todavía está en el armario, pero podrías haberme utilizado para recuperarlo, si creías en la teoría de Thunderburnt.

Beau guarda silencio mientras me frota los brazos. Finalmente, expulsa el aliento.

–Necesito decirte algo, Clark.

–Vale –murmuro, pero no estoy muy seguro de que me oiga con lo mucho que me tiembla la mandíbula.

–Fui a los sitios de nuestros recados antes. Muchas veces –admite–. Iba a la pastelería y le pedía perdón a Otto por haberle evitado durante tanto tiempo. Iba al sitio donde me escondía cuando era pequeño, a los cines Splendid, y hablaba con Emery todas las tardes. Después me acercaba a ver a Dee y me quedaba un rato bajo las estrellas de yeso porque ella necesitaba un amigo, un hombro sobre el que llorar, después de haber pasado una noche tan dura. Hacía mis recados todos los días.

Quiero hablarle de Emery y Dee, pero también quiero saber más.

–¿Por qué lo hacías? –le pregunto.

–Por la misma razón que tú, supongo –deja de acariciarme la espalda y me acerca hacia él–. Ya que no podía escapar del bucle, al menos quería ver a mis amigos. Quería compartir mi tiempo. Sentirme menos solo.

Me abruma un sentimiento de culpa cuando me percato de lo mucho que le habrá dolido a Beau que yo hiciera sus recados –es decir, que fuera a ver a la gente que le proporcionaba un poquito de felicidad– mientras me evitaba después del día 310.

–Siento haberte arrebatado el consuelo de ver a Otto, Dee y Emery –murmuro–. Lo único que pretendía era encontrarte, Beau; no me daba cuenta de lo egoísta que es y el daño que te hacía estar ahí continuamente...

–No te disculpes –dice–. Tratabas de hacer lo mejor para mí y para ti. Además, hacer nuestros recados no llega a solucionar la soledad. Pasa a ser doloroso estar tan cerca de personas que no pueden estar cerca de ti.

Conozco esa sensación.

–Así que dejé de hacerlo –continúa–. Hasta que encontré la teoría de Thunderburnt y me di cuenta de que tenía que recuperar a Thom.

–¿Por eso viniste a la clase del señor Zebb? ¿Por Thom?

–Sí. Me pasé por el instituto un par de veces antes de conocerte para convencerlo de que debíamos estar juntos, pero él odiaba que hiciera eso –explica Beau–, así que empecé a ir a su casa por las tardes. Sus padres no estaban, así que bien. Al menos le daba menos vergüenza, pero... seguía sin funcionar. Era incapaz de encontrar la forma de llegar hasta él. Pero un día tuve una intensa... No sé cómo describirlo... Una sensación.

–¿El día 310?

–Tuvo que ser el anterior, el día 309, antes de conocerte. Recuerdo que tuve esa sensación poco después de las cinco de la tarde, por extraño que parezca, porque es cuando mis abuelos ven un concurso de la tele que les encanta.

Poco después de las 17:00 en el día 309. Yo debía de estar con la señora Hazel.

Fue entonces cuando le dije que me sentía solo.

–Algo me decía que tenía que ir a su instituto a última hora el día siguiente y hacer algo fuera de lugar, como interrumpir la clase que más odia y llevarle a hacer mis recados favoritos por la ciudad. Así sabría lo mucho que le quería.

–¿Y es cierto? –pregunto–. ¿Le querías?

–Por supuesto que no –confiesa–. Tal vez me convenciera a mí mismo de que sí antes de todo esto, pero pensaba que era la clave para escapar del bucle. Así que, sabiendo lo mucho que odiaba la trigonometría, me dediqué a saltar por los pupitres de la clase del señor Zebb como un imbécil, con la esperanza de que quizás esa vez le impresionara mi atrevimiento y huyéramos juntos... Pensé que tal vez esa sensación me decía que tenía que llevarlo a hacer mis recados; era algo que todavía no había intentado. Otto no creía que hiciéramos buena pareja, pero tal vez, si jugaba bien mis cartas en la pastelería, le demostraría que Thom no era tan malo, y puede que esa fuera la clave para recuperarlo. También quería llevarle a ver a Dee y tumbarnos bajo las estrellas. Tal vez allí nos volveríamos a enamorar. Luego iríamos a los cines Splendid, le contaría por qué me gustaba tanto ir allí y terminaríamos la noche en la azotea, contemplando la ciudad, pero los dos solos, donde se sentiría cómodo, al seguir todavía en el armario. Evidentemente, mi plan fracasó de forma espectacular –se ríe–. Y menos mal, porque cuando te vi en el aparcamiento volví a sentir lo mismo; esa sensación. Así que te invité a ti a hacer recados conmigo. Ahora sé que tú eres quien me atrajo a la clase del señor Zebb en el día 310 –se separa de mí lo justo para mirarme a los ojos–. Tardé en darme cuenta, Clark, pero eras tú la persona que debía presentarle a Otto; eras tú quien debía tumbarse a mi lado bajo las estrellas de la sala de conciertos; eras tú la persona de la que me enamoré en la azotea, mirando la ciudad –sonríe, con los ojos brillantes–. Ya había pasado cientos de días desesperado por recuperar a Thom, sin éxito. Así que, respondiendo a tu pregunta original con

otra, ¿por qué iba a arruinar el mejor día de mi vida haciendo que girara en torno a Thom otra vez?

Sé que Chicago continúa existiendo a nuestro alrededor, que su ruido blanco y su horizonte resplandeciente existen en algún lugar más allá del Honeycomb, pero Beau es todo lo que puedo ver, oír o tocar. Todo lo demás se ha desvanecido en la nada.

Beau suelta una carcajada.

–¿Qué? –digo, sonriendo.

–¿Podemos olvidarnos de la siguiente parte?

–¿Qué parte?

–¿La parte en la que te vi hablando con Thom en el pasillo del instituto a la mañana siguiente? Veros a los dos juntos de nuevo me trajo el recuerdo del día anterior al bucle.

–Cuando nos viste hablando fuera de Lakeview Live... –murmuro para mí mismo.

–Recordé por qué me resultabas tan familiar, y entré en pánico –confiesa–. Te seguí ese día para confirmar que tú también estabas atrapado y, después de eso, supe que tenía que decirte adiós –suspira, negando con la cabeza–. Sé que estuvo mal, pero empecé a evitarte, y lo hice porque me gustabas, Clark, y sabía que me distraerías de mi objetivo. No podía permitir que la misma persona que hizo que Thom cortara conmigo me impidiera también volver con él, o nunca recuperaría a mi alma gemela. Pero me equivocaba. No sabes cuánto.

Beau me levanta la barbilla y une sus labios a los míos. Me quedaría así, justo así, durante todo el tiempo que él quisiera, pero un instante después vuelvo a estar acurrucado en su torso. Y creo que eso me gusta casi lo mismo.

–¿Y dónde te has metido los últimos días? –pregunto en voz baja–. Porque yo me he dedicado a seguir a Thom a todas partes, asumiendo que estarías intentando recuperarlo. Fui a la casa de tus abuelos. Incluso me hice pasar por un estudiante nuevo para colarme en el instituto West Edgemont...

Beau se ríe.

–¿En serio me has copiado?

–... pero ahí tampoco estabas.

Noto cómo sube y baja su pecho.

–He estado en un lugar oscuro, Clark –declara–. Por más que lo intentara, no podía ser como Thom quería y me di cuenta de que

nunca lo sería. Y me seguía dando demasiado miedo lo que sentía por ti. Me sentí tan solo, aquí atrapado, sin respuestas... No sabía qué hacer, así que al final me rendí.

–¿Te rendiste?

–Apagaba el móvil todas las mañanas, buscaba un sitio donde no me pudiera encontrar nadie, como una playa desierta, una azotea vacía, lo que fuera..., y simplemente... me quedaba ahí sin hacer nada.

Sufro por él con toda mi alma: sé de primera mano lo que es la soledad a ese nivel.

–Lo siento, Beau.

–Pero esta tarde decidí que ya estaba bien –sentencia–. Tenía ganas de ver una película. Se llama *Cuando Harry encontró a Sally*; es una de mis comedias románticas clásicas favoritas. ¿Has oído hablar de ella? –sonrío contra su pecho–. Y entonces un tal Emery me entrega un libro llamado *Atrapados en el presente*, que venía con una nota dentro –se separa un poco de mí–. ¿Quieres que te lea lo que pone?

Asiento, sin acabar de asumir que esto sea real. Que de veras esté pasando.

Abre el libro, saca la carta y empieza a leer.

–*Tengo miedo de escribir esto, Beau* –comienza–. *Terror, más bien. Pero no sé si podré decírtelo en otra ocasión. Si la teoría de este libro está en lo cierto, puede que este sea nuestro último día. Así que ahí va* –me sonríe y estoy a punto de derretirme a sus pies–. *Creo que yo soy tu alma gemela* –lee–. *Adoro cómo anhelas de pronto vivir aventuras, aunque yo no me atreva a moverme del asiento del copiloto. Me encanta que te sumerjas en una comedia romántica cursi a pesar de conocer el final porque lo has visto cientos de veces. Amo que hayas convertido mi mundo en un lugar más grande, más brillante y menos solitario, aunque estemos congelados en el tiempo* –sonríe–. *Te quiero, Beau Dupont, y espero que tú también me quieras*.

Vuelve a meter mi carta en el libro y me estrecha entre sus brazos otra vez.

–Te debo mi vida, Clark Huckleton –dice–. Creo que eres mi alma gemela. Y yo también estoy locamente enamorado de ti.

Volvemos a besarnos y, al igual que en la azotea de los cines Splendid, me da la sensación de que estoy flotando.

Suena en una calle cercana la sirena de una ambulancia, que me obliga a poner los pies en el suelo. Se me revuelve el estómago

mientras saco el móvil y miro la aplicación del reloj.

23:13:19, 23:13:20…

Ya está.

Estos podrían ser mis últimos instantes de existencia.

Me aparto de él de un salto.

–¡Pero ni siquiera estoy seguro de que la doctora Runyon tenga razón! –exploto, presa del pánico–. ¿Y si se equivoca? ¿Y si nos quedamos atrapados para siempre, o algo peor?

Se queda pensativo, tan frío como el hielo.

–Bueno, si ese es el caso, no querría estar atrapado eternamente con ninguna otra persona más que contigo.

–Y aunque tuviera razón –soy incapaz de parar–, ni siquiera estoy seguro de que este sea el lugar exacto. Sé que debíamos encontrarnos a las 23:16 y que tiene que ser en el parque, pero no tengo ni idea, solo me da la sensación de que este es el lugar exacto, que tiene que ser aquí, en el Pa…

–¿Recuerdas lo que te dije el día 310? –me interrumpe, apartándome un rizo de la frente–. ¿Cuando estábamos en la azotea?

–¿Qué?

–Te dije que ese día no me sentía solo –dice–. Lo dije en serio.

Noto que corren las lágrimas por mis mejillas como una fuente.

–Yo también lo decía en serio –murmuro–. No me siento solo cuando estoy contigo.

–¿No lo ves? En esta situación ganamos todos, Clark –le brillan los ojos bajo el resplandor anaranjado del Honeycomb–. No importa si me quedo atrapado eternamente en el día de hoy, si nos despertamos mañana agarrados de la mano o si este es mi final y todo se funde en negro eternamente –se inclina sobre mí, sonriendo, y presiona suavemente su frente contra la mía–. Soy la persona más afortunada del mundo por tenerte, aunque solo fueran dieciséis horas.

Se me empieza a estabilizar la respiración.

Mi corazón vuelve a latir al ritmo.

Compruebo la hora.

23:15:03, 23:15:04…

Queda menos de un minuto.

Me doy cuenta de que ya no tengo miedo, aunque debería tenerlo. Debería estar aterrado al dejar mi destino en manos de un universo que tiende a cometer errores. Pero no tengo miedo porque, pase lo que

pase a las 23:16, he podido compartir mi vida –una vida plena, desordenada, bella y a veces solitaria– con las personas que quiero.

Años increíbles junto a mamá, papá, Blair y Sadie.

Días estupendos con Dee, Otto y Emery.

Y un bucle temporal junto a Beau Dupont.

23:15:13, 23:15:14…

–¿Qué vamos a hacer mañana? –me pregunta Beau dulcemente al oído–. ¿Qué recados deberíamos hacer?

Cierro los ojos, imaginando lo que podría depararnos el mañana.

–Vamos a hacer un FaceTime con Sadie. Me encantaría que la conocieras.

–Me gustaría mucho conocerla.

–Y quiero ver a Dee.

–¿Sí?

–Sí. Dios, Beau, tengo un montón de cosas que contarte sobre ella… y Emery.

Se ríe.

–Ardo de ganas. ¿Qué más?

–Quiero ver *La princesa prometida* contigo –continúo–. Esta vez no me dormiré.

–Perfecto.

Siento que nuestra respiración se acompasa y nuestros pechos suben y bajan a la vez.

No quiero que esta sensación termine nunca.

Espero que esta sensación no se acabe.

–Blair debería tener brownies de terciopelo azul para su cumpleaños –sentencio–. Tengo que asegurarme de que los tenga.

–¿Estoy invitado a la fiesta?

–Por supuesto –asiento–. Y deberíamos visitar a Otto.

–Estaba pensando lo mismo.

–Te necesita, Beau.

Hace una pausa.

–Yo también le necesito.

Abro los ojos y miro el móvil.

23:15:39, 23:15:40…

Pase lo que pase, lo he dado todo de mí. Sí, puede que provocara que el destino cometiera un error, pero con un poco de ayuda de la señora Hazel, al final también lo arreglé.

23:15:47…

Hice un nuevo amigo que resultó ser mi alma gemela.

23:15:50…

Hice una cosa que me daba miedo. Y mucho. Y me mostré vulnerable para que otra persona también pudiera serlo.

23:15:53….

Por fin encontré la forma de superar la soledad.

Me enamoré.

Y me siento mejor de lo que podría haber soñado en toda mi vida.

23:15:56…

–Estoy deseando que llegue nuestro mañana juntos, Clark –musita Beau.

–Yo también –respondo.

Cierro los ojos y me aferro a él con todas mis fuerzas. Dejo de contar los segundos –también dejo de respirar– y me preparo para que… suceda algo: para desaparecer en la nada o para que me devuelva la mirada mi mesilla blanca de madera.

Tengo miedo de volver a abrir los ojos. Pero cuando finalmente lo hago, no veo un vacío blanco o negro. Veo azul. Tengo el brownie de Ben's en la mano y Beau sigue abrazándome bajo el Honeycomb.

Y, cuando miro el móvil, pone: *23:16:09.*

AGRADECIMIENTOS

¿Qué se sentiría al quedarse atrapado en un día que se repite? A medida que la pandemia nos dejaba a casi todos encerrados dentro de nuestras casas por tiempo indefinido, borrando nuestras agendas y suspendiendo nuestra vida social, esa pregunta dejó de parecerme una elucubración creativa basada en la ciencia ficción y pasó a convertirse en una pesadilla hecha realidad. En algún momento empecé a sentirme como Bill Murray en el *Atrapado en el tiempo* de 1993. ¿Llegaríamos al mañana? Han cambiado muchas cosas desde que la pandemia me inspiró a escribir sobre un adolescente gay y solitario atrapado en un bucle temporal, pero algo permanece inmutable: tengo la certeza de que habría sido imposible contar la historia de *Si te vuelvo a ver mañana* si no hubiera contado con mi familia, mis amigos y el fuerte equipo editorial que me respaldaba.

Infinitas gracias a mis editoras, Amanda Ramirez y Alexa Pastor, y al resto de profesionales de *Simon & Schuster Books for Young Readers*, que creyeron en la historia de Clark y me ayudaron a pulirla hasta que brillara.

A BookEnds Literary y a mi agente, Moe Ferrara, por defenderme de manera implacable, a mí ya todos los demás autores del #TeamMoe.

A mi publicista, Jeffrey Chassen, por cubrirme siempre las espaldas (y saber cuál es mi mejor perfil).

A mi familia en Michigan –mamá, papá, Melanie, Doug, Carson, Parker, Max y Hocus–, por su amor incondicional, nieve, llueva o haga sol.

A mis amigos más cercanos, con los que no me importaría quedarme atrapado en un bucle temporal (y, sí, os pongo a todos en orden alfabético para que no parezca que hay favoritismo): Adam S., Armand, Carlee, Christian P., Christian Z., Dan, Franco, Melissa M., Sean, Sebastian, Vitor y Vy.

A la gran y hermosa ciudad de Chicago y a sus maravillosos habitantes, por inspirarme los mágicos recados de Clark Huckleton y Beau Dupont en la jornada 310.

A cualquier persona –especialmente los jóvenes LGBTQ+– que se haya sentido alguna vez atrapada en su soledad. Llegará el mañana, y estoy deseando verte allí.

¿SABES YA CUÁL ES TU PRÓXIMO LIBRO?

Contenido

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Alejandra González
Dirección de arte: Lara Peces

Título original: *If I See You Again Tomorrow*
Edición publicada por acuerdo con BookEnds Literary a través de International Editors & Yáñez Co' S.L.

ISBN: 978-84-196-2123-8
Coordinación técnica: Iria Torres
Digitalización: ab serveis


LA
ESTRELLA
Y EL VACÍO
África Vázquez Beltrán

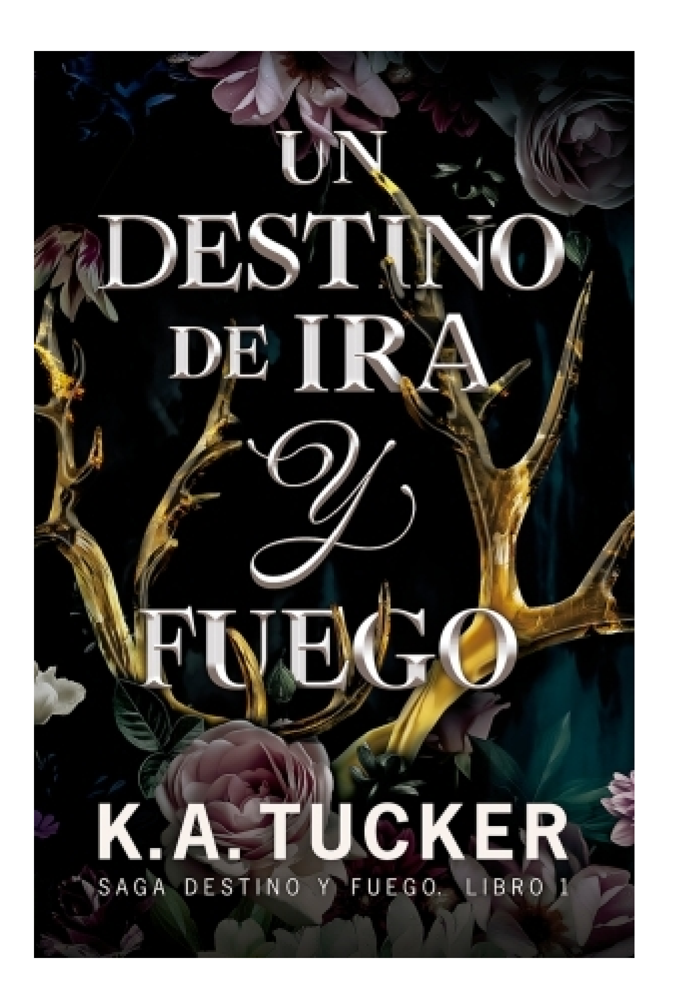
La estrella y el vacío

Vázquez Beltrán, África
9788419621214
416 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La esperanza de una victoria siempre es mejor que la certeza de una derrota.North sueña con una galaxia en la que todo el mundopueda cubrir sus necesidades básicas y vivir segurosin tener que pagar grandes sumas de dinero. Por eso se unió al Escuadrón Tormenta. Por eso acabó en la cárcel. Ahora tiene la oportunidad de salir... si el amor no se interpone en su camino.Tres meses. Una misión. Eso es todo lo que necesita North para recuperar la libertad.

Cómpralo y empieza a leer


UN DESTINO DE IRA Y FUEGO
K.A. TUCKER
SAGA DESTINO Y FUEGO. LIBRO 1

Un destino de ira y fuego

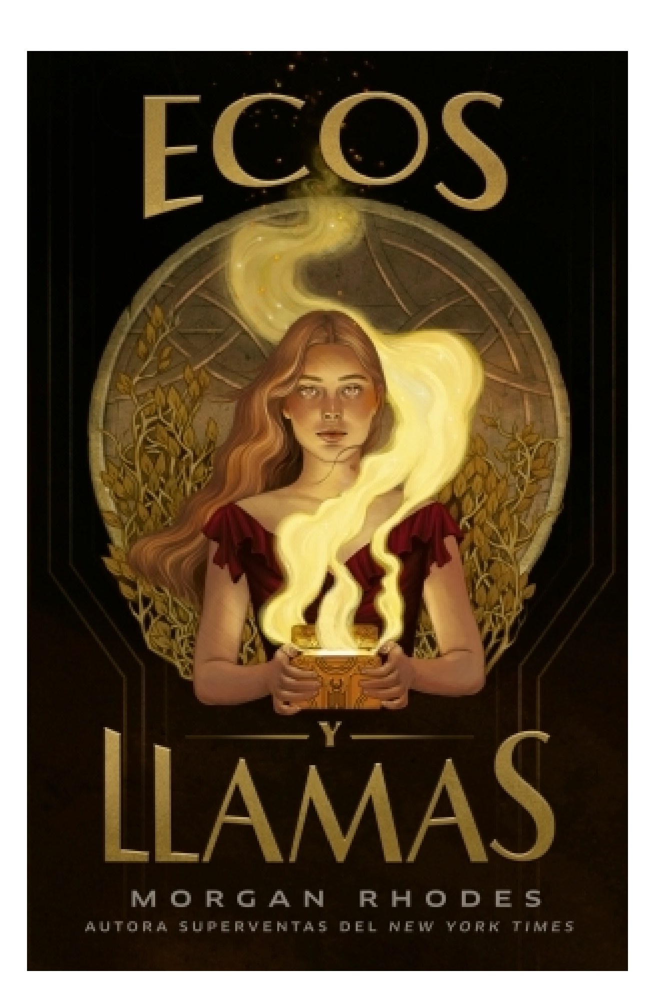
Tucker, K.A.

9788419621221
640 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Este hombre me ha condenado a muerte. Después de besarme.Una ladrona criada en las calles de Nueva York. Un mundo desconocido gobernado por la magia. Un príncipe traicionado. Una misión peligrosa. Un destino cruel.Ella tendrá que fingir para salvarse. Él deberá confiar en su peor enemiga. Pero el destino tiene sus propios planes...

Cómpralo y empieza a leer



ECOS
Y
LLAMAS
MORGAN RHODES
AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

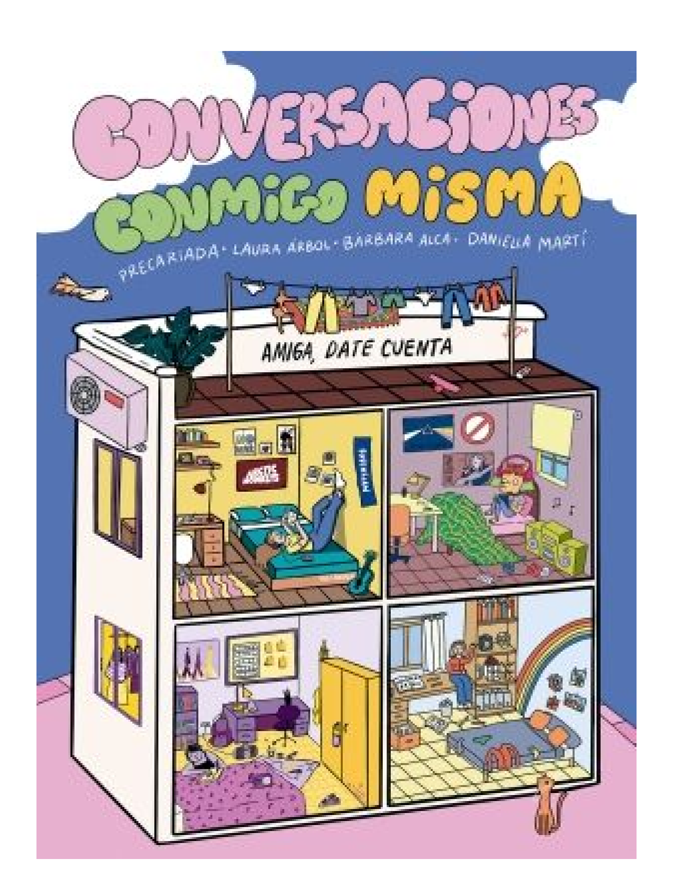
Ecos y llamas

Rhodes, Morgan

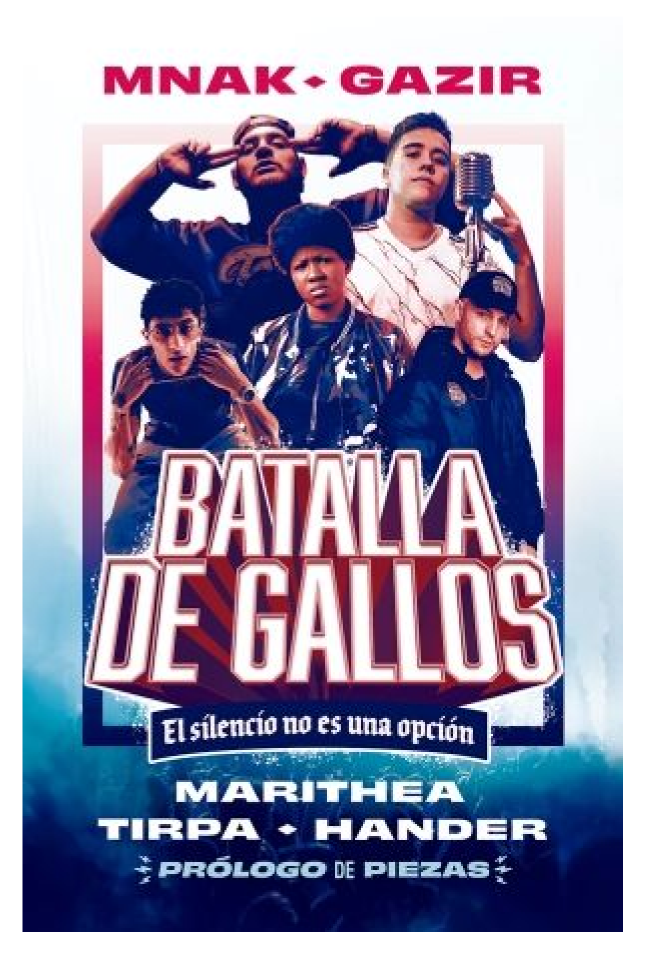
9788419621160
424 Páginas

Josslyn Drake, hija del antiguo primer ministro del Imperio Regariano, pasa la vida de fiesta en fiesta, sin preocuparse demasiado de su futuro ni de nada que le suene a cosa seria. Desde luego, jamás se le ha ocurrido pensar en la magia, algo de lo que solo sabe tres cosas: que es escasa, que es letal y que todos los que se mezclen con ella serán condenados a muerte.Así que, cuando Josslyn se infecta accidentalmente de magia, sabe que tiene que librarse de ella cuanto antes; si no, su vida corre peligro.Pero nadie puede ayudarla... Salvo, quizá, el enigmático Jericho Nox, un ladrón tan misterioso como atractivo que pronto la hará cuestionarse todas sus creencias.En un imperio construido sobre la mentira, tal vez la verdad sea el arma más potente...

Cómpralo y empieza a leer


CONVERSACIONES
CONMIGO MISMA
PRECARIADA · LAURA ÁRBOL · BÁRBARA ALCA · DANIELLA MARTÍ
AMIGA, DATE CUENTA

Cómpralo y empieza a leer


MNAK • GAZIR
BATALLA DE GALLOS
El silencio no es una opción
MARITHEA
TIRPA • HANDER
PRÓLOGO DE PIEZAS

Batalla de gallos

Mnak
9788419621153
144 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Del escenario al cuaderno. Y del micro a la pluma.Cinco de los mejores freestylers dejan el micrófono y desnudan su alma en la más singular de las batallas: la batalla de la vida.Un grito de rap, valor y poesía.

Cómpralo y empieza a leer